

# UNIVERSIDAD DE CHILE

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

PROGRAMA MAGÍSTER EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

## «Cultura, lugar, memoria y sujeto populares en el Barrio Puerto de Valparaíso (*La Cuadra: Pasión, Vino y Se Fue...*)»

Tesis Para Optar al Grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos

**Autor:**

Marco Chandía

**Profesor Patrocinante:**

Bernardo Subercaseaux

2004

### EPÍGRAFES

«En Valparaíso da lo mismo vivir tres meses que vivir quince años. Es ciudad decadente y permanente... Un lugar como éste, de espléndida naturaleza y clima excelente, buenos vinos y mariscos y una prostitución ingenua y estupenda, es ideal para envejecer...».

**JUAN URIBE ECHEVARRÍA, SABADOMINGO.**

«Los chilenos no somos blancos, y sin embargo, hacemos una lectura blanca de lo que nos sucede, a nosotros y al mundo, y por eso casi siempre fracasamos».

**NICANOR PARRA, THE CLINIC.**

«Si yo hiciera un diario de vida mía, no podría dejar de lado el Puerto. Porque el Puerto fue lo que marcó mi vida, la marcó. Y donde tengo el orgullo y el honor de haber vivido toda esa onda, esa grandeza que hoy no existe, que es como un cementerio».

**MANUEL GUTIÉRREZ (ROMANINI).**

«En esos tiempos el Puerto era muy bonito, porque uno iba pa' cualquier la' o. La noche la hacíamos día y el día noche. No como la gente de ahora que andan apuara'os».

**EDMUNDO DÍAZ IBACETA**

# Introducción

Hoy como nunca las sociedades latinoamericanas están siendo testigo de los profundos y trascendentales cambios que afectan sus patrones culturales. La mercantilización mundial ha demostrado tal eficacia que hasta el poblado más apartado y tradicional de nuestro país sabe de ella. No existe por eso ni en Chile ni en cualquier otra nación latinoamericana siquiera una cultura que no haya sido influenciada, en menor o mayor grado, por los cambios globales impulsados por el capitalismo tardío. El mundo se ha modernizado y para América Latina y su gente ha sido, al parecer, el derrotero inevitable por el cual han debido transitar. Desde los poderes centrales se ha expandido este paradigma moderno, que a través de los siglos ha ido teniendo distintos y variados propósitos (religioso, cultural, ideológico, político, económico). Se trata pues de un fenómeno global que en la mayoría de los países de la región ha logrado imponerse sin mayores contrapesos, salvo algunas pocas excepciones, en que si bien ha sido más lento y menos efectivo quizá, ha terminado igual incorporándose, transformándoles de esta manera sus modos de ver y entender el mundo.

El éxito de la globalización en América Latina ha dependido en efecto de factores geopolíticos, histórico-sociales, culturales, religiosos. Hubo situaciones en que los intentos expansionistas se vieron dificultados por situaciones geográficas, como es el caso de culturas indígenas del Paraguay o altiplánicas del Perú-boliviano; o incluso insulares como Cuba, Rapa Nui o toda la zona austral chilena. En estos como en otros escenarios ha sido también el componente étnico-cultural el responsable de su tardía pero, al cabo, segura expansión. Países, así, con una larga tradición indígena, y por tanto poseedores de un capital sociocultural propio, han podido retardar, o cuando no, dificultar el avance de este poder hegemónico mundial. Argentina y Chile, por ejemplo, que desde el siglo XIX con la instauración de los Estado-naciones intentaron eliminar —mediante crueles como absurdas *pacificaciones* y *campañas*— todo rasgo que les delatara su pasado indígena, pusieron todo su empeño en imponer también un modelo basado en este nuevo paradigma moderno, europeo primero y norteamericano después.

Existen, no obstante, otras realidades que aunque no pudieron escapar de la empresa expansionista, supieron aprovechar la ocasión para construir, desde ahí, desde esa incipiente modernidad, una cultura, que si bien no podía dejar de estar influenciada por los cánones del mundo civilizado, tampoco dejó completamente de lado su larga tradición mestiza. A partir de ese nuevo universo heterogéneo fueron capaces de adaptarse y no perder, así, ni las potencialidades emancipadoras que la modernidad ciertamente les ofrecía ni tampoco los saberes capitales que sus ancestros les legaron.

De esta manera, entonces, se fue desarrollando un tipo de cultura que nosotros —siguiendo una línea de investigación que ha sido retomada en los últimos años por culturalistas e historiadores latinoamericanos (García Canclini, 1982; Martín-Barbero, 1987; Salazar, 1990)— hemos denominado *popular* porque ha sido depositaria, por una parte, de toda esa tradición indígena, hispano-andaluza y afrodescendiente con que se ha nutrido nuestro mestizaje hispanoamericano; pero que también ha sabido absorber algunos elementos propios de la cultura eurocéntrica e ilustrada. Desde esta nueva postura, el mundo popular latinoamericano hace suya una forma de vida que en lo esencial sigue manteniendo una actitud de resistencia y subversión frente al paradigma racional e instrumental de Occidente. Se contraponen en sus modos de ser, de sentir y de ver el mundo; proponiendo en cambio un *ethos* latinoamericano propio, una lógica alternativa cierta para construir un mundo mejor, más justo y más humano. Un mundo *otro* que a partir de la diferencia busca rescatar el pasado para comprender el presente y proponer un futuro.

En este sentido, la *cultura popular* que a nosotros nos interesa, se sitúa frente al ideario moderno en la medida que construye su universo (según Maximiliano Salinas, 2000) a partir de los mundos poéticos de la fiesta, la abundancia en la comida y la bebida, y el amor; distinto al modelo civilizatorio que, al revés, difunde e impone una forma de ser sobre la base de la racionalización instrumental: la guerra y/o trabajo, el mercado como vía de acumulación y no derroche, y el desapego o discriminación de identidades imponiendo la razón por sobre la pasión y los sentimientos. Es así pues como a través de los años, se va configurando en algunas ciudades latinoamericanas una cultura popular revitalizadora de estas manifestaciones, que pese a haber sido negada, oculta o subyugada por el discurso oficial o por las elites, no ve completamente socavada su matriz esencial, su *otredad*, con la cual, precisamente, se contraponen al modelo que la margina.

Es en este contexto cuando aparece en la ciudad de Valparaíso, a mediados del siglo XIX con el crecimiento y expansión mercantil, un tipo de cultura popular como aquella. Ahora bien, dadas las características particulares de esta ciudad-puerto: de cara al Pacífico, escala obligada para cruzar al Atlántico, vía de comunicación directa entre el interior y el centro del país, estrechamente unida a los otros puertos de la costa-Pacífico, puerta abierta para la llegada de cientos de inmigrantes de todas las naciones del mundo, no pudo sino desarrollar un tipo de sociedad y de cultura donde estos factores fueron determinantes —de manera especial e influenciada por el crecimiento urbano— para su componente identitario. Desembarcaron en estas costas hombres y mujeres venidos de todos los rincones del planeta; una gama heterogénea y multirracial compuesta por ricos y pobres, profesionales, obreros, vagos, delincuentes, prostitutas, prófugos, comerciantes, buscavidas, liberales, locos...; una multiplicidad de sujetos que en su *estar* fueron construyendo no sólo *su* identidad sino, al mismo tiempo, la de una población, la de una cultura entera.

Este modo de ser popular-porteño presenta varias etapas a lo largo de su desarrollo, sin embargo, a nosotros nos interesan dos. Aquella que de acuerdo con sus condiciones hizo posible que surgiera, es decir, el contexto socioeconómico que permitió su origen y desenvolvimiento; y aquella más reciente, que a nuestro modo de ver, representó el momento de máximo esplendor dentro de su dilatada existencia, pero también, de cierta manera, su deceso; su fulgor y muerte; su debut y despedida.

Creemos que en Valparaíso, específicamente en un sector muy particular de él, en el Barrio Puerto, en calle Cochrane, en la llamada Cuadra, después de la segunda mitad del siglo XX hasta el Golpe de Estado de Pinochet, se llevó a cabo de la manera más manifiesta posible esta forma de ser popular. En sus bares, prostíbulos y negocios de vida alegre se desarrolló una cultura bohemia que dejó al porteño no sólo recuerdos: construyó identidad, ayudó a elaborar una imagen colectiva del Puerto, difundió valores, conductas, enseñanzas, pero por sobre todo, legó a las nuevas generaciones una poderosa tradición popular basada en un capital intangible que pese a poseer un valor incalculable para la sociedad actual, las nuevas políticas culturales lamentablemente no valoran ni reconocen como tales.

La cultura popular que se desarrolló en este sector portuario, del 50 al 73, si bien representó uno de los momentos más esplendorosos de la agitada vida bohemia, no termina ahí. El Golpe de Estado, con todo lo cruel y desarticulador que significó para la pasión y el desborde

porteños, y aunque mitigó considerablemente el ambiente popular, no pudo aniquilar por completo este saber-acción. Y no lo hizo porque la cultura popular responde a una posición móvil, no es nunca un estado fijo ni inamovible, avanza, por el contrario, en un constante encuentro y desencuentro con la cultura oficial, de la elite. Por tanto, su relación dentro del universo cultural es dialéctica. Y es precisamente esa movilidad de acción, su *dialectismo*, lo que le ha permitido mantenerse, no fenecer. Por supuesto que no es la misma de hace cuarenta años atrás, pero su esencia fundamental, su modo de ver, de sentir y de entender el mundo — su cosmovisión—, está aún presente en el recuerdo indeleble de los sujetos que la recrearon, que le dieron vida, así como en algunos microespacios con valor residual, esparcidos por cada cerro, esquina o rincón porteño.

Es en este sentido que nos hemos propuesto —gracias a la amplísima permisividad que nos otorgan los Estudios Culturales— estudiar este fenómeno sociocultural del sector marginal del Barrio Puerto por medio de los elementos clave que lo componen: la fiesta, la abundancia en la comida y la bebida, y el amor. Asimismo situar la taberna y el burdel como *lugares* antropológicos (Augè, 1998), de intercambio y de convivencia, que confieren sentido y que en su permanencia construyen y reconstruyen la identidad de un sujeto conciente, portador de una memoria histórica que le es tanto individual como colectiva. Sin dejar de lado, finalmente, el examen de las políticas con que están operando los proyectos oficiales respecto del tema patrimonial en Valparaíso, vistas sí desde una mirada polémica, poniendo en tensión los modos con que distinguen lo tangible de lo que no lo es, como la historia oral, la memoria, el mundo subjetivo de su población.

De esta manera pretendemos, pues, reescribir la historia popular, la historia no-oficial, la no contada, la historia maldita e infamada del Barrio Puerto; pero no únicamente desde sus fuentes secundarias sino que a partir específica y fundamentalmente de quienes la vivieron: los sujetos mismos que hicieron del Puerto y su bohemia una verdadera y no espuria cultura popular. Razón por la cual hemos optado por delimitar nuestro trabajo en un período específico de la historia porteña, el necesario para poder contar con los últimos sobrevivientes de un relato que parte en los años 50 y que, según ellos, acaba irremediamente el 11 de septiembre de 1973.

La investigación que el lector tiene en sus manos se inicia con la inclusión de algunas revelaciones propias del autor donde, haciendo una interpolación entre sus primeros años y

los actuales, intenta definir ese *algo*, la particularidad que tanto para él como para muchos porteños representa esta ciudad. Reconociendo de antemano su incapacidad para entender en qué consiste realmente esa *rareza* porteña, identifica, sin embargo, la presencia de un *no sé qué* centrado principalmente en su habitante, en el sujeto popular que ha hecho su vida en torno a ese lugar. A partir de esta confianza, que hemos llamado **Preliminar**, y concientes de la dificultad que implica un estudio como éste, ya sea por las encontradas posiciones que existen respecto del fenómeno *popular* así como por las características propias de la enmarañada historia porteña, intentamos, desde los distintos discursos —históricos, literarios y sociales— dar razonadas como plausibles salidas al problema de si existe o no una auténtica cultura popular en el Barrio Puerto de Valparaíso.

De este modo, el trabajo se divide estructuralmente en tres partes. En la Primera Parte y amparados por la transdisciplinariedad de los Estudios Culturales, se abordan a través de una relectura crítica y analítica, algunos paradigmas con que tradicionalmente se ha estudiado la historia social y cultural de Valparaíso. En sus tres capítulos se pasa así revista a las distintas visiones que durante décadas han encasillado a este Puerto. Miradas, unas menos conservadoras que otras, muestran que la ciudad desde muy temprano ha llamado la atención de su visitante, al punto de que en ciertos casos es situada al lado de cualquier puerto inglés o alemán, y en otros, en cambio, considerada como la peor y más fea de las urbes costeras del Pacífico-Sur, cargada de prejuicios y denostaciones por parte del discurso ilustrado. Pero también para demostrar que desde el excluyente proyecto Estado-nación, Valparaíso fue visto como pieza clave dentro de este nuevo proceso modernizador llevado a cabo por la elite.

En el **capítulo uno**, por ejemplo, el lector hallará toda una reflexión respecto de la manera cómo ha sido tradicionalmente entendida la historia de los pueblos latinoamericanos. Advirtiéndole que desde los primeros evangelizadores ha operado un sistema injusto por excluyente ya que valora sólo un tipo de historia —la de los grandes hechos y personajes—, y que en su desarrollo desconoce, omite o simplemente niega la historia popular, la de su población, la del hombre y la mujer desconocidos, anónimos, que en su cotidianeidad van construyendo una o varias historias que son, a su vez, subjetivas, equívocas, colectivas, espontáneas, pintorescas, de todos, y con las cuales construyen una memoria y una conciencia que los convierte en sujetos. Así, se tensionan dicotomías insertas dentro del discurso historiográfico actual, como son las ideas de Historia oficial, monolítica, estática,

conservadora, escrita, concentrada en las grandes totalidades en contraposición de las historias populares, transmitidas en forma oral y cuyo sujeto portador no es individual sino colectivo, que habla desde un saber comunitario; una historia que está siempre cambiando ya que relata lo no-estático; lo particular en movimiento. Desde ahí, desde esta voz popular, el pueblo construye su diferencia y elabora su *otredad*.

En el **capítulo dos**, en cambio, a partir de un verso del Himno Nacional de Chile y con el subtítulo que homologa Valparaíso con la República, queda de manifiesta la importancia que tiene el mar y sus puertos en nuestra historia oficial. Sobre todo cuando la elite criolla emprende el proyecto de instaurar el Estado-nación chileno. Tomando como ejemplo la figura emblemática de Diego Portales, quien fuera el principal impulsor de nuestro Estado moderno, se conjugan estas dos realidades; por una parte, la prosperidad que otorga el escenario marítimo-portuario, especialmente Valparaíso, por su ubicación estratégica dentro de la ruta Pacífico-Atlántico, y por otra, como lugar apropiado para que desde allí se forjara el propósito portaliano en cuanto a crear un Estado fuerte, centralizado y omnipotente (Subercaseaux, 1991). Por medio de una tanto extensa como variada bibliografía al respecto se pretende dar cuenta de que detrás del intento republicano no sólo se diseña y promueve una nueva concepción de Estado-nación, sino de un sistema que desde sus inicios superpone la estabilidad por sobre la legitimidad (Pinto y Salazar, 1999). Tratándose a fin de cuentas de un discurso que estaba lejos de ser real y efectivamente moderno, ya que en lo concreto seguía operando en beneficio sólo de un grupo reducido de la sociedad, de la elite; mientras que la mayoría de la población, las clases menos favorecidas, cuando ya no se mantenían bajo el sistema semiesclavista del latifundio, habían pasado a formar parte de la gran clase obrera, del proletariado chileno que construyó y enriqueció el Chile moderno.

Finalmente, la primera parte de este estudio, se cierra con el **capítulo tres** donde se delinearán ya los elementos constitutivos que componen la cultura popular. Aprovechándonos de la interdisciplinaridad de los Estudios Culturales, entendemos *cultura* en su concepción más amplia y útil posible. Ausente de restricciones, el concepto de cultura que aquí manejamos se refiere a un todo, integrador, que una sociedad produce y reproduce en un lugar y en un tiempo determinado. Se trata de una cuestión vital que está en permanente función; es, por eso mismo, el acontecer en cuanto tal. Y, el adjetivo *popular*, aquel que le da sus rasgos distintivos, que la diferencian y separan de la cultura oficial, hegemónica, ilustrada, la cultura



de la elite. Vale la pena señalar que en este capítulo queda demostrado lo que hemos dicho más arriba en cuanto a la permanente negación o desprecio por este saber popular y sus distintas manifestaciones. Una serie de extractos tomados de las más diversas fuentes dan cuenta del desdén por parte de la elite extranjera y nacional que opera sobre los sujetos que habitaban estas costas. Prejuicios racionales (o incluso raciales) ubican al habitante popular del Puerto en la escala más baja de las clases sociales. Pero es desde esta misma realidad de donde surge la reconstrucción de la imagen del sujeto popular porteño.

Revisando sus modos de ser, de sentir y de manifestarse frente a la vida, descubrimos una cosmovisión, un *ethos* propio que no sólo dota de identidad al porteño bohemio sino que reconstruye una lógica alternativa frente al modelo que lo niega y reduce. Cultura popular en este sentido ni mejor ni peor sino como una realidad *otra*, distinta y alternativa. De ahí surge la tesis de que en esta ciudad cohabitan dos tipos de culturas, una oficial y otra popular que se encuentran y desencuentran, y que en ese *dialectismo* u oposición fueron construyendo la identidad del sujeto porteño. De ahí nace nuestra identidad.

Ahora bien, la Segunda Parte que compone esta investigación corresponde al desarrollo y constatación de la tesis misma. En otras palabras, si en la Primera Parte se arma un cuerpo teórico que nos permite abordar el tema de la cultura popular en un sector de la ciudad de Valparaíso, en este apartado (que a su vez se divide en los **capítulos cuatro, cinco, seis y siete**) lo que hacemos es constatar si efectivamente coinciden los supuestos con la realidad. Por lo mismo, se trata de un trabajo de campo, en terreno, en el contacto directo y permanente con los sujetos-informantes que fueron por medio de su relato reconstruyendo la historia de la bohemia popular del Puerto.

Cuando quisimos en un principio recrear la historia del Barrio Puerto, llegamos con la idea de abarcar todo el sector porque pensábamos que el espacio físico respondía a una sola y única realidad. Al poco andar fuimos advertidos de que el sector, pese a su estrechez y a sus características casi imperceptibles, estaba compuesto por varios lugares en que se dividía la bohemia antigua. Así supimos del Barrio Chino, de Márquez, del Sector la Matriz, de Carampangue y de La Cuadra. Esta última por cantidad y calidad de locales que albergó, por los sujetos que allí se movieron, por la fama que en el ambiente alcanzó y por la decadencia en que hoy se encuentra (lo que, dicho sea de paso, hace que no esté incluida como sitio con valor patrimonial sino sólo *histórico* o de *amortiguación*), es el epicentro desde donde

recreamos la historia de la cultura popular porteña. Guiados por sujetos que por su reconocido protagonismo en el desarrollo de la vida en La Cuadra, fueron clave en este *ser* bohemio, fuimos dando forma a una historia —o historias— que demuestra la existencia de una cosmovisión popular.

Se desglosan, en este sentido, los conceptos de *cultura*, *lugar*, *memoria* y *sujeto* como partes de una realidad limitada en el tiempo (a mediados de los años 50 hasta septiembre del 73) y en el espacio (una parte de Cochrane, La Cuadra). Los hechos que evocamos pertenecen a más de treinta sujetos, en su mayoría mayores de sesenta años, entre hombres, mujeres y homosexuales. Se trata de personas que vivieron en el y del ambiente bohemio, distinto de quienes únicamente pasaron por ahí. Y esto porque más nos interesó la memoria de los que hicieron de La Cuadra su casa, su escuela, su escenario, su lugar de trabajo, su refugio..., su sepulcro. Seres que siendo muy jóvenes llegaron por distintas razones al Barrio Puerto y se fueron quedando en algún bar, prostíbulo, hotel, botillería. Todos los que se fueron de La Cuadra (porque ahí ya no vive nadie, excepto La Negra Inés), arriendan casas o habitaciones en el mismo Sector Puerto y otros —la minoría— se fueron a algún cerro aledaño desde donde mantienen un contacto permanente con el Barrio.

Registrar la memoria de treinta personas, de las cuales muchas, si no todas, están enfermas, abandonadas, alcohólicas, no es tarea fácil, menos cuando la brecha generacional supera las tres décadas; problema que se presentó a veces con el lenguaje. Pero como *lo* hablado es parte también de la cultura popular porteña, lo es igualmente en esta investigación. La memoria y su manera de hacerla pública implica un esfuerzo interpretativo que hemos asumido incorporando a lo largo de todo el trabajo un léxico —de setenta y dos términos— que facilite la comprensión por parte del lector. Hubo, de alguna manera, que meterse en sus vidas, indagar quiénes eran, de dónde venían, quiénes eran sus padres, bajo qué circunstancias llegaron a La Cuadra, qué hicieron y por qué no se fueron más de ella. Ahí surgieron amistades, confianzas, que junto con complejizar el trabajo y hacerlo más arduo de lo que en un principio parecía, lo potenció, le dio mayor impulso y compromiso. Toda esa experiencia memorial se pudo recopilar por medio de grabadoras y filmadoras, pero fue el diálogo directo y frecuente con ellos lo que nos permitió entrar en sus vidas y recuerdos. Por sus características y por la intención de lograr un trabajo fidedigno, que respetase los hechos tal cual fueron, donde el informante no sintiera presiones sino confianza y soltura para revelar

lo latente, y donde primara la espontaneidad por sobre todo; por todo eso, el uso del material audiovisual jugó siempre un rol secundario.

Durante un año entero estuvimos yendo y viniendo al Barrio Puerto, a la plaza Echaurren, al Liberty, al Lugos, al Ex Wanderino o Casa Verde, al 421, a los bares y habitaciones ubicados en las calles Clave, Cajilla, Santiago Severín, Serrano, Santo Domingo; al cerro Toro, al Cordillera, al Mesilla, al Playa Ancha, al Arrayán, al San Juan de Dios, al Yungay; incluso a Santiago. El registro total de todo ese torrente de evocaciones no cabe en este trabajo; razón por la cual debimos incorporar sólo lo que a nuestro juicio consideramos indispensable para recrear la historia de La Cuadra. El resto de información, sobre el que debimos discriminar, más que por la cobertura del trabajo mismo, responde a criterios que los mismos sujetos-informantes establecieron, impusieron; ya que sus historias hacen posible fundar un relato basado en un *llegar*, un *vivir* y un *morir* en el Barrio Puerto. Y de acuerdo con esta trilogía existencial hicimos uso del material recogido. Todo lo que en cierta forma escapara a esta matriz estructural sirvió sólo como apoyo. Señalemos además que con el registro audiovisual se elaboró un documental en formato DVD de once minutos donde se ve y oye lo que en estos párrafos se concentra.

La Tercera Parte y última de esta investigación-acción está dividida en dos secciones, la primera, que viene a corresponder al **capítulo ocho**, es una propuesta. Después del análisis de toda la segunda parte en que se estudia la esencia y la acción del mundo popular, se descubre la presencia de un modelo alternativo que por sus características propias es capaz de situarse frente al paradigma moderno occidental (Parker, 1996). Se habla aquí de una *tercera lógica* basada en el amor, en las relaciones sociales, en el respeto, en la confianza y en la armonía de su elemento básico que es el hombre, la mujer y su entorno. Se trata en resumidas cuentas del rescate, valoración y aplicación del capital sociocultural del cual es poseedor el saber popular porteño. De ahí que este *ethos* cultural descubierto en estas manifestaciones populares viene a representar, en este contexto, la posibilidad de transformar el mundo, de hacerlo más humano, más sociable y menos sujeto a las lógicas del mercado global.

Y para terminar, el **capítulo nueve** asume una cuestión puntual que tiene que ver con el alegato respecto de la injusta o no debida inclusión de este capital intangible dentro del reciente nombramiento de Valparaíso como Sitio del Patrimonio Mundial de la UNESCO. Cuando nos damos cuenta de que La Cuadra, por no tener las condiciones arquitectónicas que

la mayoría de las edificaciones patrimoniales poseen, no está incluida, reparamos en que las políticas culturales del Gobierno están poniendo atención en los bienes tangibles más que en los intangibles, donde están insertas estas historias, lo subjetivo, los cantos, las visiones de mundo de esta gente, su memoria, su identidad. Y no es casual; son estrategias que responden a los mismos principios con que se rigen las lógicas del mercado. Para las políticas patrimoniales el valor de Valparaíso está centrado en su capital económico mucho más que en el sociocultural. Ahora, lo que desde este esfuerzo intentamos hacer es justamente revertir la situación, vislumbrando la remota posibilidad de ubicar lo social y lo cultural por sobre —o al menos a la par de— lo meramente económico y comercial.

De esta manera, lo que el lector hallará en las páginas sucesivas es un estudio que surge no sólo como producto de una elaboración teórica individual, especulativa, amparada únicamente bajo el alero del mundo intelectual-académico. En gran medida es deudor también de una larga y extensa investigación no-tradicional, trans e interdisciplinaria, mixta; dotada de un fuerte trabajo teórico con una considerable carga de reflexión personal, crítica, disconforme y analítica, llevada a ratos por la pasión personal de su autor, quien no puede ni quiere dejar fuera esa pasión. El soporte de este trabajo se haya, por consiguiente, en la experiencia personal de quien lo realiza así como en las transformaciones que a lo largo del mismo va sufriendo, experimentando. Vivencias que llegan a ser tanto o más trascendentales que el conjunto de conocimientos teóricos e ilustrados, quienes para cobrar sentido deben, necesariamente, *bajar* a la realidad. Y no al revés. El andamiaje conceptual de los Estudios Culturales debe estar al servicio de las sociedades, ayudándoles a entender y a aceptar su historia, con sus éxitos y sus fracasos, a fin que desde ese re-conocimiento sean capaces de construir un mundo mejor, más humano y más libre. Logrando fusionar ambos mundos —el experiencial con el teórico— se hace posible llegar a estas comunidades que durante décadas han sido incomprendidas, y por lo mismo excluidas. Es una mirada, entonces, que por su carácter personal como el vivencial se ubica fuera del paradigma tradicional, alejada —al borde o en la periferia— del eje del poder convencional; la que la hace de alguna manera ser coincidente con otras miradas, como la de los poscolonialistas tercermundistas Homi K. Bhabha y Gayatri Chakravorty Spivak.

Debemos agradecer, por último, la posibilidad que nos otorgó el FONDART a través del Gobierno Regional, para llegar a buen término, en forma más amplia y de más largo aliento

con este proyecto-investigación. Lo que nos permitió no sólo contar con recursos sino también con el compromiso de aportar de manera cierta y objetiva al desarrollo social y cultural de esta ciudad.

# PRELIMINAR

## **Ese no sé qué porteño**

### **(UNA HISTORIA PERSONAL)<sup>1</sup>**

Cuando voy al Barrio Puerto<sup>2</sup> y transito por sus calles, por sus bares y negocios, cuando recorro el Mercado, la plaza Echaurren, la calle Serrano, o bien, cuando converso con la

---

<sup>1</sup> Por razones de claridad y acercamiento que responden al sentido mismo de esta investigación, he considerado pertinente comenzar este estudio a partir de mi experiencia personal como porteño, ubicado de alguna manera en el límite que divide este trabajo entre el mundo popular propiamente tal, desde donde provengo, o bien me identifico; y el académico, con el que construyo este discurso. Lo que tiene que ver a su vez con aquello que, primero, los postestructuralistas llamaron “huésped” (J. Hillis Miller, “El crítico como huésped”, tr. Bárbara Trotsko y Manuel Alcides Jofré en Manuel Alcides Jofré y Mónica Blanco -eds.-. *Para leer al lector. Una antología de teoría literaria post-estructuralista*. Santiago de Chile. Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, 1990, pp. 223-255), y luego poscolonialistas como el palestino Edward Said (*Orientalismo*, 1978, tr. María Luisa Fuentes. Madrid. Libertarias/Prodhufi, 1990, y en 1993, *Cultura e imperialismo*) y los indio-bengalíes Homi K. Bhabha (*Nation and Narration* -ed.-, 1990 y “The Postcolonial and the Postmodern. The Question of Agency”, en *The Location of Cultura*. Routledge. London and New York, 1994, pp. 171-197) y, de manera particular para el caso que nos convoca, Gayatri Chakravorty Spivak (“Can the Subaltern Speak?”, en *Colonial Discourse and Post-Colonial Theory*. Patrick Williams and Laura Chrisman -eds.-. New York. Columbia University Press, 1994, pp. 66-111), que bajo el rótulo de “subalterno”, al crítico que opera fuera de los focos del poder intelectual, reubican al margen, en la periferia que separa el centro con la totalidad del sistema.

<sup>2</sup> Estrecha planicie costera ubicada entre la bahía y los cerros. Se le conoce también como Sector Puerto o simplemente Puerto (con mayúscula para diferenciarlo del puerto, muelle), — en algunos casos se le conoce incluso como Barrio Chino—, y se extiende, por una parte, desde Plaza Sotomayor hasta los pies del cerro Artillería, entre la subida Carampangue y la

---

Plaza Wheelwright, pasando por calles Serrano, Cochrane y Bustamante, la Plaza Echaurren y el Mercado puerto; y por otra, por el sector intermedio, entre el centro, su entorno y los pies del cerro Santo Domingo, incluye la Iglesia La Matriz, las calles Clave, Almirante Riveros, San Martín y Cajilla. El Barrio Puerto tiene un valor tanto histórico (puesto que allí, dicen, se *fundó míticamente* la ciudad por el Almirante italiano Juan Bautista Pastene, (03.09.1544), y después, en 1828, en la 3ª Comisaría, ubicada en el antiguo Santo Domingo, se sancionó la Constitución Política y celebraron sus sesiones de instalación el Senado y la Cámara de Diputados –mientras doy una última lectura a este trabajo, me informo que en la madrugada de hoy se quema por completo este histórico lugar considerado como patrimonial-); comercial (debido a la actividad portuaria y a los locales que ella misma genera) y sociocultural, ya que además de ser ahí donde se origina el poblamiento también, en algunos sectores específicos, se lleva a cabo la famosa “bohemia porteña”: agitada y licenciosa vida popular que ha caracterizado a la ciudad por décadas, y que, creemos, se inicia más o menos en el último tercio del siglo XIX hasta casi su total extinción con el Golpe de Estado de 1973. Ejemplo de lo anterior es que en su última etapa llegaron a funcionar decenas de negocios entre prostíbulos, boites, cabarés, bares, fuentes de soda, moteles, restaurantes, salones de baile, casas de citas, casa de cenas, etc. “Al iniciarse el siglo XIX, el Puerto comenzó un proceso de cambios que partieron con el aumento sostenido de la población, situación que implicó el poblamiento constante de los cerros que rodeaban la Plaza Echaurren. [...] El aumento de la población porteña incidió en una sobredemanda de terrenos llanos al pie de los cerros, situación que la fisonomía de Valparaíso por sí sola no podía sustentar. Para revertir esta necesidad y en un proceso que transformó paulatinamente la planta urbana del Puerto, aproximadamente en 1850 comenzó un activo proceso de excavación de las laderas de los cerros. [...] El Barrio Puerto y específicamente el sector donde se emplaza la Iglesia La Matriz, origen del poblamiento de Valparaíso, fue estancando su crecimiento debido a la aparición de nuevos centros urbanos, más sofisticados y elegantes, donde residían las clases más pudientes del Puerto. Los alrededores de la iglesia iniciaron un decaimiento paulatino, concentrando en dicho sector a los estratos más humildes de la población porteña, lo que posibilitó el nacimiento de los llamados 'sectores bravos', conformados básicamente por el mundo de la bohemia: bares, prostíbulos y cités”. (Hernán Edwards y otros. *Monumentos Nacionales y Arquitectura Tradicional*. Valparaíso. ASMAR, RPC y CSAV, 1996, p. 6). Revisar también, Marcela Hinojosa y otros, “Recuperación de memorias: relatos orales del

gente: los viejos, los borrachos, los comerciantes; el habitante común y corriente de este barrio porteño, tengo la impresión de estar en otro mundo. Me produce una sensación muy parecida a cuando se está en las ferias, mercados y avenidas del sur de Chile. Porque ir hacia allá, hacia el sur, es como estar yendo también hacia atrás, hacia el pasado; lo que en cierta forma revela que en nuestros poblados sureños aún quedan, perduran y se mantienen retazos de lo que ha sido este país antes de llamarse Chile, después colonia, luego nación. Haciendas y latifundios compuestos por patronos y peones; dueños —los menos— y labradores —la población—. Para bien o para mal, en estos lugares, es posible aún recuperar la imagen de lo que fue este país que habitamos, autóctono y rural.

En este sector, el del Barrio Puerto, sucede algo parecido, pero menos fácil de precisar. ¿Será que toda esa realidad variopinta y estrepitosa, pobre, antigua y con las características propias de todo suburbio tercermundista, mantiene todavía *algo*, un *no sé qué*, que tiene que ver no sólo con su aspecto físico, material, cuya fachada refleja también una época pretérita de Valparaíso y que, por cierto, contrasta con su imagen urbano-moderna?... , tiene que ver con algo más.

Tiene que ver, a mi entender, con las historias que del Barrio Puerto me han contado.

Habiendo nacido en Viña del Mar, recuerdo cuando niño oír hablar del Puerto a los adultos. Era el lugar de los precios bajos, de los negocios exclusivos, de las distribuidoras. Telas, cueros, repuestos, herramientas, accesorios; la mercadería en todas sus variedades y precios. Ferreterías, boticas, mercerías, emporios, imprentas; todo se hallaba en Valparaíso. Lo necesario para que una ciudad capital como esta cubriera las necesidades de una cada vez más creciente población. Una ciudad inspirada por artistas y bohemios. Esa que un transeúnte como Neruda bien conoció y comprendió:

Olor a puerto loco  
tiene Valparaíso  
olor a sombra, a estrella,  
a escama de la luna

---

Barrio La Matriz”. Tesis para optar al grado de periodista. Valparaíso. Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación. Facultad de Humanidades, 1998, pp. 12-13.



y a cola de pescado [...]  
Calles del mar, del viento,  
del día duro envuelto en aire y ola,  
callejones que cantan hacia arriba  
en espiral como las caracolas:  
la tarde comercial es transparente,  
el sol visita las mercaderías,  
para vender sonríe el almacén  
abriendo escaparate y dentadura,  
zapatos y termómetros, botellas  
que encierran noche verde,  
trajes inalcanzables, ropa de oro,  
funestos calcetines, suaves quesos, [...]<sup>3</sup>.

Pero también prostitutas<sup>(\*)4</sup>, homosexuales, delincuentes. Las mejores fiestas, *picadas*<sup>5</sup> y pasatiempos —algunas que muchas veces pudieran haber ofendido al más liberal de los vecinos de entonces— estaban en el Puerto. Allí era donde las mujeres compraban lo imprescindible para nuestras vidas. Bolsos atestados con verduras, frutas, pescado, aceite,

---

<sup>3</sup> Pablo Neruda. “A don Asterio Alarcón, cronometrista de Valparaíso”, en *Plenos poderes*. Buenos Aires. Losada, 1962, pp. 44-47.

<sup>(\*)</sup> Con el propósito de aportar más aún a la claridad de este trabajo, he estimado pertinente explicar el significado de algunos términos que en adelante serán recurrentes debido al uso constante por parte de nuestros informantes y que, por lo mismo, pertenecen a la riqueza oral del Puerto.

<sup>4</sup> *Prostitutas*, o, bien, llamadas: 'putas', 'maracas', 'rameras', 'maraquitas', 'chimbiroquitas', 'mujeres alegres, del ambiente, de la calle, de la noche..., las que te tratan de tú', o, simplemente, 'niñas' o 'mujeres'.

<sup>5</sup> *Picadas*, son figones, chincheles, restoranes; lugares exclusivos donde el cliente por la frecuencia con que asiste es bien tratado, se le hace una atención preferencial; se le hace sentir en casa. Muchas veces se mantienen en reserva para ser sólo compartidos con los más amigos.

azúcar..., llegaban a nuestros hogares. Pero además solía ser el lugar donde los hombres, sus esposos, se divertían, se juntaban con amigos a comer y a emborracharse y acaso también a ver a sus mujeres de ocasión. A eso se le llamaba  *echar su canita al aire* . La noche bohemia, de juerga y distracción. Al Barrio Puerto se iba con dinero y se volvía con algo, aunque ese  *algo* , claro, no haya sido siempre, necesariamente, un producto. En aquel entonces, el retorno a casa estaba invariablemente marcado por el cuño inconfundible que dejaba el paso por la noche porteña. Este era el gran  *megamercado*  de los productos y de los servicios, de las grandes cantidades, y de las más mínimas también. Los trámites, las diligencias insustituibles del mundo adulto se hacían en Valparaíso. Centro y acción. Epicentro de una región costera, bullente, cosmopolita, tradicional y moderna. El plan, donde se baja silbando y se vuelve agobiado, extenuado, peldaño a peldaño. En fin, tantas cosas. Un cúmulo de realidades que en mi mente infantil construían una imagen particular de esta ciudad que  *tarde, mal y nunca*  visitaba. Al Puerto se acudía acompañado,  *de carrera* . Se iba y se volvía, un ir y venir constante y permanente. Y yo, muchacho aún, debía conformarme sólo con las historias o los relatos (a veces más irreales que ciertos) que algún  *atrevido*  vecino asiduo a estos lugares me contaba. El Puerto y su mentado barrio era eso en la mente de un niño de diez años: el referente imaginario de la ciudad prohibida, y por lo mismo, atrayente, seductora, fascinante.

Pero ese  *algo*  del Puerto no tiene que ver sólo con su pasado; tiene que ver también con su presente.

Cuando atravieso la plaza Sotomayor y me adentro por Serrano (un domingo de mañana, por ejemplo), mis sentidos se agudizan. A medida que avanzo, aparecen imágenes, olores, fricciones, miradas, voces y gritos que anuncian la presencia de una realidad que en ninguna otra parte más he notado (quizás en el Almendral ocurra algo parecido)<sup>6</sup>. Ahí he visto

---

<sup>6</sup>  *El Almendral* , sector tan conocido y tradicional como el Barrio Puerto, ubicado en el otro extremo de la ciudad. "...la ciudad se divide en dos partes distintas, la que orilla la rada de comercio y asciende sobre el anfiteatro sobre tres cerros, se llama el Puerto; la otra parte o extremidad occidental de la ciudad, se extiende sobre un llano que se llama el Almendral (sitio de los almendros)". Alfonso Calderón y Marilis Schlotfeldt.  *Memorial de Valparaíso* . Santiago de Chile. Ril, 2001, p. 213. (Citado de Max Radiguet.  *Valparaíso y la sociedad chilena* . -Extracto-). Más adelante, Joaquín Edwards Bello (1887-1968), en un artículo

hombres, mujeres y niños; perros, gatos y guarenes; almacenes, productos y precios, situaciones y anécdotas. Un día vi cómo una mujer se bañaba desnuda a pleno sol en la pileta de la Plaza Echaurren, *a vista y paciencia* de todos los que esa mañana estábamos ahí. He visto además cómo *lanzas*<sup>7</sup> hacen de las suyas arrebatándoles a los distraídos turistas sus bolsos y cámaras. Las mejores peleas también las he visto ahí. Los más *curados*<sup>8</sup>, los más pobres, los más locos, suelen estar en el Barrio Puerto. Incluso conocí a ermitaños sujetos que un día llegaron para no salir más de ahí. No necesitan hacerlo, para qué, si todo lo hallan en

---

extraído de la misma fuente, define al sector como “un barrio tétrico, mal afamado, con miserables fondas y cafetines de carreteros que paran ahí con sus mulas, bueyes y caballerías al regresar o antes de emprender el viaje a la capital”. *Ibid.*, 271. (Citado de Joaquín Edwards Bello, “Cómo era entonces Valparaíso y cómo vivía su gente”). Digo, también, que estos sectores no sólo se hallaban cada uno a los extremos de la ciudad sino que el paso de un lugar a otro en muchos casos se hacía dificultoso debido al camino tanto como a las historias que se tejían en torno a la Cueva del Chivato. “Nunca hubo alguien que se atreviera ir más allá de la Cueva del Chivato, sin armas o acompañantes. En esta parte, el farellón se aproxima tanto al mar, donde no pueden construirse casas. En su falda hay una cueva de muy mala fama que marca el punto de división [exactamente donde hoy se halla el edificio de la empresa *El Mercurio*, en la escala Concepción] entre el Puerto y el Almendral”. *Ibid.*, 201. (Citado de Federico Walpone —Teniente de la Armada Real Inglesa—. “Visión de Valparaíso al finalizar la primera mitad del siglo XIX”. –Extracto-. En *Boletín de la Academia Chilena de Historia*, año III, N° 6, segundo semestre de 1935). Por último, no quiero dejar de señalar lo que aparece en una de las más importantes obras de Lastarria (1817-1888), donde se refiere expresamente a la popularidad de esta cueva y del chivo que supuestamente ahí habitaba. “Es fama que nadie podía resistir a las fuerzas hercúleas de aquel feroz animal, y que todos los que caían en sus cuernos eran zampuzados en los antros de la cueva, donde los volvía *imbunches*, si no querían correr ciertos riesgos para llegar a desencantar a una dama que el chivo tenía encantada en lo más apartado de su vivienda”. José Victorino Lastarria. *Don Guillermo*. (1ª edición de 1860). Santiago de Chile. Nascimento, 1972, p. 41.

<sup>7</sup> *Lanzas*, ladrones, escaperos.

<sup>8</sup> *Curados*, ebrios, beodos, borrachos.

ese par de cuadras, excepto bancos, financieras, oficinas administrativas. Ahí no hay negocios modernos, el contexto no lo permite ni estos porteños tampoco lo requieren ni les interesa (lo más lejos que *salen* es al Consultorio de Plaza Justicia, ubicado a un extremo de los Tribunales, o un poco más allá, a cobrar su mísera pensión). Pero es el domingo cuando toda su gente aparece y le da vida todavía a su plaza, iglesia, calles y negocios. Es cuando el Sector Puerto adquiere entonces ese color local, ese sabor picante y ese olor a mar que ha tenido desde que es puerto, desde siempre quizás.

No todo lo que existe ahí se reduce, sin embargo, a lo anecdótico.

En el Barrio Puerto de Valparaíso hay una forma de vivir, de relacionarse entre las personas, de sentir, de ver y de enfrentarse al diario acontecer que no es igual al que se da en el centro de una ciudad moderna. Son hábitos y costumbres que tienen que ver más con el pasado que con el presente, con el cuerpo, carne viva y palpitante, más que con la razón. Tiene que ver con el disfrute de la vida más que con el —sempiterno— sufrimiento, con el descanso más que con el trabajo (ese mecanizado y rutinario), con el amor más que con la discordia y la indiferencia. En ese mundo que en adelante intentaré descifrar, la solidaridad y el contacto fraterno se imponen por sobre los egoísmos y las individualidades, tan de moda en otros lugares. Por eso es que cuando camino hacia allá entro a la plaza del medioevo, a una especie de fiesta, de carnaval o de paseo público, donde todo el mundo real —y también el no-real— me hacen pensar que estoy frente a algo muy parecido a los recuerdos de mi niñez. Seguramente porque son las mismas calles que recorría de la mano de mi mamá cuando la acompañaba a comprar carne al Mercado. O, cuando ya siendo universitario, nos pasábamos con amigos días enteros metidos en sus bares. Pero no son sólo recuerdos de una vida alegre. Es el pasado, es la pobreza, son las personas, las cosas, que adquieren ahí un valor especial por cuanto son parte de un mundo popular y no moderno y que, al sacarlos de su contexto, pierde esa verdad tan propia, tan porteña. Allí se mantiene algo que en otros lados no está. Para unos es *lo* indescrutable, como una suerte de *magia* que le pertenece sólo al Puerto. Para otros, en cambio, menos soñadores o más realistas tal vez, es la pobreza misma; la ordinariez, la delincuencia, la vulgaridad en todo su esplendor. Para mí sin embargo es todo eso a la vez. Pero no *sólo eso*. Más allá de la mirada nostálgica, romántica si se quiere —lo cual sería inútil negarla—, yo creo sinceramente que hay algo, un *no sé qué* que en lo que a mí respecta se traduce en cultura, en una cosmovisión, en un mundo —o rasgos de él— de carácter popular.

Creo que en el Barrio Puerto hay algo a lo que, con algunos ajustes, bien puede llamársele de este modo. Algo que sobrevive y permanece, pese al abandono físico y a la miseria reinante —¿o quizás por eso mismo, no?—, en los pensamientos, en las acciones y en el quehacer cotidiano y colectivo de su gente; como un complejo fenómeno social, económico, religioso, histórico y cultural que en su desarrollo se distancia y se distingue al de otras realidades vecinas —o incluso dentro de la misma ciudad—, dentro del contexto nacional chileno y/o latinoamericano.

Pero, ¿cuáles son esos *modos de ser y de sentir* que no han desaparecido? ¿Qué es *eso* que en mi mente precoz se producía toda vez que oía algún hecho o situación relativa al Puerto? ¿Cuáles serían esos dispositivos culturales que han sobrevivido y que, según los cuales hacen plausible afirmar que en este como en casi todos —si no en todos— los puertos de la América mestiza habría todavía la presencia de una verdadera —y no espuria— cultura popular? Y, de existir esta cultura popular, ¿cómo se explica su prolongada existencia —resistencia— en un mundo cada vez más mercantilizado, y en una sociedad como la actual, que pareciera valorar otros modos de reproducción cultural, más ligados al mercado y al consumo, impulsados por los regímenes de modernización capitalista, que sistemas socioculturales más humanistas y tradicionales?

No es fácil hablar hoy de esto menos cuando, por una parte, el discurso oficial pregona en boca de algunos *connotados* culturalistas que *ya no existen culturas populares*<sup>9</sup>, ya que estas en su mayoría cuando no se han extinguido (como la qawasqar<sup>10</sup>, por ejemplo), han sido cooptadas por el sistema: las industrias culturales, la cultura de mercado, los malls, etc., etc. Y

---

<sup>9</sup> Brunner, por ejemplo, niega derechamente la existencia de una cultura popular. “El estatuto de la cultura popular es por tanto, desde el punto de vista de esta lectura gramsciana de Gramsci, el ser una no-cultura”. Usando así, *tramposamente*, las conceptualizaciones que el pensador italiano hace de 'hegemonía' y de los estatutos que definen cultura, la cultura popular, según él, “es ser una no-cultura”; no tiene ni contenido ni forma. No existe. José Joaquín Brunner. *Un espejo trizado. Ensayos sobre cultura y políticas culturales*. Santiago de Chile. FLACSO, 1988, p. 161.

<sup>10</sup> *Qawasqar* o *kahuéshkar*, alacalufe: cultura extinta del extremo austral de Chile.

por otra, porque cuando algunos admiten su existencia, lo hacen en el entendido que se trata de una cultura masiva —de masas—, la cultura mediatizada o mass media. La cultura popular erróneamente entendida, a mi modo de ver, como el conjunto de la población cuya característica principal es el *consumo* pero un consumo de bienes y servicios que por su valor los convierten en ciudadanos de tercera y cuarta categoría, lo cual significa que el acceso a una mejor calidad (y estoy pensando desde bienes básicos como ropa y comida, por ejemplo, a otros más complejos, como la salud y la educación)<sup>11</sup> sigue siendo aún, dentro del mercado, patrimonio exclusivo de las elites<sup>12</sup>. En efecto, todos podemos entrar y comprar en el mismo mall o supermercado pero no adquirimos ni consumimos los mismos productos ni los mismos servicios que el mercado nos ofrece.

---

<sup>11</sup> Hoy como nunca resulta notoria la proliferación del comercio ambulante, donde se puede comprar ropa, libros, música, películas, programas y juegos computacionales... el famoso 'pirateo', incluso hasta en los locales establecidos. Para qué hablar de la *eclosión* educativa: universidades, institutos profesionales, centros de formación técnica, colegios, preuniversitarios y una gama de instituciones dedicadas al negocio de la educación, donde la diferencia entre precio y calidad es todavía —y lamentablemente— mucho más marcada entre los distintos estratos sociales.

<sup>12</sup> Aunque no existe un consenso claro respecto al momento en que la oligarquía tradicional cede su poder a manos de una clase media ilustrada, ni tampoco si la elite es una o varias, se define *elite* como “una minoría en posición de supremacía en *esferas de alcance nacional*”, o como un grupo selecto que sobresale en determinado ámbito de competencia. (Manuel Vicuña. *La belle époque chilena*. Santiago de Chile. Sudamericana, 2001, p. 294). Pero además, por razones específicas de este trabajo, trataré el concepto de *elite* como aquel grupo o clase social que por sus características propias se contraponen a la cultura popular. Esto es, dueña del capital económico, ilustrada, racional, eurocentrista, occidental, católica..., cultura oficial, docta, moderna, la alta cultura. Incluso a veces homologable también con burguesía, oligarquía y aristocracia. Y para el sujeto popular porteño: 'ricos', 'futres', 'gringos', 'blancos', 'extranjeros', 'los de arriba', 'los de plata', 'los salvados', 'los de alta alcurnia', 'los señores', 'los cuicos', 'los de buena familia', 'los bacanes', 'los otros'.

Yo no creo eso. No estoy de acuerdo con ninguna de las dos posturas. Ni con la que niega la existencia de la cultura popular ni tampoco con la que la reconoce sólo por y a través del consumo. Creo que en el Barrio Puerto de Valparaíso todavía quedan vestigios de algo que yo en los 70 alcancé a ver. Cuando han transcurrido ya casi treinta años (con todo lo que eso implica), en ese lugar aún queda algo de ese pasado que ya en esos tiempos (los más oscuros de la dictadura, por cierto) se estaba lentamente extinguiendo, hasta que, primero con la ayuda del gobierno militar y después las políticas neoliberales, terminaron por sepultar casi por completo. Se trata de una cultura popular; esto es, un modo de ver y sentir el mundo con cierto apego a las tradiciones pero con una mirada siempre discordante frente al modelo hegemónico impulsado por el neoliberalismo globalizador. Cultura popular que en sus formas más elementales defiende un pasado, pero que también propone un presente. Una alternativa cierta frente al neocapitalismo a y sus distintas manifestaciones.

Por otra parte, se dificulta además porque cuando abordamos el tema cultural estamos también hablando de un sujeto y por debajo de este de un concepto más complejo aún, donde descansa la noción de identidad. En breve, eso quiere decir que la elite —o los estudiosos de la cuestión cultural— no conforme con negar la existencia de una cultura popular, rechaza también —y al mismo tiempo— al sujeto popular. Razón por la cual no sólo me queda la desafiante y no menos delicada tarea de demostrar la presencia de dicha cultura, sino también (más aún hoy, cuando el concepto de identidad parece diluirse) de dar, primero, con este sujeto y luego a dotarlo de significado; conferir en él su propia identidad. Por de pronto, pienso que la fiesta, la comida y la bebida, así como el amor, son los elementos sobre los cuales se constituye esta cultura popular<sup>13</sup>, cuyo espacio simbólico-representativo por

---

<sup>13</sup> Tríada (fiesta, banquete y amor) propuesta por Maximiliano Salinas. Apuntes de Clase del Curso “Literatura y Cultura Popular. Introducción a la Historia de la Lengua Mestiza en Chile”. Magíster en Estudios Latinoamericanos. Universidad de Chile. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2002. Aunque valoro el aporte de Salinas en cuanto a que distingue los elementos sobre las cuales se construye esta cosmovisión popular que en ningún caso la reducen, sino la dotan de sentidos; prefiero, en cambio no llamar 'banquete' a la dimensión de la comida y la bebida, creo que el término connota un carácter impropio del mundo popular; lo planificado, lo previamente establecido, y donde acuden y participan sujetos más

excelencia es la taberna (bar)<sup>14</sup>, y desde donde sería posible re-construir el ser y la identidad de este sujeto social y colectivo, portador de una memoria histórica propia y de un Valparaíso —o de un sector de él— que hoy, creo, está siendo trastocado. Pero que al evocarlo de la manera como en este trabajo me he propuesto hacerlo (desde el imaginario colectivo de sus habitantes —cosmovisión que de mucho antes ya forma parte del patrimonio subconciente del porteño—, o desde sus historias, reales o no, muchas de las cuales con los años terminaron convirtiéndose en mitos y leyendas, o incluso, desde la música, los cantos y las poesías populares, que en su conjunto constituyen una imagen polifacética suya), recobra —digo, el Barrio Puerto—, *ese* carácter único y particular, *ese no sé qué*, *ese pathos* que alegóricamente lo convierte en un lugar diferente, un lugar donde se encarna y vivencia la pasión y el deseo del hombre popular. Manifestaciones que de modo espontáneo se dan a través de lo simple, lo picaresco, lo menos grave y formal de nuestras vidas. No siempre coherente con la razón instrumental y muchas veces negadas por la cultura oficial modernizante<sup>15</sup>.

---

vinculados a la elite que al mundo popular. Prefiero, en cambio, llamar 'comilona', 'tomatina o tomatera', 'derroche culinario y vinícola'...

<sup>14</sup> Aun cuando bar y taberna parecen ser lo mismo, no lo son. Bar deviene de 'barra', mueble que sirve para apoyar lo que se bebe de pie, en cambio, 'taberna' (chingana, quinta de recreo, restorán, fuente de soda, boliche, *picada*) alude a un lugar público donde además de beber se come. Lo que supone, primero, un espacio más amplio y, segundo, donde se pasa y se convive más tiempo. Lo cierto es que el término más correcto para lo que me estoy refiriendo es el de taberna, pero considerando el uso que en general le damos, los aplicaré indistintamente.

<sup>15</sup> Quizá la única y por eso la más emblemática excepción al respecto lo representen los Parra Sandoval, sobre todo Nicanor (1914), por toda su potente y magistral antipoesía de esencia popular y, de manera especial, Violeta (1917-1967), que sin haber tenido la formación académica de su hermano, con su intensa y fructífera labor como folclorista e investigadora ocupó un espacio importante en los medios radiales y universitarios de entonces, trabajo que se vio, como ningún otro, *gratificado* con la invitación y posterior exposición de su obra en el Museo de Louvre de París en el año 1961. (Sobre Violeta Parra revisar, Juan Armando Epple, "Violeta Parra: una memoria poético-musical", en *Lingüística y Literatura*. N° 26, Medellín, julio-diciembre de 1994, pp. 18-24; Bernardo Subercaseaux, "Viola volcánica", en *Rocinante*.



Ahora, ¿cómo se explica su permanecía, en un contexto, como dije, tan adverso a una realidad como la suya? ¿Cómo es esta cultura popular que ni la elite intelectual ni los medios de comunicación ni las industrias culturales conocen, y cuando creen conocerla, la niegan, la reducen? Aquí confluyen varios elementos. El primero de ellos tiene que ver con la presencia misma de Valparaíso como puerto dentro del Pacífico-Sur. El Barrio Puerto, dadas sus condiciones geográficas y económicas, generó —o dio las condiciones necesarias para que en estas costas se desarrollara— un tipo de cultura y de sociedad populares. De ahí que nos atrevamos a señalar que esta cultura no es ni puramente tradicional —porque desde mucho antes ya casi no había presencia indígena—<sup>16</sup> ni tampoco plenamente moderna ya que (y creo no exagerar en esto), al ser antípodas del mundo, de buena forma lo impedía, mantiene, pues, un diálogo entre estas dos realidades; lo que posibilitó que en estas costas, dada la heterogeneidad de mundos que se vinculaban entre sí y la forma particular con que lo hacían, eminentemente a partir del trabajo marítimo-portuario —sin dejar fuera por supuesto su trazado y arquitectura, que vienen a ser una respuesta a un medio geográfico y topográfico muy particular, así como su clima, etc., etc.—, se desarrollara y diera fruto finalmente un tipo de cultura fuertemente arraigada en la clase trabajadora, en el acervo popular de su gente.

Otro factor no menos importante que éste, y que responde a las condiciones socioeconómicas que se estaban dando en esta parte del mundo, tiene que ver con el tipo de sujeto, de persona que en este puerto desembarcó. Su procedencia, sus intenciones para con Chile o Valparaíso,

---

Santiago de Chile. Año III, N° 32, febrero, 2000, pp. 21-22 y Leonidas Morales, “Violeta Parra: la génesis de su arte”, en *Hispanoamérica*. Santiago de Chile. N° 52, 1989, pp. 18-30).

<sup>16</sup> “Habitábala esa raza especial de aborígenes que conserva todavía su tipo, su nombre y hasta su humilde ejercicio de la mar: los antiguos *changos*”. *Memorial de...*, 13. (Citado de Benjamín Vicuña Mackenna. “Aborígenes: los Changos”, *Historia de Valparaíso*). Por su parte, el alemán Paul Treutler también hace lo propio: “Aborígenes apenas existían; eran de color cobrizo, muy robustos, de estatura media, cabello grueso, negro y abundante, ojos pequeños, algo punzantes, frente baja, nariz un tanto achatada y con grandes ventanas, poca o ninguna barba, pómulos salientes, dientes chicos, muy bellos y bien conservados, y orejas, manos y pies pequeños”. Paul Treutler. *Andanzas de un alemán en Chile (1851-1863)*. Santiago de Chile. Editorial del Pacífico, 1958, p. 43.

su historia de vida, en fin, su *estar* en el Puerto fue fundamental para que se moldeara un estrato sociocultural de corte popular y cosmopolita a la vez. Y por último, porque, como dije más arriba, esta cultura popular descansa sobre la base de un ser y de una identidad que tiene como elemento depositario fundamental, por una parte, toda una larga tradición mestiza (“...los pueblos indígenas, africanos, hispanoandalusíes y, en su conjunto, mestizos de Hispanoamérica”)<sup>17</sup>, y por otra, a europeos: aventureros, enfermos, desertores, fugitivos que, por una u otra razón en muchos casos eran, literalmente, *echados a tierra*. Y donde no les quedaba otra opción que hacer de Valparaíso su nuevo —y muchas veces su definitivo— hogar.

Todo esto, en suma, me inclina a pensar —y a sentir— que efectivamente la existencia de una forma de vida cuyos rasgos se mueven entre la tradición y la modernidad, entre el pasado y el presente, entre un saber popular —propio— y otro moderno —espurio—, al parecer resulta no sólo posible sino también y por sobre todo, necesaria. Lo que se dio en este lugar difícilmente se dio en otras ciudades chilenas. Valparaíso, por entonces puerta y ventana del mundo, antesala con otros puertos del continente, canal de comunicación permanente entre el interior y la capital del país, representó el espacio geográfico, comercial y político para que la elite republicana de turno emprendiera su gran proyecto histórico: consolidar las bases de la nueva nación chilena<sup>18</sup>. Y para eso se debía considerar una serie de nuevas medidas que iban desde lo más básico y elemental como el mejoramiento urbano<sup>19</sup>, por ejemplo, hasta aspectos

---

<sup>17</sup> “Literatura y Cultura Popular...”. (Apuntes...).

<sup>18</sup> El concepto *Nación*, definido históricamente como una construcción política de la modernidad, responde a un cierto ideal político-institucional que se instala en el mundo a partir de la Ilustración y la Revolución Francesa. Hoy en nuestro medio es posible obtener una doble idea de Nación, que se contraponen: la nacionalidad chilena ha sido una construcción hecha desde arriba, una creación desde el Estado, la primera; y una segunda, en que las naciones y los sentimientos nacionales son anteriores a su constitución como Estado. Ver, en forma más detallada, Capítulo 2, pp.38 y 42, citas 41 y 50, respectivamente.

<sup>19</sup> El que comprendía, entre otras cosas, la “reducción de los cauces que bajaban de las quebradas, la introducción de un servicio de agua potable, [...], los trazados y el empedrado de calles, el mejoramiento de las vías de conexión entre los cerros y el plan”. Consejo de

de orden más complejo que tenían que ver con cuestiones de tipo político-sociales como, entre otras tantas, el disciplinamiento de su *heterogénea muchedumbre*.

Se hallan aquí, pues, en este nuevo y trascendental cambio que sufrió la ciudad de Valparaíso, los cimientos de la nueva República y con ellos el alto costo que toda esta transformación implicó.

**PRIMERA PARTE. En la Ventana de los  
Estudios Culturales**

## Capítulo 1. La Historia de los 'Vencidos' (Reflexiones sobre la memoria y la voz populares)

'Vencedores' y 'Vencidos' resultan ser dos categorías tan falsas como el sistema que las inventa. Las fórmulas esencialistas del pensamiento occidental con las que los invasores europeos construyeron la Colonia, y los patricios nuestras naciones latinoamericanas; las oposiciones jerárquicas binarias con las que nuestras pseudo-burguesías consolidaron un orden donde lo superior y lo inferior, lo bueno y lo malo, lo claro y lo oscuro, lo bello y lo feo, lo deseable e indeseable estaba reglado por sus propios intereses, encontraron en la Historiografía (en tanto a través de ella se forma una conciencia cívica y luego una conciencia histórica) una de las mejores armas para disfrazar de moderno y civilizado un sistema injusto, por excluyente.

Esta configuración ideológica con que la cultura hegemónica entendía y construía el mundo, en la medida en que por un lado se reprodujo en distintos ámbitos del saber (literatura, sociología, antropología, etc.), y por otro se volvió acción directa (ejercicio del poder) en la representación política de los gobiernos oligárquicos, permitió la legitimación como sujeto nacional o ciudadano, sólo de un grupo —por lo demás reducido— que guardaba aquellos valores políticos y morales del sistema y que consecuentemente estaban de alguna u otra manera relacionados con los 'héroes' y 'hombres ejemplares' que construyeron las naciones. Esta acción de las elites (arrogarse la soberanía de una identidad nacional) era pues inseparable del control y poder de decisión que tenían dentro del Estado y les otorgó, por tanto, la posibilidad de ser sujetos históricos, si se entiende la historia, dentro del mismo pensamiento hegemónico, como una ciencia general de los 'grandes hechos y personajes'<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> Lo que equivale a decir que hemos sido depositarios de una historia oficial, monolítica y conservadora, y que tiende a concentrarse exclusivamente en las totalidades, en lo general-estático, marginando cualquier intento de presentar lo 'particular en movimiento'; aquello que inestabiliza el sistema: las masas populares, el proletariado, el peonaje, el mundo del

Simultáneamente, y por efecto de este mismo constructo, la masa proletaria, los indígenas, los descendientes de esclavos africanos, los otros inmigrantes: europeos que no se enriquecieron, asiáticos y árabes, la mujer, etc.; en resumidas cuentas, los marginales del sistema, los diferentes, es decir, quienes pertenecen a una cultura construida según otra cosmovisión (acaso más cercana a la libertad o no represión), se volvieron invisibles, ahistóricos, acompañantes de comparsa, seres de segundo y tercer orden, cifras electorales, carne de cañón, peligrosos, enfermos, anacrónicos, folclor, lastre para el progreso y la civilización.

Dicho sistema no sólo nunca reconoció que nuestras naciones fueron construidas física, económica y culturalmente gracias al trabajo y resistencia ideológica de esta gran masa heterogénea, sino que trató además de barrer con la diferencia, y cuando no lo logró por la fuerza, utilizó el mecanismo fundamental de su perpetuación en el poder: la internalización, en los marginales de ese desprecio por la diferencia. La burguesía hipotecó, de esta manera, la construcción de una verdadera nación diversa y democrática.

---

bandidaje, en fin, el 'bajo pueblo'. Se trata de una historia —según Salazar— que no está en condiciones de desenvolver en el chileno medio una conciencia ni social ni moderna para 'hacer historia'. Para lo cual plantea que esas masas populares deben “cultivar su conciencia histórica y su capacidad para hacer historia social y efectivamente”, construyendo “su propio paradigma histórico y desarrollar una específica ciencia popular”, que privilegie en todo momento el desenvolvimiento del proceso social de humanización. Dicho de otro modo, lo que se propone es la creación de una nueva historiografía de carácter popular que impulse la proyección universal de esa identidad. Y desde ahí buscar y privilegiar otro sujeto, distinto a esos 'hombres ejemplares' que levantaron un sistema nacional clásico y que luchan por preservar su estabilidad. En la medida que se identifica (y que viene a ser ese/a hombre/mujer del 'bajo pueblo'), se valora negando la existencia del otro, diciendo que *ahí* está la historicidad del país, desde *ahí*, según este nuevo enfoque, se puede hacer una nueva historia. (Gabriel Salazar. “Chile, historia y 'bajo pueblo’”, en *Proposiciones*. (Nº 19). Santiago de Chile. Sur. (Julio, 1990), pp. 7-16). El énfasis es nuestro. Visión ésta que, dicho sea de paso, a juicio de Larraín, “bordea el idealismo”. Jorge Larraín. *Identidad chilena*. Santiago de Chile. LOM, 2001, p. 179.

De ahí que la Historia —clásica y uniformadora— que se pretende enseñar sempiternamente y que aún hoy muchos de estos grupos marginales creen única, sea la de los curas evangelizadores de la colonia, la de Pedro de Valdivia, Pizarro, Hernán Cortez, Bolívar, O'Higgins, Portales..., Pinochet y nunca la historia de alguno de los reductos fronterizos con Bolivia del pueblo Aymará, de los esclavos que se comercializaban en Valparaíso en el siglo XVII<sup>21</sup>, de las migraciones caribeñas que a principios de siglo XX llegaron a este mismo

---

<sup>21</sup> “En los historiadores chilenos del siglo XIX se convirtió casi en un lugar común la afirmación de que en Chile fue tan escaso el número de negros que llegó durante el período colonial que estos *no tuvieron influencia visible alguna en la formación de la raza chilena*. Si bien el hecho de la falta de influencia negra en las corrientes sanguíneas de los chilenos es efectivo, investigaciones más recientes han demostrado que fueron muchos los negros que llegaron a Chile en los años de la conquista y de la colonia, y que los factores que determinaron la *eliminación de su aporte étnico* fueron, por una parte, la violenta repulsión que las mujeres indígenas, mapuches, principalmente, sentían por el africano, lo que frenó el *único* mestizaje posible para los negros, y por otra, el clima chileno que hacía decaer rápidamente su vitalidad y en pocos años los mataba por la tuberculosis. Tal vez el alcoholismo y los malos tratos hayan sido también factores coadyuvantes en este aspecto, pero cualquiera que haya sido la causa *es evidente que los negros no influenciaron en la formación de la raza chilena* [...] Valparaíso que hasta entonces había sido el puerto de entrada de los esclavos negros que comerciantes o armadores traían desde el Perú, se convirtió en el más activo mercado negrero del Pacífico-Sur, ya que los traficantes que los traían a través de los Andes los vendían en las playas de Valparaíso a los comerciantes limeños, que venían a comprarlos aquí, de la misma forma que hoy se va a elegir animales a una feria”. (Citado de Francisco Le Dantec. “El mercado de esclavos”, en *Crónicas del viejo Valparaíso*. Universidad Católica de Valparaíso. Ediciones Universitaria, 2003, pp. 66-70). Los énfasis nos pertenecen. A partir de esta cita, destacamos el hecho que efectivamente se reconoce la presencia negra en Valparaíso, no obstante desacordamos con su autor en cuanto a la no influencia por parte de la etnia africana en nuestro acervo identitario; y esto porque la mirada del investigador se reduce sólo al aspecto racial, étnico y no al cultural en su conjunto. Niega o desconoce la transculturación afrodescendiente porque su mirada está puesta en el color de la piel, en el factor externo, en su carácter físico y tangible y no en las manifestaciones que componen la intangibilidad de las culturas; los mundos subjetivos, imperceptibles, pero no

puerto, de la vida de la mujeres mapuches que llegaron a la ciudad capital a mediados del siglo pasado, de los cinturones de miseria de nuestras megalópolis latinoamericanas, de la vida bohemia, de prostitutas, *cafiches*<sup>22</sup>, asesinos y ladrones de nuestros puertos, de las organizaciones obreras durante la última dictadura chilena..., etc., etc.

Echar luces sobre todo esto no pretende ser un signo de desesperanza, sino todo lo contrario: conociendo la estrategia que han utilizado durante siglos las distintas hegemonías y con la cual han pretendido introducir la idea de vencedores —a unos— y vencidos —a otros—, podemos estar en condiciones de reescribir la nación. La clave se halla en el reconocimiento de la diferencia, en empezar a despojarse de esas ideas esencialistas que nos hablan de identidades y morales innatas, para reivindicar la *otredad*. Porque toda identidad es construida de acuerdo con un proceso constante de contacto entre el centro de poder y el subalterno; ambos se modifican continuamente. Y aunque el 'dominante' pretende asimilar al 'dominado', este último logra un anclaje identitario en virtud de una cosmovisión históricamente consolidada que se resiste al borramiento. Por lo tanto, toda identidad responde a procesos históricos y sociales particulares<sup>23</sup>.

---

por eso ausentes. Como son las comidas, los bailes, el lenguaje, la religiosidad, las formas de sentir y de mirar el mundo. El aporte africano está presente en toda nuestra Latinoamérica de distintas y variadas formas. Es un error determinar su presencia exclusivamente a partir del color de la piel. A propósito, lamentamos la falta de estudios que asuman esta nueva y desafiante mirada con respecto a la influencia africana en nuestra formación identitaria.

<sup>22</sup> *Cafiche*, sujeto popular mantenido por las prostitutas a cambio de protección y cuidado. Muchas veces marido de éstas.

<sup>23</sup> La idea de 'otredad', además heterogénea, es la que más se aproxima a la realidad de la cultura latinoamericana. Así lo explica Franklin Miranda a propósito de uno de los grupos marginales 'vencidos', los afrolatinoamericanos. “Por un lado nos permite derribar las ideas nostálgicamente puristas de un hombre africano inmutable en América, por otro lado nos muestra que los negros africanos y sus descendientes, como comunidad transplantada y sometida a explotación, nunca sufrieron una deculturación total, sino que, por el contrario, potenciaron en una matriz africana, las nuevas experiencias y contactos tanto con los



El caso de la cultura popular, que nos concita en esta investigación, debe entenderse dentro de la premisa antes señalada, no como inferior o menor, sino como *otra*. El sujeto popular responde justamente a una visión de mundo opuesta a aquella que lo margina. Esta gran masa hace desde abajo a la nación y la sostiene realmente —al punto que le da sus particularidades—, se constituye contrahegemónica por diversos aspectos: 1) Más que vivir en sacrificio y orden coercitivo, satisface sus placeres y busca ser libre. 2) Más que pensar en un tiempo lineal donde la acumulación se vuelve garantía de supervivencia, su accionar corresponde a un tiempo circular y presente donde la idea de lo comunitario le permite ser feliz. 3) Más que un orden racional y rutinario, el centro vital lo constituye el desborde y lo inesperado. 4) Más que de una escuela formal, su sabiduría nace de la experiencia. 5) Más que una Historia de grandes hombres, la suya es un cúmulo de particularidades que crean y recrean un modo de ser entre lo mágico y lo real.

Como vemos, la clave para entender la cultura popular está en la comunidad. Por esto mismo, su medio de comunicación por excelencia va a ser lo oral que, a diferencia de lo escrito, es de todos y para todos, inmediato, informal, directo e implica al menos el espacio compartido de dos personas. Sus múltiples manifestaciones —chistes, anécdotas, canciones, coplas, antipoesía, etc.—, se convierten en el soporte sobre el cual el sujeto popular dice y se dice con sus rasgos identitarios, pero sobre todo con su historia. Aquí se encierra la memoria<sup>24</sup>, aquí se expresa su voz<sup>25</sup>.

---

colonizadores como con los amerindios. Todo lo cual dio como origen una cultura 'otra', afrolatinoamericana, que varía de país en país según procesos sociales distintos, pero que en su conjunto demuestra ese continuo choque cultural (resistencia y transculturación) que, construido a través de nuestra historia, le da a la comunidad una particularidad identitaria”. Revisar, al respecto, Franklin Miranda Robles. “Adalberto Ortiz y Nelson Estupiñán Bass. Hacia una narrativa afroecuatoriana”. Tesis para obtener el grado de Magíster en Literatura Chilena e Hispanoamericana. Universidad de Chile. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2004.

<sup>24</sup> Añadamos además que: “La memoria pública e historiográfica no son, sin embargo, ni la única memoria, ni el único criterio de verdad. A la larga, de mayor peso y trascendencia es la memoria social. Sobre todo, la memoria —privada pero colectiva— de las mayorías

La Historia oficial no recoge esta memoria por considerarla subjetiva. El sistema no escucha con respeto esta voz por considerarla irracional. Repensemos este asunto. La Historiografía — conservadora— pretende ser objetiva y sólo registra personajes y hechos que cambian

---

ciudadanas que han estado sujetas, por décadas y aún siglos, a la exclusión, la pobreza, el empleo precario y la represión”. Sergio Grez y Gabriel Salazar (comps.). *Manifiesto de historiadores*. Santiago de Chile. LOM, 1999, p. 35.

<sup>25</sup> Nos parece pertinente agregar aquí lo que señala Nicanor Parra respecto de su obra poética y su relación con el lenguaje hablado, de donde nace, por cierto, su particularidad. “En mi poesía actual, trato de oponer a la voz impostada de la poesía tradicional, y aun de algunos poetas contemporáneos, una voz natural, la voz de la conversación diaria. Es la eterna lucha de los que buscan formas nuevas y temas nuevos contra la posición académica, que se va renovando y cambiando de rostro de generación en generación, pero permanece académica. Sólo usando el lenguaje hablado se puede llegar al pueblo y hacer una poesía progresista. Por eso que la característica fundamental de la antipoesía es la libertad. No tiene nada que ver con la literatura, sino con la vida. Se escribe en lenguaje directo y la ironía y el humor son condiciones básicas”. (“Mi amor está en el proletariado”, en *The Clinic*. Santiago de Chile. Número especial. Año 6, (21.10.2004), p. 41. (Entrevista de José Donoso a Nicanor Parra, 27 de julio de 1960). (Citado de Cecilia García Huidobro. *José Donoso. El escritor intruso*. Ediciones Universidad Diego Portales). Y en otra fuente se señala lo siguiente: “El poeta [dice Nicanor Parra] es un hombre como todos”. Su lenguaje debe ser una forma lúcida de la vida cotidiana, donde la sabiduría mundana y la pasión desmitificadora se opongan a “la poesía de gafas oscuras y sombrero alón” del escritor “ratón de biblioteca”. Parra, consecuente con sus ideas, es autor de lo que él ha llamado “antipoesía”, un proyecto sistemático de la recuperación del habla empírica, una búsqueda —a través del humor peculiar, la sobriedad irónica, las palabras antiolemnes y la reafirmación paradójica— de un campo verbal fresco para la poesía. Su anticonformismo y la profundidad significativa (sin ambages) de sus poemas han dado un carácter subversivo a su obra, heredada de la tradición iniciada por Pablo Neruda y César Vallejo, entre otros. Nicanor Parra. *Poemas para combatir la calvicie. Antología*. (Julio Ortega -comp.-). México. FCE, 1993, (contratapa). Más detalles, véase luego, Capítulo 3, pp. 64-66.

globalmente una sociedad; razón por la cual a lo largo de su desarrollo ha ejecutado una desigual distribución de la conciencia histórica entre los chilenos. Como resultado, algunos chilenos son *más* históricos que otros<sup>26</sup>. Olvida entonces que debajo —el lugar no es decisión propia— de aquellos héroes siempre está una masa popular que es la que permite producir sus grandes acciones y a quien le afectan directamente las consecuencias. ¿No es entonces, más subjetiva aquella Historia que invisibiliza actores y efectos que aquella memoria popular que cuenta desde la experiencia cotidiana cómo realmente sufrió los acontecimientos?

De otro lado, se invalida la voz popular por su poca *cientificidad* y *realismo*. Aunque las expresiones orales estén plagadas de hechos extraordinarios, el sujeto popular no inventa. Entiende el mundo desde una cosmovisión donde los sucesos no pueden diferenciarse en categorías de realidad y ficción. Y es que su ser libertario rompe constantemente los límites de un 'mundo real' creado por el pensamiento occidental. Su supervivencia depende de explicar las cosas y los eventos de acuerdo con ese orden *otro*, mágico y propio. Entonces, ¿dónde hay ficción y dónde realidad: en una Historia que inventa intencionalmente lugares, sujetos y hechos con el fin de perpetuar un sistema burgués-militar o, por ejemplo, en una cueca donde existen experiencias vitales reales, cargadas de hechos, cuyos protagonistas sólo pueden explicar y justificar según su modo de vivir el mundo?

La necesidad de atender a la memoria popular radica, por lo tanto, en dos hechos fundamentales. Por un lado, nos permite descubrir que pese a todos los intentos de crear una Historia y una identidad de 'vencedores' —sea a través del borramiento, la asimilación o la simple negación—, el sujeto popular nunca ha sido vencido. Por el contrario, pertenece a una cultura de la resistencia que si bien ha filtrado elementos de la hegemonía, también ha modificado a esta última y, lo que es más importante, nunca se ha despojado de su substrato cosmogónico. Por otro lado, reconocer esta resistencia abre la posibilidad de reescribir una historia e identidad nacionales más justas, donde todos aquellos grupos marginales ocupen su verdadero lugar.

---

<sup>26</sup> *Proposiciones...*, 11.

## CAPÍTULO 2. ...y ese mar que tranquilo te baña te promete futuro esplendor<sup>27</sup>. (VALPARAÍSO: REPÚBLICA DE CHILE)

Después de ausentarse un largo período debido al trabajo minero que lo mantenía ocupado tanto en el norte —principalmente la zona de Caldera y Copiapó— como en el sur del país —en especial la Araucanía y Valdivia—, el alemán Paul Treutler recuerda así su reencuentro con la ciudad en el año 1863:

¡Qué inmensos progresos había hecho Valparaíso en los últimos años! Se había construido un hermoso muelle de embarque, al lado del cual se levantaba el magnífico edificio de la Bolsa, con las oficinas del capitán de puerto y de los funcionarios de Aduana. En el puerto se habían construido grandes diques; estaban terminados los amplios almacenes de la Aduana. [...]; en la Plaza del Orden, que antes estaba rodeada de edificios inaparentes, se encontraban ahora grandes construcciones. [...] Desde la Aduana, situada en la extremidad meridional de Valparaíso, corría un tranvía de sangre hasta la punta Norte del Puerto. La municipalidad había adquirido algunas quintas, en las que se formó un solo y gran parque donde se realizaban conciertos y se reunía la mejor sociedad porteña. Se había construido también un gran mercado, con estructura de fierro, y un excelente camino conducía a través de la Cordillera de la Costa. Se habían establecido nuevas líneas de vapores por el Estrecho de Magallanes a Europa. Muchos comerciantes, sobre todo alemanes, que había conocido como

---

<sup>27</sup> Versos decasílabos de la sexta estrofa del Himno Nacional de Chile. “El gobierno de Chile solicitó en 1874 al entonces joven escritor y funcionario del ministerio del interior, Eusebio Lillo (1826-1910), que escribiera el Himno Nacional, ya que el anterior, elaborado en 1819 por el argentino Bernardo de Vera y Pintado, era excesivamente antiespañol. Lillo conservó el coro primitivo y no pocas ideas desfavorables a España. La música, compuesta en 1828 por Ramón Carnicer (1789-1855), se acomodó con alguna dificultad al nuevo texto”. Hugo Montes y Julio Orlandi. *Libro de lectura séptimo año básico*. Santiago de Chile. Editorial del Pacífico, 1967, pp.154-156.

simples júniores a mi arribo de Europa, se habían retirado entre tanto con fortunas de centenares de miles de pesos al Viejo Mundo<sup>28</sup>.

Pero, ¿por qué tanto asombro si no es la primera vez que este alemán andariego se refiere a la ciudad? No pocas veces la describe. Páginas y páginas de su memorable libro las ocupa en mostrarnos bajo su prisma eurocéntrico esta ciudad que le fascina tanto como le espanta. Y es que lo que estaba ante la mirada de Treutler no era lo mismo que había visto hace doce años, en 1851, cuando, venido en el *Phoenix* desde las costas de Hamburgo, atracó por primera vez en el puerto de Valparaíso. Frente a sus ojos se hallaba una imagen distinta del Puerto. Pareciera que con la llegada de los 50 desaparece una parte de la ciudad para ser relevada por otra, más diligente, menos solariega. Cambios que, claro, un extranjero como él no podía sino hacer notar. Efectivamente, la ciudad había dejado de ser ese pequeño poblado cuyas estrechas calles eran ocupadas por unos cuantos almacenes aduaneros, formando...

...un anfiteatro que alcanza de 800 a 1.000 pies de altura y que no presenta belleza alguna, ni de forma ni de color. La ciudad, situada al pie de aquel, parece haberse agrupado —en desmedro suyo— alrededor de dos o tres torres y de haberse salvado de caer a la bahía, por una ingeniosa construcción de pilares entrecruzados. A la derecha hay una gran cantidad de pequeños objetos cuadrados y enlucidos que parecen haber caído del cielo y, alojándose dondequiera que aterrizaran, han formado una parte de la ciudad *el cerro* y el plano. Galerías y escaleras, elocuentes testigos del ingenio de sus construcciones, dan acceso a estas curiosas habitaciones [...] Valparaíso es, por cierto, el agujero más horrible de las costas del mundo, a excepción de uno o dos fuera de él, que se encuentran cerca. La bahía es, además, sumamente insegura durante muchos meses del año. Sin embargo, debido a su posición, es el primer puerto comercial de Sudamérica<sup>29</sup>.

Aunque la realidad de sus cerros y vericuetos no había cambiado casi en nada, excepto quizás por el crecimiento imperturbable de su población (cada vez más mísera, sufriendo y no siendo, en general, favorecida con los *nuevos* tiempos), los cambios a juicio de este alemán trotamundo se habían producido en la planicie, principalmente en torno a la bahía y sus alrededores. En esta breve pero significativa reseña, vemos cómo, con asombro y admiración, Treutler describe *hermosas, magníficas, amplias, excelentes* construcciones que le daban a la

---

<sup>28</sup> *Andanzas de un...*, 560-561.

<sup>29</sup> *Memorial de...*, 199-200. (“Visión de Valparaíso...”).

ciudad un rostro distinto, muy similar acaso a cualquier puerto europeo. En el fondo, lo que Treutler veía en Valparaíso —o mejor dicho, en una parte de él— era lo que en sus años de ausencia no había visto en ninguna otra ciudad chilena: un continuo proceso de transformación hacia una incipiente modernización de expansión y de crecimiento urbano. Valparaíso estaba siendo a ojos vista de cualquier ciudadano europeo, lo que para la elite o burguesía comercial era —o debía ser— el modelo ideal de ciudad y, por añadidura, de país. En efecto, para los propósitos que por entonces se estaba fijando nuestra clase dirigente era necesario contar con un lugar abierto al mundo, libre de trabas moralizantes que dejara atrás el pasado colonial, y sobre todo, dispuesto a mudar el ropaje chato de una oligarquía demasiado mimada por el de una burguesía trabajadora, eficiente y declaradamente ambiciosa. Y *ahí* estaba Valparaíso. No había más que invertir para recibir luego los beneficios de una economía que recién se abría al mundo y que, por lo mismo, prometía engrosar los bolsillos de una nueva y esperanzada sociedad chilena.

Valparaíso de esta manera no sólo otorgaba esa posibilidad inestimable para la elite criolla sino que además aseguraba lo que, según Portales, constituían los dos principios básicos que requería esta nación: riqueza y poder. Don Diego lo tenía claro desde mucho antes. Valparaíso representaba para un hombre con su temple, el lugar apropiado para que desde entonces los gobiernos cumplieran la *obligación fundamental* que les competía como tales: otorgar las condiciones necesarias para el pleno y adecuado desarrollo de los negocios. Desde aquí, desde esta ciudad, en los 30, Diego Portales, condujo el país, administró sus negocios, hizo aportes importantes en materia de inversión y tecnología, innovó en asuntos marítimo-portuarios y, por supuesto, se empinó como un próspero hombre de negocios: rico, moderno, pragmático<sup>30</sup>. Prestigio sin duda que resulta meritorio pero que al momento de establecer relaciones de tipo sociales con el resto de la población, como el *vecindario decente* de Santiago, por ejemplo, no

---

<sup>30</sup> B. Subercaseaux rescata en la persona de Portales el que haya sido uno de los pocos comerciantes chilenos de entonces que con sus negocios participó “en los tres ámbitos que en esa época podían concurrir a la formación de un sector empresarial de empuje nacional: la agrícola, el minero-fundidor y el del comercio, prestamistas y habilitadores”. Bernardo Subercaseaux. *Historia, literatura y sociedad. Ensayos de hermenéutica cultural*. Santiago de Chile. DOCUMENTAS, CENECA y CESOC, 1991, p. 20.

le sirvió de mucho. Recordemos el juicio que de la alta sociedad el empresario tenía, a quienes con frecuencia trataba con público desdén por cuanto representaba, según él, aquella vieja y anquilosada forma de hacer política<sup>31</sup>. En otras palabras, había una especie de desconfianza por parte del triministro respecto a *ese* típico discurso oligárquico liberal, abstracto, *novelesco* (caballeros de levita discutiendo en un salón la *cuestión pública*); para él la política debía ser ante todo una actividad práctica que permitiera el despegue económico y comercial del país, y para eso se requería de un gobierno fuerte e impersonal que diera garantías y que al mismo tiempo fuera compatible con dicha empresa. El Puerto, en suma, representaba para Portales y para todos los de su clase, el lugar óptimo, apropiado, *la ciudad deseada*, la potencialidad marítima y mercantil que un país como el nuestro necesitaba<sup>32</sup>. Se veía así materializado el ideario portaliano cuya imagen servirá más tarde de molde para organizar el conjunto de la nación: la República de Chile. Pero, ¿a qué costo se produjo todo esto? La respuesta la dejaremos para después. Sólo un dato. A propósito de la delincuencia que por esa época se producía en Valparaíso, Federico Walpone, marino oficial inglés, comenta:

Don Diego Portales —uno de los hombres a quienes la naturaleza parece colocar siempre, precisamente, donde hace falta—, al ser designado gobernador, procedió con todas sus energías a limpiar estos establos de Augias. Organizó la policía nacional. [...]. Enseguida, formó dos brigadas muy eficientes de guardianes: una para la noche; la otra para el día, y que llevan los nombres de serenos y vigilantes, respectivamente, [...]. Es admirable cómo se puede conseguir tanta omnipresencia, por tan pocos, en un lugar tan extenso. [...]. Ellos [los serenos] mantienen un perfecto orden y, exceptuando la violencia momentánea de algún gaucho ebrio, uno se ve tan protegido contra los insultos, aquí como en Londres<sup>33</sup>.

Treinta años más tarde, sin embargo, cuando Treutler maravillado auscultaba esta ciudad ya no estaba Portales (muere en 1837); pero sí su legado. Valparaíso por entonces era el

---

<sup>31</sup> Es sabido el desprecio, la burla y la arrogancia con que Portales constantemente se refería a la alta sociedad santiaguina. Hecho que queda plasmado notoriamente en la novela de Jorge Guzmán, *La ley del gallinero* (Santiago de Chile. Sudamericana, 1998, 392 pp.).

<sup>32</sup> *Historia, literatura y...*, 11-40.

<sup>33</sup> *Memorial de...*, 201-202. (“Visión de Valparaíso...”).

escenario donde se estaba llevando a cabo el ensayo general de lo que más tarde sería este país *modelo*, de inspiración portaliana y cuyo elenco estaba a cargo de una poderosa elite castellano-vasca, inglesa, alemana, italiana y de otras nacionalidades<sup>34</sup>. Efectivamente, después de 1850 y durante toda la segunda mitad del siglo XIX, Valparaíso será otro. Experimentará en todas sus áreas un importante adelanto respecto de otras ciudades del Pacífico-Sur. Desde entonces, las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales no sólo de Chile sino que de la mayoría de los países de la región, sufrirán profundos y trascendentales cambios que inauguran el desarrollo de una realidad nueva, global y europea, llamada Modernidad. Al respecto, creemos, que sólo desde un discurso político y cultural es posible señalar —sin caer en entabadas contradicciones— que en nuestra América hubo una verdadera modernización; no podemos hacer lo mismo con respecto a otras áreas, menos en lo económico, ni siquiera en términos reales, no discursivos. En la medida en que se mantuvo una oligarquía dotada de todos los privilegios y una participación (real, queremos decir) casi nula del pueblo<sup>35</sup>, la modernización fue sólo eso, un *discurso*, integrador y todo lo que se

---

<sup>34</sup> La historiografía porteña, al estudiar la inmigración y su influencia en la sociedad, señala que sólo un pequeño porcentaje (el 7%) de los extranjeros se integraron a la elite de la ciudad. El resto, que mayoritariamente procedía de marineros desertores, se funde en la sociedad y resulta difícil identificarlo. No obstante, pese a lo reducido de este grupo en comparación con el resto de la población, fue capaz de “marcar a la sociedad de un espíritu pragmático y utilitario poco común en Chile, manifiesto, por ejemplo, en el sentido económico que tuvieron del tiempo, y en el valor que le atribuían al trabajo, al comercio y al dinero, en particular”. (Santiago Lorenzo y otros. *Vida, costumbres y espíritu empresarial de los porteños — Valparaíso en el siglo XIX—*. Valparaíso. Universidad Católica de Valparaíso. Instituto de Historia. Facultad de Filosofía y Educación. Serie Monografías Históricas, N° 11, 2001, p. 8). Agreguemos también lo que señala M. Salinas en cuanto al carácter de esa minoría principalmente vasca-chilena quienes, según él, habrían aportado al proyecto modernizador “su probado espíritu de seriedad, disciplina, cálculo y equilibrio, en ese momento imprescindible para la expansión de la civilización material de Occidente”. Maximiliano Salinas. *Risa y cultura en Chile*. Santiago de Chile. ARCIS, 1996, p. 27.

<sup>35</sup> Aclaremos que el término 'pueblo' tan usado por la historiografía marxista, admite en su devenir histórico más de una acepción ya que, como señala Gabriel Salazar, “puede ser un



quiera decir, pero a fin de cuentas un *discurso*, un imaginario que, en lo concreto, fue —y lo sigue siendo tal vez— bastante restringido. Como fuese, es innegable que desde ese momento en América Latina se estaba llevando a cabo un proceso de modernización que iba adquiriendo cada vez más renovados bríos, otras lógicas, profundizándose y expandiéndose en casi toda la región. En un contexto más amplio, diremos que se trata de un período presente en todas las áreas de Latinoamérica, en que la clase dominante nacional intenta “crear un proyecto de gran amplitud, encaminado a asegurarse la hegemonía económica, social, política y cultural en el seno de su propio país”; el cual, a lo largo de más o menos ochenta años (1850-1930), se articulará en base a tres etapas distintas: su elaboración, su consolidación y su definitivo desmoronamiento. Por otra parte, este proyecto histórico que asume la clase dirigente viene a representar también una *respuesta positiva* frente a los nuevos fenómenos que estaban acaeciendo a escala internacional. Por entonces, estabilidad,

---

término volante que se podría aplicar a muchas situaciones”. Por ejemplo, en la Colonia, el pueblo “no era otro que el grupo de terratenientes-conquistadores que, habiendo fundado una ciudad, residían en ella para discutir comunalmente sus negocios”. En tanto que en la sociedad portaliana, “los constituyentes-mercaderes de 1883 impusieron la idea de que el *pueblo* lo formaban los ciudadanos que, habiendo logrado acumular riqueza mobiliaria e inmobiliaria hasta más arriba de un cierto mínimo, se ganaban el derecho a votar”. Y por 1915, agrega el historiador, “se creía que el *pueblo* no era sino el conjunto de la nación, que ambos constituían un sujeto histórico único fundado sobre el sentimiento común del patriotismo. Pero más tarde se estimó que el pueblo no podía ser más que la clase trabajadora, esto es, la que producía la riqueza económica de la nación”. Razón por la cual “no pocas veces se reservó la palabra *pueblo* para designar las masas indigentes del país”, o sea, “lo que los patricios de 1830 habían llamado el *bajo pueblo*”. De todas maneras, para los propósitos de este trabajo, optamos por aquel que define 'pueblo' como “aquello que sugiere de inmediato un colectivo social de cara al futuro, dueño de un caudal histórico vivo, y con el potencial necesario para transformar específicamente las situaciones dadas, o heredadas del pasado”. En todo caso, “la definición histórica de 'pueblo' es más una cuestión de sentido común —o, si se quiere, de impulso vital colectivo— que de virtuosismo intelectual”. Gabriel Salazar. *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. Santiago de Chile. LOM, 2000, pp. 10-11.

progreso y riqueza comenzaban a hacerse eco en las despabiladas mentes criollas transformándose luego en los derroteros ineludibles que toda sociedad moderna debía seguir. En el caso nuestro, pensemos, por ejemplo, en el capital inglés, cuyo interés estaba puesto hace bastante tiempo ya en nuestra riqueza minera, o en la transformación de estas mismas ciudades (calles pavimentadas e iluminadas, un teatro o la *alta* cultura europea, etcétera). Todo lo cual nuestra elite no pudo sino ver con buenos ojos, puesto que advirtió allí no sólo riqueza, prestigio y poder (razón de su existencia), sino también la posibilidad de “reabsorber las contradicciones desarrolladas en el curso de los treinta primeros años de vida política independiente”<sup>36</sup>.

No sólo se ordena la casa; también —y al mismo tiempo— se enriquece su dueño.

Por cierto, ¿no son estos los años en que la oligarquía latinoamericana se hizo más rica que nunca? No está de más referirnos al derroche y mal uso de sus altísimos ingresos. Por lo demás, nuestra literatura da ejemplos de sobra donde se ensalza la vida y costumbres de la alta sociedad chilena<sup>37</sup>. Las suntuosas residenciales, la adquisición desmesurada de bienes de lujo, los cuantiosos viajes por Europa, la compra interminable de tierras y más tierras a lo largo de todo nuestro territorio, etc., demuestran que la elite no sólo se permitió un tipo de vida casi principesco y que incluso le alcanzó para acumular grandes capitales (con los que intervino en la transformación de las *megalópolis*), sino que también afianzó un poder irrestricto en todas las áreas con el que fue subyugando gradualmente a la clase trabajadora; cada vez menos libre, más sujeta a los intereses del capital y en condiciones de vida y laborales continuamente más desfavorables. Y es tan así que cuando se estudia la *historia del 'bajo pueblo'*, uno puede darse cuenta que desde la República, e incluso antes, las masas de trabajadores se hallaron forzadas a aceptar tratos en muchos casos inhumanos por parte de sus

---

<sup>36</sup> Marcello Carmagnani. *La Gran Ilusión de la Oligarquía. Estado y Sociedad en América Latina*. Barcelona. Crítica, 1984, pp. 9-19.

<sup>37</sup> Un ejemplo egregio se observa en la novela *Casa grande* (1908), de Luis Orrego Luco (1866-1949).

patrones, legitimados por medio de un mismo tipo de contrato laboral, el 'de *peonaje*'<sup>38</sup>. Mirado desde esa perspectiva, ¿fue éste el costo que debió pagar la sociedad chilena —sacrificar a su clase trabajadora— a fin de alcanzar una Nación y un Estado modernos? ¿Responde esto a la pregunta que recién nos planteábamos? Creemos que sí.

Ahora bien, pese a su *notable grado de conciencia*, lo que le aseguraba a su vez ser la única apta —y *quién más que ella*— para administrar los asuntos públicos y privados, la oligarquía latinoamericana (o para el caso nuestro la elite criolla o aristocracia aburguesada), estaba lejos de transformar, efectivamente, por cierto, las viejas estructuras preexistentes. Y al verse imposibilitada —o desinteresada— de cumplir dicha tarea, lo que hace es *huir hacia delante*. O sea, como no pudo cambiar las viejas trabas heredadas del sistema de comercio colonial, las potenció; les dio una nueva orientación. Y en el fondo lo que hizo, al intentar conciliar lo nuevo con lo viejo, fue caer en una *contradicción fundamental*, lo que más tarde será la fuente de su temprano e inevitable fracaso. Resultó de esto lo que, según Carmagnani, desde un principio fue: *una gran ilusión*. Ilusión no por su intento frustrado, sino porque desde su partida pretendía *cambiar todo pero sin cambiar nada*. De esta manera, la utopía y el consecuente fracaso del proyecto oligárquico latinoamericano radica, para el estudioso, en “su quimera de europeizar el propio país sin alterar los antiguos mecanismos de base”, lo que al final lo convertía en “un proyecto antinatural, ahistórico y condenado al fracaso de antemano”<sup>39</sup>. Con todo, lo que se dio en el escenario latinoamericano fue pues un sistema artificial que en la medida que hubo riqueza y producción pudo respirar, pero cuando estas comenzaron a decaer no pudo sino entrar —para no salir más— de su aletargada e incurable crisis.

---

<sup>38</sup> *Peonaje*, 'acuerdo' que se traducía en un “salario desmonetizado, trabajo forzado, castigos físicos, servicio doméstico 'a mérito', desprotección en la faena, revisiones abusivas, barracones infectos, monopolio comercial de las pulperías, etc. [...]. Siendo una forma aberrante de proletarización, los contratos peonales estaban más cercanos al neo-esclavismo que al moderno salario industrial”. Gabriel Salazar y Julio Pinto. *Historia contemporánea de Chile I. Estado, legitimidad, ciudadanía*. Santiago de Chile. LOM, 1999, p. 146.

<sup>39</sup> *La Gran Ilusión...*, 100-107.

Por lo tanto, así como esta irrupción del capitalismo europeo produjo en la mayoría de los países latinoamericanos un *desquiciamiento* del sentimiento nacional, en Chile se vio particularmente reflejado en la elite, cuyo efecto le produjo el despertar de una nueva conciencia nacional; elemento que sirvió de base para que “a nuestras oligarquías no les quedara más remedio que echarse encima la obligación histórica de hacerle un hueco a la fórmula republicana pero con el proviso de una remoción previa y a fondo de sus contenidos democráticos”<sup>40</sup>. Y es de este modo pues cómo el Estado y la elite diseñan y promueven — desde arriba, claro está— una nueva concepción de *nación*<sup>41</sup>, donde la elite chilena “desempeña un rol fundamental en el proceso de nacionalización o *chilenización* de la sociedad, difundiendo e imponiendo a través de escuelas, prensa y otros mecanismos, un *nosotros*, un sentido de pertenencia, una suerte de etnicidad no natural, una especie de segunda naturaleza centrada en la idea de *ser ciudadanos de Chile*”<sup>42</sup>. En el fondo, de lo que

---

<sup>40</sup> Grínor Rojo, Alicia Salomone y Claudia Zapata. *Poscolonialidad y nación*. Santiago de Chile. LOM, 2003, p. 40.

<sup>41</sup> *Nación*: “...comunidad de personas que al menos en lo que concierne a su dimensión valórica existe 'antes' que todo eso, *es decir que existe antes del Estado*, y que desde ese 'antes' se siente/sabe dueña de un espacio, un territorio, y de un tiempo, una memoria colectiva, en cuyos beneficios todos los individuos que son los 'nacionales' confluyen y participan de manera espontánea, sensible, horizontal y transversal, y que por lo mismo, [...] precede si es que no cronológica *en cualquier caso éticamente* al ordenamiento (y por lo tanto a la división) de la sociedad en instituciones y grupos socioeconómicos diversos”. (*Ibid.*, 34-35). En el caso chileno, el surgimiento de la nacionalidad habría sido una creación político-institucional realizada desde la guerra de la Independencia, en ruptura con el pasado colonial cuyo legado tuvo menos peso que en otros países. Cabe también señalar una tesis distinta que plantea Alfredo Jocelyn-Holt, para quien no ha sido el Estado, sino la sociedad civil y la elite los artífices de nuestra nacionalidad. Ver, al respecto, Bernardo Subercaseaux. *Chile o una loca historia*. Santiago de Chile. LOM, 1999, p. 51.

<sup>42</sup> *Ibid.*, 49. Empresa ésta que Jocelyn-Holt describe de la siguiente manera: “El Estado recurre a todo el instrumental simbólico hasta entonces disponible: retórica, historiografía, educación cívica, lenguaje simbólico —banderas, himnos, escudos, emblemas, fiestas cívicas,

se trató fue de producir un ente homogéneo y compacto que resultó ser ese nuevo *sujeto nacional* dotado de una cierta identidad nacional y que más tarde culturalistas como Stuard Hall se solazan en deconstruir, señalando que dicho proceso no es más que una homogeneidad construida sobre la base de heterogeneidades negadas<sup>43</sup>.

De esta manera, no sólo se *crea* una nación sino que también se asume un rol compensatorio frente a una notable insuficiencia política de soberanía popular. Admite a su vez canalizar fuerzas emotivas y espirituales latentes en una sociedad que crece y se diversifica en forma desigual conforme avanza el siglo XIX, lo que permite incluso verla como una suerte de religión o *credo cívico* que se impregna en la mente y en el espíritu de los habitantes. En efecto, frente al debilitamiento religioso y moral del XIX aparece con fuerza otra fe basada en la idea de nación, como religión de Estado que se interiorizará fuertemente en el sentimiento nacional. *Chilenidad, lealtad y amor a la Patria* pasará a ser, desde entonces, el nuevo lema con el cual la oligarquía disciplinará los cuerpos y las almas criollas<sup>44</sup>. De la misma forma que

---

hagiografía militar, etc.—”. Alfredo Jocelyn-Holt Letelier. *El peso de la noche: nuestra frágil fortaleza histórica*. Santiago de Chile. Planeta, 1997, p. 42.

<sup>43</sup> “No importa cuán diferentes sean sus miembros en términos de clase, género o raza, una cultura nacional busca mitificarlos en una identidad cultural, para representarlos como pertenecientes a la misma y gran familia nacional”. Pero, “una cultura nacional nunca fue un simple punto de lealtad, unión e identificación simbólica; también es una estructura de poder cultural”. Por eso “en vez de pensar las culturas nacionales como unificadas, deberíamos pensarlas como constituyendo un *dispositivo discursivo* que representa la diferencia como unidad o identidad ya que ellas están atravesadas por profundas divisiones y diferencias internas, siendo unificadas sólo a través del ejercicio de diferentes formas de poder cultural”. (Stuard Hall. *A identidade cultural na pós-modernidade*. Río de Janeiro. DP&A, 1997, tr. inédita, p. 7).

<sup>44</sup> Por medio de esto, la elite liberal-republicana hace suyo el ideal de *nación* y lo usa con un doble propósito; por una parte, como medio legítimo de persuasión y ofrecimiento de una semblanza de participación popular, en un contexto de limitada participación política real del grueso de la población, y por otra, como pseudo-religión cívica que permite la movilización

el ideario liberal de entonces promovía una nueva concepción respecto a la idea de nación, este proyecto nacionalista tendía simultáneamente a superar los residuos heredados de la mentalidad colonial, así como también a instaurar las bases concretas de un nuevo país<sup>45</sup>. Objetivos que según el ideario portaliano sólo eran posibles por medio de un Estado fuerte, centralizado y omnipotente.

Un estado modernizador latinoamericano que [lamentablemente Jocelyn-Holt esto no lo señala] dio un trato dispensado al bajo pueblo o a los muchos reductos de la 'barbarie', un trato traducido en mayores impuestos, mayor vigilancia policial, mayor reglamentación de las vidas y los espacios cotidianos, mayor reclutamiento militar, y un desprecio indisimulado hacia la mayor parte de sus costumbres y representaciones culturales, era cualquier cosa menos el que hubiera correspondido a los sujetos racionales dotados de derechos inalienables. [...]. Porque aunque el elemento integrador contenido en el proyecto ciertamente implicaba la existencia de un lugar para todos, o al menos un propósito de unidad nacional, para la mayoría del bajo pueblo

---

popular en pos de objetivos y desafíos postulados desde el estado administrativo. *El peso de...*, 43.

<sup>45</sup> Esta 'reacción nacionalista' sin embargo no surge de la nada. Concursan en ella una serie de hechos determinantes de nuestra historia nacional. A saber, en el plano internacional, lo que representó para Chile el triunfo sobre la Confederación Perú-boliviana; en el político, la era posportaliana significó la apertura hacia la democracia y la libertad; se suma a esto todo el fervor intelectual y cosmopolita que impregnó el campo cultural y social de la vida pública nacional. (Véase, a este respecto, Bernardo Subercaseaux. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. "Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX". Tomo I. Santiago de Chile. Aconcagua, 1997, pp. 55-62). Por otra parte, vale destacar que este proceso de nacionalización que emprende la elite social y el Estado después de las primeras décadas de la Independencia, presenta dos posturas en permanente disputa. Por un lado, el liberalismo republicano y jacobinismo —de corte idealista— y, por otro, una postura posibilista y organicista —de corte realista, pragmático—. Según B. Subercaseaux, en esta dicotomía estarían las bases de los dos regímenes políticos que han caracterizado nuestra historia republicana: la democracia y el autoritarismo. Leer, del mismo autor, "Caminos interferidos: de lo político a lo social. Reflexiones sobre la identidad cultural", en *Estudios Públicos*. N° 73, 1999, p. 157.

decimonónico la experiencia del Estado tuvo mucho más de imposición que de dignificación; mucho más de despotismo que de ciudadanía<sup>46</sup>.

¿No es acaso este el ideario portaliano? ¿No era eso lo que quiere destacar Walpone cuando elogia la figura y la obra de don Diego Portales al asumir como nuevo gobernador de Valparaíso? En eso consistía el ser moderno. Este fue el nuevo modelo que la clase dirigente instauró en nuestro país: un Estado, una nación y un lugar donde estos ideales pudieran desarrollarse sin mayores contrapesos. En eso consistía la lógica republicana y eso fue, por último, lo que Paul Treutler y otros tantos extranjeros veían materializarse en Valparaíso en los últimos lustros del 1800.

Pero la fundación del Estado-nación en nuestro país no se limitó únicamente a transformar la ciudad y a someter paulatinamente a nuestra clase trabajadora. Hubo en ciertos casos fórmulas —esas que nuestros historiadores suelen olvidar— mucho más tristes y crueles aún. Recordemos lo que pasó —justamente en esos años de *auge* y expansión económica— en la región de la Araucanía cuando Cornelio Saavedra (1821-1891)<sup>47</sup> emprende la más sangrienta *hazaña* contra el pueblo mapuche<sup>48</sup>. Pese a todas las contradicciones que acarrea la

---

<sup>46</sup> *Poscolonialidad...*, 40-41. (Citado de Julio Pinto, “De proyectos y desarraigos: la sociedad latinoamericana frente a la experiencia de la modernidad (1870-1914)”. *Contribuciones Científicas y Tecnológicas*, 130 (Abril de 2002), 103-104. Revista publicada por el Departamento de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de la Universidad de Santiago de Chile).

<sup>47</sup> Cornelio Saavedra, es un personaje *destacado* dentro del proceso modernizador porteño. Además de ser intendente de Valparaíso (1860-1862), el 18 de enero de 1861 preside el directorio de la recién fundada Sociedad de Beneficencia de Valparaíso. Participa más tarde en la Guerra del Pacífico siendo también diputado y senador de la República.

<sup>48</sup> “Los 'forjadores' de ambos Estados [Argentina y Chile] consideraron como un 'problema fronterizo' la pervivencia de nuestro País Mapuche, de modo que inician una invasión casi simultánea. El Estado argentino, en 1833, desarrolló la denominada Campaña de los Llanos. Pero es 1878 que ponen en marcha el plan que se llamó Campaña del Desierto, a cargo del Ministro de Guerra de Argentina, Julio Roca, que consolidó (con miles de muertos, como en Chile) la ocupación del territorio mapuche de ese lado de la cordillera. En Chile, en 1883, es

implantación de un sistema capitalista y modernizador como el que aquí se dio — subdesarrollado, dependiente, vulnerable y monoprodutor—, no podemos negar sin embargo que desde entonces se abrió la posibilidad para introducir en nuestro país un importante desarrollo económico y social que traería más tarde trascendentales consecuencias<sup>49</sup>. De ahí

---

refundada Villarrica —por el coronel Gregorio Urrutia—. Los militares, al mando de Cornelio Saavedra, afianzan de esa manera la denominada 'Pacificación de la Araucanía'". (Elicura Chihuailaf. *Recado confidencial a los chilenos*. Santiago de Chile. LOM, 1999, p. 71). Esta, no obstante, no fue la única 'campana de nacionalización' llevada a cabo por defensores del Estado chileno, algo parecido —y más penoso aún— es lo ocurrido en el extremo austral de nuestro territorio donde a punta de cañón o por medio de macabras estrategias se fue eliminando hasta extinguir por completo a pueblos aborígenes como el qawasqar. "De forma significativa reproducía el periódico inglés *The Daily News*, en el año 1872, las siguientes líneas sobre la Tierra del Fuego: 'Indudablemente, la región se ha presentado muy apropiada para la cría del ganado; aunque ofrece como único inconveniente la manifiesta necesidad de eliminar a los fueguinos'". Francisco Coloane. *Rastro de guanaco blanco*. Santiago de Chile. Zig-Zag, 1980, p. 7.

<sup>49</sup> Al echar una rápida mirada a lo que sucede en el subcontinente finisecular vemos, en el plano económico, la incorporación de un capitalismo hegemónico, subdesarrollado y dependiente que produce para los grandes centros económicos con financiamiento y tecnología externa, lo cual lo hace por cierto extremadamente vulnerable. Además de no funcionar igual sobre la totalidad del espacio y que afecta sólo a determinados tipos de producción, el capitalismo latinoamericano es monoprodutor y se instala en enclaves: Chile, salitre; Argentina, carnes congeladas; Cuba, azúcar; Brasil, café; etc. Sin embargo, no es el único modo de producción existente, aún se mantiene la hacienda de economía agrícola y ganadera sobre un sistema feudal que no ofrece salario, se autoabastece y, por tanto, como no hay agentes económicos, no es capitalista. Mientras que en el plano social se mantiene todavía la desigual estratificación social. Quienes se encontraban en el pináculo de la pirámide eran los antiguos hacendados y los nuevos comerciantes; debajo de estos se hallaba una clase media en formación —sin mucha fuerza aún— que crece con las ciudades: artesanos, militares, etc. Siguiendo el descenso social está el proletariado que nace con esta consolidación y afianzamiento nacional, sobre todo en los grandes centros productivos, como



que, a partir de estos sucesos, modestas ciudades pasaran a transformarse en modernas urbes y en epicentros de una cultura cosmopolita difusora del pensamiento y de las modas finiseculares. Claro que este impulso modernizador reflejado principalmente en el intento de una expansión nacional sin precedentes, no dejaba ver bien todavía las graves y profundas desigualdades sociales que más tarde lacerarán de modo paulatino y permanente a los sectores más pobres de nuestra sociedad. Tarde o temprano esta *empresa de hacer nación* irá poco a poco mostrando falencias que se traducirán luego en una permanente *ilegitimidad*. Problema que tiene que ver con un tema todavía más trascendental, y que no es la estabilidad que el Estado portaliano ni los sucesivos gobiernos liberales otorgan sino la legitimidad sobre la cual se funda el concepto de nación<sup>50</sup>. Llegamos a un terreno escabroso. Un terreno donde

---

el del salitre, en el caso de Chile y los frigoríficos, en Argentina. Y por debajo de todos estos se encuentra una enorme maza de población rural, ajena a la modernización: indígenas, negros, subproletarios que siguen viviendo en medio de todos los acontecimientos igual que hace tres siglos; *por ahí no ha pasado nada*. Apuntes de Clase del Curso de Grínor Rojo. “El pensamiento finisecular”. Seminario “Problemas Fundamentales de la Cultura de América Latina II. La Era Republicana”. Magíster en Estudios Latinoamericanos. Universidad de Chile. Facultad de Filosofía y Humanidades, (23.04.2001).

<sup>50</sup> Para nosotros la cuestión es esta: la Nación y el Estado son dos realidades distintas. La Nación —como hemos desglosado más debidamente en citas anteriores— es todo lo que un pueblo que vive en un territorio determinado y con una historia en común tiene consigo. En cambio, el Estado es el poder que esta sociedad crea para ser gobernada. Eso quiere decir que en una sociedad tradicional primero está la Nación y luego, por necesidad, se crea el Estado. Pero lo que sucedió en Chile, como en la mayoría de —sino en todos— los países de América Latina, fue al revés. Se construyó primero un Estado, es decir, poderes, y desde ahí se armó una idea, un discurso, de nación. De ahí aparecen dos conceptos claves: *estabilidad* y *legitimidad*. Si bien al Estado chileno puede atribuírsele el rol de haber otorgado estabilidad al país producto de un poder fuerte y centralizado, no se le puede, en cambio, tratar de legítimo. Y esto porque su formación precede a la Nación siendo que lo 'natural' es que, como se dijo, ésta forme al Estado y no al revés; lo cual trajo consigo serias consecuencias en nuestra sociedad, sobre todo en los grupos más pobres, las minorías, los indígenas, etc., ya que al 'crear' la Nación se obligó, por medio de este artificio, a hacerlos creer a todos que eran de una

aparecen preguntas y respuestas que han tenido hoy como ayer (con eso del Bicentenario) ocupados a historiadores y pensadores de aquí y de allá. Cuestiones como estas: la imposición de un Estado fuerte y de sistemas políticos duraderos y estables, ¿aseguraron el rol fundamental que como entes modernizadores les correspondía, esto es, un proceso productivo e industrial equitativo, y con reales proyecciones, y sobre todo, justicia, derecho e igualdad de condiciones para que todos los ciudadanos de este país alcanzaran un modo de vida auténticamente moderno? ¿Cumplió el Estado chileno este propósito básico y fundamental? ¿En Valparaíso donde, además de la capital, el sistema republicano da sus primeros pasos, se pudo advertir el cumplimiento de este compromiso inalienable por parte de la clase dirigente? ¿El Estado-nación moderno instaurado en Chile fue el mismo para todos?... A juzgar por la manera como se llevó a cabo el proceso de modernización e industrialización en Chile, o al menos en algunas de sus principales ciudades, por las condiciones sociopolíticas que el Estado ha mantenido, tanto en un orden interno como con el conjunto de las otras naciones latinoamericanas, por los avances y progresos en materia de educación, de salud y de condiciones de vida en relación con algunos de nuestros países vecinos, etc., no podemos estar sino de acuerdo en que el Estado y los sistemas políticos que desde la República nos han regido evidencian a lo largo de su recorrido una notable estabilidad. *Chile es un país con tradición de Estado* —reza el típico discurso político de turno—, ¿quién lo niega? Ha habido un Estado laico, republicano y sistemas de gobiernos democráticos. Sí —o al menos eso es lo que el discurso histórico tradicional nos ha hecho creer—. ¿Gracias a qué?, gracias a la “calidad’ de las Constituciones, Instituciones y Leyes que el país —o su clase dirigente— supo darse como forma eficiente de auto-determinación”<sup>51</sup>. Sin embargo, cuando lo que nos preocupa no son los discursos sino las personas y su real calidad de vida y sus oportunidades y sus derechos y su dignidad..., esa estabilidad estatal como que tiende a perder sentido; a hacerse inocua. ¿De qué sirve un Estado duradero si no les asegura a sus ciudadanos los mismos derechos ni deberes ni las mismas posibilidades para desarrollarse? ¿De qué le sirve al pueblo chileno la tradición de Estado si éste no ha sido capaz de brindarle los elementos

---

misma y única nación, excluyendo las diferencias, negando lo heterogéneo, suprimiendo a los 'otros'.

<sup>51</sup> *Historia contemporánea...*, 14 (y todo el Capítulo I de la obra citada).

básicos para que pueda alcanzar una vida mejor: más digna, más humana, menos pobre? Al revés, mientras más sólido ha sido el Estado de Chile más afligida ha tenido a su gente: más leyes, más restricciones, menos libertades individuales. ¿Qué sentido tiene —por último— un discurso público si no asegura cambiar la vida de los más desfavorecidos? La estabilidad para el Estado chileno no ha sido jamás requisito de legitimidad ni menos de credibilidad. En resumen, y a juzgar por el cuestionamiento que acabamos de hacer, lo que ha habido en nuestro país ha sido una suerte de “estabilidad superficial con inestabilidad profunda”. Así, conceptos como *estabilidad* y *legitimidad* aunque suenan parecido no son, pues, lo mismo.

La 'estabilidad', [...] es una cualidad de pertenencia sistemática, y la 'legitimidad' (que no es una mera cualidad subjetiva sino el derecho y el poder de la *soberanía*) una decisión ciudadana. Pero, históricamente, la 'estabilidad' ha sofocado y enterrado a la 'legitimidad'. Tanto, que la historia de aquélla es pública, oficial y visible, y la de ésta oscura y soterrada, que sólo se hace visible cuando 'revienta' sobre la superficie de aquélla. Por lo mismo, cuando el historiador se sitúa para trabajar a ras de ciudadano, lo hace como un arqueólogo: desenterrando sujetos y hechos ocultos, devaluados u olvidados. Casi subversivamente<sup>52</sup>.

¿Y qué otra ciudad más que Valparaíso puede evidenciar tan objetivamente la presencia de este fenómeno ambiguo que estaba desde entonces afectando al conjunto de la nación? Valparaíso en el estudio de su desarrollo histórico-cultural representa eso: la existencia de dos mundos, dos realidades *dialécticamente* distintas: un discurso burgués, ilustrado y comercial, y una realidad social que comenzaba recién a sentir los efectos producidos por el primero.

Pero volvamos a la pregunta formulada más arriba y respondida luego parcialmente: ¿cuál fue el precio real que Valparaíso debió pagar para convertirse en la ciudad *deseada*, esa donde, primero Portales y después la elite, pusieron los primeros cimientos sobre los cuales se erigiría la República de Chile? ¿Qué implicancias reales tuvo para sus habitantes —esos de los cerros y quebradas, y que la elite sólo nombra en cifras— esta acelerada modernización?

Dentro del proceso nacional [nos dice el historiador Baldomero Estrada] fue desarrollándose una sociedad cuyos habitantes se hacían cargo de los efectos de la inserción de la ciudad en una economía internacional ajena al ritmo local. De hecho cuando estudiamos la historia del Valparaíso decimonónico nos

---

<sup>52</sup> *Ibid.*, 15.

aproximamos más a un acontecimiento histórico de tipo europeo que nacional<sup>53</sup>.

¡Qué orgullosa hubo de sentirse aquella elite porteña cuando veía que la ciudad era más europea que nacional! ¡Qué contentos han de haberse puesto cuando se daban cuenta de los avances que ellos mismos habían logrado en Valparaíso! No cualquiera hubiese sido capaz de transformar esta ciudad situada en el extremo sur del mundo en un pueblo *al más puro* estilo europeo. Obra que sólo un inglés o un alemán haya podido alcanzar:

No sabía cómo admirar suficientemente el grado de civilización e inteligencia logrado en tan cortos años por esta ciudad, al extremo de que no sólo podía competir en muchos sentidos con las ciudades de primera categoría de Europa, sino que las aventajaba en algunas cosas<sup>54</sup>.

Y es cierto. Cuando se estudia la historia social, económica o política de Valparaíso y se encuentra con el siglo XIX, específicamente con su segunda mitad, por lo general todos los historiadores, pensadores o escritores que trabajan el tema declaran —acertadamente, por cierto— que es aquí cuando la ciudad experimenta los avances más importantes y se transforma en el principal centro comercial, extranjero y marítimo del país. Entonces es cuando aparecen los ingleses, los alemanes, los italianos, los españoles, los franceses, como los principales responsables de estos cambios y gracias a los cuales —*de no haber sido por ellos*—, Valparaíso no sería lo que es hoy. Se trata de un número considerable de inmigrantes, principalmente europeos (comerciantes, marinos, científicos, religiosos, exploradores, aventureros), invitados a “contrarrestar las fuerzas negativas [de una] raza chilena [que] es tonta por naturaleza y aunque ello es muy triste no tiene remedio —a menos que llevemos 500.000 europeos por año—”<sup>55</sup>. En el caso de esta vertiente, corresponde a un tipo social que debido a su capital y/o dedicación al trabajo logró hacer de esta ciudad y de su puerto un lugar

---

<sup>53</sup> Baldomero Estrada y otros. *Valparaíso. Sociedad y Economía en el siglo XIX*. Valparaíso. Universidad Católica de Valparaíso. Instituto de Historia. Facultad de Filosofía y Educación. Serie Monografías Históricas, N° 12, 2000, p. 8.

<sup>54</sup> *Andanzas de un...*, 44.

<sup>55</sup> *Chile o una loca...*, 31. (Citado de *Epistolario. Vicente Huidobro y María Luisa Fernández de Huidobro*. Santiago de Chile, DIBAM-LOM, 1997).

moderno y desarrollado. Estamos frente a extranjeros que tan pronto llegaron a Valparaíso e instalaron sus fábricas y negocios se diferenciaron del resto de la población, y a modo de prevención tomaron distancia de una realidad social y cultural que al parecer poco o nada les importó. Los cronistas y viajeros de entonces así lo demuestran. Algunos de un espíritu más americanista que eurocéntrico los denuncian acusándolos de arrogantes, incapaces de mantener relaciones con otros que no fueran de su propia y natural condición y que su única y principal actividad estaba centrada en alcanzar el éxito económico..., entre otras declaraciones<sup>56</sup>; en tanto otros, no hacían sino enorgullecerse con estas medidas justificando la conveniente necesidad de no mezclarse con la población a quienes por lo general veían como ignorantes, incivilizados, “formados por las escorias de todas las naciones”<sup>57</sup>. Pero nada más revelador para entender la manera como esta elite europea zanjó el problema de la *integridad* racial frente a la *amenaza* del contagio con los *otros* fue aislarse en los cerros Alegre y Concepción, donde no sólo estaba lejos del contacto de esa *plebe insana* sino además gozaban de uno de los espacios físicos más privilegiados que les pudo otorgar el anfiteatro porteño.

En cuanto uno sube al cerro Alegre, se reconoce por las pinturas coquetas de las casas, por los jardines olorosos a flores, por los senderos cubiertos de pasto, ese amor al orden y a la comodidad que distingue en todas partes a los rubios hijos de la Albión. Aquí las habitaciones muy bajas para resistir al ímpetu del viento y muy sólidas para resistir a los temblores, cobijan a algunas familias que hasta cierto punto han trasplantado su patria al suelo de la América. [...] Estas familias encuentran entre ellas muchas ocasiones para tener sus reuniones, en las cuales generalmente no se admiten extraños<sup>58</sup>.

---

<sup>56</sup> Ver p. siguiente, cita 61.

<sup>57</sup> *Memorial de...*, 201. (“Visión de Valparaíso...”).

<sup>58</sup> *Ibid.*, 214. (*Valparaíso y la sociedad...*). “Los residentes más importantes viven en lindas casas quintas sobre los cerros [Concepción y Alegre] que dominan la ciudad, y sus oficinas y almacenes están en la parte baja”. *Ibid.*, 201. (“Visión de Valparaíso...”). En efecto, los ingleses, y más tarde los alemanes, “quisieron construir sus residenciales fuera del plan, en un lugar que les permitiera disfrutar del contacto con la naturaleza y el paisaje, en un proceso típico de la era industrial, de separación física entre el lugar de trabajo y la vivienda.

Pero visto desde la realidad actual, ¿qué han ganado los porteños con todo esto? ¿De qué les ha servido la llegada de una elite extranjera que transformó bajo sus preceptos y de una vez y para siempre la ciudad? O, como se lo formula el profesor Leopoldo Sáez, “¿Cuánto hemos ganado los porteños con esta *mezcla de culturas*?”:

Muy visible es en la arquitectura alemana e inglesa del cerro Concepción, algunos edificios norteamericanos, fábricas alemanas, el *Jugend Stil* de algunas casonas playanchinas, el *art deco* del Palacio Baburizza. Pero ¿dejaron alguna huella en el alma porteña los ingenieros ingleses de los ferrocarriles, los comerciantes alemanes, judíos y árabes, los almaceneros italianos<sup>59</sup> y españoles, los importadores y exportadores, los banqueros, los Waddington, Wheelwright, Balfour, Mac Kay, Somerscales, Montvoisin y Rugendas?<sup>60</sup>

La colonia británica, por ejemplo, aunque solía aislarse del resto de la población, era considerada el “elemento clave de civilización, de riqueza y de prosperidad para la América”. Eran ellos quienes controlaban el comercio, la industria y la actividad financiera; se les valoraba, por lo mismo, no sólo por su espíritu pragmático y dedicación para los negocios sino por ser la *clase propietaria*<sup>61</sup>. Los alemanes, en tanto, si bien eran tan hábiles en los

---

Ocuparían estos cerros en busca de orden, limpieza, tranquilidad y belleza que no encontraban en el sector del puerto”. *Postulación de Valparaíso...*, 27.

<sup>59</sup> ¿Los dueños del emporio Echaurren aportan o aportaron algo a la identidad popular que se generó *ahí mismo* al frente suyo, en la plaza del mismo nombre? Creemos que no.

<sup>60</sup> Sonia Montecino (comp.). *Revistando Chile: identidades, mitos e historias*. Santiago de Chile. Publicaciones del Bicentenario, 2003, p. 213. (Citado de Leopoldo Sáez. “Aproximaciones a lo porteño”).

<sup>61</sup> *Vida, costumbres y espíritu...*, 61. Sin embargo, estas *cualidades* no siempre fueron bien vistas por el resto de la sociedad. Un estudio dedicado a Juan Mauricio Rugendas, por ejemplo, señala la opinión poco grata que este pintor bávaro se hizo en Valparaíso respecto a esa raza: “dedicada por entero a los negocios, que solamente veía el lado práctico de la vida, enteramente entregada a perseguir la riqueza dondequiera que fuese, [...], aquellos gringos, de mirar algebraico, negocios y más negocios, agencias de navegación, pertrechos navales, transacciones internacionales que abarcaban desde las minas hasta los frutos del país. Producían un clima nada grato para la amistad ideal. ¡Estos ingleses! Siempre pensando en el

negocios como sus vecinos los ingleses, aportaron principalmente en el área de la navegación, la cervecería y, con la creación del Hospital Alemán, al desarrollo de la química-farmacéutica y la medicina. Sin dejar de lado por supuesto el rol trascendental que juegan en materia de políticas educacionales, hecho que queda materializado con la fundación del Colegio Alemán (1857). Los judíos y los franceses, por su parte, en el rubro textil y en las tiendas de ropa; los italianos, en cambio, se destacaron en la empresa artística (los primeros Alessandri)<sup>62</sup>, y así una lista interminable de inmigrantes que aprovecharon de armar sus negocios de acuerdo a las tradiciones culturales de su país de procedencia. Agreguemos, por último, lo que señala Ignacio Domeyko, otro *insigne* europeo, respecto a lo que acabamos de decir:

Entre la gente más civilizada que conocí aquí y que se dedica al comercio, los franceses, generalmente tienen fama de enredadores, fanfarrones y discutidores, pero se les quiere. Los ingleses son más respetados, la gente confía en su carácter y en su capacidad comercial, presumen de ricos, pero pronto les da por la bebida. Los alemanes son los laboriosos morigerados, mas libres de vicios sobre todo de la bebida; saben convivir en buena armonía, viven y se divierten con poco dinero, tienen sus asociaciones y filarmónicas, pero se mezclan poco con los naturales del país. A los primeros, el pueblo bajo les apoda *gabachos* o *futres*; a los segundos *gringos*; y a los terceros *animales*.<sup>63</sup>

Pero este nuevo orden republicano instaurado en Valparaíso cuyo ánimo respondía a los ideales del mundo civilizado y moderno no se hizo notar únicamente en el ámbito económico y comercial, trajo consigo también valores y conductas que moldearon un espíritu un tanto

---

dinero, como si no hubiese otra cosa de qué ocuparse”. (Tomás Lago. *Rugendas, pintor romántico de Chile*. Santiago de Chile. Sudamericana, 1998, pp. 17-18 y 124-125, respectivamente). Su manera de tratar a las otras razas, el desdén aristocrático y la falta de cordialidad en sus relaciones sociales, hicieron que tanto en esta como en otras ciudades de América Latina —y del mundo quizá, si pensamos en África, por ejemplo— los ingleses se hicieran merecedores de una triste y abominable fama.

<sup>62</sup> “...ese heredero de titiriteros italianos”, señala Gumucio refiriéndose a Arturo Alessandri Palma. Rafael Gumucio. *Los platos rotos. Historia personal de Chile*. Santiago de Chile. Sudamericana, 2003, p. 106.

<sup>63</sup> *Memorial de...*, 185. (Citado de Ignacio Domeyko “Valparaíso”).

circunspecto en la elite conservadora de entonces. Personajes graves, demasiado serios, cada vez más distantes de la vida y de los habitantes del Puerto. Tanto o más que los ingleses y los alemanes fue la propia Iglesia católica la que infundió los ideales conservadores y ascéticos en la elite porteña. En este sentido el Valparaíso decimonónico, señala Maximiliano Salinas, pudo semejar la seriedad misma de la Inglaterra victoriana, como tan bien lo percibió Joaquín Edwards Bello:

Ese Valparaíso antiguo era austero y de una gravedad que daba miedo. Los caballeros, terriblemente respetables, usaban levita,... La reina Victoria era doña Juana Ross,... La Bolsa, las casas comerciales y los Bancos de las calles del Puerto eran melancólicos entonces. He leído la descripción de un Banco londinense por Dickens, que encuadra con esa visión de mi niñez. Se trata de una descripción del Banco Tellson... Todos eran viejos o se hacían viejos. Estaba prohibido reír.<sup>64</sup>

Otro dato no menos revelador de cómo se daban las cosas entre extranjeros y porteños, lo da Juan Uribe:

—Mire, profesor, en parte tiene razón. Los que llegan de fuera se ven obligados a hacerse bomberos, masones o frecuentadores de bares, salvo que tengan dinero o apellidos para inscribirse en el Club de Viña. La clase alta porteña imita a los ingleses y es cerrada, deportista y flemática. Vive como una colonia extranjera más. El rico imita al gringo. La clase media imita al rico y se vuelve también exclusiva. La espontaneidad criolla parece frenada al máximo por la vigilancia anglosajona...<sup>65</sup>

---

<sup>64</sup> *Risa y cultura...*, 12. (Citado de Joaquín Edwards Bello. “Crónicas”. Ed. Santiago, 1970, pp. 30-31).

<sup>65</sup> Juan Uribe Echevarría. *Sabado Domingo*. Santiago de Chile. Quimantú, 1973, p. 78. Agreguemos también que el término 'porteño', cuyo origen “nace en los círculos sociales de la capital, se emplea peyorativamente para referirse a la elite de Valparaíso que, desde su perspectiva, habrían renunciado a su idiosincrasia para adoptar sin mayor reflexión costumbres cosmopolitas”. (*Vida, costumbres y espíritu...*, 46). Porque quizá —pensamos— sea este otro rasgo determinante del espíritu y de la identidad del porteño: una vida cuya evolución estaría regida por la dialéctica del localismo y del cosmopolitismo...



Pese a ello no podemos no estar de acuerdo con todo lo ya dicho respecto a la importancia que tuvo para Valparaíso la llegada de una elite extranjera y eminentemente eurocéntrica. Sabemos y reconocemos lo importante que fue para el Puerto el desembarco de cientos de destacados europeos durante su proceso de modernización. Valoramos al mismo tiempo el sello cosmopolita que este hombre del 'primer mundo' le dio a la ciudad. Tampoco es posible desconocer que la incorporación de nuevas tecnologías en el transporte, en la industria, en la navegación, etc., transformó positivamente a esta antigua caleta en un puerto *de verdad*, más acorde a las necesidades urbanas de entonces. “Sin embargo [señala Lorenzo y otros estudiosos], importa no deslumbrarse con el progreso logrado durante el siglo XIX, porque el proceso de modernización no marchaba paralelo a la calidad de vida de la mayoría de los habitantes, cuya existencia era precaria”<sup>66</sup>. Y no marchaba paralelo porque precisamente era eso: una *modernización* (económica e instrumental) que no incluía los principios básicos que definen al proyecto de la modernidad; aquellos que tienen que ver con su carácter filosófico, humanista y emancipador. Por eso, contrario a lo que se suele creer, la modernización impulsada en el Puerto por la elite europea, no fue un proceso totalizador (*modernidad*, propiamente tal): la síntesis de un fenómeno global que en su desenvolvimiento incluyera no sólo la transformación corpórea, visible de la ciudad, sino también y principalmente los problemas y limitaciones de quienes la habitaban. En consecuencia, Valparaíso tuvo más de uno que de lo otro. Modernización más que modernidad<sup>67</sup>.

---

<sup>66</sup> *Ibid.*, 61.

<sup>67</sup> Al respecto, se tiene la impresión de que lo que ha tenido preeminencia en la región latinoamericana han sido los diversos procesos de modernización a los que nos hemos abocado, pero sin una asunción reflexiva, crítica, propia de la modernidad en tanto base de sustentación cultural. En este sentido —y siguiendo a J. Habermas— tomamos el término 'modernización' como un concepto creado en los años 50 y que representó en buena parte una reactualización funcionalista de temas vistos por M. Weber. Lo cual a su vez designaría distintos aspectos de nuestra realidad sociocultural (en lo económico, la capitalización y movilización de recursos, el desarrollo de las fuerzas productivas, el aumento de productividad del trabajo; la aparición de poderes políticos centralizados y la formación de identidades nacionales; la extensión de los derechos políticos; las formas de vida urbana y la

En efecto, en la medida en que la modernización favoreció sólo a un grupo reducido de la sociedad dejando al resto de la población tal o peor de como estaban antes, se trató entonces de un proceso parcial que fue incapaz de incorporar el contexto urbano en su conjunto. (Y eso que creemos estar siendo algo sutiles. Porque lo otro sería ver la realidad tal cual fue y no preocuparnos más de aquellos que *felizmente* no fueron incluidos dentro de la expansión capitalista e industrial —y gracias a los cuales pudieron mantener modos culturales—<sup>68</sup>, sino de los que sí fueron absorbidos por el sistema y desde ahí toda la larga historia del proletariado que en este trabajo por razones más o menos obvias no pondríamos incluir).

Que en Valparaíso haya habido un desarrollo moderno con características más instrumentales y tecnológicas que espirituales y emancipadoras no quita sin embargo que este último no se haya impregnado en el alma del porteño. Estaríamos equivocados si dijéramos que toda esta transformación impulsada por la elite no aportó más que un carácter económico y mercantil en la identidad de nuestros habitantes. Debemos reconocer, por eso, que estos inmigrantes pese a las características ya descritas hicieron su aporte —menos que otros, sin duda— a la construcción de la identidad del sujeto popular porteño. O, en último caso, como oponentes, o

---

instrucción pública y la secularización de los valores y normas). De esta manera, la modernización manifiesta uno de los rasgos más sobresalientes de la civilización occidental, donde destaca el ascendente 'desencantamiento' del mundo y su correlativa secularización. Modelo éste que en el caso latinoamericano fue puesto en el centro como el más importante de los paradigmas evolutivos, único garante del desarrollo y del progreso; dejando así fuera el contexto espacio-temporal que como realidad tercermundista presentaba. De ahí se explica entonces lo dicho por los teóricos en cuanto a que América Latina presenta una modernidad de carácter heterogéneo, débil, impuesta, ya que al asumir estos procesos de modernización privó, los separó de las bases sobre las cuales se sustentaba la modernidad; su carácter emancipatorio. Véase, Pablo Salvat. "Hacia una nueva realidad. La tarea de construir un paradigma basado en los Derechos Humanos". (Citado de J. Habermas. *El discurso filosófico de la Modernidad*. Taurus, 1989). En Abraham Magendzo (editor). *¿Superando la racionalidad instrumental? Ensayos en busca del nuevo paradigma para la educación y la discusión de los DD.HH.* Santiago de Chile. PIIIE, 1991, pp. 134-135.

<sup>68</sup> Ver, Capítulo 3, pp. 61-62.

bien, como ese grupo social más favorecido, acomodado, que el mundo popular, resentido hasta cierto punto, veía con recelo y que irónicamente nombraba como *futre, gringo o animal*.

Por lo mismo, si retomamos las preguntas que se formula el profesor Sáez respecto a si han o no ganado algo los porteños con esta *mezcla de culturas*, llegamos a la siguiente conclusión: “Valparaíso durante mucho tiempo fue la ciudad con mayor porcentaje de extranjeros del país. Este mayor contacto con variadas culturas, ¿ha contribuido a la tolerancia, la apertura de mente, el mayor respeto por el prójimo que caracterizan a muchos porteños?”<sup>69</sup>. Quizá algo de razón tenía Radiguet cuando decía que “el chileno está dotado de un espíritu más positivo que brillante”, pero no estaba en lo cierto cuando señalaba que “sobre todo en Valparaíso, los intereses comerciales absorben todo su pensamiento”<sup>70</sup>. “Donde cuanto nos rodea y cuanto tocamos son intereses, donde el espíritu del cálculo y de la riqueza se posee desde que nace el hombre”<sup>71</sup>. Y esto porque estamos absolutamente convencidos de que hubo otros rasgos todavía más importantes que los meros intereses mercantiles en la formación de la identidad porteña, y son justamente aquellos de los que habla Leopoldo Sáez: tolerancia, apertura de mente, respeto por el otro; pero no sólo esos, estos son apenas algunos de los que definen e identifican a este sujeto<sup>72</sup>. Y de los cuales indudablemente la cultura popular del Barrio Puerto supo oportuna y sagazmente aprovechar.

Cuando hablamos del porteño, en realidad, ¿de quién o quiénes estamos hablando? ¿Quiénes componen esa mayoría de habitantes cuya existencia era —al menos en lo material— miserable? Pese al notable desarrollo alcanzado por el puerto de Valparaíso:

...no debemos sin embargo perder de vista [nos dice Estrada] la sincronía interna que vivió la sociedad porteña, ya que si bien disponemos de testimonios importantes del nexos con Europa al aportar ciertos hábitos y formas de vida, cultivados por sectores pudientes de la ciudad, existió también una comunidad

---

<sup>69</sup> *Revisitando Chile...*, 214. (“Aproximaciones a lo...”).

<sup>70</sup> *Memorial de...*, 211. (“Valparaíso y la...”).

<sup>71</sup> *Vida, costumbres y espíritu...*, 77.

<sup>72</sup> Amigo de los amigos y de la buena mesa, alegre, optimista, solidario, irreverente, religioso anticlerical..., su *cálida afabilidad, la alegría despreocupada y el desprecio por el peligro...*

que formaban los cargadores, vendedores ambulantes, arrieros, lancheros y otras personas que relacionada con los servicios domésticos, que pululaban en las chinganas y llevaban una existencia de sobrevivientes miserables, en lugares inaccesibles e insalubres, y propensos a todo tipo de epidemias que constantemente diezmaron su numerosa prole<sup>73</sup>.

Convenimos pues en cuanto al aporte de la elite porteña; no obstante, pensamos que hay una realidad social que estos estudiosos suelen desconocer o no considerar debidamente en sus divulgaciones. Y tiene que ver precisamente con esa gran masa *epidémica* que estaba en el Puerto o que llegaba a él, y que no tenía un oficio calificado; salvo ser peón, cargador, vago, ladrón o aventurero *de poca monta*, que vivía en *cerros y quebradas* (y no en esos magníficos chalets y jardines a que hace mención Treutler cuando llega por vez primera a la bahía), que participaba de las fiestas, de los bailes, que asistía a las chinganas y prostíbulos, pero que, no sólo le dio fuerza y movimiento al Sector Puerto, sino además vida y color a sus cerros y poblaciones. Junto con los habitantes nativos, los extranjeros y los chilenos llegados de otras partes del país, se estableció una sociedad *anónima* que fundó la ciudad y que construyó el Valparaíso que hoy es Patrimonio de la Humanidad. Fueron sobre todo su fuerza activa, sus manos y su inteligencia las que edificaron una ciudad como esta. Pero, ¿dónde están? No se nombran. Apenas se consideran como cifras estimativas. Aparecen al final de un capítulo o como idea secundaria de una realidad que se debe, resignadamente, aceptar. O bien, claro, se mencionan, pero de modo pintoresco, como lo hacen Treutler, Poeppig, Graham, Walpone, Vowell, Ruschenberger, E. Reuel, Smith y tantos otros europeos para mostrar las costumbres groseras e inmorales, bárbaras o incivilizadas, que se seguían manteniendo en esta parte del mundo y sobre las cuales, según algunos (los más filántropos -como la distinguidísima señora Juana Ross de Edwards-, sin duda la principal *benefactora* de los pobres)<sup>74</sup>, era necesario

---

<sup>73</sup> *Valparaíso, sociedad y...*, 8.

<sup>74</sup> Ayudar al desvalido era uno de los principios básicos dentro de la formación humanista que recibía la elite. En Valparaíso fueron muchos los ricos que se preocuparon de llevar a cabo este propósito que más que una cuestión de verdadera solidaridad respondía, creemos, a un compromiso social o moral, como uno de los tantos protocolos cívicos que debían asumir, o bien, como estrategia para purgar ciertas deudas impagas con su fe. “Sin embargo, pensamos que la obra de esos cientos de filántropos preocupados de la suerte de los desvalidos del Puerto se puede simbolizar en doña Juana Ross de Edwards, que, al decir de Enrique Bunster,

hacer algo: corregirlas. Valparaíso no es producto de una elite solamente. Tan importante como ella es esa inmensa población compuesta por sujetos desconocidos que desde sus distintas culturas fueron aportando al crecimiento de la ciudad. Sobre ellos recayó pues el costo de nuestra incipiente y prematura modernidad. He ahí el sacrificio del cual, como tantas otras veces a través de nuestra historia social, este sector debió hacerse cargo. Como hemos dicho incansablemente a lo largo de este capítulo, reconocemos por cierto el aporte importante que significó la presencia de una elite extranjera y nacional en la ciudad, pero al mismo tiempo y de manera muy especial reivindicamos el rol histórico y trascendental que jugaron los sectores populares en Valparaíso. Y no sólo porque hayan sido ellos los menos favorecidos en el proceso modernizador y republicano, sino porque como actores sociales fueron capaces de generar una cultura popular con la cual —entre otras cosas— se atenuaron las desiguales condiciones que estos grupos estaban condenados a padecer. Por lo mismo adherimos a aquéllos historiadores; porque cuando estudiamos la historia decimonónica de Valparaíso, quedan de manifiesto los desajustes e iniquidades que trajo consigo el modelo Estado-nación sobre los grupos sociales más pobres y, por lo tanto, con menor poder. No podemos, por eso, sino estar en el más absoluto acuerdo que nuestro trabajo, más que como historiador o estudioso de la cultura nacional es el de *arqueólogo* que debe, *subversivamente*, en el pie de página, en las citas o en los apéndices más remotos buscar el objeto de su

---

es quien practicó la verdadera filantropía, que no es la filantropía póstuma, sino aquella que se lleva a cabo en vida. Gastó en los desesperados 'no el sobrante sino una parte de la colosal fortuna acumulada por su esposo', y, gracias a ello, 'recogió, vistió, alimentó y educó a 100.000 niños y ancianos, madres, desvalidos y gente venida a menos, sin mencionar las numerosísimas instituciones financiadas por esta mujer ejemplar". En efecto, se considera que amparar y educar a un desvalido potencialmente los aleja del delito y les hace útiles para el mañana. Espíritu altruista y filántropo éste que muy pronto fue criticado por una elite más pragmática y progresista del Puerto, quienes en lugar de *dar* promovieron la creación de Cajas de Ahorro que, al revés, les enseña a los pobres 'a capitalizar para que logren su independencia económica". *Vida, costumbres y espíritu...*, 73-74. (Citado de Enrique Bunster. *Chilenos en California*. Santiago, 1958, pp. 144 ss.) Véase además: Luis Aguirre Echiburú. *El Libro de Valparaíso*. Valparaíso, 1946, pp. 279-280; y Fernando Silva Vargas. *Juana Ross de Edwards. Al servicio de los pobres*, en *El Mercurio* de Santiago, 01.11.1992.

investigación. Y que es, por lo demás, lo que en los apartados siguientes nos proponemos hacer.

### CAPÍTULO 3. «¿Tendencia dionisiaca del fondón popular o mandato católico de España?...» (CULTURA POPULAR)

Partimos de la tesis de que en el Barrio Puerto de Valparaíso, en los márgenes de esta ciudad integrada a la vida moderna y protegida como Sitio del Patrimonio Mundial, sobrevive aún cierta cultura popular que, creemos, no está siendo debidamente valorada dentro del Rescate Patrimonial, y por el avance inevitable del progreso urbano, corre el riesgo de desaparecer para siempre. Disipándose así un capital sociocultural que ha demostrado ser fundamental en la formación de la identidad de los sujetos que habitan esta ciudad.

Nos hemos propuesto una tarea difícil. Cuando hemos dado buena cuenta de que la ciudad de Valparaíso se improvisa a partir del auge comercial que se estaba llevando a cabo en esta parte del continente desde mediados del siglo XIX y que en ella se genera una cultura moderna impulsada principalmente por la llegada de inmigrantes que componen una elite cosmopolita, estudiar la sociedad porteña desde una perspectiva como esta es, sin embargo, tarea menos difícil. Y lo es porque generaciones de historiadores al estudiar la vida y costumbres de la ciudad han dejado literatura de sobra para entender el tema. Más todavía cuando desde muy temprano se nos enseña un tipo de historia cuyos protagonistas y precursores de la ciudad ha sido un grupo reducido de personajes dotados de los más *nobles* atributos (inteligencia, trabajo, fe, riqueza, gallardía...) <sup>75</sup>. Echemos un vistazo a sus plazas,

---

<sup>75</sup> “Finalmente, reflexionando acerca del proceso de transformación de la elite de Valparaíso, dice [Orleáns-Braganza] que 'el anglo chileno que aquí se encuentra es el producto de una feliz mezcla de dos razas y de dos mentalidades muy distintas. Del inglés, posee el sentido práctico, la iniciativa, el gusto por el deporte, la libertad individual y el confort; del chileno conservó la cálida afabilidad, la alegría despreocupada y el desprecio por el peligro'“. *Vida, costumbres y espíritu...*, 46-47. (Citado de Prince Louis D Orleáns-Braganza. *Sous la croix du Sud. Brasil, Argentina, Chile, Bolivia, Paraguay*. París, 1912, p. 198).

ahí están inmortalizados los verdaderos portadores —*ganadores*— de tan gloriosas cualidades: O'Higgins, Prat, Sotomayor, Echaurren, Aníbal Pinto, Waddington, Bismarck. Para qué decir sus calles y avenidas: Independencia, Esmeralda, Victoria, Chacabuco, Cochrane, Yungay, Blanco, Serrano, Errázuriz, Condell, Almirante Montt... ¡La Guerra del Pacífico, perpetuada en todo su esplendor! Y no sólo esta *hazaña* bélica, sus próceres, líderes, mártires que (repetimos esto) *de no haber sido por ellos Valparaíso no sería lo que es hoy*. En el plan de esta ciudad, en sus espacios públicos, en los lugares que a diario sus habitantes deben transitar está la nomenclatura de ese instrumental simbólico que nuestra historiografía conservadora nos legó: el panteón de verdaderos hombres que el porteño como hijo de esta ciudad-nación tiene el deber de venerar, respetar y recordar<sup>76</sup>. Lo difícil se presenta cuando queremos referirnos al mismo fenómeno, al mismo momento histórico que ha recreado el discurso ilustrado, pero desde una mirada distinta, donde los actores ya no son la elite o

---

<sup>76</sup> Menos irónico y más ilustrativo, sin duda, lo dice González Vera (1897-1970) cuando se refiere a Alhué, pequeño poblado de la Cordillera de la costa: “Sus habitantes tuvieron el buen gusto de bautizar las calles con nombres útiles, precisos y localmente históricos. Nada de remontarse a la revolución francesa ni al descubrimiento de la imprenta, ni invocar nombres militares, gregorianos o políticos. La calle donde expendían pan, fierros, verduras y drogas, en vez de llamarse San Pablo o San Diego, denominábase razonablemente Calle del Comercio. Después, más allá de la plaza, seguía la calle en que se construyó la primera casa de dos pisos y se instaló el primer hotel. Fué, por ambos motivos, Calle del Progreso. Y la que a mí me albergaba, linda calle con el cementerio al fondo, un alcalde filósofo y lector de Manrique decidió que se llamase Calle de la Unión. La del Oriente, no había en ella más que una casa perdida, fué Calle de la Libertad. Quien por ella transitaba veía campo, anchura y lejanía. Y así... Seguía luego la calle de las mujeres que cantan, de las que son alegres y dan su alegría, y con su alegría su cuerpo a todos los hombres; pero como también daban alcohol, los favorecidos con sus dones, formaban con frecuencia trifulcas resonantes. Y variando un poco la denominación, los piadosos vecinos llamáronla Calle de Tribulco. Así parecía evocar algo de ascendencia araucana. Y otra que va y baja con decisión al río, porque en ella tenían su morada tres sujetos que vivían de la pesca, fue Calle de los Pescadores...”. José Santos González Vera. *Alhué. Estampas de una aldea*. (4ª edición corregida y nuevamente disminuida por su autor). Santiago de Chile. Cruz del Sur, 1928, pp. 96-98.



burguesía comercial sino su gente, el pueblo, los sujetos populares que *en verdad* habitaron y forjaron con sus manos y destrezas<sup>77</sup> la ciudad que en este trabajo nos convoca. Estamos pensando en esos hombres y mujeres que después del paisaje —para muchos extranjeros: *desolador y aburrido*—<sup>78</sup>, era lo segundo que se veía cuando entraban al muelle. Estos nuevos huéspedes no sin mucho asombro hacían referencia a la naturaleza y a la conducta de este insólito y acogedor dueño de casa:

Los rotos, los cargadores, la gente de los malecones, cuyas faenas y cuya paga disminuyen, suelen hacer gestos de desafío con las manos a las fragatas que a

---

<sup>77</sup> En un pasaje de *Lanchas en la bahía* en que Alejandro con Rucio del Norte estiban pesadas barricas depositadas de un barco a la lancha donde se hayan junto a Eugenio —personaje protagónico y narrador de esta novela— aparece el siguiente pasaje que, creemos, de alguna manera ilustra lo que en el texto queremos decir: “—¡Arrea! —gritaron los lancheros cuando la red, en su balanceo, llegó al centro de la lancha. Cayó la carga, desengancharon la red e izaron el pesado gancho. Alejandro y Rucio, escupiéndose las manos, empezaron a estibar las barricas. Comprendí que tenía que hacer lo mismo que ellos y escupiéndome también las manos, aunque sin saber para qué, cogí la barrica e intenté levantarla; pero la barrica no se alzó un centímetro del suelo. Repetí el esfuerzo, abriendo bien las piernas, y la icé un poco, pero como no supe qué hacer con ella y como las fuerzas no me alcanzaran para más, la dejé caer. Me escupí de nuevo las manos, rabioso, próximo a emprenderlas a puntapiés con todas las barricas que había en la lancha, y la tomé otra vez. Pero una carcajada me detuvo. Rucio se acercó y me dijo: —No, compañerito, así no. Lo primero que tiene que hacer es sacarse el paletó, el cuello y la corbata. Así tendrá más fuerza. En seguida, aquí no se trata de matarse. Estas barricas pesan ciento cinco kilos cada una y si usted quiere agarrarlas y pararlas, dentro de una hora tendrá que acostarse a descansar. *Aquí se necesita más maña que fuerza*, sobre todo cuando se tiene poca fuerza...”. Manuel Rojas. *Lanchas en la bahía*. Santiago de Chile. Zig-Zag, (4ª edición, 1ª de 1932), 1961, pp. 51-52. El énfasis es nuestro.

<sup>78</sup> Valparaíso, “pueblo puramente mercantil, es carente de sociedad; no tiene casi costumbres propias, no hay museo y biblioteca, ni más distracción que el teatro”. *Vida, costumbres y espíritu...*, 49. (Citado de José Javier Molina Hernández. *Autobiografía de don Antonio*. 3 vols., mecanografiados –inéditos-). Véase también *El Mercurio* de Valparaíso, 01.12.1857.

veces no están a más de seis cables del muelle. —'¿Por qué no bajan, oh?' '¡Acuérdense de Playa Ancha!' '¡Vengan no más!'—, así gritan poniéndose un *Mercurio* a guisa de portavoz<sup>79</sup>.

Son los mismos que el propio Treutler, con todo su racionalismo científicista traído desde la Alemania decimonónica, describe con menos vehemencia pero con la misma agudeza:

En cuanto a las razas humanas que vivían en Valparaíso, se les podía dividir en tres categorías: los aborígenes, los mestizos de indígenas y españoles, [...] y los extranjeros. [...] De los mestizos o criollos hay dos géneros: aquéllos en que corre más sangre indígena que europea y que son de color más bien café que blanco y aquéllos que, debido a varios cruzamientos, son blancos en mayor o menor grado. Estos últimos representan la gran mayoría. Los varones son casi todos grandes, de buena figura, tienen cabello negro, algo crespo, con barba cerrada y bien crecida, usan bigote casi todos, [...], tienen nariz algo curva, ojos grandes y negros, cejas bien pobladas, dientes hermosamente blancos y bien conservados, pequeñas orejas, manos y pies, buena tenida y un andar elegante. Las mujeres y muchachas tienen, por lo general, un hermoso cutis blanco, cabello negro muy bello y algo tupido, ojos negros muy expresivos, nariz curva, cejas negras muy finas, dibujadas en semicírculos y fuertemente destacadas, pestañas muy largas y sedosas, magníficos dientes, bellos bustos, orejas, pies y manos pequeños y movimientos llenos de gracia. Hay también entre ellas muchas que tienen el cabello rubio y los ojos azules<sup>80</sup>.

¿De qué estamos hablando? En pocas palabras, de una Historia de Valparaíso que en su desarrollo ha negado, omitido o tratado del modo más indebido e injusto posible a esta gente. Lo cual equivale a decir que no sólo hay una historia no-contada sino que también una sociedad, un sujeto e incluso un lugar, es decir, una Cultura, que no ha sido *adecuadamente* incluida (aunque preferimos decir excluida) dentro del discurso histórico tradicional. El mismo Edwards Bello, por ejemplo, porteño de nacimiento, hijo ilustre (1958), y quien a lo largo de su destacada trayectoria como escritor mantuvo siempre una estrecha relación con la ciudad, se convirtió en un eximio conocedor del Puerto y de su gente, supo, desde su mirada positivista, claro, distinguir sagazmente a *unos* de *otros*<sup>81</sup>:

---

<sup>79</sup> *Memorial de...*, 273. (“Como era entonces Valparaíso...”).

<sup>80</sup> *Andanzas de un...*, 43.

<sup>81</sup> Joaquín Edwards Bello, sin duda, autor que no sólo nació, se crió, estudió y vivió acá, sino que además Valparaíso fue siempre fuente inagotable de su narrativa. Destacan, en este

Esa población de los cerros hace un contraste violento con la del plan o parte baja, exceptuando un cerro central. Arriba está la plebe; abajo, las autoridades, los comerciantes, la alta sociedad. Generalmente son extranjeros los que empujan al cerro a los antiguos y auténticos habitantes de la caleta, que en la Conquista se llamó Quintil. La ola europea, triunfadora, va repeliendo hasta las quebradas pobres a los residuos o sobrevivientes de changos, mulatos y mestizos. El plan es la ley de Darwin. Hacia arriba va la ola medio *derrotada* comiendo pescado seco y cebolla. [...] Esa diferencia que notamos entre la gente de los cerros y la del plan se extiende a *todos* los órdenes de la vida. Hay gente *santa, moderada, limpia e instruida*, y por otro lado hay una plebe medio *pagana, fatalista, descreída, desaseada*, que proviene del *misterio* racial americano y de la infantería de la conquista. Valparaíso *oscila entre la tendencia dionisiaca del fondón popular y el mandato católico de España*, mantenido por la clase alta<sup>82</sup>.

El autor de estas líneas lo ha dicho todo. En ellas se resume la visión que la elite tiene con respecto al universo popular, que no es sólo aquella mirada misericordiosa con la cual muestra una aparente mueca compasiva hacia estas *pobres criaturas*; esa es una cosa, la otra es la carga pre y perjudicial con que suele referírsele. Haciendo un notable contraste entre dos sujetos, dos mundos, dos culturas (la 'estoica' —*santa y moderada*— y el 'residuo mestizo' —*pagano y fatalista*—), superpone una sobre la otra. Vindica y legitima una, la suya, en tanto niega o mancilla a la otra. Dotando, así, a la primera de los rasgos propios del pensamiento eurocéntrico ilustrado, mientras que a la segunda le atribuye condiciones 'inferiores' relativas a un mundo 'desviado', 'oculto', 'soterrado'... Ejemplos como estos sobran en nuestra literatura tradicional. Por eso no hemos de extrañarnos. Por el contrario, incluso estamos en algunos puntos hasta de acuerdo con el autor de *El roto* (1920). Por lo demás no está tan lejos de *su* realidad, ya que era esa la forma como vivían y como eran vistos, desde fuera, estos grupos sociales. En lo que sí no concordamos —y es algo que en la mentalidad de un hombre como

---

sentido, *Valparaíso, la ciudad del viento* (1931), reeditada después por tercera vez en 1946 como *En el viejo Almendral*, luego en 1955 se volvió a publicar pero ahora como *Valparaíso* con el subtítulo de *Fantasmas*, entre otra gran variedad de crónicas y ensayos publicados en los diarios La Unión y La Nación, todos o casi todos dedicados al estudio y análisis del *ser* chileno.

<sup>82</sup> *Memorial de...*, 271. (“Cómo era entonces Valparaíso...”). Los énfasis nos pertenecen.

Edwards Bello no tenía por qué estar—<sup>83</sup> es en el hecho de no saber que en esa *plebe* se halla —adormecido todavía, o bien, plenamente desarrollado pero no revelado por la lógica moderna— un *capital social y cultural*<sup>84</sup> que en la medida que la ciudad crece, adquiere

---

<sup>83</sup> Lo anterior se explica mejor con esta cita: “Edwards Bello al situar al *roto* dentro de un ambiente de degradación extrema, de seres bestializados por la pobreza, nos confirma que su mirada —al igual que la de otros novelistas de la época— estaba deformada por los esquemas del Naturalismo, de modo que la imagen *rotesca* de estos naturalistas del 20 es la de un ser *bestial, animalesco*. Pese a su intento de verlo en forma objetiva, el escritor carecía de las condiciones necesarias para ello, puesto que su formación era la de una clase social muy distanciada. En general, esta es la concepción que los positivistas tienen del *roto* (no olvidemos que el Positivismo fue una ideología que afectó principalmente a la clase media y burguesa)”. Marco Chandía. “Algunas miradas al *roto* chileno (a través de la historia y la literatura —desde la colonia hasta la crisis del nacionalismo—)”. (Inédito). Magíster en Estudios Latinoamericanos. Universidad de Chile. Facultad de Filosofía y Humanidades, (agosto, 2001).

<sup>84</sup> *Capital social y cultural*, “...entendido como la capacidad de acción colectiva que construyen las personas sobre la base de confianza social, normas de reciprocidad y compromiso cívico”. Norbert Lechner. *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago de Chile. LOM, 2002, p.100. En un contexto como el actual —complejo, contradictorio e incierto—, que abre un nuevo debate en el campo del progreso, se revalorizan aspectos no incluidos en el pensamiento económico convencional, como sucede con la idea de 'capital social'. Se trata de un re-examen de las relaciones entre cultura y desarrollo, tratando de incluir aspectos de la cultura que puedan favorecer a su crecimiento económico y social; pero para eso es preciso descubrirlos y potenciarlos a fin de apoyarse en ellos. O sea, replantear la agenda del desarrollo de forma tal que, al tomar elementos esenciales de su realidad —y que hasta ahora han sido ignorados—, a la postre resulten más eficaces. De esta manera, lo que se pretende es poner a foco las posibilidades del capital social y de la cultura con el propósito de aportar al desarrollo económico y social. Bernardo Kligesberg. *Capital social y cultura. Claves olvidadas del desarrollo*. Ponencia. Taller “Desafíos para las Políticas Sociales en Argentina, Brasil, Chile y México”, en *Colección Ideas*. (Nº 7, Año 2, 2001). Y

fuerza y vigor hasta convertirse en una verdadera cultura popular. Una cultura cuyos sujetos seguramente seguirán comiendo pescado seco y cebolla, pero concientes ahora de ser portadores de un potencial inherente al mundo popular, desde donde podrán transformarse en seres autónomos, aventajados, *cultos*; menos *derrotados*.

Ahora bien, si entendemos por *cultura* el conjunto de ideas, valores, creencias y comportamientos, es decir, *Todo* lo que una sociedad, cualquiera que esta sea, produce y reproduce en un lugar y en un tiempo determinado, estamos hablando entonces de una cuestión vital; de un modo de sentir, de pensar, de creer y de hacer que no se detiene ya que está en un continuo movimiento. El rasgo, por eso, que quizá mejor defina a la cultura es su voluntad de expresión; se está siempre haciendo. La cultura es el acontecer en cuanto tal, dicen<sup>85</sup>. Debemos considerar no obstante que si bien la cultura se está permanentemente reproduciendo, no lo hace siempre de la misma forma ni en el mismo sentido. Existen, en consecuencia, tantas culturas —y por tanto identidades—, como grupos y tendencias en nuestras sociedades. Incluso, como sabemos, un mismo grupo social puede adoptar más de una forma cultural a la vez. Es donde algunos estudiosos que han tratado el tema de las

---

del mismo autor, con Luciano Tomassini (comps.). *Capital social y cultura: Claves estratégicas para el desarrollo*. Buenos Aires. FCE, 2000.

<sup>85</sup> En un sentido bastante más amplio, usamos el término 'cultura' dentro del ámbito de los Estudios Culturales, cuya tesis fundamental elaborada por Raymond Williams a comienzos de los 60, señala que la cultura es la totalidad de la vida: vivimos culturalmente; lo cual implícitamente supone una crítica a las dicotomías espíritu/materia, idea/cosa, puesto que la cultura no es una *cosa* espiritual, insustancial, sino la vida diaria que vivimos. Según esto, en los Estudios Culturales habría una percepción como el espectro total de las prácticas simbólicas, donde la oposición entre lo cultural y lo que no, no tiene sentido; todo lo que sea dar sentido simbólicamente es cultura. Se trata por cierto de un campo teórico amplísimo donde tienen cabida la historia, la literatura, las ciencias, la etnicidad, lo colonial y lo poscolonial, la pedagogía, etc. Apuntes de Clase del Curso de Grínor Rojo “Teoría Crítica General”. Magíster en Estudios Latinoamericanos. Universidad de Chile. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2002.

culturas posmodernas ubican las llamadas identidades transitorias o *microidentidades*<sup>86</sup>, muy comunes por lo demás en los barrios marginales de las *megalópolis* latinoamericanas. En consecuencia, no ha de extrañarnos que en una ciudad tan habitada como Valparaíso cohabiten más de una cultura, donde cada una trasunta una forma identitaria que le representa. Por lo mismo creemos que ha sido siempre riesgoso —al menos desde los procesos de expansión y crecimiento portuarios de fines del XIX— referirse a *la* identidad del porteño. Como si al identificar una las estamos identificando a todas. Valparaíso al ser habitada por dos grupos sociales distantes y diferentes en lo esencial —esto es en la forma de ser, sentir y vivir de su gente; su cosmovisión—, no puede presentar una sola ni única identidad. En efecto, consideramos que en esta ciudad coexisten al menos dos culturas claramente distinguibles como diferenciables entre sí. Por una parte, una cultura moderna, etnocéntrica e ilustrada, proveniente de la burguesía comercial en cuyas manos estaba el comercio y la industrialización del puerto, y que estaba compuesta principalmente por ingleses, alemanes, italianos, franceses y chilenos si no ricos, prósperos comerciantes; jóvenes profesionales, oligarcas decadentes...; en todo caso, burgueses que vivían la moda y las costumbres de aquéllos. Por otra parte, se hallaba una cultura de tipo popular, mestiza, proveniente en su mayoría del *bajo* pueblo: gente modesta, jornaleros, *chaluperos*<sup>87</sup>, fleteros, pescadores, marineros, vendedores (mercachifles, dulceros, dependientes), aguateros, dueñas de casa, niños, ancianos, delincuentes, vagos, lisiados, prostitutas y un gran puñado de inmigrantes de todas las naciones del mundo quienes, en general, adoptaron una forma de vida acorde a las condiciones laborales y socioeconómicas que la misma ciudad les impuso.

Se trata [señala el profesor Estrada] de una concentración de personas atraídas por la notoria vitalidad de la ciudad, de la cual ellos mismos eran la principal fuente de origen: aventureros, buscadores de riqueza, jóvenes dispuestos a enfrentar desafíos y a lograr una posición que difícilmente podrían alcanzar en

---

<sup>86</sup> “...en un país en que hay un déficit de espesor cultural étnico o demográfico de arrastre, este tipo de identidades desempeñan un rol aún más relevante en la vida social y pueden incluso contribuir al creciente menoscabo de las identidades nacionales”. *Chile o una loca...*, 66.

<sup>87</sup> *Chaluperos*, de 'chalupa', lancha o bote más bien pequeño; por extensión, quien la conduce. Por cierto, oficio muy común hasta que el puerto crece y se industrializa.

los pueblos interiores, conformando así una sociedad que desarrollará una identidad dinámica y peculiar totalmente distinta de la del país<sup>88</sup>.

Si bien las autoridades de turno hicieron lo posible porque *la moral y las buenas costumbres* de los inmigrantes llegados a la ciudad fuese la de hombres *decentes*, brindándoles como buenos chilenos, los atributos tanto de su tierra como de su gente; no pudieron sin embargo evitar que dentro de los masivos desembarcos que se produjeron, sobre todo después de la segunda mitad del siglo XIX, bajaran todo tipo de:

vagos y holgazanes, mendigos y criminales, raquíticos y contrahechos, tropa de mendigos, harapientos, incapaces de procurarse subsistencia, rateros y pordioseros, mujeres flacuchentas, hambrientas y sucias, ejército de lisiados y pendencieros, [...], todos o casi todos eran ni más ni menos que facinerosos, haraganes o perseguidos cuyos documentos de identificación habían sido en su mayoría falsificados, añadiendo que, para desembarcarlos, fue menester que los desarmaran llegando a colmar 2 canastos grandes de navajas, puñales y revólveres<sup>89</sup>.

Siguiendo con la configuración de estos sujetos y pese a lo un tanto deliberado de este relato, creemos que no debió pasar mucho tiempo para que estos *nuevos porteños* no manifestaran algún tipo de problema con la ley. Al respecto, hay un dato que nos resulta esclarecedor: “Entre abril de 1872 y marzo de 1873, en Valparaíso, un total de 664 foráneos (sólo el 17.7% era argentino, peruano o boliviano) fueron declarados reos o condenados a pagar multas por infracción a bandos y decretos de policía”. Si se considera que en aquella época el total de residentes sumaba a 6.738, los 664 representaban casi un 10%. Más tarde, fuentes revelan que casi ochenta alemanes, argentinos, austríacos, brasileños, ecuatorianos, franceses, ingleses, italianos, norteamericanos y peruanos eran reos ingresados a la cárcel pública porteña<sup>90</sup>. Visto así, esta sociedad se vio *positivamente* favorecida con la incorporación de este elemento

---

<sup>88</sup> *Valparaíso, sociedad y...*, 13.

<sup>89</sup> *Vida, costumbres y espíritu...*, 18-19.

<sup>90</sup> *Ibid.*, 19-26. A partir de estos datos de reclusión, se podría hacer *otra, toda* una historia de Valparaíso. Dicho sea de paso, existen hoy importantes iniciativas respecto a este antiguo recinto penitenciario, las que bajo el nombre de Ex-Cárcel Pública están a pasos de convertirlo en museo y espacio nuclear de la cultura local porteña.

popular que, como ya hemos señalado, provenía tanto del mestizaje típico latinoamericano como del resultado de la mezcla dada entre todos esos *busca vidas* que, no sabemos con certeza, cómo llegaron aquí. En tanto que estamos frente a dos realidades socioculturales distintas, debemos considerar sin embargo que no reducen sus diferencias únicamente a un factor económico; van más allá. Detrás de cada uno de estos modos culturales subyacen formas de ser, de sentir y de pensar que los hacen, si no totalmente antagónicos, disímiles. Mientras la elite se reproduce a partir de una mentalidad racional propia de la cultura occidental dominante; el mundo popular, sin dejar de adoptar rasgos modernos, lo hace, en cambio, en base a un saber *otro*, más empírico, más pragmático, que privilegia el cuerpo de un sujeto colectivo y que busca actualizar, recoger y vivenciar saberes ancestrales tales como: la oralidad, la memoria, la religiosidad, la armonía del hombre con la naturaleza, sus mundos objetivos y subjetivos, la cotidianidad, etcétera. Por eso si Valparaíso absorbe, por una parte, una cultura moderna y europeizante que tan pronto lo transforma en el espacio cosmopolita que atrae a sujetos de todas partes del mundo, por otra, incorpora paralelamente otra no menos poderosa tradición social y cultural, que si bien —o porque— *niega el predominio de la razón ilustrada*, enriquece considerablemente el universo cultural porteño; generando así una nueva sociedad cuyo rasgo principal será la pugna constante entre un modo de ser *espurio* que se impone y otro *auténtico* que lucha por mantenerse vivo y que finalmente termina incorporándose en los estratos pobres de la ciudad, ocupando un lugar dentro de la cultura nacional; que hasta entonces había sido terreno exclusivo de las elites.

Ahora bien, si la pregunta es por su origen, ¿de dónde salen los elementos que configuran esta identidad popular? Para responder a esto habría que remontarse a la época colonial ya que, según Salazar, “es el bajo pueblo y no la elite el heredero de la tradición colonial española, especialmente en sus aspectos de ganadería y artesanía que se relacionan con formas específicas de sociabilidad”. Claro que esta herencia colonial española sólo pudo “ser asumida por el pueblo de manera oblicua y limitada debido a su permanente exclusión”. Pero no exclusivamente en la tradición hispánica Salazar halla rasgos identitarios de la cultura popular; los hay también dentro de la cultura mapuche. Y sobre todo cuando “multitud de peones y pobres privados de tierra, cruzaron la frontera para reproducir su vida y allí aprendieron las primeras lecciones de resistencia en fraternal contacto con los mapuches”. De este modo entonces y a medida que corrían las décadas del XIX al XX, se fue amalgamando un estrato sociocultural de corte popular que “debido a la multiplicidad de sus componentes y



a las variaciones históricas que determinan su carácter heterogéneo y su aparente falta de unidad”, a los constantes prejuicios que operan en su contra y al estar —según la lógica moderna— cargado de 'tensiones e incoherencias'; pese, insistimos, a toda esa desalentadora realidad, la cultura popular que se desarrolló en Valparaíso fue capaz de revertir, o bien, potenciar dichos factores gracias a que cuenta con tres aspectos que son fundamentales dentro de su desarrollo. Primero, el pueblo, por haber sido capaz de sobrevivir en condiciones muy difíciles logró desarrollar una fuerza imaginativa creadora —y creativa—, cuya característica principal es el ímpetu de luchar por la vida. “El mayor logro de la cultura popular (nos dice Gabriel Salazar) ha sido mantener la vida aplicando la imaginación y utilizando al máximo los escasos recursos disponibles”. Situación que hizo posible en ella el desarrollo de un carácter específico y creativo con los cuales pudo establecer una relación *dicotómica* (aunque nosotros preferimos decir *dialéctica*) frente a la cultura de elite, la que estaría desprovista, según este autor, de dichos recursos. Así, creación / imitación son dos cualidades opuestas que vendrían a dividir, para el historiador, una cultura de otra<sup>91</sup>. Segundo, la cultura popular posee la “clave unificadora de su fuerza vital: un impulso a humanizar la vida social en todos sus aspectos, que apunta hacia un proyecto de sociedad alternativa”. Voluntad que por lo demás “está permanentemente bloqueada y reprimida por la cultura dominante, pero sigue viva y se manifiesta periódicamente en la historia”. Tercero, la cultura popular posee una capacidad inherente “para reproducir en comunidad y con procedimientos propios, sea en la minería, la artesanía o la agricultura”. El pueblo demostró siempre una enorme originalidad y autonomía con las que desarrolló formas propias y sin ayuda extraña. “Cuando el capitalismo se expandió y la tecnología industrial extranjera absorbió a parte del pueblo, el resto marginalizado creó una nueva cultura submercantil que predomina hoy en las poblaciones”. Por eso, “un rasgo fundamental de la cultura popular ha sido su segregación y consecuentemente su enorme capacidad para crear vida, códigos morales y cultura al margen

---

<sup>91</sup> Para Salazar esta relación “es crucial para el problema de la identidad porque ésta [la creatividad], naturalmente, sólo puede encontrarse en lo que es genuinamente propio de un pueblo, no en la copia. Sólo una cultura creativa puede aspirar a construir la verdadera identidad de una nación”. *Identidad...*, 173. (Citado de Gabriel Salazar. “The History of Popular Culture in Chile: Different Paths” en K. Aman y C. Parker. *Popular Culture in Chile, Resistance and Survival*. Boulder. Westview Press, 1991, pp. 18-20 y 34, respectivamente).

de la sociedad establecida. Pero también ha sido capaz de absorber parcialmente elementos que vienen de la cultura dominante y que se canalizan a través del estado, el ejército, las escuelas y los medios de comunicación”<sup>92</sup>.

En consecuencia, por debajo de esos *endémicos* personajes está precisamente la *otra* corriente de la cual se nutre la cultura porteña. Un mundo aunque soterrado no por eso menos valioso y trascendente en la formación de su carácter identitario. Un universo popular que pese a haber viajado siempre a contrapelo de o negado por la cultura oficial, por medio de la fiesta, la comida y la bebida abundantes, así como por el amor, ha podido no sólo mantener vivo su capital sociocultural sino también lo divulga, potencia y transmite, logrando de este modo *espesar nuestra chilenidad*<sup>93</sup>. A través de estas dimensiones es que la cultura popular vivencia de manera natural y cotidiana, desarrolla una festividad que vindica como elemento central el cuerpo, la carne, las pasiones, el desenfreno y la abundancia, como también el amor, la alegría, la franqueza, la confianza en la palabra dada y, sobre todo, la amistad...

Para el hombre que es de yunta  
la palabra es documento  
ser bien apantalona’o  
dará confianza y respeto.  
[...]  
Respeto y sinceridad  
son preciosos documentos  
se reflejan en la cara  
es cuando nacen de adentro<sup>94</sup>.

---

<sup>92</sup> *Ibid.*, 174-176.

<sup>93</sup> *Revisitando Chile...*, 224. (Citado de Marco Chandía. “La Joya *deslucida* del Puerto. Cultura popular de un Valparaíso que no muere”).

<sup>94</sup> Luis Advis (ed.). “Autobiografía”, en 'Nano' Núñez. *Poesía Popular*. Santiago de Chile. SCD, 1997, pp. 25-26.

El mundo popular no es abstracto, se haya inserto en una comunidad cuyos sentimientos estarían siendo siempre avivados por el trago, la comida y el baile, y recreados por distintos estilos musicales venidos de otras culturas. De ahí pues el tango y el bolero, el vals peruano, el corrido mexicano, la salsa, la cumbia centroamericana y la cueca chilena; ésta, un estilo musical poético que en la ciudad moderna adquiere otros matices<sup>95</sup>:

Por eso la bautizaron  
como la 'cueca brava'  
como reina del ambiente  
también entre la rotada<sup>96</sup>.

---

<sup>95</sup> Marco Chandía. “Yo soy la cueca porteña... *No cualquiera me canta...* Sujeto popular y 'cueca brava' en el Puerto”. Ponencia. *VI Congreso Internacional de Estudios Latinoamericanos*. Centro Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos (CIEL). Universidad de La Serena. Facultad de Humanidades. 5, 6 y 7 de noviembre, 2003.

<sup>96</sup> 'Nano' Núñez..., 18. A propósito, reproducimos aquí parte de la entrevista hecha a este cuequero santiaguino donde nos aclara (*más o menos*) por qué la cueca es *brava* (centrina) y no *chora*, como algunos creen. “Mentira, *choro* es ladrón. Desde el que roba pañuelito' hasta el de guante blanco, es *choro*. Llega la *yuta*, la autoridad: —'Ese es choro, ese es choro', —'Pa' la camioneta'. Entonces la dicen cueca *chora* porque es cueca *añiñá*. Pero en realidad e' brava. Entonces, han llegado personas que son músicos, son *macanúo*, y me dicen, —'¿Por qué no le gusta la cueca *chora*?’ —'Converse con el oído suyo, les digo, no con el mío', así... La otra vez yo estuve en Lo Barnechea y un fulano me dice: —'La cueca *chora*'. —'Basura, le digo yo'. —'¿Y por qué?' —'¿Pero cómo se le ocurre, en todas partes lo mismo y lo mismo!' Es como contar un chiste y volverlo a contar... La riqueza de la cueca ha sido la letra, las melodías, las muletillas, porque la cueca ha sido de hierro igual que la paya, ¿me entiende?’”. (Hernán Núñez Oyarce. Entrevista en el club Los Inseparables (ex Monitos). Población Nogales. Estación Central, 07.01.2004). “De ahí su denominación como cueca brava, 'es brava porque la rotada también es brava, pará en el hilo', rasgo atribuido a la idiosincrasia popular: 'es la vida que tiene el chileno, medio aguerrido, es algo de adentro, se nace con eso..., la cueca es del pueblo; si p'arriba no la cantaban'. La vida social de la cueca va asociada a los suburbios y conventillos, a los llamados barrios bravos de Santiago y del puerto

La cueca porteña es más que letras o historias de antaño. Es poesía. Es brava. Por debajo suyo subyace la identidad del sujeto popular porteño. Quién y cómo es, nuestra cueca lo revela, abriéndonos una ventana por donde lo vemos moverse en un lugar, aunque exiguo, tremendamente significativo en la historia de la bohemia porteña, como fue el de La Cuadra. Está aquí presente, en cuerpo y alma, el sujeto popular que supo de un mundo distinto, de una cuestión vital, donde los placeres del alma no estaban sin los del cuerpo, donde lo humano y lo divino eran una sola realidad, y el cielo con la tierra parecían más cercanos...

Para el caso específico de la cultura popular que se genera en el Barrio Puerto de Valparaíso habría que agregar sin embargo el papel que juega además del histórico-cultural, el espacio físico y natural. No olvidemos los terremotos, maremotos, inundaciones, temporales e incendios, entre otros fenómenos que han quedado como imborrables pesadillas en la memoria de sus habitantes, pero a pesar de la adversidad de la misma manera han ayudado también a forjar su talante:

Su creatividad y carácter emprendedor no es sino fruto de la confluencia de habitantes de los más diversos orígenes y condiciones, que compartieron sus habilidades, conocimientos y mentalidades, haciendo de la diversidad cultural, del pluralismo y de la heterogeneidad su riqueza más grande. Estas cualidades son, también, fruto de los embates que la historia impuso a la ciudad, y de la capacidad que desarrolló para enfrentar las condiciones adversas, encontrando en su propia diversidad la fuente de su dinamismo. En Valparaíso no se dio

---

de Valparaíso. [...] 'Porque se le persiguió, la cueca se refugió en las casas de niñas, en los arrabales, en los bajos fondos, cárceles y presidios. Ahí no los podían llevar presos. La cueca prácticamente era prohibida, aunque esa ley no tenía número'. La fiesta popular encontró en la práctica de la cueca chilenera uno de los grupos más resistentes al control de la vigilante autoridad, una especie de *hoyo negro* en la textura del poder. Los lugares tradicionales donde se hacía cueca eran las *picadas*, los bares y *chicherías*, y los burdeles o casas de remolienda. Los burdeles, son considerados no sólo como refugio de la cueca sino verdaderas escuelas de canto, donde concurrían los mejores cantores y músicos del ambiente". *Revisitando Chile...*, 149. (Citado de Rodrigo Torres. "El arte de cuequear: identidad y memoria del arrabal chileno").

sólo un contexto de tolerancia o una convivencia feliz, sino un diálogo creativo propiamente tal<sup>97</sup>.

En esta misma línea, Maximiliano Salinas agrega una característica más: “mientras la cultura de la elite es formal, grave y severa, la cultura popular posee un proverbial sentido del humor, una jovialidad y alegría que demuestra su humanismo y sabiduría vital”. En trabajos donde el historiador aborda el tema de la risa —desde los orígenes de la cultura occidental y desde nuestra particular religiosidad, y de cómo ha sido vista a lo largo de su desarrollo—, sostiene que “uno de los rasgos más finos y sobresalientes de la cultura popular en Chile —y que la distingue de la cultura de las elites— es su buen humor y la jovialidad como forma de ser, conocer y actuar en el mundo. Esta fue una identidad cultural que pudo reconocerse cada vez más allá de las visiones aparentes”<sup>98</sup>. La risa así, para Salinas, es el signo más consistente de la vida y de la celebración de esta con la muerte, cuyo “atributo primordial es el carácter fundamentalmente festivo de las mujeres y los hombres”. Esta, al igual que el humor y la alegría, “remite al origen eufórico de la vida, asegura y sostiene la vitalidad del universo. Se contradice con la seriedad inherente a toda enajenación mental o corporal del eros y de la fiesta por la guerra o la discordia, la razón o el trabajo inhumanos”. La risa, por último, es libertad y “un signo elemental e inequívoco de lo sagrado de la vida ante el mundo del trabajo, la discordia o la racionalidad profanas. En este sentido, según el historiador, las civilizaciones y culturas tienden a volcarse hacia estas dimensiones, auspiciando el sentido serio de la vida. Sin embargo, siempre desde adentro o desde afuera de ellas mismas, renace la risa y el sentido del humor, el sentido festivo del mundo, como principio eufórico fundamental e inexcusable de la vida”<sup>99</sup>. Un caso egregio de esto lo representa Nicanor Parra en su obra, en la medida que la cultura cómica popular irrumpió no sólo ocupando sino desarmando el lenguaje de la escritura moderna.

---

<sup>97</sup> *Postulación de Valparaíso...*, 3.

<sup>98</sup> Maximiliano Salinas. *En el cielo están trillando. Para una historia de las creencias populares en Chile e Iberoamérica*. Santiago de Chile. Universidad de Santiago, 2000, p. 184.

<sup>99</sup> *Risa y cultura...*, 1-13.

Parra se apartó de la cultura y la estética seria y monológica ya decadente para liberar con el lenguaje oral el cuerpo, el humor y la risa proscritas por el canon clásico, antiguo o moderno de Occidente. Esta acción poética, o 'antipoética', emplazó tanto el lenguaje trágico colonial como el lenguaje científico moderno, ambos igualmente determinados según el modelo de la antigüedad de Occidente. Nicanor Parra logró así llevar a un lenguaje universal el habla cómica popular de Chile con la consiguiente relativización del idioma y de las creencias tradicionales de las elites: la política, la religión y la cultura pasaron a ser cuestionadas humorísticamente:

Ángel más absurdo / Non volveré a ver  
Muerto de la risa / Dije good bye sir,  
Siga su camino, / Que le vaya bien,  
Que la pise el auto, / Que la mate el tren.

¿Y quién es el Santo Padre? / El es el Tambor Mayor  
De toda la cristiandad / ¿De toda la cristiandad?  
¡De toda la cristiandad! / No me haga reír compadre.  
Ríase no más compadre<sup>100</sup>.

El antipoeta Parra invierte el sentido trágico y solemne de la vida, de la tradición occidental que mira el mundo a través del prisma racional y lógico, ético y moral, cartesiano y cristiano, para construir desde ahí, desde esa *deconstrucción paródica*, una manera distinta de ver el mundo, por medio de los sentimientos, del cuerpo, de la risa, del sentido cómico y del amor. He ahí su propuesta antipoética, no se queda en la mera burla, ofrece una salida alternativa, la risa como elemento central de la vida:

### ***Otros cógitos***

Escribo,  
luego tu existes

Insisto  
Luego te amo

Me voy con otro

---

<sup>100</sup> *Ibid.*, 23.

Luego tú no existes<sup>101</sup>.

PADRE NUESTRO

que estás en el cielo santificado

sea tu nombre

glorioso

..... hágase Señor tu voluntad

así en la tierra como en el cielo...

... el pan nuestro de

cada

día. dánoslo hoy

no nos dejes caer en tentación

mas libranos Señor

de todo mal

Amén<sup>102</sup>.

Frente al ascetismo restrictivo y autodestructivo de la cultura de elite (*el enemigo público número uno es el tonto solemne ya sea de izquierda o de derecha*), Nicanor Parra recuperó el vitalismo de la lengua popular absorbida desde su niñez a través del folklore infantil de Chillán en las primeras décadas del siglo XX. La cultura cómica popular recreada por Parra es una propuesta saludable, reconfortante, destinada a recuperar la proximidad humana. En 1968 expresó: *Recuerde que es cuando se pierde el sentido del humor cuando se empiezan a sacar*

---

<sup>101</sup> *The Clinic...*, 62.

<sup>102</sup> *Ibid.*, (inédito), 19.

*las pistolas*. Su risa es una risa amable, que humaniza a los que sufren de perpetua gravedad. *En realidad más que con humor y con ironía, yo trabajo con lo que podría llamarse el gozo de vivir...* El resultado es positivo, de afirmación vital. Es un personaje vital. La risa que se produce, esa especie de risa morbosa, no es una risa deprimente sino saludable... *Es que la verdadera seriedad es cómica*. La risa es finalmente la celebración de la vida, tan desvalorada por la problemática invención occidental de Chile. Es el goce de la vida, con la libertad, la inocencia, el amor y la humildad del pueblo”<sup>103</sup>.

---

<sup>103</sup> *Risa y cultura...*, 24-25. Para mayor información sobre Nicanor Parra y la antipoesía, véase su extensa bibliografía crítica: Iván Carrasco. *Nicanor Parra: la escritura poética*. Santiago de Chile. Universitaria, 1990; Ángel Flores y Dante Medina (comps.). *Aproximaciones a la poesía de Nicanor Parra*. México. Universidad de Guadalajara, 1991; Marlene Gottlieb. *No se termina nunca de nacer: La poesía de Nicanor Parra*. Madrid. Playor, 1977; Edith Grossman. *The Antipoetry of Nicanor Parra*. Nueva York. New York University Press, 1975; Joan Brossa. *Nicanor Parra*. Valencia. Art Gràfiques Soler S. A., 1992; Thomas Brons. *Die Antipoesía Nicanor Parra Versuch einer Deutung aus weltanschaulicher Sicht*. Gotinga. Verlag Alfred Kummerle, 1972; Álvaro Jofré. *Para una lectura de Nicanor Parra: el proyecto ideológico y el inconsciente*. Sevilla. Universidad de Sevilla, 1976; Hugo Montes y Mario Fernández. *Nicanor Parra y la poesía de lo cotidiano*. Santiago de Chile. Editorial del Pacífico, 1970 y 1974; Leonidas Morales. *La poesía de Nicanor Parra*. Santiago de Chile. Universidad Austral de Chile y Universidad Andrés Bello, 1972; del mismo autor, *Conversaciones con Nicanor Parra*. Santiago de Chile. Editorial Universitaria, 1991; y así una serie de numerosos artículos publicados en revistas especializadas nacionales y extranjeras: Fernando Alegría. “Parra anti Parra” en *Literatura y revolución*. México. FCE, 1971, pp. 173-189; Antonio Skarmeta. “Entrevista a Nicanor Parra”, en *Ercilla*, 14.08.1968; L. Droguett. “Diálogo apócrifo con Nicanor Parra”, en *Atenea*, N° 383, 1959; Mario Benedetti. “Nicanor Parra descubre y mortifica su realidad”, en *Letras del continente mestizo*. Montevideo. Arca, 1972, pp. 89-96; René de Costa. “Para una poética de la (anti)poesía”, en *Revista Chilena de Literatura*. N° 32, 1988, pp. 7-29; David William Foster. “Parra Nicanor”, en *Chilean Literatura: A Working Bibliography of Secondary Sources*. Boston. G.K. Hall, 1978, pp. 188-193, etc.



Y aunque el ascetismo de la elite intentó determinar las formas y los lenguajes del habitante porteño, asediando su *comicidad* y sus distintas como variadas manifestaciones<sup>104</sup>, gracias a las características innatas de esta cosmovisión popular fue capaz de hacerse notar, salir adelante y transmitir un modo menos grave de ver el mundo. Dicho esto, y asumiendo que lo que se da en el Barrio Puerto de Valparaíso contiene los rasgos básicos que definen a toda cultura, entonces, ¿cómo hacerlo —*si no se está nunca quieta*— para situarla en un período específico del proceso cultural porteño? En otras palabras, ¿cuándo se puede hablar de que en el Sector Puerto se da una cultura de tipo popular y cuándo ya no se da, o se da menos?

Como este trabajo no pretende estudiar la *historia de la cultura popular de Valparaíso*, sino sólo recrear una breve, brevísima, pero significativa etapa dentro de su desarrollo por medio del relato oral de los sujetos que la componen<sup>105</sup>; consideramos pertinente por eso comenzar refiriéndonos a dos de los momentos clave dentro de su proceso histórico. Por una parte, a aquel que le vio nacer, o sea, al conjunto de circunstancias y condiciones históricas, sociales, económicas, políticas y culturales que configuraron el contexto desde donde Valparaíso se incorpora al mundo moderno y dentro del cual fue posible el surgimiento de una cultura popular como esta en el Barrio Puerto (rasgos que de alguna manera creemos dejar claramente explicitados en el capítulo 2). Y, por otra parte, también a circunstancias y condiciones de este tipo pero que, al revés, ayudaron al agotamiento y casi total desaparición de este universo popular. Como vemos, pues, más que asumir el tema a través de un largo y riguroso enfoque historiográfico, lo que a nosotros nos interesa —reconociendo por supuesto que no es el único y que sin duda existen otras miradas— son los hechos que, creemos, influyeron tanto en el

---

<sup>104</sup> Renzo Pecchenino, *Lukas* (1934-1988), pese a haber sido un hombre conservador (trabajó para *El Mercurio* de Valparaíso y declarado políticamente hombre de derecha), supo muy bien revelar este sentido cómico del porteño.

<sup>105</sup> El relato de vida más que una técnica da cuenta de un enfoque de trabajo. En este contexto, “El enfoque biográfico nos plantea una paradoja epistemológica, en el sentido de reconocer en lo singular una vía privilegiada al conocimiento universal”. En Francisca Márquez y D. Sharif (eds.) “Del testimonio al relato de vida”, en *Proposiciones*. (Nº 29). Santiago de Chile. Sur, 1999, pp. 7-8; y Gabriel Salazar. “Ciudadanía e historia oral: vida, muerte y resurrección”. *Ibid.*, 198-211.

*surgimiento* como en el *declive* de este mundo popular porteño, poniendo un especial énfasis en esta última etapa. Digamos desde ya que la cultura popular a la cual nos estamos refiriendo abarca un período bastante extenso, cuyo proceso se da con mayor o menor intensidad y que iría desde los últimos lustros del siglo XIX hasta los primeros años de 1970. Pero anotemos también que esta cultura popular porteña y sus rasgos, aunque no tiene nada que sea imposible nombrar a través del lenguaje proporcionado por los Estudios Culturales (lo que nos da la confianza de avanzar por un camino transitable), mantiene, ya sea por el contexto en que se da así como con el enfoque particular con que se le mira, ciertas peculiaridades que para nosotros la hacen única, exclusiva.

Pero, ¿en qué radica dicha exclusividad? ¿Qué puede tener esta cultura que no tengan otras? Concientes que esencialismos aquí no sirven y de haberlos, no hacen sino impedir que las ideas centrales de esta investigación lleguen a buen fin; creemos, objetivamente, que aunque el modelo hegemónico reproducido por la elite comercial porteña ha subyugado en términos económicos a esta cultura popular desde siempre, no ha sido jamás motivo suficiente para que este modo de ser y sobre todo de sentir reniegue de su esencia, de su cosmovisión, de su substrato cosmogónico. Desde su modo tradicional de ser, en el marco de una sociedad que *a toda costa* quiso ser moderna y en un contexto tan complejo como el que aquí se dio; el universo popular porteño no pudo sino estar en una permanente confrontación frente a la cultura dominante. Actitud que a lo largo de las décadas lo convirtió en el paradigma alternativo con que las clases populares reconstruyen su identidad frente al mundo mercantilizado. Como dice Salinas, si el proceso civilizatorio de Occidente se construye a partir de la guerra, el mercado y la discriminación de identidades, características invariables del proceso histórico lineal, colonialista y racionalista, iniciado con el siglo XVI, la cultura popular lo hace, en cambio, por medio de sus opuestos: los mundos poéticos de la fiesta, el banquete y el amor<sup>106</sup>. Tres ámbitos del universo vital desde donde *lo* popular dialoga —*negocia*—, en un constante dialectismo con la cultura occidental. Tenemos hasta aquí, pues, los primeros rasgos que permiten diferenciar a esta cultura de otras. No olvidemos tampoco lo que ya hemos dicho de manera insistente: la existencia de este modo cultural producido y reproducido en el Barrio Puerto de Valparaíso y todo lo que él representa, está estrechamente

---

<sup>106</sup> “Literatura y Cultura Popular...”. (Apuntes...).

ligado al quehacer marítimo-portuario del primer puerto de Chile y uno de los más importantes del Pacífico-Sur —que si lo miramos en términos comparativos respecto al desarrollo sostenido que mantiene el conjunto de los países de la región durante la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del XX, no es cosa menor—. Valparaíso, antes de la apertura del canal de Panamá fue paso obligado de toda embarcación cuyo destino era cruzar hacia el Atlántico. Todo lo cual fue motivo para que esta bahía cobrara, principalmente en los países con tradición naviera, un valor y un interés universal<sup>107</sup>. Tampoco dejemos de lado, cierto, el descubrimiento de oro en California (1849) y todo lo que este fenómeno aurífero significó para el movimiento demográfico en Valparaíso. Masas de inmigrantes de las más diversas procedencias hacían su asomo en la bahía; lo que al cabo, sumado, dio como resultado que desde esa época en adelante el Puerto ya no fuera cualquier ciudad. La agitada vida portuaria, su comercio incipiente y el marcado contraste social de sus habitantes, contribuían a resaltar una ciudad distanciada y diferente del resto de las otras ciudades nacionales<sup>108</sup>. Y esto tanto por el conservadurismo católico inserto aún en una sociedad latifundista como por la disposición espacial (el valle central) en que estas mismas ciudades se hallaban<sup>109</sup>. Veamos a este respecto cómo históricamente esta ciudad ha sido descrita:

---

<sup>107</sup> Así lo demuestra un sugerente trabajo donde se recrea un Chile de fantasía, hecho de relatos, fragmentos y poemas, “es seductor saber qué imagen tienen de Chile los escritores que nunca han estado en Chile, un Chile creado por referencias librescas, por misteriosa empatía, por ser el lugar del confín del mundo, por la magia misma con que suena su nombre a un oído extranjero”. (Armando Roa y Jorge Teillier -eds.-. *La invención de Chile*. Santiago de Chile. Universitaria, 1997, p. 13). En este texto aparecen, por ejemplo, referencias a *ese* Valparaíso que de alguna manera ya *conocían* escritores como: Defoe, Melville, Verne, Salgari, Mann, entre otros.

<sup>108</sup> *Valparaíso, sociedad y...*, 32.

<sup>109</sup> Recordemos que hasta hace unos treinta años atrás se seguía —desde Rancagua hasta Concepción, aproximadamente— manteniendo la hacienda como sistema de economía agrícola y ganadera. Miles de hectáreas cultivadas le daban a estas regiones un carácter agrario opuesto al que se estaba llevando a cabo en algunas ciudades chilenas. Después, los gobiernos autoritarios, la esterilidad de las tierras, la falta de salarios dignos y los malos tratos

---

por parte de los patrones, hicieron que la gente comenzara a emigrar a las ciudades (principalmente Santiago y Valparaíso). Motivados desde principios del siglo XX por la extracción primero del salitre, del carbón después y del cobre finalmente, el campo chileno fue quedando desolado mientras las grandes urbes extendían su periferia sobrepoblándose de una nueva población que dejaba para siempre sus tierras. Durante toda esta movilidad social surgió una literatura que recreó vivamente esta realidad dicotómica que se dio entre el campo y la ciudad. La vida y costumbres campesinas eran vistas como esferas estancadas, detenidas en el tiempo, abúlicas e incapaces de ofrecer algo más allá que su natural e inocente realidad. En cambio la ciudad era el lugar del progreso, de las posibilidades, de la libertad. El mundo desconocido que aunque riesgoso y carente de todas las larguezas propias del campo era necesario conocer y vencer. En el pueblo se podía elegir; en el fundo el destino de cada peón estaba poco menos que escrito. A propósito de esto, se cuenta que Rugendas, mientras estuvo en Chile, mantuvo un extenso y secreto romance con doña Carmen Arraigada de Gutike (Carmela) vecindada en Talca, razón por la cual el pintor viajaba frecuentemente a dicha ciudad. Al respecto, Lago señala, (ella) “era casada y, a pesar de su tendencia a una vida refinada donde cabían todas las licencias de la mente, estaba en un pueblo como Talca, *adormecido por la rutina de las viejas convicciones sociales y religiosas* [y más adelante al comparar la ciudad con el Puerto agrega] Talca y Valparaíso *vivían en órbitas diferentes*, que aspiraban a ignorarse, en lo posible”. (*Rugendas, pintor...*, 85 y 125, respectivamente). Los énfasis son nuestros. González Vera, por su parte, también hace referencia a ese mundo latoso e inveterado del campo, sin necesidad de oponerlo a la ciudad, nos dice: “En Alhué nadie tenía idea del porvenir. Los días no traían angustias, pero tampoco eran portadores de mensajes alegres. Llegaban y se extinguían sin ningún suceso. Y los meses, por su índole más abstracta y arbitraria, se hubiese creído que transcurrían de noche. La existencia era tediosa. Los muchachos, después de prolongada infancia, convertíanse en hombres y un día cualquiera ya eran viejos. Los viejos, que ya lo eran desde veinte años atrás, aunque fuese evolucionando el color de sus barbas, seguían tomando el sol y presenciando el nacimiento de otros y otros. Bajo idéntica norma estaban las mujeres. Eran frescas y silenciosas durante la soltería; pero apenas se sometían a la potestad del hombre, adiós formas y adiós silencio [...] Y así iban girando los días, los meses, los años, las épocas. Aludes interminables de tiempo. Quizás el aburrimiento roa el corazón de algunos, pero en los quietos rostros nada es posible leer”. *Alhué. Estampas...*, 19, 20 y 53 respectivamente.

La ciudad nace en el siglo XVI sin fundación formal, sin trazado planificado, sin la formalidad, zonificación y regularidad geométrica de las ciudades del interior, establecidas de acuerdo a los parámetros fijados tempranamente por la Colonia Española para las urbes del Nuevo Mundo. Sus orígenes están marcados por la precariedad; sus dos primeros siglos de existencia, por la modestia de su condición y por la adversidad determinada por los terremotos, los incendios y los saqueos perpetrados por los piratas<sup>110</sup>.

Como vemos, incluso geográficamente, Valparaíso *desobedece* al modelo típico de ciudad que la colonia española había impuesto en la región, el damero o *ciudad letrada* de la que habla Ángel Rama<sup>111</sup>. No tiene, por lo mismo, ni diseño urbano previo ni Carta fundacional. Ciudad, en fin, que de acuerdo con los proyectos que estaban en la mente de un civilizado como Sarmiento, debía ser corregida, superada, europeizada...

Este contraste de edificios tan píos y de gusto tan moderno, formando calles tan inmundas y descuidadas, me sugiere la idea de una perceptible imagen de la civilización europea y la rudeza inculta de nuestra América; el arte y la naturaleza; los progresos ajenos y el atraso propio. [...] Valparaíso es una anomalía en América, una ciudad sin plan y sin forma, es un verdadero camarón echando patas y antenas en todas direcciones. [...] Valparaíso, en fin, tan diferente física y moralmente de las regulares y monótonas ciudades americanas, cortadas todas en ángulos rectos por las calles paralelas que en encontrados sentidos la cruzan, es la Europa acabada de desembarcar y botada en desorden en la playa, es una burla hecha a la profusión de tierras del continente; es una parodia que remeda el exceso de población de otros países; es la miseria con los atavíos de la opulencia; el combate de las costumbres

---

<sup>110</sup> *Postulación de Valparaíso...*, 2.

<sup>111</sup> *La ciudad letrada*, en breve, se trata de una metáfora que sirve para entender que junto al nacimiento de la ciudad en América Latina, se desarrolló paralelamente durante los últimos años del siglo XIX, una *ciudad letrada*, conformada por “intelectuales, educadores, profesionales y funcionarios ligados al poder y a la pluma” que, como administradores de lenguajes simbólicos, diseñan e imponen modelos culturales, sobre todo en un mundo analfabeto como el nuestro, en que se impuso la *letra* por sobre el *habla*. Esta *ciudad letrada* “no es tan sólo un avatar histórico circunscrito a cierta época, sino uno de los rasgos de la cultura latinoamericana que pervive hasta nuestros días”. Álvaro Cuadra. *De la Ciudad Letrada a la Ciudad Virtual*. Santiago de Chile. LOM, 2003, pp. 112-113. Los énfasis nos pertenecen.

nuevas con las añejas; la invasión lenta, pero irresistible de la civilización y de los hábitos europeos. Valparaíso es una belleza y una monstruosidad, un jardín sin verdura, una playa poblada, un desembarcadero y no un puerto; la puerta de Chile y el gran emporio de su comercio<sup>112</sup>.

Una ciudad, por último, que gracias a estos factores pudo infundir en sus habitantes valores como la tolerancia, la apertura de mente y un clamor obsesivo de libertad, donde por cierto los sectores populares no estaban ajenos a esa nueva realidad que afectaba la vida y las costumbres del ciudadano porteño.

Pero volvamos a la pregunta que ronda todo análisis histórico: ¿cuándo nace y cuándo muere tal o cual fenómeno? En nuestro caso, ¿cuándo es posible hablar y cuándo ya no de una cultura popular en el Barrio Puerto de esta ciudad? Quedó dicho que la cultura popular que nos interesa analizar aquí surge —paradójicamente— a la par con el crecimiento y la expansión comercial que experimenta el puerto de Valparaíso desde 1950 en adelante. Y aún cuando se mantiene todavía en sectores muy reducidos de la sociedad, comienza ya a desgastarse en la década de los 70, hasta llegar casi a desaparecer en los 80, con la plena incorporación de Chile al sistema económico neoliberal impulsado por el capitalismo tardío. Sus causas, por lo visto, responden a las mismas que hicieron de esta caleta una ciudad, dentro del contexto latinoamericano, moderna y mercantil. Añadamos, también, que frente al desafío que implica demostrar que en Valparaíso aún existe —pese a su constante negación, contaminación, erosión y hasta apropiación por parte del capitalismo— una cultura como ésta, cuyas características básicas parecen estar hoy pasadas de moda y cada vez menos presentes en una sociedad mercantilizada como la actual, sabemos, es cierto, que ante un esfuerzo como este, aunque necesario, resulta sin embargo insuficiente remitir dicha aclaración no más que al conjunto de prácticas o manifestaciones simbólicas que constituirían *ese* universo popular de donde nacen las voces del relato que nos interesa narrar acá.

Abordar *lo* popular, por consiguiente (como al menos a nosotros nos interesa —o sólo nos resulta útil— hacerlo: con una mirada lo más integradora posible, en tensión siempre con el modelo hegemónico global, y por sobre todo, desde la voz propia de los sujetos que la

---

<sup>112</sup> *Memorial de...*, 172-173. (Citado de Domingo Faustino Sarmiento. “Un viaje a Valparaíso” -extracto-).

constituyen)<sup>113</sup>, requiere algo más que de pruebas o muestras que evidencien las formas cómo esta cultura se produce y reproduce. Desde esta perspectiva y en el intento de dar con una mirada que nos resulte provechosa respecto de lo que comúnmente se entiende por *cultura popular*, hemos por lo mismo de echar mano a los distintos discursos —históricos, literarios y sociales— que desde sus áreas específicas de acción nos permitan alcanzar concepciones lo más esclarecedoras posibles respecto al tema propuesto. Desde una mirada histórica, entonces, situar la existencia de una cultura popular en el Sector Puerto de Valparaíso, nos obliga, como una primera cuestión, a establecer un espacio temporal en que si bien *lo* popular, por una parte, no *aparece* (ya que no es un evento, o no se reduce sólo a ello), es necesario saber al menos cuándo, como fenómeno social urbano, alcanza su mayor desarrollo. Y al revés, si, como sabemos, no *desaparece* en cuanto tal, en qué momento del conflicto dialéctico modernidad / tradición que le determina, va adquiriendo otros matices que de a poco la van desdibujando, al punto de hacer hasta dudosa su permanencia. Por otra parte, estudiar un fenómeno social como es la cultura popular, en un contexto determinado de la historia de Valparaíso, implica además conocer otros mundos, otros saberes con los cuales a través de su permanencia temporal, se relaciona —ya sea subordinándose, alternándose u oponiéndose—, en un clima, como veremos luego, de permanentes disputas y negociaciones. De ahí que sea un imperativo estudiar, por ejemplo, a la elite local pero no por considerarla —como algunos lo hacen— la única ni la principal depositaria del carácter porteño. Según el cual éste estaría dado, principalmente, por un espíritu pragmático y utilitarista, propio de una elite cosmopolita, entre cuyos *méritos* estarían el haberle puesto un sello a la sociedad, determinando la vivencia de una nueva experiencia histórica, la adopción de nuevos hábitos y costumbres así como haber logrado avanzar en la modernización de la ciudad y del país<sup>114</sup>.

Con todo, son dos mundos que aunque distantes en casi todos sus quehaceres, ocupan un mismo lugar, un *habitar común* que con el correr de los años le da al Puerto *esa* impronta suya: la ciudad de los contrastes. A saber, de cara al mundo actual, la ciudad cosmopolita que

---

<sup>113</sup> Que por lo demás es la misma que hacen los Estudios Culturales, y que definen a estos grupos sociales como las llamadas 'poblaciones desapoderadas', aquellas que no han participado del poder y que han sido históricamente marginadas fuera del sistema.

<sup>114</sup> *Vida, costumbres y espíritu...*, 9.

se empina por sobre el resto del país como la cuna de la civilización y la prosperidad decimonónica *chilensis*, mostrando todo un proceso de modernización mercantil y financiero que muy pronto le trajo fama internacional<sup>115</sup>; en cambio, a sus espaldas, casi oculta, la miseria y los graves problemas sociales de un sector todavía tradicional que en lo substancial estaba —y está quizás— lejos, muy lejos de esa realidad que Valparaíso ostentaba y de la que, por cierto, hoy como nunca se sigue haciendo alarde.

Por eso, el universo popular que a nosotros nos mueve, al estar pues estrechamente relacionado con los procesos productivos no siempre es el mismo ni el único. Tampoco es un proceso monolítico ni estático. Con palabras de García Canclini, “nace como resultado de una apropiación desigual del capital cultural, con una elaboración propia de sus condiciones de vida y una interacción conflictiva con los sectores hegemónicos”<sup>116</sup>. De ser pura abstracción o fuente de inspiración para el pensamiento romántico latinoamericano —o para los populismos, sólo retórica y *esencia*—, la cultura popular se convierte desde ahora en *alternativa*, en espacio de lucha y resistencia con una posición y oposición frente a lo hegemónico. En otras palabras, se transforma en *situación relacional* con relativa autonomía desde donde negociará, en mayor o menor medida, su integración dentro del conjunto dominado siempre —o casi siempre— por la elite, por la cultura oficial. Por lo mismo resulta inapropiado hoy día hablar de dos culturas, una *in-culta* y otra *culta*, que no se topan, que no se pueden tocar porque son diametralmente opuestas. No pueden, por eso, ser dos realidades dicotómicas que jamás se juntan ya que no estamos aquí frente a un maniqueísmo; al revés, el juicio que debemos manejar es el de un proceso cultural en cuya acción lo popular se construye en un permanente dialectismo de resistencia y de intercambio. Lo cual quiere decir

---

<sup>115</sup> “Valparaíso fue además un precursor y pionero múltiple: religioso, cultural (cine, fotografía, periodismo), económico-financiero, tecnológico-social. Aquí surgieron las primeras sociedades anónimas, el diario más antiguo en español, el primer banco, las compañías de seguros, la Bolsa de Comercio, la mayoría de los deportes, la masonería, los bomberos, la educación primaria laica, los liceos fiscales femeninos...”. *Revisitando Chile...*, 216. (“Aproximaciones a lo...”).

<sup>116</sup> Néstor García Canclini. *Las culturas populares en el capitalismo*. México. Nueva Imagen, 1982, p. 23.



que la cultura popular no es una sustancia o una esencia dada por sí sola, como una identidad *a priori*, metafísica, sino que se forma y se hace en la interacción de las relaciones que operan en el conjunto de la sociedad. De ahí pues los conceptos gramscianos de 'subalterna' y 'hegemónica' respecto a la cultura. En resumen, las culturas populares son posiciones móviles ya que admiten la posibilidad de acción y de apertura. No son nunca estados fijos e inamovibles. Las culturas, por último, no viajan a través de carriles separados donde el contacto entre ellas no existe, avanzan, por el contrario, sabiendo de las otras, conociéndose y tratándose, siempre dentro de un clima en permanente tensión y conflicto; en una *conflictividad negociada*<sup>117</sup>. Entonces, como no quedan cultura populares puras e incontaminadas<sup>118</sup>, lo que se generó en el Barrio Puerto de Valparaíso fue una especie de crisol que aglutinó experiencias y saberes provenientes tanto de la cultura moderna eurocéntrica e ilustrada como de la síntesis del conjunto hispanoindígena y multirracial.

En todo caso, nos interesa dejar claro, primero, que sí hubo y hay —contra todo lo que se diga— una cultura como esta. Seguramente, desde antes que Portales lo usara como centro de sus operaciones mercantiles y financieras ya había en el Puerto un grupo social distinto,

---

<sup>117</sup> Debemos señalar que este enfoque con que abordamos la cuestión popular pertenece a un conjunto de ideas sostenidas sobre la base del 'descubrimiento' y 'rescate', en las últimas décadas, de las ideas de Gramsci respecto a *lo* popular. De manera muy especial, el tratamiento que él le da al concepto de 'hegemonía'; como algo que no *está* sino que se hace y rehace, y al de folklore, como cultura popular, subalterna; como concepción del mundo y de la vida en contraposición de la cultura oficial, culta, docta; como contracultura. (Antonio Gramsci. *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires. Nueva Visión, 1973, pp. 12, 126 y 127, respectivamente). Así también lo señalado por Jesús Martín-Barbero. *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México. Gili, 1987, p. 85; y en *Las culturas populares...*, 23-26.

<sup>118</sup> Luis Alberto Romero. “Los sectores populares urbanos como sujetos históricos”. *Proposiciones*, (Nº 19)..., 268-278. Aquí se refuta tanto la lectura 'romántica esencialista' de las culturas populares como las que lo niegan, aquellas que las perciben como “una variante degradada de la cultura de elite”. El autor, por el contrario, reafirma su existencia, en el conflicto, en la coexistencia y como *impureza*.

compuesto por indígenas (changos), pescadores artesanales, agricultores, mineros. Y que después, cuando la ciudad sufre la transformación de la que ya hemos suficientemente hablado, se fortalece y cobra otros matices, sobre todo con la inmigración chilena y extranjera, pero siempre personas del mismo orden: pobres, marginados, explotados, reprimidos; gente de distinta ralea que no sabemos por qué razones vino a dar y a anclar su vida aquí. Sabemos sí quiénes son. Son los mismos que Jorge Guzmán, en *La ley del gallinero*, no trata como protagonistas pero que identifica y privilegia ya como sujetos históricos<sup>119</sup>. Y, segundo, que no va a ser sino hasta después de 1870-80, momento en que la elite criolla (esa misma que bajo el rótulo de burguesía agraria implantaba en el valle central su plena hegemonía después de adueñarse de miles de hectáreas de tierra) asume la tarea de modernizar el puerto, cuando, quizá, sin darse cuenta —casi imperceptiblemente, diríamos— se estaba desarrollando un tipo de cultura popular que sin dejar de ser tradicional iba adoptando, a su modo, formas y costumbres de esa incipiente modernidad que acababa de llegar. Estudiar, por eso, la cultura popular de Valparaíso es estudiar también, de alguna forma, la historia de su cultura, tanto de la elite como la de otros grupos sociales.

Por lo tanto si, como dicen, Valparaíso es obra de la República (incluso otros señalan que es *la* República), esta cultura popular —con todas las salvedades del caso, por supuesto— también lo es. Esto último nos evidencia que estamos frente a un tipo de clase social que, al menos en lo que respecta a lo pecuniario, no tuvo ni los recursos ni el capital ni las influencias propias de la elite y, sin embargo, fue igual capaz de hacer *otro* aporte tan o más importante para la formación de la identidad porteña. En otras palabras, lo que queremos señalar es que frente al modelo modernizante que la elite impuso a la ciudad y a sus habitantes, aparece un saber popular alternativo que *impidió* —o al menos *retardó* o *matizó*— el proceso de transformación de una sociedad tradicional a una moderna y mercantilizada.

La cultura popular, finalmente, que nosotros a lo largo de este trabajo pretendemos rescatar, no es un modo tradicional previo a la modernización —y que muere ahí—; paradójicamente, nace y se desarrolla dentro de ese mismo contexto. Es más, estamos convencidos de que sin

---

<sup>119</sup> Marco Chandía. “El sujeto en *La ley del gallinero* y su tratamiento en esta Nueva Novela Histórica chilena”. (Inédito). Magíster en Estudios Latinoamericanos. Universidad de Chile. Facultad de Filosofía y Humanidades, (agosto, 2002).

ese proceso de modernización portuario no hubiese sido posible el desarrollo de un saber popular como éste.

**SEGUNDA PARTE. Cultura, Lugar,  
Memoria y Sujeto Populares en el Barrio  
Puerto de Valparaíso**

## Capítulo 4. «Ahí, en la famosa Cuadra esa»<sup>120</sup>.

### (Valparaíso/Barrio Puerto)

*Valparaíso no existe.* Lo que hay son infinitos, incontables cerros y un mar pacífico, azulino e intenso que de a poco sus habitantes han ido ganando, robando. Formando una inmensa balsa de hormigón en cuya superficie se sostiene la ciudad. Una ciudad que desde los antiguos almacenes aduaneros pasó a transformarse en la urbe moderna que tanto atrae y que hoy es Patrimonio de la Humanidad. Una arquitectura que evoca los años del esplendor oligárquico criollo, ascensores, troles y escaleras interminables, así como su condición indiscutible de anfiteatro natural, otorgan al Puerto un valor incuestionable para el mundo, el cual hay que mostrar y proteger. Pero no se hace, o al menos, no como quisiéramos. Detrás de este maravilloso mundo construido, por debajo de su arquitectura única y perdido en el abandono y la miseria, se halla un capital social y cultural todavía más, mucho más, importante para la Historia de Valparaíso. Se trata de una cultura y de un sujeto populares forjados simultáneamente con el proceso de transformación mercantil que sufre el Puerto en su última etapa decimonónica. Y aunque los modos tradicionales de esta cultura se han ido perdiendo, todavía es posible encontrar en el suburbio porteño sujetos que mantienen un sistema de valores, de representaciones simbólicas y de imágenes colectivas que reflejan esta forma de ser popular; *modo* éste que se distancia —cuando no se opone— de la hegemónica y elitista cultura occidental, la del ser moderno; la del *otro* Valparaíso, el turístico, el patrimonial.

---

<sup>120</sup> Se conoce con este nombre precisamente a la cuadra que va desde Márquez hasta plaza Wheelwright, por Cochrane. Este lugar (hoy en ruinas) tiene un valor especial dentro de la historia social y cultural del Barrio Puerto, por cuanto representa uno de los principales escenarios donde se llevó a cabo la bohemia porteña, desde a mediados de los años 50 hasta el Golpe de Estado de 1973. En esa calle llegaron a funcionar, entre prostíbulos, figones, chincheles, moteles, boites, cabarés, bares y fuentes de soda, más de veinte negocios dedicados a la diversión nocturna. Por lo que significó, sigue siendo pues un referente clave en la memoria del bohemio de entonces. Y, por consiguiente, de nuestros informantes.

Hoy, cuando de pronto *cultura* recobra un interés especial —e inusitado— en las políticas de gobierno, pareciera que la cultura popular del Barrio Puerto por fin se reconoce y valora como elemento clave para entender la identidad de muchos porteños, e incluso de una parte estimable de chilenos. Sin embargo, no se hace. Es más, al no ser debidamente valorada no sólo se desconoce como capital cultural intangible, sino que además se *barre*, se pasa a llevar; al deslindar con *lo* patrimonial sufre el desprecio de éste, pasando de este modo a ser el reverso, la cara oculta, el negativo, el patio de atrás donde va a dar la basura que desluce la fachada del Valparaíso que se exporta y que se busca proteger. Todo lo cual hace que la cultura, el sujeto y la identidad de este sector, como intangibles que son, desaparezcan, se hagan in-visibles al lado del monumento, quedando sólo como subsidiarias suyo y, para las políticas culturales del Patrimonio Moderno, ignoradas.

Entonces, si *Valparaíso no existe*, con menos razón ha sido fundado. Se construyó *así nomás*, desde el mar y desde el cerro. No se conoce carta fundacional ni trazo urbano. Carencias innecesarias que han hecho de Valparaíso la ciudad de los contrastes<sup>121</sup>. En ella cohabitan la mayor de sus adversidades, la pobreza, con lo mejor de su raza mestiza: el optimismo y la alegría. Terremotos, temporales, incendios, represión, opresión, tortura, cesantía, son las dolencias que desde siempre han aquejado al porteño. Pero que, gracias a su *presencia de ánimo* y a su *fuerza de voluntad*, han resultado siempre obstáculos posibles de superar<sup>122</sup>. El porteño no se echa a morir, sabe que de alguna manera se las arreglará para salir adelante. Sufrimiento y placer son, pues, emociones que le dan sentido a este Puerto. Pero de todas, la pobreza, es la característica histórica de Valparaíso. De ahí los conventillos, las tomas, los *cités*<sup>123</sup>, que no se ven porque los cubre la suntuosidad de los Edwards, de los Lyon, de los

---

<sup>121</sup> El profesor Sergio Vuskovic (1930) resaltaba hace algún tiempo atrás el hecho de que Valparaíso es la única ciudad que no tiene una plaza de armas, o sea, no tiene centro. (“Reportajes”, en *El Mercurio* de Valparaíso. Valparaíso. 16.04.2004) ¡¡*Valparaíso es una ciudad des-centrada!!* —'posmoderna', para algunos—.

<sup>122</sup> *Revisitando Chile...*, 210. (“Aproximaciones a lo...”).

<sup>123</sup> *Cité*, del fr., 'ciudad'. Aquí, especie de conventillo donde cohabitan varias familias. (Hito importantísimo lo representa La Población Obrera, ubicada en cerro Cordillera, cuya construcción data de 1870 a cargo del arquitecto, precursor del mutualismo y fundador-

Ibáñez, las familias más ricas de Chile, su contraste. Por eso Valparaíso es popular y oligárquico; en él se funde el pasado y el presente, la modernidad y la tradición. Relación binaria donde aquello que no se aviene al progreso propio de una ciudad moderna *lleva todas las de perder*; como la oralidad, lo subjetivo, lo anecdótico, la gracia, la memoria y las historias colectivas de la gente de su pueblo. Todo lo cual hace que este, *su*, capital intangible esté en desventaja. El recuerdo que conservan los sujetos que vivieron, quizá, uno de los momentos más apasionantes e intensos que haya tenido jamás la historia social de esta ciudad, está en peligro. Lo que fue y cómo fue la bohemia en el Barrio Puerto —sus imágenes— están desapareciendo junto con sus protagonistas. Allí, restaurantes, bares, fuentes de soda, salones de baile, quintas de recreo, cabarés, *buats*<sup>124</sup>, casas de 'putas', de 'travestis', de cenas, de *citas*<sup>125</sup>, dieron vida a una ciudad que no descansaba, y que en ese eterno festín generó una cultura popular que si bien ya no existe como antes, dejó un *sentido vital* que hoy se echa de menos. Se añora. Se evoca. Debemos, por eso, recuperar lo que se ha perdido. Necesitamos rescatar esa cultura. Reconstruir la imagen simbólica que recrea al Barrio Puerto como un lugar carnavalesco, solidario, alegre y que, pese al Golpe de Estado y a la modernización, pudo igual sobrevivir. Así y sólo así se podría contribuir de manera cierta a revalorar y a preservar nuestro verdadero y más importante patrimonio cultural.

---

presidente de la Sociedad de Artesanos La Unión (1862), Fermín Vivaceta (1827-1890). Luego comprada entre 1882 y 1883 por doña Juana Ross de Edwards, para ser inaugurada oficialmente en 1889, albergando desde entonces a cerca de unas cincuenta familias. (Aporte de Cristian Amarales Valenzuela, *Chea*, joven residente y dirigente de la actual organización que allí opera, gracias a la cual hace algún tiempo lograron obtener los títulos de dominio de cada familia; además de preocuparse no sólo del valor arquitectónico del lugar, esta agrupación tiene como objetivo fundamental preservar su legado histórico y patrimonial que la Población de por sí posee).

<sup>124</sup> *Buat*, del fr., 'boite' que quiere decir sazón, aguapié; pero en el Puerto lo mismo que cabaré, o sea: "Lugar de esparcimiento donde se bebe y se baila y en el que se ofrecen espectáculos de variedades, habitualmente de noche" (RAE).

<sup>125</sup> *Casas de citas*, prostíbulos.

Fue entonces cuando salimos a buscar al único y auténtico testigo de cuanto estamos diciendo. Necesitábamos justificar nuestras afirmaciones y para eso debimos averiguar si existía aún ese *sujeto popular* que hizo de la bohemia porteña un modo alternativo de vivir la vida. Y lo hallamos en los márgenes de la ciudad, donde siempre estuvo y donde ha permanecido por varias décadas: en el famoso Barrio Puerto. La mayoría pobres, enfermos, solos y arruinados; pero vivos y con ganas de ser escuchados. Ávidos de contar su historia. Nosotros sólo fuimos el medio por el cual —gracias a su voluntad evocativa así como a su talento natural de narrar— pudimos configurar un pasado histórico y social, individual y colectivo, público y privado; con el que reconstruimos pequeñas, naturales, fabulosas, populares y locales historias del Barrio Puerto de Valparaíso. Su no-Historia. La Historia no-oficial del Puerto... Acaso la verdadera y única historia. Mas, supimos que no bastaba sólo con recuperar al sujeto histórico y su memoria; necesitábamos también rescatar el espacio, el lugar antropológico donde estas historias populares se llevaron a cabo. Sobre todo cuando estos lugares han sufrido también la misma suerte de los sujetos que los habitaron. Gastados, en ruinas o simplemente desaparecidos, los lugares de la bohemia porteña reflejan también — como los hombres y como las mujeres— los efectos del tiempo y del progreso. Han envejecido juntos. Pero allí están, fundidos en una sola realidad. De ahí que La Matriz, la Plaza Echaurren, el Mercado y La Cuadra, representen en el imaginario colectivo del porteño espacios simbólicos donde se protagonizó una etapa importante de la historia social y cultural no sólo del Puerto, sino también de la nación entera —y por qué no de varios si no es que de todos los puertos latinoamericanos—. De esta manera, *sujeto* y *lugar* se mantienen indisolublemente unidos por el tiempo que les pasa y les sobrevive.

Así, la imagen que finalmente queda a través del recuerdo se reduce a una pura cuestión clave: *el Barrio Puerto ya no es el que fue antes*. Ni el sentirse dueño de una vida plena y profunda ni el habitar un espacio abierto al mundo, a la abundancia y a la diversidad —que es el Valparaíso que estos porteños conservan en sus recuerdos y que no se resignan a perder ni a cambiar por el presente—, se condice con el Valparaíso actual, el patrimonial, el bicentenario.

El Puerto ha cambiado. Su gente ha cambiado.



## CAPÍTULO 5. «Llegué el 53 a esa Cuadra *pulenta*...<sup>126</sup>» (LLEGAR)

La bohemia que se desarrolló en el Barrio Puerto de Valparaíso específicamente en La Cuadra, entre los años 60 y septiembre del 73, mientras para algunos no fue más que anécdotas del pasado —*locuras de muchacho*, por la cual olvidan, subestiman o simplemente niegan—, para otros en cambio fue eso y mucho más. Adquirió en ellos un valor trascendental e imborrable para sus vidas. La bohemia popular porteña jugó un papel importantísimo dentro de la historia social y cultural de la ciudad. Lo que allí se dio fue una suerte de estallido, de explosión humano-afectiva, un derrame incontrolable de pasión, una especie de Renacimiento de corte popular, marginado y aislado de la vida artística y cultural que en aquellos años centró la atención del público chileno. Pero no sólo fuera de espectáculo sino, sobre todo, por el tipo de vida que allí se llevaba, prejuiciada e infamada por una sociedad aún pacata y heredera de una larga tradición católica-conservadora.

Se reunieron entonces músicos, artistas, pintores, poetas, prostitutas, *cabronas*<sup>127</sup>, cafiches, homosexuales, traficantes, contrabandistas, delincuentes, vendedores, estibadores, marineros, obreros, vagos, y juntos hicieron —sin haberse dado cuenta siquiera—, una historia popular, que hasta ahora, creemos, no ha sido escrita ni contada; sin reparos, con el convencimiento de serle fieles tanto a los hechos como a sus protagonistas. Es decir, desde su única y verdadera voz, la popular. Está sólo en la mente y en el recuerdo de los muchos que en su paso por La

---

<sup>126</sup> *Pulenta*, apócope de 'opulenta', esplendida.

<sup>127</sup> *Cabrona*, regenta, mujer a cargo de prostíbulo, generalmente mayor, a quien las prostitutas respetan y obedecen. Nuestra literatura nacional la recrea muy bien en la novela de Augusto D'Halmar (1882-1950), *Juana Lucero* (1902), relato de corte naturalista inspirada en la novela experimental, *Naná*, de Emilio Zola (1840-1902).

Cuadra se encontraron. Se tomaron una *pilsen*<sup>128</sup>, un *pipeño*<sup>129</sup>; bailaron un tango, un bolero, una cueca *brava*; tuvieron sexo; echaron una *taya*<sup>130</sup>; se comieron un *cauceo*<sup>131</sup>, una *carbonada*<sup>132</sup>. Pero estos hechos no quedaron ahí, retenidos o celosamente guardados como una vieja foto que muestra la belleza y lozanía de un tiempo ido para siempre; por el contrario, se sucedieron, fueron traspasados. Como toda explosión, arrojó luces, fuego, centelleó imágenes de una forma de vivir que no ha querido apagarse. La bohemia de La Cuadra en su apasionado devenir fue dejando *esquirlas* que han podido sobrevivir en el tiempo. Se adhirieron para siempre a las formas de vida de estos viejos, están en su memoria, en sus relaciones sociales, en su lenguaje, en sus hábitos... Pero no mueren ahí. Se quedaron o se mudaron a otros lugares, a generaciones más jóvenes, donde —inconciente, o naturalmente— éstos las reciben y las re-significan. Les dan sentido. O sea, estos resabios que quedaron de la *explosión* cultural de la bohemia porteña de los años 60 que tan abruptamente fue interrumpida por el golpe militar de 1973, no se ahogaron ni se apagaron; han sido silenciosamente transferidos a otros grupos y comunidades sociales. El desborde del espíritu popular de entonces se incubó en otros sujetos, haciendo de esta manera posible su prolongación y no exterminio a través de las últimas décadas del siglo recién pasado. Esta gente legó a quienes todavía no nacían no sólo un modo alternativo de *vivir la vida*, junto con ello, al evocar con su memoria el pasado de esta, su ciudad, les ayudó a construir su propia historia y de esta manera a entender también de modo más claro su presente y, más aún, su

---

<sup>128</sup> *Pilsen*, quiere decir 'Pilsener Cristal', famosa marca de cerveza o cebada en general muy consumida aquí.

<sup>129</sup> *Pipeño*, vino de mucho consumo en este tipo de lugares. Traído del sur de Chile, de sabor dulzón y de un color blanco-turbio.

<sup>130</sup> *Echar una taya*, quiere decir bromear, decir o hacer algo divertido y gracioso. (Presumiblemente de la voz mapuche '*thuyùn*', alegrarse, regocijarse).

<sup>131</sup> *Cauceo*: “Comida que se hace fuera de horas, ordinariamente de fiambres o cosas secas” (RAE). En el Puerto, por lo general de patas, cabeza o cualquier otra parte del cerdo.

<sup>132</sup> *Carbonada*, caldo caliente compuesto por carne y todo tipo de verduras picadas.

futuro<sup>133</sup>. Porque, como suelen decir los historiadores, “la historia no es sólo pasado, sino también, y principalmente, presente y futuro. La historia es proyección. Es la construcción social de la realidad futura”<sup>134</sup>. Y agreguemos también: no puro acontecer sino, sobre todo, conciencia. El tiempo no es abstracto pues son experiencias sociales y personales concretas. Un saber con el que es posible dar respuesta a fenómenos socioculturales que parecen complejos, pero que mirados a través de la lógica popular resultan —como sus vidas— sencillos, espontáneos, desprovistos de ese aparataje académico y conceptual con el que se suelen abordar.

¡Qué bueno que se pudo contar con estos relatos! Quisiéramos transmitir el prodigio de lo que esto significa. Nada mejor que el respaldo de estos sujetos para estudiar cuestiones de interés social y que están en el discurso actual de teóricos, científicos sociales, historiadores, culturalistas. Con ellos, con su sapiencia, pudimos reforzar o bien corregir ideas respecto a temas como la identidad, el patrimonio, la ciudad, el *golpe*, la bohemia, la sexualidad, la familia; es decir, la vida y la muerte de una parte de la historia de esta ciudad. Lamentablemente esta reproducción escrita sacrifica momentos irreproducibles de esos diálogos en los hubo revelaciones, sentimientos, anécdotas, risas, esperanzas; pero también mucha crítica, dolor y frustración... La vida cotidiana, en fin, de hombres y mujeres que están ahí, en algún lugar de este enmarañado puerto de Valparaíso.

---

<sup>133</sup> La memoria es una forma de distinguir y vincular el pasado en relación al presente y al futuro. No se refiere tanto a la cronología de hechos que han quedado fijos en el pasado como a su significado para el presente... es, por tanto, un acto del presente, pues el pasado no es algo dado de una vez y para siempre, sólo es parte de algo. La otra parte es ficción, imaginación... Por eso la verdad de la memoria no radica tanto en la exactitud de los hechos como en el relato y la interpretación de ellos. Luego, la memoria es una relación intersubjetiva, elaborada en comunicación con otros y en determinado entorno social. En consecuencia, sólo existe en plural... Pero los diferentes usos de la memoria se guían por una misma brújula: el futuro. Ver, a este respecto, *Las sombras del mañana...*, 62.

<sup>134</sup> *Manifiesto de...*, 19.

Pero como toda historia tiene un principio y aquí lo que se pretende es contar una historia, estamos obligados entonces a fijar el inicio desde donde arranquen estos relatos, el de estos sujetos. De modo impensado casi, nuestros informantes coinciden en partir sus vivencias a mediados de los años 50, que corresponde a la última gran etapa de auge y esplendor de la bohemia porteña en torno a la famosa Cuadra de la que tanto hablan. Pero, por sobre todo, porque desde ahí hay memoria, lo sucedido antes es palabra escrita...; para nosotros, fuente secundaria. Ahora, hablar de la bohemia porteña es hablar de La Cuadra y hablar de La Cuadra es referirse, de alguna manera, a la vida y a la generación de varios personajes importantes dentro de este medio sociocultural, entre los cuales se halla, por ejemplo, El Terremoto<sup>135</sup>, quien al relatarnos *su* historia está al mismo tiempo revelando una parte de *la* historia que en este capítulo pretendemos reconstruir:

Nací en la población Márquez, en el Cerro Arrayán, en el callejón Manterola, conocido antiguamente porque ahí había una abuela que se llamaba la Mami Clara. Te hablo yo por ahí por el 45, 46, tenía cinco años. Esta señora era la 'mami' de todas las prostitutas, de los ladrones y de los lanceros internacionales. También llegaban maricones (pero en ese tiempo no era como ahora que hay tanto; eran poco' y los que habían eran casi todos pudientes, como El Maricón Humberto). Todos llegaban ahí a la casa de ella. La Mami Clara que te estoy hablando, siendo analfabeta llegaba a hablar en esos años con diputados, con alcaldes, con todos por ir a recuperar a sus *niños* —así les

---

<sup>135</sup> Jorge Rupchic, 62 años, vendedor de diarios. “En aquellos años jugábamos en la quebrá’, en la cancha ‘e Márquez y mi padre pa’ no comprarme zapatos me compró uno’ tanque’, bototo’ de ½ caña, *así* una suela, eran cosí’o’, pega’o’ y atornilla’o’ y con punta ‘e fierro; y me compraba 2 números má’ grande. Mi papá tenía plata, pero me compraba esa hueá. Y un día: —'Jorge, falta uno pa’ la pichanga'. —'No, e’ que ando con zapatos nuevo'. —'Ah, le poní color con la hueá ‘e los zapatos'. —'Ya, pero yo voy a jugar por el la’o de allá pa’ que no me vea mi papá’. Entonces yo jugaba pa’l la’o de la muralla. Entonce’ la gente de arri’a tiraba todas las bolsas con basuras pa’ bajo; entonces nosotros pe’cábamos las bolsitas, y la’ íbamos tirando pa l’orilla; armábamos la línea, entonces como yo juga’a p’allá agarraba a chute [patadas] los tarros, las bolsas con basura y toda la hueá que pillara, y ahí no faltó un hueón (que ahora está en Estado’ Unido’, el Ca’ezón Potro): —'Mira este hueón que parece terremoto... '. Y ahí quedé con la chapa ‘e Terremoto”. Así nos queda claro el origen del apodo de Jorge, con el cual en adelante lo nominaremos.

decía, *niños*—, y a las prostitutas, mis *niñas*. Y de ahí salieron todos los famosos que un día formaron lo que se llamó La Cuadra. De ahí salió, por decir, don Arturo Moreno, un hombre muy bueno, era El padrino. Ese hombre me enseñó a vivir, a conocer la vida, a no delinquir y a vivir, El guatón Níco (Nicolás Olate), era lancero, vivía con una prostituta. Era uno de los jefes de la coca, desapareció pa'l 73, el Fatalito. Mujeres como la Toya, la Arminia; todas dueñas de prostíbulo', cabronas, la Negra Inés. Esto era un nexo que había entre La Cuadra, que era Cochrane, y la casa de la abuela. De ahí ya nos vinimos a vivir a Márquez, a la población antigua, y de ahí pa' 'bajo estaban todos los puteríos: El Pato Loco, La Doña Elcira, El Maricón Humberto. Yo como nací ahí, a la edad de siete años bajé al barrio, a tirar la manga —como se decía en esos años—, a pedir mone'ítas. A los cura'itos que se quedaban dormío', le sacábamos las mone'as de lo' abrigo'. Ahí yo tenía como die' año'. Íbamos al colegio ya, a la escuela 5. Íbamos con las hijas de los cabrones, de las putas. Ahí llegábamos hasta sexto no más... Así fui creciendo en ese sector poh. Vi mucha gente de alta alcurnia que llegó, gente güena, gente mala; de to'o. Y ahí empezaron a crecer los dueños de negocios que después llegaron a ser los grandes zares del tráfico de droga, llegaron a ser los jefes de los carteles que había aquí [en La Cuadra] en esos años. Había harta gente, gente nombrá': el Salomón, el Turco. Toda esta gente llegaba y era mancomunada, toda la gente era unida en esos años. Así que el Puerto era una parte especial donde los que vivíamos dependíamos de la gente que llegaba ahí poh. No había tanta maldad como hay hoy día, que existían todo' los vicio' que existen hoy, con la única diferencia que el que tenía vicios era responsable de sus vicios. Eran más responsables, el mismo ladrón era más responsable, las prostitutas eran más responsables; todo' eran más responsables. Veo ahora los sectores como los que están saliendo hoy día que se llaman bohemios, y no tienen nada que ver con los barrios que te estoy hablando yo. Yo llegué a la edad de 7 años y me vine a la edad de 42 año'. Estuve 35 año' viviendo en La Cuadra, en las noche' bohémias, viviendo en hoteles, viviendo con prostitutas, viviendo entremedio de homosexuales, de ladrones, de traficantes, de to'o poh.

Lamentablemente muchos, si no todos los personajes que en el relato de El Terremoto se nombran ya no están: se fueron o murieron. Han pasado tantos años que es difícil que gente de esa primera generación, de alguna manera *fundadora* de La Cuadra, se encuentre con vida. Porque si nos remontamos al año 45 —que es el momento en que El Terremoto sitúa la *génesis* de lo que más tarde llegó a ser La Cuadra—, estamos hablando de casi sesenta años atrás y para que alguien haya participado activa y razonablemente de ese primer *linaje* debería haber tenido por entonces no menos de quince; así hoy tendría de 75 años para arriba. No son muchos si los comparamos con los de otras personas que han vivido en forma *normal*, como la gran mayoría; pero si pensamos en el tipo de vida que esta gente ha llevado, estrechamente ligada a la bohemia (trasmochadas, drogas, alcohol...), no son pocos, es más, son muchos años. Por eso ya no quedan. Pero de los que nombra El Terremoto hay alguien aún: la Negra

Inés. Mas, pese a las advertencias que previamente nos hicieran quienes la conocen de cerca en cuanto a que iba a ser si no imposible, muy difícil *sacarle* algo, así como a los tozudos y reiterados intentos por nuestra parte, Inés, la Negra, no quiso nunca hablar de su pasado, ni siquiera de su presente<sup>136</sup>. El Terremoto precisamente es de los que más la conoce y uno de los primeros en advertirnos dicha dificultad:

Mira pa' ver a una prostituta tendríai que ver a una vieja que es *cabrona*, es re jodía. Esa e' una de la' cabrona' y te lo digo yo e' *la* cabrona... esa to'o lo que tiene lo tuvo gracia' al fina'o Maricón Humberto. El Maricón Humberto, cuando se enfermó, ella lo cuidó hasta que murió y, en agradecimiento por haberlo cuida'o, el fina'o le regaló los prostíbulo', le regaló to'o: la señora Inés, la Negra Inés, le dicen. Es una de las má' antigua'. Compró hasta los espejos de los Siete Espejos. Todos los días viene como la 12, 12 ½ pasa por aquí [plaza Echaurren], viene a comprar pa'l almuerzo y cuestiones... Esta vieja es vieja antigua, es má' antigua que nosotros'. Es media jodía<sup>137</sup>, está media *chalá*<sup>138</sup> de repente, tení que pillarla en un día *güeno*. Es de la' antigua' porque yo llegué de 7 año' a La Cuadra y la vieja debe haber tení'o 18, así que la vieja debe andar bordeando, fácil, los 75 año'. Pero se encuentra bien la vieja. Es que ya no que'an de los viejos. Murió el Dago, murió el Ciro, se jué mi comadre Toya, murió el Ochoa, que son los que vivieron la primera época güena de La Cuadra. Nosotros vivimos después el período lindo, el del 60 hasta el 73 con el Golpe de Estado, y ahí cagó to'o. Olví'ate, en eso año' era extraordinario, con harta lujuria, de to'o, de to'o, había de to'o.

Sin duda hubiese sido enriquecedor para este trabajo haber contado con el testimonio de la Negra Inés, porque es la última persona viva de un grupo que constituyó una historia social y cultural que se desarrolló y se extendió hasta septiembre de 1973. Es importante porque antes

---

<sup>136</sup> Fueron varios los intentos que hicimos para conversar con esta ya veterana mujer. Fuimos a su casa (arrienda un pequeño departamento en un antiguo edificio ubicado en Cochrane con Márquez), la abordamos en la calle, hablamos con Rosa, una prostituta que hace las veces de dama de compañía, etc.; pero no se pudo. Decían que no estaba o que dormía y cuando por fin la hallábamos se excusaba, que no podía, que otro día... Evasivas que al cabo no permitieron contar con su propio relato.

<sup>137</sup> *Ser jodida o media jodida*, quiere decir ser complicada, difícil, compleja. No fácil de abordar ni de tratar.

<sup>138</sup> *Chalá*, loca, demente.

de la Negra Inés no hay testimonio oral, sólo historia escrita o bien los recuerdos vagos de los que entonces eran apenas unos niños. Con esta mujer muere una generación fundadora y pionera de la bohemia que inauguró la segunda mitad del siglo XX. Tan importantes siguen siendo estos sujetos bohemios que en el imaginario colectivo del porteño aún se conserva una especie de *panteón popular*, es decir, el recuerdo y la veneración de verdaderos próceres de la *noche porteña*. Entre los cuales y uno de los más destacados es sin duda el célebre Maricón Humberto. Toda vez que los sujetos más viejos evocan sus primeros pasos en el Barrio Puerto se refieren a la población Márquez, la antigua, donde no estaban todavía los edificios que hoy la colman, sino *la terrible subida Cuarta del cerro Santo Domingo*, que por entonces no era más que una quebrada con algunas casas, una especie de ciudad *extramuros*, fuera del plan propiamente tal. Allí se encontraba el famoso prostíbulo de El Maricón Humberto. Quienes lo conocieron cuentan que era una excelentísima persona, muy querida y respetada en el ambiente; y que cuando murió todo el Puerto se despobló para ir a su sepelio. Es descrito como todo un caballero: alto, bien vestido, buenos modales, respetuoso ante todo. Tan conocido fue este sujeto que aparece nombrado en cuecas *bravas* o en algunas novelas de cierto tipo de literatura más vivencial, como la de Juan Uribe Echevarría, por ejemplo:

La Olga Verde quería comer pescado frito. La idea fue aceptada y cruzaron al frente, hacia la terrible subida Cuarta del cerro Santo Domingo. En el Restaurant Tropezón, una señora gorda, morena, con poncho de castilla y gruesos cabellos lacios, chamuscados por el fuego de la cocina, les arregló una mesa. En el otro extremo del local, apenas iluminado, bebían cerveza cuatro muchachos, con delgadas caras de maleantes hambreados<sup>139</sup> [...]. A la Olga

---

<sup>139</sup> Dentro del registro fotográfico que nos legó Harry Grant Olds de fines del siglo XIX sobre Valparaíso, aparece una imagen, *Cantina*, que bien puede ser la versión de lo que estamos describiendo. Revisar de José Luis Granese. *Valparaíso 1900: fotografías*, además de *Valparaíso 1900*. “Archivo fotográfico. (Un aporte a la conservación de la memoria histórica de la ciudad)”, en *El Mercurio* de Valparaíso. Sergio Larraín, por otra parte, también hizo un valioso aporte fotográfico registrando sujetos y lugares del Valparaíso de los años 60. Ver, a este respecto: <http://www.elangelcaido.org>. Y por último, el norteamericano Obder Heffer, quien también plasmó valiosas imágenes del Puerto decimonónico. Revisar, *Imágenes Centenarias. Valparaíso y Viña del Mar*. (“Un aporte a la conservación de la memoria histórica de nuestras ciudades”), en *El Mercurio* de Valparaíso- Universidad Diego Portales- Fundación Andes: Sudamericana de Vapores, 1998.

Verde, semiborracha, le había dado por reclamar de la cocinería. Todo lo encontraba sucio y picante. Hubo que cambiarle el plato y buscarle un tenedor que no fuera amarillo. Luego exigió vino tinto, en taza. Se cumplieron sus deseos, aunque la dueña no tenía permiso para vender licor, [...] 'Podríamos rematar donde el rucio Piltrilla, en Los Siete Espejos' —propuso Beltrán. 'Donde el maricón Humberto, mejor' —dijo Casarino—. 'Ahí me conocen'. [...] 'Sí, queda mucha noche todavía' —dijo Mandujano—. 'Vamos donde Humberto o al Pato Loco'<sup>140</sup>.

Quien tampoco puede dejar fuera de sus cuecas y tonadas a este insigne personaje popular es el no menos popular Hernán *Nano* Núñez:

Pero,  
se fueron Los Siete Espejos  
ya no está La Ojos Verdes  
ni el famoso cauro Humberto  
casa de vida alegre

Cajilla y calle Clave  
de miles noches de ronda  
de guapos corazones  
y de curva 'e milongas

Aunque eres sólo una calle  
pero hay un mundo en tu vida  
fueron tus noches alegres  
de muchas almas perdidas...<sup>141</sup>.

---

<sup>140</sup> *Sabado Domingo...*, 174. Así comienza el capítulo VII y último de esta novela: “Aquel sábado, después de las carreras, Maturana encontró a los amigos en el Alcatraz, haciendo los honores a un caldillo de congrio. Era fin de mes y no faltaba dinero caliente en los bolsillos. Álvaro cumplía años y para celebrarlo habían decidido recorrer las calles marineras del puerto, [...] Después, la noche aumentaba sus exigencias y había que cumplir la inevitable excursión por las calles Márquez, Almirante Riveros y Clave, en las que dominaba la remolienda criolla con acordeón, guitarra, pandero y piano...”, p. 151.

<sup>141</sup> *'Nano' Núñez...*, 31.



Yo al Maricón Humberto lo conocí de vista, ¿me entiende?, porque me jui a meter ahí. También me iba a meter a veces donde La Ojos Verde, al 69. Uno tenía sus parte', las otras la' conocí así no más. Yo a veces iba pa' Los Siete Espejos y no faltaba el cono'ci'o; que un panderista, que el pianista: —'Hola, Nano'. Pero ya caía en una parte, ¿ah? Yo conocí La Ojos Verde, pero no iba a La Casa Amarilla, porque allá iban puros maricones. En Las Baldosas parecen que también *eran de colina*...<sup>142</sup>.

Pero, como dice Núñez, *ya no están*. Por consiguiente debemos conformarnos con la que podemos denominar una *segunda generación* de La Cuadra, o sea, aquellos sujetos cuya vida se liga a este lugar desde principios de los 60. De estos hay varios vivos aún. El caso de El Terremoto es excepcional puesto que llega cuando aún era un niño; en cambio, lo que predomina principalmente es el relato de los que llegaron a La Cuadra siendo ya jóvenes, en muchos casos como una opción de vida, como una cuestión personal. Y en esto aparece — aunque un poco antes— quizá uno de los más reconocidos en el ambiente bohemio de entonces: el famoso Justiciero<sup>143</sup>, quien, después de medio siglo, recuerda así su llegada al Barrio Puerto:

---

<sup>142</sup> *Eran de colina*, de 'cola', 'colipato', homosexual. Hernán Núñez. Entrevista...

<sup>143</sup> Oscar López, 80 años, pensionado, ex garzón. Nacido en San Francisco, Valparaíso. Llegó a La Cuadra en 1953, después de haber sido expulsado de la Armada. Por las historias que cuenta tanto como por la vida que llevó, es sin duda el viejo vivo más famoso de los que vivieron la bohemia porteña. Participó en el rodaje de la película *Amelia López O'Neil* (1990), aparece también en documentales, libros o estudios que de esta parte del Puerto se han hecho. Quien quiera entrar en la historia de la bohemia porteña no puede no pasar y conversar —en uno de los bancos de la Echaurren, en el Lugos o en la 'compañía' o 'telefónica'— con el Justicia o el Justi, apócopes con los cuales sus más cercanos lo nombran. “Justiciero e' una palabra de años atrás'. Había un gallo que tenía caballo' e' carrera, entonces a un caballo le puso El Justiciero. Entonces como a mí me gustaba la hípica, me hice amigo de varios güeone' que trabajaban en los corrales y guevá'. Y había un hueón que compró un caballo y le puso El Justiciero, y ese Justiciero era un caballo que ganó dos veces y después no ganó ma', se mancó. Entonces cuando yo iba: —'¡Hola, Justiciero, mierda!' —'¡Hay que ponerle al Justiciero, hay que ponerle billete, mierda!', —'¡Dale, Justiciero...!', y por ahí empezó la hueá

Antes de haber llegado al Puerto había sido marino. Estuve cinco años y me echaron por mala conducta: no iba a las formaciones, no hacía caso... Cuando yo llegué a trabajar al Puerto era muy bonito, había mucha vida nocturna, mucha vida bohemia, mucha *jaranda*<sup>144</sup> Llegué el 53 a esa cuadra *pulenta* que era donde estaba todo el apogeo, ahí en Cochrane, ahí habían má' de veinte negocios. Mucha gente arrendaba locales y trabajaba con mujeres que ejercían la vida fácil, habían cuatro prostíbulos que eran todo' clandestinos: el 37, el 39, el 35 y el 45. Eso era por el año 52, 54. Las mujeres arrendaban sus piezas en la calle Carampangue. En el día dormían y en la noche se venían a trabajar, a bailar, a tomar a los bares y restoranes que había abajo. Era bonito, bonito. También, antiguamente, se trabajaba mucho el contrabando, era lo más grande que había aquí en el Puerto. Había muchas cuadrillas que trabajaban y entre ellas se arrebataban el contrabando. Pero ahora eso no está, toda esa gente se fue del Puerto..., murió el Puerto. Todos esos negocios tan famosos que habían, el Roland Bar, el América Bar, El Porteño, el Nayan Day, todos esos murieron, debido al golpe del año 73. De ahí pa' delante el Puerto se vino abajo. Toda esa gente, una' se fueron, otras murieron. Yo actualmente soy legendario, soy uno de los pocos que quedan en el Puerto de esa época. A veces ando por ahí y hago recuerdo' del Puerto antiguo, porque al Puerto ante' llegaba mucha gente, más ahí al Roland Bar que era uno de los bares má' antiguo, del año 1800 y tanto. Ahí llegaban todo' los marinos extranjeros de todas las nacionalidade'. Yo, los últimos días los trabajé ahí en el Rolan. Antes que se viniera abajo, el año 94 que hubo un incendio, se quemó todo. Todas esas cosas ya han pasado a la historia, a los recuerdos. Ahora uno tiene que..., ya está en la edad, tiene que esperar *no más poh*.

Por sencillo que parezca, en este breve relato de El Justiciero se halla toda la historia que queremos contar. En su narración está presente no sólo su vida sino también la de la juega porteña, desde los 60 hasta el 73 cuando, para él, termina. Porque de acuerdo con lo que ellos mismos van estructurando por medio de sus recuerdos, al Barrio Puerto se llega, en él se vive, se *goza*, y en él se muere. Este es el ciclo vital (*llegar, vivir y morir*) que la mayoría de nuestros relatores recrea como experiencias de vida que se suceden en torno a un espacio y a un tiempo determinado. Seguiremos pues esta misma línea experiencial para referirnos a La Cuadra y sus historias. Otro sujeto clave —aunque más joven que los anteriores— que viene a

---

del Justiciero y El Justiciero. —'¿Llegó El Justiciero?', y ahí empezó la hueá, Justiciero, Justiciero, Justiciero". Así explica Oscar el motivo de su mote.

<sup>144</sup> *Jaranda*, quiso decir 'jarana', escándalo, algarabía.

representar con su testimonio esta llegada al Barrio Puerto es El Cojo Lucho<sup>145</sup> quien, como El Terremoto, llegó siendo muy niño a La Cuadra y nunca más se fue.

Lustraba zapatos aquí en La Cuadra, en Cochrane. Cuando era La Cuadra en ese tiempo, que llegaba mucho extranjero, mucho tripulante y conocí harto tripulante de toda la' nacionalidade'. Yo me crié de chico ahí en La Cuadra, me crié de niño de ma' o meno' 12 año' que llegué ahí. Llegué de lo' 12 año', ahí estuve trabajando en el lustrín, ahí me formé. Yo venía del sur, de San Rosendo. Soy nacío en San Rosendo, pero cria' o acá en Valparaíso. Emigré de allá, me vine de muy niño. Empecé limpiando auto' en Santiago como niño de la calle. Me crié en la calle, estuve en casa e' minore', estuve en hogare' y así me crié solo, siempre en la calle. [...] Yo soy de aquí de Valparaíso, del Barrio Puerto, y nunca he vivido en un cerro. Yo soy conocido en el Barrio Puerto como El Cojo Lucho porque ahí me inicié, ahí me crié, y ya no me iría a otro lugar. [...] En el barrio, cuando má' niño, habían personas que me querían harto, me estimaban harto pero no me acuerdo bien [...] Valparaíso me gustó por su gente y por la amistá' que yo tengo con la gente. Porque conozco mucha gente, aquí en el Puerto. Aquí encontré mi felicidad, que fue mi mujer, mi hija, me casé y quedé aquí. [...] La gente del barrio era buena, porque si necesitabai algo todos te ayudaban poh, no como ahora que tu pedí una ayuda y no te la dan. Eran más solidarios, porque se veía la plata también. Por eso yo creo que la gente de acá es única, es único el Puerto. Lo digo porque yo estuve en otras partes bonitas y no me gustaron. E' algo que te tira el Puerto.

En los relatos recientes queda de manifiesto el hecho de ser La Cuadra un lugar que atrae. Por lo que representó —y representa— para estos sujetos se transformó no en el lugar de paso que fue para muchos, sino en su casa; el hogar permanente donde han vivido la mayor parte de sus vidas. Allí encontraron lo que en otra parte seguramente no hallarían: trabajo, formación, amistad, entretención, amor...; una vida entera que ha girado en torno al mundo bohemio (amante y protector de prostitutas; amigo de delincuentes, homosexuales, ladrones; aprendiz de traficantes, *choros*<sup>146</sup>, mafiosos; sobrino de cabronas, cafiches; jugador, bebedor, fiestero...; gente *positiva*, como también se les llamó). En este sentido, La Cuadra como lugar de la bohemia está estrechamente ligada a la forma de ser de estos sujetos; a su cosmovisión. Como la de los homosexuales, por ejemplo, quienes huyendo de sus casas, escapando del trato indigno de un padre o vecino avergonzado o todavía demasiado conservador, hallaron

---

<sup>145</sup> Luis Ávila Contreras, 50 años, lisiado (le falta su pierna izquierda), lustrabotas, ex reo. Nació en San Rosendo, llegó a los doce años a La Cuadra.

<sup>146</sup> *Choro*, delincuente respetado en el ambiente, por lo general traficante, contrabandistas.

amparo y una posibilidad para desarrollarse como personas. Allí trabajaron, se enamoraron e hicieron sus vidas. En el Barrio Puerto fueron lo que en otro lado quizá no habrían podido ni querido ser. Horacio<sup>147</sup> es uno de ellos:

Primero llegué a la Casa Amarilla, yo era amigo del dueño, Rubén, le decían Venus, porque era muy bonito. Llegábamos a las tres de la tarde y llegaban hombres, ahí nos amanecíamos. A esa hora como no había niñas todavía porque estaban durmiendo, los hombres bailaban con nosotros, tomaban con nosotros, los portuarios llegaban ahí y nos *ocupábamos*. En esa época la relación era buena entre nosotros, todo concordaba, no había egoísmo ni envidia, nada. Nos sentíamos reinas con los hombres. También iba al 24, ahí bailábamos hartos. Ahí me dieron el rol de atender el bar. Me daban a \$40 la botella, ahí nos íbamos a media con otro *colita* que ahora está muerto. Ese volcaba las copas en las bandejas para que el cliente pidiera más vino. Le echaba con alevosía el vino a las copas. Entonces, todo ese vino que caía en la bandeja, yo lo echaba a un jarro grande que estaba para servir. Yo después embotellaba ese vino. A veces ganaba más plata vendiendo ese vino volcado que el que vendía en las botellas.

A propósito, no dejemos pasar esta anécdota que nos cuenta Horacio ya que refleja, para nuestro gusto, el ingenio propio del sujeto popular, el hombre perspicaz, ladino, el *Pedro Urdemales*<sup>148</sup> que transgrede el orden impuesto; ese *mundo al revés* con el que satiriza y hace mofa de lo establecido que creemos es, en el fondo, el sentido mismo de la fiesta.

---

<sup>147</sup> Horacio, Ciro o Estrella, 77 años, sastre, trabajó muchos años en el ambiente bohemio, sobre todo en La Casa Amarilla. Pese a que estuvo viviendo décadas en Buenos Aires, volvió al Puerto. Hoy vive en Cajilla donde mantiene aún su pequeño taller de costuras.

<sup>148</sup> *Pedro Urdemales* (urdir, tramar, conspirar males), personaje ficticio propio de la picaresca española y que en Chile adquiere personalidad propia. Existen relatos y leyendas, y hasta canciones, que retratan la astucia de este sujeto popular que en las haciendas del valle central va engañando y sacando el mejor provecho de las situaciones gracias a su ingenio y creatividad. De la extensa bibliografía al respecto, sugerimos revisar: Floridor Pérez. *La vuelta de Pedro Urdemales*. Santiago de Chile. Aguilar Chilena de Ediciones, 1999; Ramón Laval. *Cuentos populares chilenos*. Santiago de Chile. Nascimento, 1948; del mismo autor. *Cuentos de Pedro Urdemales*. Santiago de Chile. Cruz del Sur, 1943; y de Carolina Greve Salinas. “El personaje Pedro Urdemales en la literatura chilena”. (Tesis para optar al título de Profesor de Estado con Mención en Español). Santiago de Chile. Universidad de Chile, 1959.

Pero eso de que yo... botaba el licor... el vino dentro de la bandeja era porque yo estaba haciendo el papel de cantinero. A mí me tenían que pedir el licor cuando llegaban los clientes a tomar vino. ...Entonces el muchacho que estaba atendiendo el salón era el que volcaba el vino en la bandeja porque nos íbamos mitad y mitad, en lo que ganábamos. Porque yo prefería vender las botellas que yo llenaba a las que me daban llenas. [...] Con este muchacho estábamos de acuerdo de que él volcara... llenaba, rellenaba las copas para que entonces tuviéramos más vino para llenar botellas. Entonces esas eran las botellas que yo vendía aparte. Pero no era un vino como se puede decir vulgarmente *bigoteado*<sup>149</sup>, sino que era un vino limpio. Solamente porque se volcaba a la bandeja nada más. Yo de ahí lo echaba a un jarro de esos antiguos, de esos que había que ahora no se ven. Después con el embudo empezaba a llenar las botellas. Eran las primeras que vendía yo, para asegurarnos. Y a veces se llenaban más botellas de las que me daban para vender. Llegaba a las nueve a atender la cantina y me venía como a las ocho de la mañana a mi casa, siempre con dinero en mis bolsillos.

De ahí surge un tipo de sujeto popular que por sus rasgos definitorios representa la imagen opuesta al burgués, quien —siguiendo en parte la lógica que propone Maximiliano Salinas— construye su mundo a partir del trabajo remunerado, la acumulación de riquezas y la

---

<sup>149</sup> *Bigoteado*, de bigote, ya usado, probado; los rastros que quedan en las copas o vasos.

discriminación de identidades<sup>150</sup>. En la medida que este personaje porteño arma su vida a partir de los sentimientos ligados a la fiesta, a la comida y a la bebida, y al amor (fraterno, familiar, de pareja), deconstruye ese universo con que Occidente impuso el modelo del sujeto moderno, racional, ilustrado. Veamos algunos ejemplos; tomemos dos realidades que bien pueden ilustrar el modo cómo La Cuadra establece *otra lógica* dentro de este saber popular que se opone al mundo moderno: la educación informal y el contrabando.

El nivel de sociabilidad que se generó en La Cuadra permitió para algunos sujetos suplir el escaso grado de escolaridad que alcanzaron. Substituyendo de esta manera un instrumento cierto (la instrucción básica) que el mundo civilizado considera indispensable en el desarrollo de las personas. Transformándose así (la cultura popular de La Cuadra) en una suerte de mundo o modelo *alternativo* capaz de hacer frente al paradigma moderno e ilustrado. Cuando El Terremoto nos cuenta que sus primeros pasos en La Cuadra los dio robando, que apenas hizo su preparatoria (sexto básico) y que sus compañeros de curso eran hijos e hijas de prostitutas, de traficantes —de los cuales varios actualmente son lanzas internacionales—; el futuro que uno puede entrever en un niño con estos antecedentes es el mismo que el de

---

<sup>150</sup> Perfil que de cierto modo se corresponde con lo dicho ya por el autor (Capítulo 2, pp. 47-48 y Capítulo 3, pp. 64-66, respectivamente). Y que responde de modo invariable a la imagen del sujeto conquistador venido de Occidente, cuyas características fundamentales son ser varón, letrado, católico, propietario, heterosexual..., el 'blanco perfecto'. Se trata del españolvasco construido *a posteriori*, después del siglo XVI, en el XIX; y que se reproduce en todos los procesos de conquista y de saberes. Representa por lo mismo un estilo de vida, una moral y una cultura del tipo estoica. Rasgos que impregnaron a Occidente e influyeron fuertemente en el hispanismo, quedando como modelo civilizatorio digno de ser reproducido por las elites latinoamericanas. Toda la historia social de Chile, según este planteamiento, puede ser vista a través de este héroe dotado de templanza, virtud y valentía. Y aquellos *otros* —la gran mayoría— que no cumplieron con estos requisitos (mujeres, sirvientes, locos, analfabetos, negros, herejes, esclavos, indios, homosexuales, solteros, disidentes, izquierdistas, anarquistas...) quedaron excluidos y recludos en el ámbito de la ilegalidad. “Literatura y Cultura Popular...”. (Apuntes...). A no ser que hubiesen decidido instruirse, evangelizarse, nacionalizarse, casarse, trabajar, renegar...

Esmeraldo (el roto en la novela de Edwards Bello), es decir, un destino determinado y condicionado por el medio y cuya vida no puede no ser delictiva, marginal. No obstante, El Terremoto está conciente que su destino fue otro. Y no fue el del roto porque influyó en él un agente que siendo de la misma Cuadra (don Arturo, El padrino), “me enseñó a vivir, a conocer la vida, a no delinquir y a vivir...”:

De mi curso, fuimos pocos los que salimos bueno', en ese sentido. No tengo ficha<sup>151</sup>, no tengo problemas con Carabineros ni con Investigaciones; no he estado nunca preso. La mayoría salieron ladrones, asaltante'. Y esto se debe a que tuve la suerte de caer en las manos de una persona muy buena: don Arturo. El padrino, *cafiche*, traficante de droga, movía la policía, movía todo; el verdadero padrino. Era un viejo grande, 1,90 m, narigón... un italiano. No era un viejo *choro*, matón; el viejo mandaba, tenía mucha fuerza. Administraba todo. Un día me le acerqué a él y me dio un consejo muy bueno: —'Mira, los vivos, hueón, están todos tras las rejas, los hueones estamos en la calle; pero tampoco seai ni tan hueón ni tan vivo. Mantente al medio'. Y así lo hice, así viví mi vida. Nunca tuve problemas con la gente, aunque pelié harto defendiendo a los de La Cuadra. Hay otra gente que no es como uno, son irresponsables, porque no tuvieron esa escuela. [...] Yo era casa'o y después me separé cabrito. Mi' hijo' ya son grandes ya poh. Tengo una hija de 47 años, tengo un hijo de 45, tengo uno de 36, uno de 33, uno de 21, uno de 17, uno de 15 y una de 11. Puta, lo *cabros*<sup>152</sup> mío me han salí'o tan güeno' que yo no tengo con qué darle gracia al caballero de allá 'ría<sup>153</sup>. Yo mismo le' he ido enseñando. Tengo un mocoso que ahora tiene 15 años, cocina, lava, el hueón; hace todo en la casa. No está pa' depender de una persona. Si algún día le faltamos nosotros, depende de'l no má'. Yo les transmití toda esa escuela que me dio ese hombre a mí, don Arturo, no la recibí ni de mi padre yo poh, esa enseñanza.

Otro testimonio que grafica muy bien lo que queremos explicar en este apartado y que dice relación al carácter supletorio que presenta La Cuadra frente a la escuela, entendida ésta como instrucción formal, es lo que narra El Cojo Lucho quien, distinto de El Terremoto, es analfabeto:

---

<sup>151</sup> *Tener ficha*, 'papeles manchados'; antecedentes penales, problemas o deudas con la ley.

<sup>152</sup> El término *cabro* es muy común aquí y en otros lugares para referirse al joven, al muchacho.

<sup>153</sup> *Caballero de allá arriba*, Dios, o 'Don Jechu'.

Aquí [en el Puerto] se da otra relación con la gente, porque resulta que yo tengo roce con la gente. Con los delincuentes, con gente educá, con gente de alta clase o de alta sociedad. Entonce' conozco mucha clase de gente. Y así he ido aprendiendo de los demás, porque resulta que yo no se nada, no se leer ni escribir, pero mi sicología que yo tengo la tengo por mí mismo, por la calle, en La Cuadra. Las mujeres y los viejos me la dieron. Uno de mis maestros fueron el Justi, el Jako, que era dueño de un restorán, Armando Canales, que tenía el American Bar, Mario Riesseberg tenía el Rolan, que era alemán. De esos viejo' yo aprendí harto. En ese tiempo yo era adolescente, andaba lustrando y ellos me ayudaron, me dejaban trabajar. Porque yo también era educado, caballeroso, nunca les falté el respeto, pa' que me respetaran también...

Pero estas relaciones no se dan en cualquier parte, generalmente se suceden en un lugar específico de La Cuadra: en los bares, en los prostíbulos, en los restoranes. Es allí donde las dimensiones que caracterizan al mundo popular se hacen y rehacen, se vitalizan y se consumen, se establecen y se deshacen. Quienes participan de esta especie de *cofradía marginal* se legitiman y se *edifican* como sujetos históricos, con valores, creencias y conocimientos propios. El valor que adquiere para estos sujetos el microespacio social del bar es fundamental por cuanto es allí donde reciben las primeras herramientas con las cuales a través de los años construyen y dan sentido a sus vidas. Vidas que —como la de El Terremoto y la de El Cojo Lucho— de modo natural se arman al margen del conjunto de *normas, conductas y actitudes* que viene a entregar la escuela. Son por eso tempranos desertores de la Instrucción Pública, convirtiéndose luego en seres *de-formados, mal-educados, incorregibles*, y otros apelativos que designan a quienes no se han sometido a la disciplina que impone la educación formal de todos los ciudadanos<sup>154</sup>. De este modo aprenden el arte de

---

<sup>154</sup> Esta “gran familia indefinida y confusa de los 'anormales' (según Foucault) está íntimamente relacionada con todo un conjunto de instituciones de control, con toda una serie de mecanismos de vigilancia y de distribución del orden. [...] Este grupo de anormales se formó a partir de tres figuras cuya constitución no ha surgido de forma exactamente sincrónica: 1. *El monstruo humano*, 2. *El individuo a corregir* y 3. *El onanista*”. Respecto a la segunda de estas figuras, señala: “La aparición del 'incorregible' es coetánea de la puesta en práctica de las técnicas de la disciplina que tienen lugar en Occidente durante los siglos XVII y XVIII —en el ejército, en los colegios, en los talleres y un poco más tarde en las propias familias—. Los nuevos procedimientos de adiestramiento del cuerpo, del comportamiento, de las aptitudes, suscitan el problema de aquellos que escapan a esta normatividad que ya no se



vivir a través de sus contactos cotidianos y de un aprendizaje recibido en la calle, en los bares... En fin, La Cuadra —su gente, la sociabilidad que en ella se generó— simboliza en este sentido una cierta ambigüedad ya que, por una parte, representa aquel mundo que es necesario corregir, superar, en tanto que evitar por parte de la escuela moderna<sup>155</sup>; y por otra, para los sujetos que allí se formaron, la verdadera y única escuela, la real, la de la vida:

Por mi poca educación  
se hizo dura la faena  
sólo cursé silabario  
y esa fue toda mi escuela

[...]

Quien me enseñó a barajarme  
mi escasa sicología  
y fui adquiriendo experiencia  
en la escuela de la vida

---

corresponde con la soberanía de la ley”. Michel Foucault. “Los anormales”, en *La vida de los hombres infames*. La Plata. Altamira, 1994, pp. 61-66.

<sup>155</sup> La escuela es una institución que disciplina a una parte importante de la población sometiéndola a una socialización intensiva y sistemática de una cultura normada. Al aislar a los niños de su familia contribuye a disciplinar a la población moral, afectiva e identitariamente. (“En la escuela fué donde conocí, por primera vez, el aspecto brutal de la vida”, recuerda González Vera). Luego, con la modernidad, adquiere un rol fundamental en la transformación de las bases sobre las cuales se asienta la cultura, su transmisión y organización. Expande además una conciencia nacional difundiendo la lengua dominante del Estado, la literatura del país y socializando un sentido de historia y de identidad nacionales. Pero al mismo tiempo se hará cargo de difundir una cultura moderna organizada de acuerdo con una concepción burguesa de mundo. La escuela, así, lucha contra el folklore, contra las tradiciones propias de los pueblos (su moral, su religión, su sentido común) para imponer una cultura que transmite una concepción de mundo moderno. La cultura popular, con la influencia de la escuela queda así, pues, subsumida en la categoría de *folklore*, que será por tanto necesario combatir, superar. *Un espejo trizado...*, 168-174.

[...]

Por mi escasa educación  
yo trato de tener tino  
con la escuela de la vida  
de a poco me abro camino...<sup>156</sup>

Las historias que nos interesa rescatar dentro de esta realidad sociocultural que generó La Cuadra tienen que ver principalmente con la subjetividad de las personas, con sus valores y con sus emociones. Un nivel de sociabilidad que pese a ser negado, prejuiciado o no incluido (o excluido) en la reflexión de la elite<sup>157</sup>, supo igual sobrevivir dentro de este universo simbólico-cultural. Pero su mayor logro quizá no haya sido únicamente el haber resistido. En nuestro caso, la clave está en su actitud de subversión y de alteridad frente al modelo oficial y dominante que se le ha querido imponer. De ahí pues su carácter carnavalesco, ocioso y placentero; de ahí también el baile, la comida y el trago, como las principales manifestaciones con las que se opone al modelo hegemónico, y cuyos sujetos valoran y defienden como verdaderos tesoros legados por sus ancestros. Como el contrabando, por ejemplo. Quien tuvo mucho que ver en esta cuestión fue El Justiciero:

...hasta que empecé a enrolarme con los contrabandistas, dueños de negocios, de hoteles. Yo era como mozo de ellos. Los contrabandistas que mandaban el Puerto en ese entonces, me mandaban a mí a vender el contrabando. Iba harto al casino e' Viña, ganaba mis güenos pesos y estaba conforme con toda la gente. Yo era bien relaciona'ó y tenía güena clientela, médicos, toda la gente de arri'a. Despué' me empezaron a tener cariño y confianza. Y de ahí no salí má', me quedé en el Barrio Puerto. Me fui metiendo con los contrabandistas en el tráfico de licores, de cigarrillos, de whiskyes, de medias, de camisas..., tantas cosas que traían de ajuera. Tiraban las bolsa' al agua, después la' recogían y la'

---

<sup>156</sup> 'Nano' Núñez..., 25-26.

<sup>157</sup> 'Lo social', tradicionalmente es concebido como una estructura objetiva que viene a ser la premisa (no necesariamente conciente) de la acción humana. Esto hace que se consolide la escisión entre objeto y sujeto, entre estructura y acción, entre sistema y mundos de vida. Todo lo cual produce finalmente que el ámbito subjetivo de las personas sea "expulsado de la reflexión científica", generando así "una absolutización de la razón instrumental". Revisar, *Las sombras del mañana...*, 16-17.

sacaban por las playas. Yo conocía to' o, andaba meti'o con los *gallos*<sup>158</sup> que eran cuadrilla de diez, de quince gallos. Era muy famosa esa cuestión del contrabando. Había cuadrillas que se peleaban el contrabando, a algunos les quitaban la mercadería. Existía la rivalidad de contrabandistas por grupo'. Entonce' se armaban cuadrillas de grupos de un lado, de otro la'o. Habían quitá', balazos y gueá raras. Yo estaba metido ahí, en to' o ese *chungo*<sup>159</sup>. Claro que no había que ser *sapo*<sup>160</sup>, si no, te *sacaban la chucha*<sup>161</sup>. Estuve meti'o en dos muerte' por sapeo', por rivalidades, se armaban las medias *cuática*<sup>162</sup>, y to' o andaban con pistoletes. Recuerdo una ve', al lado del Roland Bar, hubo una pelea y uno sacó una pistola y agarró a balazo' a un compadre. No, si era muy... puh, si uno cuenta es pa' no creer.

El Terremoto, sin duda, es otro que tiene algo que relatarnos respecto de este tema:

Del nivel mío pa' riba había otra gente que eran los dueños de los prostíbulo', los dueño' de los restorane', los contrabandista'. Y yo entraba ahí a esos grupos, me juntaba con ellos, yo era muy amigo de todos. Pero ellos no bajaban pa' bajo, ¿me entendí? Se cuidaban su' espalda', ya que ellos se movían en otros tipo de negocios. Se compraban robos dentro de la Aduana, contrabando, coca... veinte mil hueá que habían aquí, todo lo que juera que ver con el delito, ¿me entendí?

Por lo que cuentan, creemos que este fenómeno, al igual que la educación informal que los sujetos recibían en La Cuadra, constituye otro modo de subversión frente al canon civilizatorio que el mundo popular rehusó. Como lo relata El Justiciero, el contrabando consistía básicamente en tirar la mercadería desde los barcos al mar antes de que estos atracaran. Después era recogida en las playas cercanas para ser luego vendidas a bajísimo precio. En estas operaciones trabajaba mucha gente; desde el que tenía los contactos, sobornaba y mandaba, hasta el que finalmente reducía los productos. Este hecho, desde la lógica popular, parece no ser visto como delito propiamente tal, sino más bien como algo *justo y necesario* para quienes no teniendo otra fuente de ingreso debían *forzosamente*

---

<sup>158</sup> *Gallos*, personas, sujetos.

<sup>159</sup> *Chungo*, quiere decir grupo, equipo.

<sup>160</sup> Ser *sapo* es ser soplón, delator, denunciante.

<sup>161</sup> *Sacar la chucha*, golpear, linchar.

<sup>162</sup> *Armar cuática*, es hacer alboroto, algarabía, escándalo. En este sentido, en forma violenta.

dedicársele. Y quienes lo hacían ganaban no sólo mucho dinero; también fama y respeto. Por eso, aunque ilegal, detrás de esta actividad había toda una filosofía de vida, una manera de comportarse y un medio para sobrevivir. El contrabandear subvierte pues el orden dentro de un sistema tan vigilado y jerarquizado como lo es una aduana. En este sentido, no todo lo que entraba y salía por esta frontera era registrado; detrás había otro mundo de la cual se nutría el universo popular. El puerto de Valparaíso impulsado por la elite portaliana era, así, burlado por sujetos populares a través del contrabando<sup>163</sup>. Los grandes contrabandistas del Puerto eran los jefes, los traficantes, gente como don Arturo Moreno, por ejemplo (un *contraaduanero*, un *contraportales*). Aparece de este modo otra paridad en que dicotomizan las figuras de *puerto-elite* / *contrabando-mundo popular*:

Va llegando barco al muelle  
los piratas se preparan

---

<sup>163</sup> Nos viene a la mente la figura del Guachimán de la W, aquel viejo personaje cuyo oficio —al igual que el de Eugenio, el protagonista— había sido vigilar las lanchas de la bahía en el relato de M. Rojas. “La primera campanada de las tres me despertó. Abrí los ojos y me erguí. Había percibido un rumor que yo conocía muy bien: sería uno de esos cachuchos misteriosos, tripulado quién sabe por quién y que se dirigía quién sabe hacia dónde. Tomé el revolver y la linterna y poniéndome de pie me acerqué a la borda. A un metro escaso estaba detenida una chalupa y un hombre iba de pie en ella, inclinado, como si quisiera esquivarse de las miradas de alguien. —¡Desatraca la chalupa, pronto! —grité con una voz que no me pareció mía. Al oírme el hombre enderezó el cuerpo, como si continuara un movimiento que no hubiera interrumpido, y la chalupa se alejó un tanto. —¡Para! Oprimí el botón de la linterna. La otra mano se me crispaba sobre la culata del revólver y el dedo índice buscaba el gatillo. —¡Para, te digo! Examiné la chalupa. Dos hombres iban tendidos en el fondo. El que iba de pie, delgado, miserable, descalzo y con la cabeza descubierta, el rostro sucio de sombra o de carbón, me miraba con ojos que eran como los de un animal cuando la luz de la linterna los tocaba de frente. [...] Mientras el hombre hablaba eché una mirada a los remos y vi que las palas iban envueltas en arpillera. Esto me demostró la verdad: eran ladrones, piratas, como se les llama pretenciosamente en la bahía”. *Lanchas en la...*, 24-26.

para hacer una quitada  
a las cuatro e' la mañana

Va llegando barco al muelle  
la vida del pirata  
caramba, es un caudillo  
el que no muere a bala  
caramba, muere a cuchillo

Muere a cuchillo, sí  
caramba, contrabandista  
si la mar te la da  
caramba, la mar te la quita

Bajemos a la aduana  
caramba, y en la mañana<sup>164</sup>.

---

<sup>164</sup> “Va llegando barco al muelle”. La letra de esta como de otras cuecas pertenece al conjunto de obras recogidas por el profesor Aliro Núñez, quien junto a otros musicólogos de la zona, ha trabajado en el rescate y recopilación de la cueca *brava* porteña. En adelante diremos título de la cueca y A. Núñez.

## Capítulo 6. «El Puerto, mi viejo y querido Puerto. Era una cuestión que en la noche salía el sol, ...una vida de algarabía..., una jaula de muchos pájaros de colores...» (VIVIR)

En el aparatado anterior comenzamos a darle sentido a este relato tratando de armar la historia de La Cuadra —y por tanto de la bohemia y de la cultura popular porteña— desde el principio. Identificando en ella una *primera generación* que hemos denominado *fundadora* y de la cual no hay testimonio directo, oral; y una *segunda generación* con la que hemos ido organizando estas historias. Estructuramos, asimismo, una especie de ciclo vital por medio del cual giran estos relatos, basados en un *llegar* a La Cuadra, *vivir* en ella —que no tiene que ver necesariamente con habitar ahí— y *morir* en o con ella —que aunque puede darse el caso, y de hecho se dio, tampoco tiene que ver precisamente con el morir de *morirse*—. Siguiendo el orden que por razones de claridad nos hemos impuesto (ya vimos cómo o por qué motivos se llega a ella); corresponde ahora su turno a las historias que la describen. Qué y cómo era La Cuadra. Por qué fue lo que fue. Cómo eran las relaciones que allí se daban. Qué sucedía en estos locales que todavía la gente recuerda con nostalgia y pasión. Son algunos de los enigmas que en adelante trataremos de descifrar a través de la voz directa —sin intermediarios— de quienes los vivieron. Como ya hemos dicho, las relaciones que se establecieron en La Cuadra (aprendizajes, experiencias y toda suerte de sociabilización entre los sujetos populares), fueron en lugares específicos: cabarés, restaurantes, prostíbulos y bares. Principalmente en aquellos negocios donde el parroquiano tenía la posibilidad de compartir con otros. Definamos por eso qué son realmente estos espacios para nuestros sujetos, qué valor se le asignan al bar y al prostíbulo dentro de este mundo bohemio y popular. Así lo recuerda Selvia Guerrero<sup>165</sup>:

---

<sup>165</sup> Selvia Guerrero, 51 años, casada, ex regenta del Bar Louisiana. Actualmente vive en cerro Mesilla.

...shii, en ese negocio se hacían unas comidas fabulosas. Cuando llegaban los franceses, en los barcos, el Jean Dark, que es el que más recuerdo, le decían a La Mamá —porque era el negocio más grande también— que si se podía hacer un *cotelé*<sup>166</sup>, una comida. Ellos trían todo del barco. Y llegaban una' camionetas con puras bandejas, y las mujeres tenían que venir con vestido de fiesta, lo más *firulai*<sup>167</sup>, lo más fino. Se ponían unos mesones largos apega'o a la pared, llenos de bandejas con carnes: chancho, cerdo, el chancho entero. Puros lomitos, con la cabeza y con la manzana *así*. Tu veíai el chancho entero hasta la cabeza<sup>168</sup>. Para mí eso fue maravilloso, la bohemia porteña. Conocí tanto, tanta gente, tanto negocio que ahora no existe.

El Barrio Puerto, como La Cuadra, se sabe, es famoso por estos locales. Toda esa vida licenciosa y vehemente quedó reflejada en los muchísimos negocios que ofrecieron a los ávidos clientes lo indispensable para aliviar las demandas del cuerpo —sexo, alcohol y comida—. Se trata de lugares que si bien ya no funcionan como antes —o simplemente ya no están físicamente—, todavía se mantienen en el recuerdo de los sujetos que durante años les dieron vida. En estos microespacios es donde se generó y se dio cita aquel mundo poético de la fiesta, de la abundancia —bebida y comida— y del sentimiento fraterno. En la medida que estas personas acuden al bar o al prostíbulo y participan de estas manifestaciones populares que allí se dan, construyen su identidad y se legitiman como sujetos históricos, con

---

<sup>166</sup> *Cotelé*, aunque también se le asigna a un tipo de tela (*pantalón de...*, por ejemplo), aquí quiere decir *cocktail*, aperitivo; especie de reunión en que habitualmente se come (*pica*) de pie antes o después de un evento determinado.

<sup>167</sup> *Firulai*, de 'firulete': “adorno superfluo y de mal gusto” (RAE). Aquí: elegante.

<sup>168</sup> La presencia del cerdo en este relato de Selvia no es casual. Esta carne por su sabor y textura representa un plato predilecto en la comida popular. Del cerdo se extrae y se come prácticamente todo: el pernil, el arrollado, las patas, la cabeza, las costillas, el lomo, el cuero, la lengua, se hacen longanizas, embutidos (queso-cabeza), chicharrones, etc. En los restoranes de antaño, nos cuentan, era un verdadero placer comer chancho asado, al horno, al palo, ahumado, cazuela. Incluso la cabeza servía como trofeo de alguna rifa, concurso, campeonato o apuesta, la que se comía con *pebre* (ají, tomate, ajo, cebolla y condimentos) y vino tinto, por lo general una garrafa (cinco litros).

conocimientos, creencias y valores propios. Hecho que queda de manifiesto cuando conversamos con Edmundo Díaz<sup>169</sup>:

En esos tiempos el Puerto era muy bonito, porque uno iba pa' cualquier la'o. La noche la hacíamos día y el día noche. No como la gente de ahora andan apuara'os. Había muchos burdeles. Aquí donde estamo' ahora [en El rincón Wanderino] 'taba el 15 y abajo, en el callejón, estaba el restaurán Pascal, donde las mujeres bailaban con vestidos largos, largos. Pero éramos todos muy caballeros. Se bailaba mucho el tango en esa época. De ahí terminábamos como a las dos, tres de la mañana, nos íbamos pa' allá pa' la calle Márquez, a las casa' 'e puta. 'taban una al lado de la otra. 'taba el Rancho Chico, el 69, el Rancho Grande, la Guatona Aída, la Agua Rosa, pa' 'llá estaba el Mister Enri; nos dábamos güelta, estaba el Copucha, pa' 'cá nos dábamos güelta, 'taba la Marina Alta, la Marina Baja, el Pato Loco Chico, el Pato Loco Grande, el Maricón Humberto, que cantaban cueca y tonada y todo. Y ahí nos veníamos pa' 'bajo recorriendo y bailando. Nos hacíamos to'a la amanecía ahí. [...] Era muy güeno. Cuando íbamo' al sexo uno tenía que pagar la pieza no má', porque uno se la arreglaba con el que mandaba el buque, ¿cómo se llamaba?, el *cafiche*, el que mandaba el *cahuín*<sup>170</sup>. Entonce' uno hablaba con él, porque había que esperar, porque la mujer lo hacía en un momento también. Entonces cuando usté' hablaba con ella y to'o, hablaba con el *cafiche* y le pagaba 10 pesos por la noche o 15, según como estaba. Porque con las mujeres uno gastaba en trago y bailaba con ella, porque las mujeres cobraban 10 peso' por ocuparse, ocuparse, ocuparse con ella. Y la que la' mandaba a ella' era la regenta, la que regentaba el prostíbulo. Al otro día, a las diez, a la' once uno venía pa' 'juera ya, porque ellas eran como emple'as de ahí de la casa. Habían cabra' jóvenes en esos años, porque no había tanta justicia como hay ahora. Cabrita' de 16, 17 años. Y uno era joven también. Uno con dinero la convidaba a almorzar ajuera, porque en ese tiempo la vida era muy barata, muy barata. [...] Era otra época y *andaba la carne botá*<sup>171</sup>, usted con plata se llevaba cualquier mujer. Los hoteles eran baratos. Uno ganaba plata y valía la plata, to'o barato. Pero en las casas de maraquititas o chimbiroquititas vendían puro trago, uno tenía que ir a comprar comí'a. Era pa' pedir trago o hueviar, bailar.

---

<sup>169</sup> Edmundo Díaz Ibaceta, 78 años, nació en calle Cumming, Valparaíso, el 26 de diciembre de 1925. Ha sido toda su vida vendedor. Hoy recorre toda la ciudad ofreciendo remedios y artículos menores en los distintos bares.

<sup>170</sup> *Cahuín* o *cagüín*, del mapudungun 'Kawiñ'; fiesta, reunión, borrachera, alboroto. "Situación confusa, intriga, enredo. Comilona, borrachera" (RAE).

<sup>171</sup> Que *ande la carne botá*' quiere decir la gran cantidad de mujeres disponibles para el sexo, y a un bajo precio.



Era muy bonita esa época. Y pa' nunca más. Nunca más volverá, nada más, nada, nada, nada... Ya no tiene nada, quedan puro' restaurane' en otro la' o. Pa' lla pa' La Cuadra hay hoteles pa' los gringos, pero pa' uno no hay diversión, ni una cosa. Antes, esos eran tiempos muy bonitos, muy bonitos. Ahora nada, nada, nada...

Este espacio, por lo visto, no es un lugar banal. En la lógica del teórico Marc Augè, es un lugar antropológico, “un lugar en el sentido inscripto y simbolizado, [...], que se cumple por la palabra, el intercambio alusivo de algunas palabras de pasada, en la convivencia y en la intimidad cómplice de los habitantes”. En otras palabras, *lugar*, no como un sitio cualquiera, intrascendente, sino como un espacio de resignificación social que se construye por medio de la experiencia de los sujetos que allí acuden, y que en ese *acudir* queda siempre *algo* (*jamás es una vuelta con las manos vacías*). El bar, el prostíbulo, los burdeles, dan, así, sentido a quienes acuden a ellos. Lo que hace suponer entonces que estamos frente a espacios cuyas características son presentarse como “lugares de identidad, relacionales e históricos”; y aquellos otros que no puedan definirse bajo estas particularidades, se entenderán entonces como sus opuestos, es decir, como no-lugares<sup>172</sup>.

A fin de hacer más claro lo anterior y situarlo en el contexto que nos interesa, vale el ejemplo que sigue. Cuando los jóvenes hablan del *carrete*<sup>173</sup> y de la bohemia porteña se refieren a hechos que ocurren comúnmente en torno a las plazas Sotomayor y Aníbal Pinto, Avenida Errázuriz o al sector de la Plazuela Ecuador; lo que no se corresponde, como sabemos, con la bohemia que se daba en el Barrio Puerto ni menos en La Cuadra. En este caso, lo que sucede es que estos lugares, los de la bohemia antigua, han sido desplazados por estos otros que, a juicio de Augè, constituyen justamente lo contrario: son no-lugares. En consecuencia —y en rigor—, podemos señalar entonces que aquello que hoy vemos de noche en los *barrios del*

---

<sup>172</sup> Marc Augé. *Los “no lugares”. Espacios del Anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, tr. Margarita N. Mizraji. Barcelona. Gesida, 1993, pp. 82, 83 y 86, respectivamente.

<sup>173</sup> *Carretear*, principalmente juntarse con amigos a beber, conversar y escuchar música en pubs, o bien, en casas particulares.

*carrete*, no son bares —lugares—, son pubs<sup>174</sup> —no-lugares—. Es decir, espacios del anonimato y de la soledad, donde la conversación fluida y espontánea se dificulta y la relación entre los individuos parece ser cada vez más impersonal como simulada. El no-lugar por tanto no crea ni identidad singular ni relación, sino soledad y similitud. Y esto no sólo se da allí. En las farmacias, en los negocios de comida rápida, en los malls..., sucede lo mismo. En el fondo, se han transformado en meros espacios donde quienes participan lo hacen sólo por y a través del consumo. Así lo ve también El Terremoto en su doble condición: de bohemio antiguo y padre de adolescentes:

¡Putá...! En cuanto a esto del Puerto ya no cambia, ahora está invadí'o por esta podredumbre de los pubs. Esta hueá es como una plaga. E' una verdadera plaga, porque no tiene ningún contenido social. Esta hueá es una lepra, no ha producido ninguna cosa aparte de lo musical, no ha producido ninguna hueá pa' los cabros. Pero sé que e' una época no má' poh. Hoy día lo cabros no se saben divertir. El cabro mío que tiene 15 va a esa' hueá de pub' pero de seis de la tarde a la' doce de la noche. [...] No encuentro vida ir a meterse a un espacio cerrado con una bulla endemoni'á que no entendí ni qué tipo de música e'. La hediondez, la transpiración, el olor a pata, a axila, a poto; a todo. Mucho ruido, encerra'o, antes no poh, los espacios eran más abiertos, se conversaba y se pasaba todo el día ahí poh. Ante' la gente llegaba de camisita blanca, planchada, los cuellos y los puños se almidonaban, se usaban coderas, se usaban pasadores, bien peinadito, oloroso, bañadito, llegaba a dar gusto el bohemio que salía.

Pero el panorama puede ser aún más desolador. Porque detrás de este proceso modernizador en el que los *lugares* con un sentido social están siendo desplazados por aquellos *no-lugares* donde ya no importa tanto la relación entre las personas sino el consumo —cuestión que El Terremoto percibe muy bien—, late el problema identitario. Entre el antiguo sujeto del bar popular y el actual cliente del pub moderno no hay solamente una diferenciación generacional ni una actualización de dicho espacio (el pub no es —como muchos nos quieren hacer creer— la versión moderna del lugar que hemos descrito más arriba, en términos de sociabilidad y participación es, por el contrario, su *degradación*); hay entre ellos una brecha todavía mucho más abismante y que tiene que ver con lo que estos sujetos son, su manera de sentir, de comportarse, de mirar el mundo...; en una palabra, tiene que ver con su cosmovisión.

---

<sup>174</sup> Del británico *pub*, precisamente bar, taberna, sin embargo, veremos que su diferencia va más allá del simple anglicismo.

Los lugares que recuerdo con nostalgia de La Cuadra [afirma El Cojo Lucho] son el Blus Ship, El Jako, Armando Canales, donde llegaban a beber de Santiago, a hacer strip tease, el hotel Puerto, el Nolfo, el Hotel Nolfo, ahí había de to'o, *copete*<sup>175</sup>, mujeres, droga, de to'o. Te encerrabai ahí, dos, tres, cuatro, cinco días poh y con plata, con todo poh. Yo creo que ahora como 'tá La Cuadra ya a las nuevas generaciones no le' interesa, porque ahora es todo pa' allá para la subida Ecuador y todo eso. Pero aquí ya murió el Puerto, el Puerto *ya era*<sup>176</sup>. Porque ahora vamo' a un la'o, y vai a un pub. Antes no existían los pub', existían los puros restoranes. La diferencia es que en un restorán pueden haber mujeres que bailan, hay música, hay orquesta y vacilón, pero el pub no poh, es pura música de caset, y na'a más y bailar no más. Y trago y nada más. Antes no poh, porque entrabai a un restaurán y una *ponchera*<sup>177</sup>, y un pisco, queríai coca, cualquier cosa, y había. Ahora no poh.

No queremos decir con esto que en el pub no haya relación social ni contacto entre los asistentes; por cierto los hay. Lo que nos interesa es poner de manifiesto que, primero, el modo de relacionarse entre ellos, al estar estrechamente ligado al consumo, inmediatamente empuja hacia una cierta individualización (se entra a un pub sólo si se tiene con qué consumir, dejando claramente afuera a quienes no tengan cómo hacerlo o medios para ello)<sup>178</sup>. Y

---

<sup>175</sup> *Copete*, bebida alcohólica.

<sup>176</sup> *Ya era...*, es una expresión bastante popular que se usa para referirse precisamente a algo que ya no existe, que perdió vigencia, que se acabó o terminó irremediablemente.

<sup>177</sup> *Ponchera*, "Vasija en la cual se prepara y se sirve el ponche" (RAE). Allí se usa también para el vino arreglado con frutas, como el borgoña (tinto con frutilla); el cleri (blanco con tutifrutí) o durazno, piña o cualquiera otra. También para preparar "ponche a la romana" (champagne con helado de piña).

<sup>178</sup> Hoy día es notoria, por ejemplo, la distinción de *clase* que se hace entre clientes de pubs donde cobran entrada, como La Piedra Feliz, el Errázuriz o El Tablón, ubicados en avenida Errázuriz u otros de tendencias más *liberales* debido a la asidua afluencia homosexual (el Máscara y el Pagano), y entre quienes asisten a locales donde no se cobra el ingreso, por ejemplo, El Rincón de Martín, Mi Casa, Las Cachás Grandes, Lo De Pancho y una larga lista de otros negocios que han aflorado últimamente, tales casos son La Torre, La Facultad, el Bar-celona, El Infierno Bar, etc. Estos últimos aparecieron como verdaderos espacios *alternativos* para los más jóvenes y con menos recursos; para esa nueva gama de estudiantes

segundo, que pudiendo darse de otra manera, no se da como en estos otros, negando la posibilidad para quienes deseen mantener —fuera de sus casas— una relación de tipo colectiva-participativa y no sujeta casi exclusivamente al consumo de música y alcohol<sup>179</sup>. Y

---

de liceos, institutos y universidades privadas que, aunque *populares*, no por eso portadores del carácter popular que en este trabajo abordamos.

<sup>179</sup> Por lo general en los pubs, el voltaje de la música es muy alto; se bebe tragos; no siempre se come y cuando se hace no es más que sanguches, tablas o papas fritas; la luz es tenue; el trato de los dependientes es frío e impersonal; antes de entrar el cliente es revisado; en algunos casos las mesas al igual que las sillas, están sujetas al piso, etc. En el antiguo bar de La Cuadra, por el contrario, el sonido de la música, cuando no es en directo, igual permite la conversación entre los parroquianos; se toma vino, *pipeño* o cerveza; siempre se come: almuerzos, perniles, arrollados, empanadas o *cauceos*; la luz ambiental hace posible que los platicantes vean sus rostros y que se aprecie cada rincón del local (leyendas, imágenes, fotografías); el o la que atiende suele ser el dueño o dueña; entra quienquiera (excepto ebrios empedernidos venidos de otros locales), no siempre es indispensable el consumo; el mobiliario es movable, lo que permite transformar el lugar (juntar mesas, hacerlo salón de baile); otro tanto se puede decir de sus decorados, de sus nombres, etc. En cuanto a estos últimos, los de los pubs, son como esos objetos posmodernos, hechos a propósito, artificios, artefactos sacados, usurpados del imaginario poético, mítico o histórico de la ciudad (Piedra Feliz, Kabala, Emile Dubois, Mr. Egg, La Locomotora, El Muro, El Ritual, —falta el que se llame Pablo Neruda *nomás*—). Los antiguos locales, en cambio, eran nombrados muchos por el número del lote en que se hallaban (el 66, el 37, el 39, el 35, el 45, el 28 —la mayoría de los cuales, si no todos, eran clandestinos—); como homónimo o apodo del dueño o dueña o de quien los regentaba (La Guatona Aída, La Agua Rosa, La Ojos Verde, La Marina Alta, El Mister Enri, El Pato Loco Chico, El Pato Loco Grande, El Maricón Humberto, La Negra Inés, La Toya, Don Otto, La Chica Julia, El Jako); por lo que explicitaban (La Casa Amarilla, Los Siete Espejos, El Hoyo); o bien por su carácter sugerente, implícito (el 69, La Caverna del Diablo, El Tropezón, Las Cachás Grandes). Hay aquí, sin duda, más rasgos que denotan el carácter popular de esta realidad; títulos, unos más simples y menos rebuscados, sujetos a una realidad directa, cotidiana, anecdótica incluso; otros en tanto, imaginados, extraídos de un referente conceptual, ilustrado, moderno. Agreguemos, por último, que muchos de estos

no sólo que no se dé sino que donde aún se da están siendo desplazados o no considerados como parte del verdadero patrimonio porteño. (Pero este es un tema que abordaremos más adelante). Los bares han cambiado porque ya no son *lugares* y no son *lugares* porque la gente ha cambiado, su forma de ser y de compartir ya no es la misma. Vienen entonces las preguntas, ¿cuál es la identidad de estos sujetos?, ¿qué es lo que realmente define e identifica a unos de otros? Resulta un proceso complicado dar una respuesta satisfactoria al respecto, puesto que la identidad (según García Canclini) es una cuestión que hoy se ha visto agravada debido a las modificaciones que sufren los sujetos y sus prácticas al relacionarse con la industria cultural o las nuevas formas de la modernidad. Se trata de una crisis identitaria que no sólo afecta a estas manifestaciones sociales sino al conjunto de la sociedad global. Por lo mismo, se han visto cuestionados una serie de supuestos y diferencias que hasta ahora habían sido tranquilizadores<sup>180</sup>. Ahora bien, pese a estar de acuerdo de que ningún 'sujeto moderno' (nadie hoy día, ni el más *porteño* de los porteños) está exento de esta *crisis identitaria*, creemos, sin embargo, que los sujetos populares que hicieron su vida en torno a la bohemia generada en La Cuadra, cuentan con un capital sociocultural que les ha permitido *aferrarse* a una identidad más estable y permanente con la cual han podido sortear de mejor forma dificultades e inconvenientes propios de su condición marginal. Por lo tanto, en este caso puntual, resultaría un proceso menos complicado definir quiénes son. Se puede hablar de la identidad del sujeto popular porteño sin temor a caer en graves contradicciones y sin vernos en un tiempo más obligados a tener que redefinir sus rasgos por otros. No así con quienes no tuvimos la oportunidad de desarrollar nuestras vidas de ese modo bohemio y popular. Estamos hablando de una generación posterior, más reciente: la *posmoderna*, la *posgolpe*; la de los nacidos en dictadura. Quienes, además de no ser bohemios y de no habernos formado en *lugares*, hemos sufrido los efectos de esta arrolladora globalización o mundialización transnacional, donde “se desvanecen las identidades concebidas como expresión de un ser colectivo, una idiosincrasia y una comunidad imaginadas, de una vez para siempre, a partir de

---

locales más recientes, por distintas razones, están ligados al ámbito académico-universitario de la región.

<sup>180</sup> *Las culturas populares...*, 75.

la tierra y la sangre”<sup>181</sup>. La presencia de un acervo identitario de carácter unívoco, inestable y ligado fuertemente al territorio —que es aquel que en cierto modo exterioriza este sujeto popular que construye su vida en torno al ambiente bohemio de La Cuadra—, se cruza ahora con el fenómeno adverso: una identidad que no está dada de antemano, *a priori*; el ser alguien se construye, es un discurso móvil en constante elaboración, heterogéneo y desterritorializado<sup>182</sup>. El portuario, en este sentido, buscará su propia identidad como portuario, pero también como padre, como vecino, como wanderino, como bohemio, como apolítico..., como parte de un grupo de amigos que se reúne cada fin de semana a comer y a beber, etc. Intenta adoptar así, con todas las dificultades que ello pueda implicar, uno o más rasgos identitarios...

La imagen heredada de lo chileno [señala el último PNUD] se ha vuelto difusa y poco creíble para la mayoría de las personas. Junto con ello se ha debilitado el sentido de pertenencia a Chile. La sociedad chilena no parece disponer hoy de una imagen de sí misma que le permita ser sujeto. A ello contribuye una imagen conflictiva de su pasado y un diseño débil de su futuro. [...] La vida personal en Chile está caracterizada por el despliegue de la individualización. Cada vez más las personas deben definir por sí mismas sus objetivos, valores y proyectos. Este proceso no ha sido acompañado por un desarrollo similar de los

---

<sup>181</sup> *Poscolonialidad...*, 18. (Citado de Néstor García Canclini. *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México. Grijaldo, 1995, p. 47).

<sup>182</sup> Características que agrupan las también llamadas identidades nómades, fragmentadas, híbridas o bien locales o microidentidades. A propósito del déficit identitario que señala B. Subercaseaux y que estos modos culturales jugarían, según él, un rol relevante en nuestra sociedad mitigando ese “creciente menoscabo de la identidad nacional”, estas nuevas identidades (cuyos nombres son atribuibles a García Canclini) son “voces evidentes en la juventud visible del país, en las barras bravas, en los grupos de raperos o de rock contestario. Sobre la base de este tipo de fenómenos y a la presencia de identidades nómades o locales, se afirma —según el estudioso— que la nación viene experimentando un deterioro como contenedora de lo social, y que viene siendo reemplazada, en esta función, por equipos deportivos, corrientes musicales o modas” [agreguemos también tendencias sexuales]. *Chile o una loca...*, 66.

recursos sociales necesarios para llevarlo a buen término, lo que produce agobio y retracción social en las personas<sup>183</sup>.

La identidad, entonces, como otras de las tantas cuestiones que atañen a los sujetos actuales, tiene que ver más con un proyecto personal que con planificaciones de mayor envergadura social. Como una posible respuesta a esto se nos ocurre —de pasada— la reagrupación, y sobre todo, la memoria como criterio de verdad y no de ideología. A través del diálogo, del abrirse a los otros en un espacio de reconocimiento estaríamos construyendo un espacio —lugares— de sociabilidad que abra nuevas formas de entender los procesos sociales. Mucho se dice hoy día que hay un aislamiento del sujeto. Cosa que es y no es a la vez. Es cierto que habría una individualización como producto que genera el modelo neoliberal por sí mismo, también es cierto que se ha roto el *ser social* y que este lo ha negado dejando solo al individuo, frente al mercado, frente al capital, frente al trabajo. Pero eso es una cuestión mayor que en algunos casos puntuales no resulta tan cierto<sup>184</sup>.

---

<sup>183</sup> PNUD. Desarrollo Humano en Chile: *Nosotros los chilenos: un desafío cultural*. Santiago de Chile. 2002, p. 18.

<sup>184</sup> Por ejemplo, el hecho de que hoy Valparaíso esté siendo testigo de una serie de nuevas iniciativas que escapan a las políticas impulsadas por los gobiernos centrales y locales. En los últimos meses se han desarrollado innumerables eventos —desde las más variadas actividades dentro del arte y la cultura— cuyo común denominador es una mirada crítica y discordante con respecto a la manera cómo se han llevado a cabo los proyectos ciudadanos en torno a la reciente nominación patrimonial. Jornadas, escuelas populares, foros, encuentros ciudadanos, carnavales, muestras, charlas y reflexiones, todas autónomas, ponen en el centro de la discusión temas relevantes para la comunidad porteña. Se habla y se discute sobre la identidad, la participación, lo tradicional-popular, lo indígena, la mujer, el niño, el trabajador, el estudiante y sus derechos, la globalización, la ecología y el medio ambiente, la autogestión, los presos políticos y en general las víctimas de las distintas dictaduras. Ocupando medios y espacios estratégicos (la Ex-Cárcel, el Centro Cultural Playa Ancha, el TAC, el Centro Cultural Los Lecheros y otros más silenciosos que llevan años en el trabajo social-comunitario), un grupo no calculado de jóvenes porteños ha sido y está siendo capaz de revertir, en algunos casos con más pasión que recursos, el discurso con que el sistema intenta

El porteño de antaño, en cambio, no sólo se formaba en ese —su— sector sino además adquiriría los rasgos de éste, se sentía profundamente identificado con el lugar como una suerte de pertenencia y afiliación. Fenómeno que se puede apreciar cuando nuestros entrevistados hacen mención a la relación que se daba con el Almendral (otro lugar donde también creemos que se generó —con algunos matices, por cierto— un tipo de cultura popular como la del Barrio Puerto —más ligada sí a la comida, al baile y a la música en general que a prostíbulos y ofertas sexuales como La Cuadra—)<sup>185</sup>. La fama expresa entre los famosos Barrio Puerto y el Almendral llevó muchas veces a rivalidades que incluso todavía —si bien ya no como antes— algunos sujetos mantienen. El Terremoto, relata así cómo era antiguamente la situación:

...aunque pelié harto defendiendo a la gente de La Cuadra, y como yo me crié en La Cuadra, de repente llegaban hueones de afuera, de otras partes y le pegaban a las mujeres y ahí teníamos que salir nosotros, ahí nos *sacábamos cresta y media*<sup>186</sup>. Peleábamos con los gringos, con los americanos, con los del Almendral. Ahí, en esos años, estaba el Pericote que era un guardia de prostíbulo; estaba El chico Matías, fina'ó, después lo mataron; estaba el Milcolores que era lancero; la Manchona, que era lancero; to'o' defendíamos La Cuadra, a muerte. Nos saca'ámos la cresta; íbamos a todas. Jamás dije que

---

absorberlos. Es interesante porque aquí confluyen dos elementos. El primero es que este fenómeno social, de alguna manera, desmiente lo que señala el último PNUD, principalmente en cuanto a la individualización de los sujetos, al agobio y retracción social y al diseño débil de su futuro. Sabemos que no es toda la población porteña y que el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo se refiere al país en su conjunto, pero también reparamos en que estos juicios para el caso de Valparaíso requieren de una mayor precisión. Y lo segundo, que estas manifestaciones sociales —con un fuerte compromiso humano— demuestran que sí, que efectivamente esta ciudad posee un inextinguible capital sociocultural flotante que, como vemos, una vez más logra reciclarse para seguir operando, moviéndose.

<sup>185</sup> Famosos eran, entre otros, el Nunca se Supo —legendario bar donde se bailaba y cantaba cueca en vivo—, el Hollywood, el Manila, el Café Checo... (Ver, al respecto, Preliminar, p. 17, cita 6).

<sup>186</sup> *Sacarse la creta*, quiere decir pelear, golpearse con puños y patadas. Viene sin duda de las peleas de gallos. Y *sacarse creta y media* sería pues golpearse más de lo normal.



no. [...] También éramos leales. Pero depende del lugar en que uno se ubicara. Por ejemplo, el Puerto no tenía na' qué hacer con el Almendral; había rivalidades. Cuando íbamos para allá siempre teníamos que ir aventajados con alguien de allá para que no tuviéramos problemas. En la época que se tenía que pelear palmo a palmo el honor, porque antiguamente había mucho. Pero claro, cómo no me voy a sentir parte del Puerto. Nací'o y cria'o aquí. Nací en un barrio bravo que era Manterola. Estudié entre prostitutas, ladrones, asesinos y infinidad de gente y siempre me veo con ellos y siempre me saludan. Y siempre he si'o igual poh, nosotros no hemos perdió la línea, ¿me entendí?

Pero hoy día vemos cómo hasta estas identidades más estables y ligadas a un territorio específico del Puerto se desvanecen y se erosionan dentro de este proceso global moderno. Y es aquí donde de cara a este fenómeno *posmoderno* de des-identificación García Canclini propone construir una nueva ciudadanía. “Trátese ahora de una ciudadanía *plus*, que ya no se reduce a las pobrezas de la 'ideología' o la 'política' sino que las supera *culturalmente* echando mano del *consumo*, es decir, 'de lo que uno posee o es capaz de apropiarse. Una nación, por ejemplo, se define poco a esta altura por los límites territoriales o por su historia política. Más bien sobrevive como una *comunidad interpretativa de consumidores*”<sup>187</sup>. En otras palabras, si las identidades ahora son construidas a través del consumo —como espacio simbólico cultural propio del capitalismo—, desde esta práctica habría pues una *posible* salida a la crisis identitaria que afecta a los sujetos modernos. García Canclini sostiene que como se acabaron las *revoluciones* estamos ahora en la etapa de las *negociaciones*, como vía para solucionar los problemas sociales; lo cual quiere decir que, en el caso de los sujetos populares, ¿la actitud que deberían adoptar sería la de transformarse en nuevos consumidores, a fin de *negociar* desde allí sus desiguales condiciones socioculturales...? Valoramos las buenas intenciones del

---

<sup>187</sup> *Poscolonialidad...*, 19. Para García Canclini, este replanteamiento por lo cultural-ciudadano estaría centrado básicamente en las nuevas formas de consumir, *aprender a ser nuevos consumidores*. Para él, la pregunta de fondo es ¿cómo hacer integración social en este contexto? Y responde: a través de comunidades de consumidores. Ya que no podemos escapar a esa realidad que nos impone el capitalismo, tenemos que aprender a ser consumidores reflexivos y no consumidores cooptados, *consumistas*. Apuntes de Clase del Curso de Grínor Rojo. “Estudios Culturales Latinoamericanos: Jesús Martín- Barbero, José Joaquín Brunner, Néstor García Canclini y Beatriz Sarlo”. Magíster de Estudios Latinoamericanos. Universidad de Chile. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2002. El subrayado es nuestro.

estudioso argentino-mexicano pero creemos que el problema debe ser visto en un contexto mucho más específico, tanto por la realidad socioeconómica que se ha dado en esta ciudad como por las características particulares de las cuales es dueña la cultura popular porteña. Entre las cuales está, sin duda, el lugar donde se desenvuelve.

Entonces, como en las entrañas de esta ciudad se desarrolló una cultura popular dueña de un capital social y cultural inapreciable e incapaz de extinguirse —y que en su apasionado devenir fue dejando *esquirlas* que fueron siendo resignificadas por otras nuevas generaciones y que quedaron ahí, se ven, se sienten, se huelen—, creemos, en efecto, por eso mismo, que el problema identitario es menos preocupante aquí que en otras ciudades. Y esto porque este fenómeno popular ha sido capaz de transmitir y de proyectar modos culturales —si bien no a todos por igual— a grupos considerables de nuestra población. Ha salido de toda esa experiencia vital un capital sociocultural que se ha transmitido y no estancado. En su intento por trascender o por el *reventón* que ella misma generó, la cultura popular porteña, se ha mudado, ha subido (o vuelto quizá, como los salmones) a los cerros, a su *génesis* para seguir desde allí resignificándose, enclavada en un pequeño bar con historia, a la penumbra de una botillería de barrio o en el ambiente que mantiene vivos aún a los clubes deportivos, a los centros de madres, a los talleres comunitarios. Como sea, aún está allí. Como esas escuelitas pobres de la periferia donde todavía se mantiene un sistema de educación tradicional<sup>188</sup>. Por lo mismo, toda vez que alguien intenta definir al Puerto y a su habitante, los rasgos que usa para delimitarlo provienen justamente del mundo popular. La Cuadra, en este sentido, es quien provee ese imaginario colectivo, mítico, histórico, religioso, poético y popular que ha traspasado las fronteras del Barrio Puerto y que sirve para definir al conjunto de la sociedad porteña. Valparaíso se ha empapado de esta realidad porque ha sabido incorporar al contexto

---

<sup>188</sup> Y no solamente el sistema, las cosas: el plumón deleble todavía no ha reemplazo a la tiza blanca ni al puntero ni al borrador-almohadón; los niños aún visten de azul y gris; la leche así como el almuerzo se sigue dando en esos mil veces lavados jarros y bandejas plásticas; el aula, lugar común del aprendizaje, todavía mantiene su piso de madera *cuidadosamente* aseado con petróleo, la campana de bronce, sus profesoras y profesores normalistas, su número y patio de tierra. Esa escuela que en su currículum nunca fue ni será popular, mantiene los rasgos de un colegio que ya no existe.

específico de cada cerro y sector aquel universo popular que tiene sus raíces en La Cuadra y alrededores del Sector Puerto. La ciudad de Valparaíso tiene pues su vida asentada en este lugar, lo demás parece ser secundario<sup>189</sup>. Desde ahí, desde este barrio, se puede explicar la ciudad e incluso una parte de nuestro país. Cuestión esta que gente de otras ciudades ha descubierto y sabido aprovechar muy bien, como el santiaguino, por ejemplo. Este sujeto (el capitalino que viene con frecuencia al Puerto) lo hace porque ha descubierto aquí ese *vaho* único que alguna vez Santiago también tuvo pero que, por ser lo que es, lo ha perdido. Sin ser Valparaíso —a diferencia de otras localidades latinoamericanas— una ciudad multicultural, por lo que contiene, mitiga, suple la carencia o falta de nuestro 'espesor identitario'<sup>190</sup>,

---

<sup>189</sup> Algo similar descubre en Santiago, en los 40, Benjamín Subercaseaux donde, a diferencia de Valparaíso, cinco son los barrios que dotan de sentido identitario y psicológico al capitalino, todos numerosos y populares (San Diego, Estación, San Pablo, Mapocho y Recoleta). “En las grandes concentraciones vemos aparecer masas de pueblo cuya presencia ignorábamos, y hasta las caras nos parecen extrañas: algo extranjero, no visto con anterioridad, [...] Esta vida local del barrio explica muchas cosas que no comprendemos a primera vista: la falta de vida en común de gran ciudad, por ejemplo; su aspecto triste y abandonado durante la noche; por fin, la falta de amor y diversión colectivos. La verdad es que en Santiago, todo esto ocurre 'puertas adentro'. Cada barrio es un pozo de promiscuidades e historias de toda índole que no afloran a la vida urbana. Cuando vemos aparecer en 'el Centro' algún ejemplar de la barriada, nos desconcierta su aspecto inocente y provinciano, incompatible, al parecer, con la *sólida experiencia que demuestra en el vivir*. En realidad, él es producto de una historia ya vieja que en nuestra ingenuidad, creíamos haberla vivido solamente en nuestros ambientes centrales”. Benjamín Subercaseaux. *Chile o una loca geografía*. Santiago de Chile. Ercilla, 1948, pp. 163-165. Los subrayados son suyos, los énfasis nuestros.

<sup>190</sup> Esto dice relación con lo que señala Bernardo Subercaseaux en cuanto a que en Chile, en comparación a otros países del continente, habría un “déficit de espesor cultural de carácter étnico y demográfico”, que no niega su riqueza cultural; lo que sucede es que ha sido interferida por las políticas de la elite impidiéndole su libre circulación y evitando a la vez su mezcla y diversidad. Lo que conlleva finalmente a su debilitamiento, e incluso, a su extinción. *Estudios...*, 149-163. (“Caminos interferidos...”) y *Chile o una loca...*, 57-63. Nosotros no estamos del todo de acuerdo con esto. En nuestro caso, al menos en esta realidad específica,

*usufructuando* de aquello que ha permanecido como elemento nuclear propio del modo de vida popular porteño. Lo relevante aquí es haber detectado la presencia de este capital sociocultural para luego rescatarlo, hacerlo público, y por último, difundirlo como un patrimonio válido y necesario. Pero esto último lamentablemente no se hace. A propósito, al preguntarle a un joven músico sobre este asunto nos revela que sí, que efectivamente se siente depositario de esas *esquirlas*, y que eso mismo le ha ayudado a hacer mejor lo que hace (cantar). Es como un poder, una herramienta clave que le ha facilitado y abierto el camino no sólo a la música sino también hacia su propia vida:

...sin saberlo, creo que he heredado algo, inconcientemente, en los mismos bares donde he *vacilado* y transitado está esa cultura que siempre está ahí, ¿cachai?, está en el aire. Entonces tu llegai y te incorporai a esa cultura, que igual ha evolucionado. Está en la comunicación con las personas, [...]. Los cabro' ahora no saben aprovechar lo que tienen, nosotros teníamos menos, pero supimos aprovechar esa onda que había, esa cultura popular flotante. [...] Ahora, el *carrete* es más..., es como un *carrete*... no sé; no lo podría explicar. Es un *carrete* raro. Los gueone's son medios tontos. No son de la cultura del *carrete*. Nosotros tenemos algo que otros no tienen: una identidad. Absorbimos en el ambiente algo que otra gente no absorbe, absorbimos cultura, aprendizaje..., estos locos de ahora, no sé, son medios vacíos los gueone'<sup>191</sup>.

*Cuático*, al igual que muchos otros, ha recogido ese capital social y cultural emanado del fenómeno popular porteño. No obstante, retomaremos este tema más adelante —cuando veamos que por su naturaleza intangible, el Proyecto Patrimonio no lo valora realmente— porque diremos un par de cosas más respecto a la dicotomía lugar/no-lugar.

Siguiendo el mismo razonamiento que emplea Augè para definir lugar, podemos incluso afirmar que no sólo el bar corresponde a un lugar, la misma Cuadra también lo sería, en la medida que representa el espacio que da sentido de identidad a quienes acuden allí a festejar y

---

creemos que no habría dicho 'déficit' y si lo hay es menor; y esto porque —ya se dijo— hubo un capital cultural socialmente circulante que no permaneció quieto, estancado; la vida y tradición cultural del Barrio Puerto ha posibilitado su enriquecimiento y diversidad.

<sup>191</sup> Danilo Veas, *Cuático*, 31 años, nacido en Santiago, desde muy joven vive en Valparaíso. Ha participado como vocalista en algunas bandas roqueras del Puerto, como Nuestra Señora Violencia, con quien grabó *Valparanoia*, Riña Discos, cerro Barón, 2003.

a compartir. Lo anterior equivale a decir que dentro del mismo plan de Valparaíso habría entonces lugares como no-lugares antropológicos de los que habla Augè. Los primeros estarían representados por los bares y alrededores de La Cuadra y el Barrio Puerto; los segundos, en cambio, por gran parte del plan de la ciudad, sobre todo el centro comercial, la avenida Pedro Montt, la plaza Victoria, el sector bancario, y los sitios en las citas precedentes señalados. Esto significa que en este delimitado territorio porteño cohabitan dos tipos de espacios que se encuentran y se desencuentran. Son áreas que, así como sucede con la cultura oficial y la popular, están en constante tensión y en una situación de permanente *conflicto* y *negociación*. Cuestión que ratifica una vez más la entrañable relación que existe entre lugar y sujeto, entre territorio y cultura. Donde los lugares estarían siendo amenazados por los no-lugares. Allí donde “las calles esconden mucho dolor, indiferencia, seres ordenados que se exponen en masa a lo público; experiencia limitada por el mercado y el poder”<sup>192</sup>. *Aquí* está presente la imagen de una ciudad que a través del trabajo y del comercio se ha incorporado al mundo moderno: crece, se mueve, prospera; *allí* en cambio pareciera que el tiempo se ha detenido, se resiste a avanzar para no perder lo que alguna vez tuvo. Mientras el centro bulle al son de la estrepitosa vida moderna, el Barrio Puerto —y para qué decir La Cuadra— se extingue en una oscuridad y soledad irreversibles. Al revés de cómo era antes, cuando *las noches las hacíamos días y los días noches...*

Lo que yo má' echo de menos, por supuesto, la bohemia, la vida nocturna. Me explico. Para mí el día no tenía mucho significado. Yo en ese tiempo era como un vampiro. Veía las noches, veía las luces titilar y como que mi espíritu se incentivaba, qué sé yo. Y andaba más suelto, más completo, qué sé yo. Por qué, porque viví mucho esa vida. Usted cuando se acostumbra a vivir una vida, como que partes de otra vida usted no le da mucho valor. Y eso pasó conmigo. Yo viví la vida bohemia como artista, como bailarín. Esto es importante porque queda como testimonio para los jóvenes de ahora y de los que puedan venir. Que sepan que un día el Puerto fue grandioso, fue lleno de luces, de vida. Si yo hiciera un diario de vida mío, no podría dejar de lado el Puerto. Porque el Puerto fue lo que marcó mi vida, la marcó. Y donde tengo el orgullo y el honor de haber vivido toda esa onda y esa grandeza que hoy no existe, que es como un cementerio. Donde estaba el gran American Bar, su casa, donde llegaban las mejores orquestas, los mejores cantantes y el Jako. Ahora todo eso está

---

<sup>192</sup> Esta es la imagen que de alguna manera describe a la ciudad moderna, como un lugar del desarraigo, la nostalgia, lo marginal; “donde habitan seres gastados por la modernidad”. Pedro Lemebel. *12 crónicas urbanas*. Santiago de Chile. El mundo al instinto, 2001, p. 9.

demolido. Está abandonado. Entonces esto queda para la posteridad, que el Puerto fue quizá tan grande o más grande de lo que existe en la avenida Ecuador de noche. Yo creo que el Puerto fue mucho más grande. Mucho más grande. Porque la avenida Ecuador no tiene lo que tuvo el Puerto, tuvo alegrías y vivencias. Pasaron por el Puerto muchos seres de distintas lenguas, de distintas nacionalidades. Ocurrieron muchos casos<sup>193</sup>.

En este sentido, si el *sector moderno* representa la ciudad del *desarraigo* y del *dolor* (esta parte de Valparaíso —como Santiago— bien puede servir como ejemplo para recrear la imagen de la ciudad *estoica*<sup>194</sup>); el sector popular representa, por el contrario, el mundo de la

---

<sup>193</sup> Manuel Gutiérrez, *Romanini*, El Canario o Canarito, 69 años, vive en cerro La Merced, Valparaíso. Consagrado en el ambiente bohemio como cantante del género italiano, oficio que compatibiliza con el de garzón.

<sup>194</sup> Según Beatriz Pastor el discurso colonial sobre Chile es una sugerente mezcla sobre el discurso de la *hazaña* y la del *fracaso*. La presencia constante de una naturaleza inhóspita, el estigma de ser una tierra infamada, la existencia de un adversario natural *jamás rendido*, las distancias, las comunicaciones, las incesantes lluvias, etc., etc., arman una visión de Santiago —y del Chile precolonial— como aquel territorio donde había que mezclar el 'trabajo de la guerra' con el de 'las manos' para poder sobrevivir. En otras palabras, no bastó sólo con conquistar sino que también hubo que trabajar la tierra, construir casas, utensilios. (Beatriz Pastor. *Discurso narrativo de la conquista de América*. “Introducción”. La Habana. Casa de las Américas, 1983, p. 18). “¿Para eso viajé tanto —pensó—, para encontrarme desnudo como al principio? Y sintió como una burla el canto de los pájaros, la tierra que hay que trabajar, la lluvia que cae cuando quiere. A la orilla del río Aconcagua, Diego de Almagro recordó con nostalgia fatal el oro que había dejado en el Cuzco y la ciudad de piedra haciendo equilibrio entre la bruma y la selva. Y tuvo miedo de que este Chile no fuese un territorio sino el fin de su sueño de borracho”. (*Los platos rotos...*, 20). Del mismo modo, el centro de Valparaíso —y en general las principales ciudades de este país— puede ser visto como un lugar que para haber sido ocupado primero debió ser planificado (es decidora la imagen aquella en donde aparece Valdivia revisando los planos de Santiago, trazando las arterias principales al lado del Mapocho, donde funda la ciudad), luego construido y después, al último, habitado. Contrario a lo que se dijo de Valparaíso, construido más bien en forma espontánea y sin previo aviso. De ahí su desorden arquitectónico, la estrechez de sus calles...

jarana, del desenfreno y del amor correspondido. Es el espacio donde se lleva a cabo la fiesta improvisada, sin más preparativos que las ganas de transgredir la vida rutinaria...

...nos dormimos y nos despertamos con música, nos asomamos a la ventana y estaba lleno de puros letreros iluminados [recuerda Selvia Guerrero] Pa' mi fue alucinante... ¡Huy, qué es esto! 'taba lleno e' luces de colores. Todo eso era lleno de edificio'. El segundo piso era un prostíbulo y en el tercer piso era casa particular. Todo por una misma escala. Eso era por Bustamante, por Cochrane, tú veías la plaza Echaurren, el mercado, todo lleno de gente. Lleno de mujeres paseándose, lleno de gringos, montones, de todas las nacionalidades, porque en esos años entraba un barco y salía otro. Se iba uno, llegaban dos...; así se cambiaban. Conocí mucha gente. Conocí a un chino que llegó acá y se enamoró, era viejo, había vivido las de *Kiko y Kako*<sup>195</sup>, la más plena onda bohemia. Desde el Rolan Bar, El Jako, tú entrabai pero arriba había un bar, bajabas una escala, otro bar, subías para arriba, otro bar, y arriba había un tercer piso lleno de puros cuartos, que eran piezas que se arrendaban, prostitución... Todos eran negocios, era un entrar y salir. Una cosa así era La Cuadra. Había muchos aduaneros, marinos mercantes, ladrones, traficantes; de todo, de todo. Estaban las mujeres más lindas y también la típica mujer chilena rústica así, buena pa'l copete. Tomaban hasta quedar tirá'. A los locales abiertos entraban y salían mujeres, llenas las ventanas de chiquillas. Y los gringos pa' allá, pa' acá, todo el día, toda la noche. A veces cerrábamos a las cinco de la mañana y a las siete de la mañana ya teníamos que tener abierto porque estaba llegando, estaba atracando el otro barco que ese negocio esperaba. Porque los americanos eran de ese negocio. Así como podían ser tres, cuatro, cinco días de plena alegría, porque 'taba lleno de gringo', mi madrina se paseaba con un cigarrillo con una pipeta, sus manos llenas de anillos, llena de pulseras, sus dientes de oro, miraba, y lleno de mujeres y de gringo'... mucha gente conocimos... Antes era fabuloso...

Sin embargo, las diferenciaciones que podamos hacer respecto al Sector Puerto frente a otros lugares como Santiago, por ejemplo, no son casuales; responden a una serie de factores geográficos, históricos y culturales. Al principio de este libro veíamos cómo Portales en 1830 ya se refería con cierto desdén a la clase santiaguina, viendo en ella un tipo de sociedad anquilosada, que seguía viviendo en el recuerdo de un pretérito colonial demasiado latoso y soñoliento. Después Treutler, también comenta las diferencias que distinguen a ambas ciudades, sobre todo en lo que respecta a las conductas y hábitos de orden religioso y cultural.

---

<sup>195</sup> *Las de Kiko y Kako*, expresión popular que designa una vida entera, plena, gozosa, llena de travesías y vicisitudes.

La religión nacional es la católica y romana, y mientras en Santiago, la capital, reina mucha ignorancia y fanatismo, se manifiesta claramente en Valparaíso la influencia de tantos elementos extranjeros y de la civilización moderna, y ya se disponía de una iglesia protestante y de un cementerio de esta confesión. En todo sentido, los habitantes de Valparaíso eran ilustrados y de tendencias liberales<sup>196</sup>.

La anticlericalidad manifiesta desde muy temprano, el tipo de educación que se comenzó a implementar, su condición de puerta y ventana al mundo y otros tantos rasgos que hemos señalado de Valparaíso, contrastan con la imagen de Santiago. Ciudad sitiada por los muros cordilleros, el régimen colonial que se seguía respirando en sus silenciosas calles y avenidas, el tipo de educación, formas y conductas que estaban a cargo de quienes frecuentaban clubes como los de la Unión, de Señoras, Ligas de Damas y salones o salonières, etc., etc., no podían sino distanciar a una ciudad de la otra. “Santiago y Valparaíso tienen —nos dice Benjamín Subercaseaux— una unidad geográfica y una dualidad psicológica”<sup>197</sup>. Mientras que en Valparaíso se estaba llevando a cabo toda una transformación mercantil e industrial, por donde —a pesar de los intentos oficiales— se *colaba* un tipo de vida popular que atentaba contra *la moral y las buenas costumbres* y que era imposible erradicar; en Santiago, Benjamín Vicuña Mackenna, su intendente (1872-1875) —y quien fuera el mayor artífice de su transformación—, entre sus planes de modernización, lograba —con algún éxito relativo— reprimir la prostitución y la mendicidad, destruir los arrabales, los cuales consideraba como “amenazantes focos de epidemias y agitaciones sociales”<sup>198</sup>. Se suma a estas disposiciones en extremo restrictivas y antipopulares de Vicuña Mackenna, el rol tutelar

---

<sup>196</sup> *Andanzas de un...*, 44. “Valparaíso es el contrapunto de Santiago, representa la economía nacional en expansión, el progreso basado en el comercio, el bienestar y el desarrollo cultural; la apertura y la tolerancia frente a los extranjeros y sus ideas diferentes. La cultura cosmopolita del puerto se opone a las tradiciones de la sociedad de Santiago, sobre todo en materia religiosa”. Luis Mizón. *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena*. Santiago de Chile. Universitaria, 2001, pp. 40-41.

<sup>197</sup> “... termino por creer que estas dos ciudades distaban millas y millas de comprensión mutua”. *Chile o una loca geografía...*, 181.

<sup>198</sup> *La belle époque...*, 43-44.



de la Iglesia católica, sobre todo en los últimos decenios del XIX, con la labor del no menos conservador y papista arzobispo Mariano Casanova.

En la capital, todos los hombres usaban altos, muy altos bonetes; las mujeres amplias sayas y se tapaban el rostro para ir a la iglesia. [...] Era curioso. Santiago, metido en el aire cristalino de la montaña con un carácter propio determinado por el aislamiento. De una mirada, Rugendas, debió sentir 'el aire nacional' a través de sus calles cerradas con muros de adobes, de sus tipos callejeros, de los usos ciudadanos, y su larga siesta. Había llegado a una especie de villa criolla cuya existencia se desarrollaba organizada, casi familiarmente, bajo la tutela de las autoridades. [...] Los días lunes, el gobierno ordenaba cerrar el comercio después de almuerzo, para que todos los santiaguinos pudiesen asistir como espectadores a los ejercicios militares de la Academia en la Alameda de las Delicias. [...] Al anochecer, oyendo el toque de queda que daban las campanas de los conventos, los habitantes se persignaban gravemente, donde estuviesen en ese momento, así fuese en medio de la calle, y empezaban a recogerse a sus hogares. [...] Reinaba, en general, el orden de una familia numerosa, la disciplina convencional de un gran patriarcado o matriarcado<sup>199</sup>.

Pero los años no cambiaron tanto las cosas. Aunque la capital ya no presenta ese panorama reservado de antaño que presencié y dibujó Rugendas, en el fondo sigue siendo todavía la ciudad distinta y distante sobre todo del Barrio Puerto y de lo que llegó a ser La Cuadra. Será por su condición de capital del país, su clima, su crecimiento desorbitado, su marcada desigualdad socioeconómica, el smog, la delincuencia, sus factores histórico-sociales... o por todo eso a la vez; no lo sabemos. Sabemos sí que Santiago no es una ciudad que atraiga, menos al porteño, quien siempre rehuye no sólo visitarla sino también, en cierto modo, el contacto con su habitante. Hay razones que no vamos a detallar acá pero que pueden dar buena cuenta de esa separación que va más allá de las distancias geográficas<sup>200</sup>.

---

<sup>199</sup> *Rugendas, pintor...*, 50-54.

<sup>200</sup> Además de lo que hemos podido percibir personalmente, porque efectivamente el porteño —y no sólo éste, en el sureño esto es todavía más marcado—, tiene una visión muy poco grata respecto del santiaguino, al menos del santiaguino *popular*. Debe ser por su lenguaje, por el modo atrevido y desenvuelto con que se mueve en estas ciudades pero también porque operan aquí una serie de prejuicios (cuyos principales promotores son los Medios de Comunicación), en cuanto a la delincuencia y a la *choreza* que supuestamente todo capitalino

En todos los sentidos, Santiago, ha dejado de ser una ciudad pueblerina, como lo era todavía hasta 1973. Entonces aparecía como una urbe políticamente bullente pero sin sofisticación, sin complejidad en su trama urbana. Era una extensa aldea, con una extraña mezcla de intensidad y bucolismo. [...] Una ciudad todavía 'tranquila' y también segura, donde era posible desplazarse sin peligro. [...] Hoy día Santiago es una ciudad violenta, desordenada, descontrolada. Apaciguado el terrorismo de Estado, la violencia se ha desplazado hacia el ámbito de la vida urbana. Allí se expresa en diversas formas: sutiles, brutales, estridentes. [...], es una ciudad hostil, insegura, estresante. [...] Este desorden y esta irracionalidad del desarrollo urbano, que acentúa la decadencia de la calidad de vida más allá del nivel normal de las megalópolis, es la combinación de ciertas pautas culturales atávicas en relación con la vivienda y de la falta de planificación del crecimiento urbano. [...] El sueño chileno de la casa con jardín y si es posible con patio, refleja un tradicional ethos individualista-hedonista, una obsesión por no compartir espacios comunes, una idea pequeño burguesa... [...] Las ciudades bucólicas del Chile tradicional, pueblerinas, cómodas, silenciosas, al borde de una naturaleza impoluta, ya casi no existen. Santiago es una espaciosa de Babel, donde la confusión de los significados es el más inofensivo de los desórdenes. Se trata de una ciudad engullidora, desequilibrada, fuente nutricia del

---

tendría. En muchos casos no es más que esa mirada recelosa, desconfiada y en algunos casos perjudicial típica del hombre y la mujer provincianos. Recuerdo una polémica que se creó hace un par de veranos atrás en las playas de Cartagena cuando los vecinos y la alcaldía con ellos, reclamaron e hicieron pública una denuncia contra los santiaguinos que en hordas de salvajes llegaban a *trastornar* la tranquilidad y las buenas costumbres de un balneario tan decente como lo es Cartagena (recordemos que esta ciudad, provincia de San Antonio, parte de la región de Valparaíso, desde muy temprano sirvió de lugar de descanso para la gente más rica de Santiago, allí construyeron sus mansiones solariegas familias como las de Vicente Huidobro (1893-1948), donde también muere y es sepultado el poeta). Es cierto, la cantidad de familias pobres que se avecinan cada verano a estas costas es numerosa, ruidosa y desordenada. Pero debemos entender este fenómeno también en el contexto mismo de cómo el sujeto popular celebra, se desahoga; apoderándose con su efusión desatada de un espacio abierto al infinito mar Pacífico, de pureza y libertad que sólo estas costas le pueden brindar. Y por otro lado, algunas novelas respaldan también lo que estamos tratando de decir, como *Sabadomingo*, por ejemplo, de Juan Uribe E., donde aparece un pasaje donde dos personajes discuten respecto al “tema de santiaguinos y porteños”. (Ver de la obra citada p. 78).

desquiciamiento psíquico. La ciudad como fauce, una enorme mandíbula que devora a los individuos vulnerables<sup>201</sup>.

Pese a que el Puerto ha crecido bastante en los últimos años y que el proceso modernizador ha sido menos o igual de violento como fue en la capital, no presenta por fortuna un espectáculo tan deshumanizante ni aniquilador como el que nos describe Moulian de Santiago. Los motivos en cierta forma ya los hemos esgrimidos. En consecuencia, podemos usar cualquier Santiago —el de Valdivia, el de Rugendas, el de *La belle époque* o el de *Chile Actual* de Moulian—, da lo mismo; todos nos sirven para contrastarlo con Valparaíso. Por una u otra razón la capital se ha opuesto y diferenciado del Puerto. Cuestión esta que nuestra literatura lo viene denunciando hace bastante tiempo ya. Narradores, poetas, ensayistas, han hecho de esta dualidad —que ya no es sólo campo/ciudad sino Puerto/Santiago, urbe/provincia...,

---

<sup>201</sup> Tomás Moulian. *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile. LOM-ARCIS, 1997, pp. 125-134. Algo parecido nos dice González Vera: “Dentro de las ciudades, la vida es dramática y culminante: florecen las grandes pasiones, se suceden los hechos heroicos y el misticismo, última razón de la vida, puede asilarse en millares de almas. También los campos, los campos en que la naturaleza conserva su iniciativa salvaje, pueden aureolar de dignidad la existencia del hombre: allí el instinto alcanza todo su esplendor y la vida se define a cada instante. Pero en los pueblos, lo que nace con color se descolora. Y no surge ningún impulso, porque existe modelo para todos los actos”. *Alhué. Estampas...*, 18. A propósito de esta *desalmada* visión que se tiene de la ciudad, especialmente de Santiago, no queremos dejar pasar una situación que sin duda grafica mejor esta violencia de la que habla Moulian y que tiene que ver con un hecho reciente que se sigue dando en pleno centro, a un costado de la Catedral, donde se reúnen y *hacen patria* los peruanos, entre otros inmigrantes latinoamericanos. Ahí, consternados, pudimos darnos cuenta del grado de violencia que opera en la capital, cuando vimos que, la Municipalidad presumiblemente, manda a rosear con aceite quemado el muro que sirve como asiento, descanso y lugar de encuentro entre estas y otras muchas personas. A eso bien puede llamársele fascismo, xenofobia, terrorismo. Creemos que eso pasa sólo en Santiago, en Santiago y en Chile. Ver a este respecto, Franklin Miranda R. “Cómo matan a los peruanos en Santiago”, en *The Clinic*. Santiago de Chile. Año 6, N° 141, (11.11.2004), p. 27.

Europa/América Latina...— muchas veces un tópico recurrente que no podemos negar; ha servido, por el contrario, como sustento discursivo para este trabajo.

...algo infinitamente indefinible distancia a Valparaíso de Santiago. Santiago es una ciudad prisionera, cercada por sus muros de nieve. Valparaíso, en cambio, abre sus puertas al infinito mar, a los gritos de las calles, a los ojos de los niños [...] La estrella de Valparaíso nos llamaba con su pulso magnético [...] No sé por qué, entre mis viajes fantasiosos a Valparaíso, uno se me ha quedado grabado [...] Valparaíso es secreto, sinuoso, recodero<sup>202</sup>.

Se trata en todo caso de comparaciones que reafirman el hecho de que el Sector Puerto ofrece un modo alternativo de *vivir la vida*; mientras que Santiago —lugar del trabajo y de la producción, cada vez menos habitable, vivible— pareciera no presentar otra que no sea no

---

<sup>202</sup> Pablo Neruda. *Confieso que he vivido*. Santiago de Chile. Planeta, 2001, pp. 58-60.

vivirla o vivirla mal<sup>203</sup>. Sí, porque el Puerto, por lo que simboliza, refleja la imagen donde habita un sujeto más apegado a la fiesta que al trabajo formal, al derroche y al exceso culinario y vinícola más que a la abstinencia y al ahorro, y sobre todo a un sentido vitalista más que a uno racional y lógico. Representan —el Barrio Puerto y La Cuadra—, la figura dionisiaca, del placer y del disfrute, su símil es el impulso, el instinto y la orgía, en tanto que Santiago o cualquier megalópolis tercermundista, congestionada, violenta, *engullidora*, la morada de Apolo, donde predomina o debería predominar el equilibrio, la elegancia el uso y predominio de la razón y la medida que regulen los instintos y desequilibrios pasionales. De esta imagen dionisiaca emerge un carácter báquico que, sabemos, no es casual. Edmundo Díaz reafirma lo que estamos diciendo:

Aquí donde estaba la farmacia Knop, antes de ir pa'llá, comprábamos una' caluga 'e pequene' pa' llevarle a la' mujere', porque la' mujere' se amanecían

---

<sup>203</sup> Con esto no queremos, en ningún caso, decir que en Santiago no haya existido cultura popular, por cierto la hubo y en forma considerable. Muchos escritores han retratado la vida y costumbres de la ciudad, de sus barrios y de sus comunas. Edwards Bello, por ejemplo, en *El roto* (1920), pese a lo dicho, recrea todo un mundo popular que gira en torno a la antigua Estación Central. Posteriormente una serie de connotados pero, paradójicamente, poco conocidos escritores que retratan el Santiago marginal y delictivo, entre los cuales destacan: Armando Méndez Carrasco (*Juan Firula*, 1948; *El carretón de la viuda*, 1951 y *Cachetón pelota*, 1967); Alfredo Gómez Morel (*El río*, 1962, novela traducida al francés en 1974 y reeditada en 1997); Luis Cornejo (*Barrio bravo*, 1955, cuentos también reeditados en 1999, y *La silla iluminada*, 1986). Otro tanto lo podemos conocer a través de cuequeros como Los chileneros y Hernán Nano Núñez, quienes tienen *toda* una vida en torno a los bares, chinganas y prostíbulos del Santiago barrial. Neruda, por cierto, en sus *confesiones*, también nos relata sus primeros pasos en ese Santiago que asusta y que atrae a la vez, allí donde conoce al grande Rojas Jiménez...; en fin, una ciudad que tuvo y que tiene aún mucha vida y cultura popular. Un ejemplo claro lo representan *lugares* como El Hoyo, ubicado cerca de la Estación Central, Las Tejas, en San Diego, para qué decir La Piojera, en Mapocho, por nombrar sólo algunos, los más céntricos. Sin embargo, en este estudio se trata, por un lado, del uso de ciertas *metáforas intencionales* que ayuden a resaltar el valor popular del Puerto; y por otro, reconocer lo innegable: Santiago *no* es Valparaíso...

y tenían hambre; y pasaba un amigo con un farol vendiendo tortillas y sándwiches y huevos coci'o',[...] El *pequén*<sup>204</sup> e' una masa que viene con harina y to'o, y viene con carne molía y con unos hue'itos y to'o. Y se hace como un posillo así, re'ondo, lo echaban, en esa época que le estoy hablando, ahí en la esquina de la farmacia Knop, en una lata grande, con rescoldo, con carbón de espino. Y salía el pequén y las caluga calentita'. ¡Y la gente cómo se ponía ahí! Ahora eso no se conoce, eso pasó a la historia. Igual que el *mote mei*<sup>205</sup>. Ahora no hay nada, nada, nada... se acabó todo.

Con lo que estamo' ahora viviendo, esos año' no llegan nunca ma', nunca, ma'... También en eso' año' estaba el guatón de los picarones, muy nombra'o. *Picarone*<sup>201</sup> lloviendo y to'o, sopaipilla', sopaipilla' pasá y picarone'. Ahora no hay ni una cosa en el invierno. Y vendían taza' de café y to'o era barato. Con harta miel, chancaca y to'o. Era muy bonita esa época, ahora no hay nada, nada, nada... El otro eran lo' Tolosa, era muy amigo mío. Le gustaba mucho el *tandeo*<sup>202</sup>. Ese era del cerro Barón, —'¡Son especiales y güena, ¿quién va 'comer, quién no va 'comer?!', decía. '¡¿Van a comer o no van a comer?!', decía. Le gustaba mucho el vinito tinto, igual que el que habla, pero modera'o. Vendía *tortilla*<sup>203</sup> hasta la una, do' de la mañana. En eso' año' había carboná', *ajiaco*<sup>204</sup>, pero to'o barato poh. En esos años habían *aloja e' culén*<sup>205</sup> y

---

<sup>204</sup> *Pequén*, del mapudungun 'pequeñ', en Chile es un ave rapaz pero también se le llama, como dice Edmundo, a una especie de tortilla, parecido a la empanada, muy consumido antiguamente en mercados y ferias públicas y populares de nuestro país ('*quiero bailar cueca, quiero tomar chica, quiero ir al mercado y comprarme un pequén*'..., -"Violeta ausente"-, cantaba Violeta Parra mientras estuvo en Francia). Este alimento hoy ya no se hace.

<sup>205</sup> *Mote mei*, nombre con que se le designa al trigo cocido; postre que se suele servir con huesillos (durazno seco o deshidratado). Muy apetecido en verano por su sabor y frescura.

<sup>201</sup> *Picarón* o 'sopaipillas', masa frita hecha a base de harina y zapallo. Muy común en invierno. También se comen 'pasadas' por una substancia o salsa de chancaca cocida.

<sup>202</sup> *Gustarle el tandeo* o *ser bueno para la tanda* quiere decir que era bromista, alegre, chistoso; bueno para la *taya*, bueno para la *tanda*.

<sup>203</sup> Las *tortillas* son parecidas al pan amasado, con manteca y, en algunos casos, con chicharrones (grasa frita de cerdo). Por lo general son cocidas al horno pero también las hay 'al rescoldo', es decir, cocidas entre las cenizas, en las brazas calientes.

<sup>204</sup> *Ajiaco*, guiso de caldo con carne (por lo general asada), papas picadas, cebolla y ají picante.

*salsaparrilla*<sup>206</sup>, esa' dos clases de bebida'. Pedíamos un jarro de vino, nos costaba 15 pesos, pero la plata valía en esos años. Bailamos, ahí bailamo' to'a la noche con la mujeres. Ahí tandia'amos to'a la noche. Después salíamos para abajo, llegábamos a una esquina, ahí en Almirante Rivero', veníamo' *con el cuerpo malo*<sup>207</sup> y nos comíamos una' carboná', los platos eran muy baratos en esa época, muy barato'. Éramo' hartó' amigo', pero amigo' güeno'. Éramos to'o *canillita*<sup>208</sup>. Despué', hacíamos —'¿cuánto tení tú?', —'¿cuánto tengo yo?'..., íbamos en la mañana a tomar *chupilca*<sup>209</sup> pa' reponernos, pa' 'riba pa' la'o de San Francisco, pa' la calle Chorrillos. Y ahí hacíamos la hora como a las siete, ocho de la mañana y no' íbamos a trabajar, a vender El Mercurio y La Unión...

En esta lógica de representaciones simbólicas en que ambas ciudades representan universos antagónicos, cobra sentido la *huida* al Puerto para festejar, para comer, para descansar, para empaparse de ese aire marino y popular que Santiago no puede ni pudo ni podrá brindar. En la capital se trabaja, en el Puerto se descansa; Santiago es la ciudad del negocio, aquella la del ocio, la de los placeres tanto del cuerpo como los del alma, del espíritu; es otra dimensión..., es ese *no se qué* oculto y misterioso que ni siquiera el mismo porteño a veces es capaz de definir bien pero que relaciona, por ejemplo, con la alegría y el humor, así como con la fiesta y el carnaval:

En patota íbamo' pa'l Puerto  
a ese 'Nunca se Supo'

---

<sup>205</sup> *Aloja de culén*, antigua bebida, dulce, de color verdoso claro, parecida a la Bilz o a la Pap de ahora.

<sup>206</sup> *Salsaparrilla*, trago muy suave que tomaban con preferencia las mujeres embarazas. Era de color café claro, parecido a la malta actual.

<sup>207</sup> *Andar con el cuerpo malo* o *andar con la caña*, se refiere al estado físico después, al otro día, de la borrachera.

<sup>208</sup> Se les llama *canillitas* a los niños vendedores de diarios que habitualmente viven en la calle.

<sup>209</sup> La *chupilca* es vino tinto con harina tostada, por lo general se toma de mañana para 'componer el cuerpo', para 'mejorar la caña'.

había que ser re gallo  
pa' enchufarse en esos grupos.

Si fue famoso San Roque  
como fue Clave y Cajilla  
donde llegaban los *taitas*<sup>210</sup>  
y los *chiquillos de la orilla*<sup>211</sup>.

También fue cuna de guapos  
el famoso Barrio chino  
triunfó el mercado de amor  
y el cantor de pergaminos...<sup>212</sup>.

En este sentido, el *huir* de Santiago, el *llegar* y el *estar* en el Barrio Puerto y La Cuadra, se convierte en un tiempo-otro —el de la fiesta y el del carnaval—, distinto y trasgresor del tiempo lineal y cronológico, propio de la urbe moderna y de una sociedad aburguesada. Para Maximiliano Salinas, el lapso del carnaval, se trata de un “tiempo largo del calendario ancestral indígena chileno, el de una época cósmica caracterizada como 'tiempo de sol, de los calores, abundancia, cosecha general, tiempo de la siega'. El carnaval ha representado simbólicamente la experiencia de la *carnalidad* en oposición a la *espiritualidad*, la experiencia de la *paganidad* en oposición a la *cristiandad*, la experiencia de la *alegría* y de la *locura* en oposición a la *tristeza* y la *razón*”<sup>213</sup>. Ahora bien, cabe señalar que la manera cómo

---

<sup>210</sup> *Taita* se le llama al padre, el papá es el *taita*; pero en este ambiente popular se extiende también al jefe, al *choro*, al *guapo*, a quien *la lleva*.

<sup>211</sup> Los *chiquillos de la orilla* son los delincuentes, ladrones; la gente que por una u otra razón está al margen de la ley y que busca refugio en los *lugares* del Puerto.

<sup>212</sup> 'Nano' Núñez..., 21. Recordemos que Núñez siendo toda su vida santiaguino, venía con frecuencia a Valparaíso. Su poética existencial está también atravesada por estas *huidas* al Puerto.

<sup>213</sup> Maximiliano Salinas. “¡En tiempo de chaya nadie se enoja!': La fiesta popular del carnaval en Santiago de Chile 1880-1910”, en *Mapocho*. Santiago de Chile. 2001, p. 282.



esta cultura popular porteña percibe la fiesta no es en base a la ruptura con la cotidianeidad<sup>214</sup> —al menos no es esa la imagen que nos queda al oír el relato de Selvia, la ex regenta—. Al revés, la fiesta sintetiza la vida entera de cada comunidad e integra todas las dimensiones sociales, políticas, económicas y culturales, así como los proyectos de cambiarla, mejorándola. Cuando conversamos con El Terremoto y nos relata las *fiestas de antes*, queda esa sensación que hemos tratado de explicar, o sea, de entender este fenómeno de manera mucho más amplia de cómo es concebida actualmente (música, alcohol y drogas), sino como un evento sociocultural complejo, enriquecedor y sobre todo necesario para los sujetos que la celebran:

¡Putá, las Fiestas de la Primavera! Íbamos a cuánto festival había. Se inventaban en esa época las comparsas más grande' que se han visto aquí en el Puerto. Yo era la viuda, la hueá era pasarlo bien, divertirse. Teníai 20 mil manera', y sin hacerle daño a nadie. Yo le pescaba un vestí'o a mi mamá, me lo ponía, tenía uno de eso' sombrero' antiguo', le ponía una peluca. Yo era la viuda. Pescábamos un hueón, lo envendá'amos entero y ese era el finá'o. Y salíamos a huear con el fina'o pa' to'o' la'os, tomábamos en todas parte', entrábamos a La Miss Merry, a Los Siete Espejos, a La Casa Amarilla, al 66, al 69, andábamos con el muerto pa' ría y pa' ajo, y todos vestí'o' de mujer, poh. La hueá era divertirse, después llegábamos en la mañana a las 5, 6 de la mañana al club y caga'o' de la risa, y al otro día güelta de nue'o. La hueá era pasarlo bien, disfrutar de la vida, reírse de todo. Lo que hoy día no veí tú poh.

Aunque es cierto que la fiesta representa cierta discontinuidad y excepcionalidad, no son estos los rasgos determinantes para ubicarla en un tiempo y en un lugar enfrentado a lo cotidiano<sup>215</sup>. Concretamente, la manera como el sujeto popular percibe su *escape* o permanencia en La Cuadra debe ser visto, en esta lógica, como una prolongación de la cotidianeidad y como una actividad sin grandes alteraciones; contrario a como la sociedad burguesa, la elite, la entiende: como un lapso de tiempo en que se detiene la producción —el tiempo serio— para incurrir en otro *celebratorio*, siempre controlado *desde arriba*. En este sentido, vale recordar a Bajtin, cuando muestra cómo el carnaval medieval, con todo lo trasgresor e irreverente que fue, al

---

<sup>214</sup> “Pasaje de lo profano a lo sagrado, como búsqueda de un tiempo original en que se reencuentra plenamente la dimensión sagrada de la vida”. Mircea Eliade. *Lo sagrado y lo profano*. Madrid. Guadarrama, 1967, p. 80.

<sup>215</sup> *Las culturas populares...*, 79.

invertir el orden social de *ese* mundo, acabada la fiesta —a la mañana siguiente, diríamos hoy— arremetía con más fuerza y dureza aún la mano feudal, sometiendo y controlando a una sociedad que de la fiesta sólo guardaba recuerdos. Todo se permitía en la medida en que todo se representaba y en que la representación sólo duraba un tiempo. La fiesta, el carnaval, era sagrado porque tenía un plazo fijo<sup>216</sup>. Por eso que el carnaval medieval —guardando todas las diferencias del caso— no es comparable con el de La Cuadra. Y esto porque la fiesta-popular-porteña no está —al menos no completamente— sujeta a un calendario festivo-celebratorio. No tiene plazo fijo. Está inserta en la forma de vida que llevan los sujetos, es indisoluble a su ser; con ella mitigan las vicisitudes, los avatares propios de una vida extrema, displicente, y muchas veces en lo económico, miserable. Desde ahí también subvierte e ironiza el modelo que la sociedad moderna le quiere imponer. Hace de su vida —a ojos del mundo burgués: misérrima y desvalida, hasta inhumana— un modo digno de vivirla. Revisemos algunos relatos de distintos sujetos, todos por muchos años ligados a La Cuadra, que se refieren al sentido que para ellos tiene o tuvo la fiesta:

Bailaba [señala Horacio] cuando me sacaban a bailar no más. Se bailaba mucho tango, después salió la cumbia... Ahora a mí no me dan ganas de salir como salía antes: me daba mi baño y me maquillaba y salía. Tenía mis camisas limpietas, mis pantalones bien planchados y salía regio. Con ese deseo que salía... Ahora no. Ahora si me invitan a un carrete voy. Antiguamente era bohemio...

Las fiestas de antes [nos cuenta El Cojo Lucho] eran más reventá', eran a todo ritmo, tomando, *jalandó*<sup>217</sup>. Su platillo de coca en la mesa. Hartas minas también. A veces comíai, a veces no. En ese tiempo tomabai más pisco con Coca Cola, en jarro; se llamaba *ponchera*, y marihuana, de todo vicio. Donde yo lo pasé mejor fue en el Louisiana, porque yo era compadre de la dueña, la Toya, era madrina de mi hija. Ahí vacilé cualquier cantidá', y nunca tuve problemas con las mujeres por no tener una pierna. Incluso, cuando yo me casé, mi señora era súper bonita y joven, la pierna no era un impedimento.

Porque la fiesta, al ser uno de los elementos donde se construye y reconstruye a diario el sujeto popular, reivindica el cuerpo. En ella adquieren un valor privilegiado los placeres de la

---

<sup>216</sup> Mijail Bajtin. *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Barcelona. Barral, 1970, p. 87.

<sup>217</sup> *Jalar* es inhalar cocaína.

carne. El cuerpo es exaltado y valorado como condición primordial e indispensable del *estar bien* (*guatita llena corazón contento*, reza el adagio popular). Por eso todo lo que de alguna manera estimule las sensaciones placenteras del cuerpo, el sujeto popular lo tomará como principio. Es lo que sucede, por ejemplo, con el baile y por supuesto con la música de entonces. Es muy raro encontrar a un bohemio de la época de La Cuadra que no se sienta atraído por estas manifestaciones artísticas. El caso de Romanini es emblemático; no sólo canta muy bien sino además —según confiesa— fue un excelente bailarín:

Bailaba mambo, rock and roll, bugy bugy, fox trot, chachachá, charleston. Lógicamente también se escuchaba mucho el tango, el bolero, el bolero-mambo. Me acuerdo que en aquellos tiempos nosotros bailábamos al compás de la orquesta de Pérez Prado, al compás de la orquesta tropical de Los Peniques, de ahí nació Ritmo de juventud, de ahí nació La Sonora Palacios, y también La Huanhualí. Que fue la mejor orquesta que ha habido aquí en Chile. Esta orquesta tuvo una gira por Europa, donde se quedaron muchos de sus integrantes, como el pianista Nelo Changueroti, autor de un famoso bolero que se llamó *Quémame los ojos*. Recuerdo que al compás de ese bolero bailábamos el famoso cheek to cheek, mejilla a mejilla, con nuestra *polola*<sup>218</sup> de ocasión, era un bolero muy sentimental, muy melodioso. Yo esta canción la bailé hartito y me enamoré, también. Después teníamos *El Lechero*, *El yerberito*, este era muy especial porque nombraba las hierbas medicinales. También tuve la oportunidad de bailar con la famosa cantante cubana, la Celia Cruz, que grabó con la famosa orquesta cubana, la Sonora Matancera. También bailábamos hartito tango, al compás de Argentino Ledesma. Tenía muchos tangos grabados, pero el que a mí más me gustaba era *Cuartito azul*. [...] Pero me gustaría que nos trasladáramos un poquito al famoso Rock and Roll. Este local era un salón del rock and roll, estaba de moda Bill Halley y sus cometas, Elvis Presley, Little Richard. Y muchos otros conjuntos que salieron después, chilenos, nacionales. Cuando llegó el rock aquí a Chile, hubo un cantante que lo dio a conocer aquí primero, en Valparaíso y después en Santiago, se llamaba Harry Show y sus truenos. La prueba de esto está en que antes el *Vea* [la revista] era grande, ahora es chiquitito, en dos páginas completa salía: 'El rock viene de Valparaíso'. Y en el Caupolicán, que era famoso por sus grandes eventos artísticos, actuó Harry Show y sus Five Star. Después salieron Los Tigres, Los Pumas y otros que no me acuerdo. De ahí salió también una orquesta que imitaba a la famosa Huanhualí, se llamaba Los Universitarios de Charles Arratia. Yo llegué a cantar a esa orquesta pero como show, era algo grandioso, especial para mí. Piense usted que en un salón donde entra pura gente que quiere bailar twist, rock and roll, etc., de repente se paraba la orquesta y me presentaba frente a un público compuesto por puras niñas de la noche, puros

---

<sup>218</sup> *Polola*, novia, enamorada.

*choros*, homosexuales, contrabandistas, bailarines, cafiches; pero sabe que me tenían un respeto único.

En realidad la fiesta surge de lo cotidiano y de las carencias e incomprensiones que en él se dan. De ahí sus excesos, el derroche y la expansiva decoración, como una compensación ideal o simbólica de esa falta cotidiana; de ahí también el desenfreno y la efusión como explosión de pulsaciones reprimidas en la vida social. Por eso (para García Canclini), en la fiesta no sólo se siguen repitiendo las diferencias y desigualdades sociales y económicas; también se reafirman, exhibiéndolas. Pero no sólo con un fin ideológico: la fiesta también como expresión natural, espontánea e indisoluble de la vida. Al ser este un fenómeno que homologa, o bien, invierte el orden social, hace inteligible lo que en ella hay de acontecimiento, trasgresión y reivindicación de lo cotidiano; lo que trasciende el orden establecido abriendo el florecimiento del deseo<sup>219</sup>. La fiesta, por último, sirve a la liberación de este sujeto en tanto que se reconoce como símbolo de identidad para cohesionarse, y en tanto logre convertir esos residuos del pasado en manifestaciones emergentes contestatarias. En la medida que los sujetos de La Cuadra desempeñaron este papel protagónico, hicieron posible el surgimiento de esta cultura popular como expresión democrática, crítica y colectiva de y para sus vidas...

La bohemia antigua, la gente que se criaba así, con esa mentalidad de andar en la noche pasándolo bien, ir a escuchar guitarra, porque eso es lo que más le gusta al porteño, escuchar guitarra, la música, el tango, el bolero, el vals peruano, la cueca... Y comer, comer bien. Las fiestas del 18 eran buenas, cuando se iba pa' las ramadas, ahí quedaban pela'itos los restoranes. Pero las mejores fiestas eran cuando había carnavales, casi la mayoría de los clu'es hacían sus fiestas y ahí en la plaza de la Conquista terminaban. [...] Sí, porque habían carnavales en todas partes que ocupaban todo Valparaíso. Carnavales grandes, con disfraces y con todo eso. Pero eso no se ha podido repetir, se ha intentado hacer algo, pero con vandalismo y con la delincuencia de los cabros no se puede<sup>220</sup>.

---

<sup>219</sup> *Las culturas populares...*, 91.

<sup>220</sup> Jorge Farías, 60 años, nacido en cerro Alegre y criado en San Francisco. Cantante popular, famoso por sus boleros y por grabar, en 1966, "La joya del Pacífico". A este respecto, una interesante investigación realizada por el periodista Ernesto Rodríguez, establece que el primero en grabar la canción fue Víctor Acosta en 1942 (Sello Odeón 45 r.p.m.), luego lo hizo

Dentro de esta lógica dialéctica en que situamos la fiesta popular como parte del ser y del sentir bohemio y a través de la cual *conflictúa* con la cultura moderna, lo cotidiano, por cierto, también cobra sentido. Anteriormente vimos que el discurso científico cuando aborda lo social lo hace dejando fuera todo lo no-objetivable, es decir, aquello que las personas hacen, sienten y creen a diario; produciendo con ello una *absolutización* de la razón donde lo cotidiano y en general el mundo subjetivo de las personas aparece en toda su rareza, residualidad e irracionalidad. Por el contrario, y tomando como referente el testimonio de Romanini, pensamos que lo social se produce precisamente a partir de las vivencias que las personas van experimentando en su mundo cotidiano y permanente. Lo que hacen, sienten y creen a diario es, precisamente, lo que conforma y da sentido a lo social. Lo cotidiano, por tanto, no se agota en lo anecdótico; involucra el tiempo y el espacio fundamental por donde se desarrollan sus vidas<sup>221</sup>:

El Puerto, mi viejo y querido Puerto. Era una comparación para mí, que yo viví esa época, grandiosa, dichosa, llena de vida, es como un cielo estrellado rotundamente. Porque el Puerto, su calle Cochrane, principalmente, era una vida de algarabía, de música, de mariposas nocturnas, de mujeres hermosas que en la noche deambulaban, como también deambulaban marinos mercantes, de distintas banderas de la tierra, del mundo. Se veía mucho el mercante chino, libanés, americano, inglés, en fin. Era una verdadera Torre de Babel. El Puerto era como una jaula de muchos pájaros de colores, de jolgorio, porque en cada ventana de las famosas casas de niñas de la noche que había en ese tiempo ponían música. Y usted pasaba y en cada balcón había música. Cuando yo vengo de la Aduana hacia acá y veo mi Puerto destruido, edificios grandes, donde existió el famoso American Bar, donde existió el Jako, donde existió una fuente de soda que nosotros íbamos mucho en las tardes, especialmente a esperar a las niñas que teníamos para hacernos compañía, disfrutar un poco, la verdad es que me da pena, me da un sentimiento de llorar. Porque fue parte de mi juventud, parte de mi época de *lolo*<sup>222</sup>, de colérico o de patudo como se le decía anteriormente. Por qué nos llamábamos así, por ser bailarines. Como le

---

Eduardo Salas a principios de los 60 (Sello Phillips) y después Farías, también en el sello Phillips. El cantante hoy se dedica a hacer pequeños shows en restaurantes como El Molinón donde es contratado por 'gracias' más que por pesos.

<sup>221</sup> Ver, en este caso, Pablo Aravena (ed.). *Miseria de lo cotidiano*. Valparaíso. Universidad de Valparaíso. Facultad de Humanidades, 2002, pp. 19-25.

<sup>222</sup> *Lolo*, joven, muchacho.

digo, el Puerto de Valparaíso, como es mi Puerto, hoy, como dice el tango, *doy vuelta la cara y me pongo a llorar*, porque fue parte de mi vida. Viví, conocí muchos amigos, conocí choros, escaperos, homosexuales, cafiches, contrabandista. A mi me decían El Canario o Canarito, porque yo tenía una voz fabulosa y me hacían subir a veces solamente para que cantara. Y así como empecé a entrar en la bohemia de ese lado. Iba pasando a veces por Cochrane y de repente el campanillero<sup>223</sup> prendía una luz azul que iba a entrar gente..., y si era la *yuta*<sup>224</sup> o la *checa*<sup>225</sup> o eran los *rati*<sup>226</sup>, se prendía una luz roja. Así que todos los menores de edad fondía'o<sup>227</sup> por las piezas, qué sé yo. O a veces venía la Comisión de Sanidad que pedía los carné de sanidad a las niñas. En ese tiempo se les exigía a las niñas que anduvieran limpias, que anduvieran sin enfermedades, por ejemplo, la famosa gonorrea, enfermedades venéreas, o las ladillas. (Menos mal que en ese tiempo no existía el Sida o si no, estaría muerto ya. Ahora pa' meterse con una tipa hay que pensarlo dos veces). Yo, esa época la echo de menos. Me trae recuerdos la música, en fin, que ahí también pasé una parte de mi juventud. Donde me la di de bailarín, fui un poco cafiche, qué sé yo, uno cuando joven se cree el *hoyo del queque*<sup>228</sup>. El Puerto para mí significó mucho... ahí tuve mi gran amor, [...] Mi Puerto jamás lo cambiaría, porque fue parte de mi vida, de mi juventud. Donde *viví a mi manera*, como dice Frank Sinatra. Fue una vida que yo la disfruté, siempre me acuerdo de ella. Ahí *la trabajé*<sup>229</sup> de *dandi*<sup>230</sup>. Tengo tantos recuerdos, tantas vivencias. Siempre me acuerdo de una canción que grabó un cantante centroamericano y él se la dedicó al Puerto. Esa canción se trataba de que él venía al Puerto a ver a la querida, a la mujer y al amor que tuvo. Y decía algo así: *Al Puerto me fui*

---

<sup>223</sup> *Campanillero*, portero de prostíbulo.

<sup>224</sup> *La yuta* se le dice a los carabineros, pacos; también llamados *tongos*, o *tombos*.

<sup>225</sup> *Checas*, operaciones repentinas hechas por carabineros donde se controlaba a mucha gente. Su nombre proviene, dicen, de procedimientos similares que hacía la policía checoslovaca (checa) después de la Segunda Gran Guerra.

<sup>226</sup> *Ratis*, detectives, Policía de Investigaciones.

<sup>227</sup> *Fondeados*, ocultos, escondidos.

<sup>228</sup> *Creerse el hoyo del queque* se refiere a ser orgulloso, arrogante, carente de humildad. 'Cachetón'.

<sup>229</sup> *Trabajarla de*, quiere decir dedicarse a algo sin serlo real o completamente.

<sup>230</sup> *Dandi*, elegante, de buen gusto.

*para volverte a ver, del Puerto me fui para recordarte más, al Puerto me fui para volverte a ver... , una cosa así.*

La pasión y la vehemencia con que Romanini nos cuenta su paso —su vida— en el Puerto, nos obliga a creer que la cultura, como la historia del Barrio mismo, esconde un sentido —*sensorium* para Benjamin—<sup>231</sup> a través del cual es posible no sólo conocerla y valorarla en su calidad *arqueológica* y condición *pintoresca*, sino también, y sobre todo, re-cobrar la identidad de estos sujetos, como históricos, como populares, como partes de un lugar y como portadores de un capital sociocultural transmisible. El relato que a continuación narra El Justiciero no sólo nos muestra una manera cotidiana de sociabilizar, están presentes también los rasgos que definen su propio ser:

En ese tiempo la gente no era como e' ahora. La gente era má' unitaria, má' humanitaria porque ayudaban a las personas. Si usté' se enfermaba, a uno le decían: —'¿Tení plata?' '¿Tení que ir al doctor?' '¿Tení una receta?'— No. —

---

<sup>231</sup> Las ideas de Walter Benjamin resultan trascendentales para este estudio en un doble sentido. Primero, por no creer en la totalidad como portadora de la verdad histórica. Apuesta por las ruinas, por el fragmento, por los desechos. Su lugar son los márgenes. Se trata de una sensibilidad de conciencia no centrada, puntillista, que es capaz de percibir el problema desde todos los ángulos. Esencial en esta percepción es el método a través del cual Benjamin 'hace hablar' a esas ruinas y que es la manera cómo la sensibilidad —el *sensorium*— de una época percibe el mundo. Segundo, al retratar la ciudad moderna, descubre que la sociedad aparece a través de tres 'figuras', una de las cuales es *la conspiración*, que se materializa en torno a la taberna y es donde, citando a Martín-Barbero, “se cuece la rebeldía política, sobre él convergen y en él se encuentran los que vienen del límite de la miseria social con los que vienen de la bohemia, esa gente del arte que no tiene mecenas pero que todavía no ha entrado en el mercado. Su lugar de encuentro es la taberna [...] donde todos están en una protesta más o menos sorda contra la sociedad [...] Por ahí, por 'su vaho', pasa una experiencia fundamental de los oprimidos, de sus ilusiones y sus rabias”. De esta manera, lo que en ella se da, representa un modo de resistencia frente al tipo de vida que se está llevando a cabo en las grandes ciudades. *De los medios a las...*, 49-63. Además, Beatriz Sarlo. *Siete ensayos sobre Walter Benjamín*. Buenos Aires. FCE, 1994, principalmente cap. 4, “Verdad de los destalles”, pp. 33-39.

'Ya, nosotros' la compramo'. Era solidaria la gente, era güena onda, ahora no existe eso, para nada. Había otra mentalidad, más respeto. Ante' la gente era má *paletía*<sup>232</sup>. La plata tenía otro valor. Uno estaba en un bar y le decía al garzón: —'Oye, pone una botella e vino allá, ¿qué 'tai tomando? — *Combina'o*<sup>233</sup>. —'Ya, pónele un combinao ahí'. Así era la cosa. A usted le decían: —'Hola, Justiciero', —'Hola poh'. —'Oye, ¿cómo andai?' Necesito..., ¿tení plata? —'¿Cuánto necesitai?' —'Putá, cien pesos'. —'Ahí tení'. ¿Y ahora...? La amistá' era otra cosa, uno decía: —'Oye, vamo' a ir al teatro, ahí al Victoria' —a los cines famosos que habían ahí—, —'No tengo plata pa' la entrá'', —'No importa, yo la pago', —'Tai hueviando'. Entonces uno se venía pa' 'ca pa'l Puerto: —'Vamo' ahí a tomar un vino, una bebí'a, vamo' a jugar un dominó, un *cacho*<sup>234</sup>... —No hay plata, —Aquí hay plata'... También uno confiaba en lo' amigo'. Si era muy bonita la vida antigua.

En la época que se tenía que pelear palmo a palmo el honor (*porque antiguamente había mucho honor*, nos dijo El Terremoto), la amistad y la palabra dada eran fundamentales (*tú no le dabai la mano a cualquiera por dársela*). En un mundo donde lo cotidiano era la subversión del orden que la sociedad burguesa establecía, valores como la franqueza, la lealtad y la amistad ante todo, se transformaron en los únicos resguardos para estos sujetos. No olvidemos que La Cuadra no sólo fue el lugar de visita para quienes buscaban diversión, también refugio y amparo para muchos sujetos que estaban por distintas razones fuera de la ley: traficantes, contrabandistas, asesinos...

Soy chiquillo de la orilla ay tiqui, tiqui  
*precioso estuve en canela*<sup>235</sup>, ay nina, nina  
 por pegarle una palmada ay ti...  
 a un choro por revolverla ay nin...

---

<sup>232</sup> Ser *paletado* es ser generoso, amable, solidario.

<sup>233</sup> El *combinado* es un trago de pisco con gaseosa, por lo general Coca-Cola (negra) o Sprite, Canada o Sevenup (blanca).

<sup>234</sup> El *cacho* es un juego de mesa que se hace con dados y en vasos de cuero.

<sup>235</sup> *Precioso estuve en canela*, doble expresión para referirse al estar preso (*precioso*) y *canela* de 'cana' (prisión).



Si fue por revolverla  
le puse peso a la nomá  
y una *pifia en el paño*<sup>236</sup>  
cargó con la mansa bronca

La mansa bronca, ay sí  
no me 'aurisma' el garabato  
la chanfaina en la oreja  
la llevo porque soy guapo.

Le abro la guata al chanco  
naniná, yo soy de Pancho<sup>237</sup>.

Pero La Cuadra no fue peligrosa. Por lo general hay dos prejuicios que hoy todavía en algunos porteños y más en el viñamarino se siguen dando. Y es creer que el Sector Puerto y La Cuadra fueron peligrosos. Nuestros sujetos insisten en señalar que pese a las peleas que allí se formaban (casi siempre entre marinos de distinta nacionalidad o ralea), a los delincuentes que se refugiaban y en general a ese tipo de vida un tanto informal y desalmada que allí se generaba, La Cuadra, el Puerto, no presentaba mayor peligro. Es más, muchas prostitutas, regentas o dueños de negocios cuidaban a sus clientes. Creemos que este es un juicio construido *a posteriori*, cuando La Cuadra ya no *era lo que era*.

...La alegría que había, porque a la gente [nos cuenta Selvia Guerreño] a veces le daba miedo pasar por el Barrio, poh. Hay gente que antiguamente tenía que tomar el ascensor Artillería, y se daba toda la vuelta por Errázuriz, la cosa era

---

<sup>236</sup> *Pifia en el paño* se refiere a un corte en la mejilla, se le llama también *palmaso* (por la forma como se infiere: con la mano abierta y con un objeto cortante, muy fino). Esta práctica delictual es muy común en el ambiente como método de venganza o como castigo por haber denunciado, soplado, *sapeado*.

<sup>237</sup> “Soy chiquillo de la orilla”. A. Núñez. Aclaremos que *Pancho* o *Pancho Gancho* son nombres con que también se le conoce a Valparaíso, y esto tiene que ver con el supuesto parecido que habría entre el Puerto y San Francisco, ciudad norteamericana, sobre todo para los marinos estadounidenses cuando asomaban frente a nuestra bahía.

que no podía pasar por el Barrio Chino porque pensaban que les podían robar, que los podían meter a un prostíbulo, que la' iban a *cogotear*<sup>238</sup>. Las jovencitas no pasaban por ahí. Los jovencitos, iban por las mujeres...

Y la otra visión errada que se tiene de estos lugares, y que viene al caso aclarar aquí, es aquella que suele identificar a la bohemia porteña con ese *pintoresco* mundo mísero de perdición y adicción que hoy día es común ver en sus plazas y calles. Si bien mucha de esa gente participó también de esta fiesta popular, no representa por eso al verdadero sujeto bohemio. El bohemio era otra cosa: bebía y comía bien, era un hombre culto —en el sentido más lato posible—, amante, vividor, optimista, bailarín..., era, como hemos venido llamándolo desde un principio, un sujeto histórico, conciente de su historia pasada, presente, y también, futura. Cualidades que reúne, por ejemplo, El Terremoto:

No poh, los del Puerto no éramos borrachos, la gente de la bohemia no era borracha. El borracho es el que está ahí tirado en la plazuela, el perdí'o. Pero los viejos antiguos no eran así, todos tomaban, su pisquito, su coñac, y había whisky, pero la gente sabía tomar. Lo que pasa es que nos confunden con esa gente de bares chicos, donde venden *caña*<sup>239</sup>. Yo no soy de esa onda, aunque soy íntimo amigo del Siete Macho', he entra'o 2 veces en mi vida. Y, puta, conozco al viejo durante cincuenta y tanto' años. Si la bohemia que teníamos nosotros... nos juntábamos a jugar a la' carta', tomábamos copete, igual jugábamos en un restaurán, jugábamos donde Don Otto, en El Roland Bar, 'onde el Jako, jugábamos a la dama, al ajedré', jugábamos al naipe; jugábamos plata igual; en la noche se juntaban 10 jugadores *brisquistas*<sup>240</sup>, suponte; y ahí jugábamos plata y jugábamos copete, y droga también. Pero nos manteníamos lúcidos total. Yo jamás fui un hueón borracho porque yo tenía el oficio de mi padre...

Condición por la cual este sujeto ha podido armar su vida en forma distinta, pero normal. El paso por La Cuadra no fue, como para otros, un mundo sin salida o aherrojados de ahí como objetos sumidos en la desdicha y en el abandono más brutal que produce el alcoholismo; por el contrario, fue un aprendizaje, el soporte por donde fue construyendo y dando sentido a su

---

<sup>238</sup> *Cogotear*, tomar del cuello, del 'cogote', asaltar, robar.

<sup>239</sup> En el consumo de vino suelto (blanco o tinto), de baja calidad y precio, existen *la caña* (250cc), *el medio pato* (500cc) y el *jarro*, *botella*, *botellón* o *bototo*, de un litro.

<sup>240</sup> *Brisquistas*, los que juegan brisca, típico juego de naipes en este ambiente.

vida. Una vida que mirada desde la lógica moderna, del progreso y desarrollo del individuo-sociedad, resulta un fracaso. El Terremoto no tiene profesión ni estudios, trabaja (*se mueve*) vendiendo periódicos, es separado y vive con sus dos hijos menores, tiene seis, once nietos y dos bisnietos. El Justiciero está solo (no tiene hijos ni mujer), enfermo y recibe una pensión de gracia que no supera los cuarenta mil pesos. El Cojo Lucho es analfabeto, lisiado, tiene una hija prostituta y drogadicta y recibe una pensión igual que la de El Justiciero, mendiga y se alimenta en el 421<sup>241</sup>. Edmundo Díaz está viejo, solo y aunque alcohólico recorre toda la ciudad vendiendo artículos menores, con lo que se mantiene. Romanini está cesante y cuando trabaja lo hace únicamente de garzón, ya no lo contratan para cantar (hace poco lo echaron por viejo, de un restorán donde cantaba). Jorge Farías está solo, alcohólico, cada vez lo contratan menos para cantar... Todos estos, a excepción de Romanini, jamás tuvieron casa propia, arriendan —salvo El Cojo Lucho que desde hace algún tiempo duerme en la calle, en un sitio eriazo al frente de La Matriz—, pequeñas habitaciones cerca del puerto. Pero El Terremoto reafirma:

Yo no me arrepiento de lo que fui. Viví bien, fui feliz, me hicieron felí', hice felí', y no tengo de qué sentirme mal. De lo único es que tuve plata y no la supe cuidarla. Porque cuando uno es bohemio, olvídase, toda la plata que se gana se gana pa' vivir, disfrutarla, no se piensa en tener una casa, ni en una jubilación, no se piensa en nada... [...] Ahora mismo, yo tengo cualquier problema, pero los problema' que tengo yo, así como vienen se tienen que ir. Yo soy una persona que miro la vida de otro punto de vista. Yo despierto en la mañana y le doy gracias a Dios de estar y de estar con mi familia; mal como esté, estoy con mi familia y con mi' amigos. Y cuando me acuesto le doy las gracias por haberme da'o la posibilidad de haber esta'o bien. En ese aspecto no soy negativo, soy má' positivo que negativo.

Confirmamos entonces la presencia de sujetos bohemios, amistosos, oprimidos, rebeldes, *anarquistas*, religiosos, populares... porteños.

De acuerdo a esto, es legítimo también señalar pues que el sujeto popular no sólo ha hecho una —su— historia social y política propia, sino también una fecunda historia religiosa<sup>242</sup>. Lo

---

<sup>241</sup> El 421 es un comedor y centro de ayuda a decenas de alcohólicos, mendigos y enfermos del Sector Puerto, a cuyo cargo está la Iglesia La Matriz.

<sup>242</sup> *Identidad...*, 173-179.

religioso, en este sentido, dada su autonomía relativa, se mantiene vigente a nivel del sentido popular de la existencia. El pueblo latinoamericano le da sentido a su vida, a su trabajo, a su matrimonio y familia, al sufrimiento y a la muerte, por su fe<sup>243</sup>. Para el caso específico de nuestra realidad, la religiosidad está, por muchas razones, estrechamente vinculada a la iglesia La Matriz<sup>244</sup>. El mismo Cojo Lucho, quien muchas veces no tiene qué comer, nos cuenta:

La Matriz para mí tiene mucho valor porque ahí yo voy a comer, porque no tengo cómo trabajar, porque no tengo trabajo, y yo recibo mi pensión y se me va en lo que yo pago en el alquiler de mi pieza, si yo recibo \$37.000. Entonce', La Matriz me permite comer, cuando yo he tenido hambre me han dado comida, me han dado ropa, me han ayudado y muchas cosas que no me ha dado la Municipalidad me la han dado ahí, ¿cachai? Aunque no creo mucho en esos monos de yeso de la iglesia, pero espiritualmente soy católico.

En pocas palabras, el relato de El Cojo Lucho sintetiza el valor que para los pobres del sector tiene este templo. Y que en el fondo no es la iglesia misma sino el 421. La religiosidad, en este caso puntual, más que satisfacer necesidades de tipo espiritual, es vista por este sujeto popular con un sentido mucho más práctico, en la medida que es un —o el, para muchos— lugar donde reciben comida, abrigo y algunos cuidados higiénicos mínimos. Pero la iglesia La Matriz no reduce su importancia sólo a su labor de ayuda y trabajo comunitario, por décadas, su pórtico así como su algo inclinada plazoleta han servido para un sinnúmero de actividades de carácter social como religioso. Ha sido y sigue siendo un punto de encuentro clave para muchas actividades tanto religiosas como sociales en general. La señora María Salinas<sup>245</sup> recuerda —con algunas dificultades debido a su avanzada edad— que cuando niña asistía a este lugar a ver la quema de Judas y después, siendo algo más crecida, a los juegos de chaya:

---

<sup>243</sup> Cristián Parker. *Otra lógica en América Latina. Religión popular y modernización capitalista*. Santiago de Chile. FCE. 1996, p. 379.

<sup>244</sup> O bien, solamente llamada La Matriz. Iglesia ubicada en pleno barrio bohemio, de estilo neoclásico es la más antigua de Valparaíso y el primer templo con estas características construido en Chile (1837).

<sup>245</sup> María Salinas, 85 años, viuda, vive en cerro Cordillera, trabajó lavando desde muy niña. Primero, platos, donde Don Otto, restorán ubicado en La Cuadra, y después, ropa, para muchos prostíbulos del Barrio Puerto.

Cuando chica yo iba a ver cómo quemaban el Juda' ahí en La Matriz. De ahí de la iglesia pa' llá' pa' bajo pa' la Agencia<sup>246</sup>, porque ante' había agencia —ahora ni sé si hay agencia o no—. Ahí había una agencia y ahí llegaba el cable que lo tiraban de La Matrí'. Yo iba con mi agüelita, me daban miedo a mi los cuete', *pu pum...*, shiii, me daba má' miedo, entonces, me metía debajo de las polleras de mi agüelita, levantaba un pedacito de la falda —no ve que era larga—, y me escondía debajo. Y de ahí miraba. Mi agüelita me decía: —'¡Tate sosegá, niña, tate tranquila!', —'¡No, agüelita, tengo miedo, tengo miedo que 'tan prendiendo cuete!'. Le tenía harto miedo a los cuete'.

Con todo, no desconocemos, sin embargo, que el valor principal que tiene la iglesia para la mayoría de los porteños es el religioso. La Matriz es la iglesia de los pobres, de los sujetos populares y, sobre todo, de los habitantes de los cerros aledaños que a diario desde sus ventanas perciben, allá lejos, la cruz en su cúpula de madera cuyo fondo es el mar. La situación que se produce por esta suerte de realismo mágico que a veces asoma en esta ciudad, hace que este porteño mantenga con la iglesia y con la religiosidad en general, una relación si no de plena devoción, al menos de diálogo permanente entre, por una parte, su realidad más inmediata, como un dolor físico, corporal, por ejemplo, y su mundo espiritual o místico, por otra. La señora María nos confiesa:

Yo no voy ni a la iglesia ahora. Yo soy media..., no católica, católica, *amachá*<sup>247</sup>, no, pero siento eso. Yo de aquí cuando estoy enferma, me echo pa' trá' en la cama y miro pa' 'lla a la iglesia y le pido al señor que se me pase este dolor. Y al otro día ya no tengo ná'. Me vuelvo a echar pa' trá' y le doy gracia.

Algo similar se da también con los santos, las vírgenes y en general con el conjunto de imágenes, animitas y símbolos religiosos propios de esta fe popular. El Cojo Lucho, cuando le preguntamos por uno de los tantos tatuajes que lleva en sus brazos, nos responde:

De aquí a unos veinte años más me veo más avejentao, ojalá más salva' o poh. Tengo 50 y mi espíritu es joven, aunque yo he sufrí' o harto. Aquí tengo la virgen de Monserrá', la virgen de los choros, me la hice cuando niño, a los 12

---

<sup>246</sup> *La Agencia* era una antigua oficina de empeño ubicada en Almirante Riveros, frente a la iglesia. Hoy, desaparecida.

<sup>247</sup> *Amachá* (de macho), rudamente, con fiereza; es este caso, con mucha devoción.

años ahí en las *Cachás Grande*<sup>248</sup>. Esta e' una virgen que los choro' la usan, eh..., la roban y la guardan y a veces te abren aquí y te meten el...; pero cuando te llega la hora de la muerte no podí morirte, sufrí harto, hasta que no te saquen la virgen. Esta me la hicieron a mano, con una aguja, ahí en las *Cachá'* me la hice, pero hace años, cuando era *Cachás Grande'*. Me la hice yo solo porque yo quería tenerla, me gustaba. Pregúntale a cualquiera quién es la Monserrá', te van a decir: es la virgen de los ladrone'.

De este modo, creemos haber dado a conocer en forma muy sucinta, por cierto, cómo es sentida y vivida la religiosidad popular en los sujetos populares del Barrio Puerto. Y por medio de los testimonios, volvemos a notar que la presencia del mundo popular conflictúa o que incluso en algunos casos dicotomiza con la cultura de elite. Resurge de todas las manifestaciones culturales de estos porteños, ese modo popular, hedonista, premoderno, antirracional, sincrético... Esa *otredad* que creemos descubrir para luego intentar rescatar.

---

<sup>248</sup> *Las Cachás Grandes* (*cachá*: harto, abundante), antiguo restorán ubicado en calles Blanco con Clave; famoso por sus dosis exuberantes de comidas y bebidas. Hoy todavía vigente.

## cAPÍTULO 7. ¡Se acabó la fiesta! «...al Barrio Puerto lo mataron, no murió» (MORIR)

*«No vive ya nadie en la casa —me dices—; todos se han ido. La sala, el dormitorio, el patio yacen despoblados. Nadie ya queda, pues que todos han partido.*

*Y yo te digo: Cuando alguien se va alguien queda. El punto por donde pasó un hombre, ya no está solo. Únicamente está solo, de soledad humana, el lugar por donde ningún hombre ha pasado. Las casas nuevas están más muertas que las viejas, porque sus muros son de piedra o de acero, pero no de hombres. Una casa viene al mundo, no cuando la acaban de edificar, sino cuando empiezan a habitarla. Una casa vive únicamente de hombres, como una tumba. De aquí esa irresistible semejanza que hay entre una casa y una tumba. Sólo que la casa se nutre de la vida del hombre, mientras que la tumba se nutre de la muerte del hombre. Por eso la primera está de pie, mientras que la segunda está tendida.*

*Todos han partido de la casa, en realidad, pero todos se han quedado en verdad. Y no es el recuerdo de ellos lo que queda, sino ellos mismos. Y no es tampoco que ellos queden en la casa, sino que continúan por la casa. Las funciones y los actos, se van de la casa en tren o en avión o a caballo, a pie o arrastrándose. Lo que continúa en la casa es el órgano, el agente gerundio o en círculo. Los pasos se han ido, los besos, los perdones, los crímenes. Lo que continúa en la casa es el pie, los labios, los ojos, el corazón. Las negaciones y las afirmaciones, el bien y el mal, se han dispersado. Lo que continúa en la casa, es el sujeto del acto»<sup>249</sup>.*

Hemos dicho que la cultura popular no desaparece. Por los rasgos con que la definimos no podemos permitirnos su desaparición. Puede cambiar, confundirse, ocultarse, hacerse difusa su ubicación, es cierto; pero los modos populares generados en el Barrio Puerto y en La Cuadra, no mueren, no pueden ni deben morir. La modernidad hace difícil que se mantengan

---

<sup>249</sup> César Vallejo. “No vive ya nadie en la casa”, (de *Poemas Humanos*, 1939), en *Hay golpes en la vida, tan fuertes....* (Antología a cargo de Juan Antonio Massone). Santiago de Chile. Andrés Bello, 1996, pp.123-124.

modos tradicionales, los sujetos mueren, la ciudad se transforma, crece y comienza a ser ocupada por otras formas, por otros hábitos; es el ciclo normal que tienen los procesos sociales. Y está bien que así sea, de otro modo nada de lo que hay ahora habría sido posible. Aceptamos estos cambios como parte de nuestras vidas, como la lógica natural a la cual estamos resignados a aceptar y valorar. Pero nuestra historia nacional no dice lo mismo. No siempre ni todo ha cambiado ni ha seguido el proceso natural que debiera haber cumplido. Inexplicablemente ahí donde ha habido lo que la modernidad no nos ha podido proveer, se ha destruido, exterminado, aniquilado. Así ha venido sucediendo desde el siglo XVI<sup>250</sup>, así pasó también cuando se instauró el Estado-nación y así viene repitiéndose desde los 70 con las dictaduras y posteriormente con la modernización neoliberal y expansión económica.

Cuanto hemos señalado de la cultura popular de Valparaíso fue extraído de un momento específico de la historia social de esta ciudad. Elegimos estudiar esta etapa dentro del proceso que ha tenido el mundo popular porteño por considerar que fue allí precisamente donde se llevaron a cabo, en la forma más evidente y sugerente a la vez, las manifestaciones —fiesta, comilona y amor— que le dieron vida a ese mundo. Y también porque hemos podido contar con el invaluable relato de quienes las vivenciaron. Dijimos además que los primeros testimonios que tenemos de La Cuadra se remontan a mediados de los 50, fue entonces cuando se dio una sociabilidad que a nosotros desde un principio nos sedujo y que nuestros narradores amablemente nos explican. Pero eso se termina<sup>251</sup>. Esa efervescencia popular

---

<sup>250</sup> Según Larraín, se estima que en 1500, al comienzo de la conquista, vivían en las Américas unos ochenta millones de indígenas. En 1550 quedaban sólo diez millones. En México, durante los primeros 100 años de dominación española la población se redujo de veinticinco millones a un millón. En Chile, el millón de indios originales fue prácticamente aniquilado durante el primer siglo de dominación. Tres siglos después, al fin de la época colonial, el número de indios llegaba a 400.000 mil. Jorge Larraín. *Modernidad, Razón e Identidad en América Latina*. Santiago de Chile. Andrés Bello, 1996, p. 135. (Citado de José Bengoa. “500 años después”, *Nütram*, IV, N° 1, 1988, pp. 8-18).

<sup>251</sup> Se dice que fueron tres los factores que de a poco fueron minando la 'bohemia porteña'. El primero fue la modernización y tecnologización del puerto mismo, el trabajo que se hacía en días, pasó a realizarse sólo en horas. Esto implicó obviamente que la cantidad de marinos



sufrió un apagón repentino, un *golpe en la vida tan fuerte*<sup>252</sup>, que desde ese momento no fue nunca más la misma. El carnaval popular de los 60, esa fiesta y todo lo que ello implicó quedaron reducidos a su mínima expresión, subrepticia, anecdótica incluso, y en el mejor de los casos, en el recuerdo intacto de los viejos<sup>253</sup>. Ya no están muchos de sus protagonistas, y con ellos sus hábitos, sus visiones de mundo, sus creencias; los lugares ya no son los lugares, el Barrio Puerto ya no es el mismo; hoy es el Valparaíso Patrimonial de los cosmopolitas cerros Alegre y Concepción; de los *taquilleros*<sup>254</sup> pubs y museos que de porteño tienen poco o nada. La modernidad, pero por sobre todo la dictadura militar de Pinochet, nos quitó lo que jamás no pudo ni puede ni querría ofrecer. La confianza, la ternura, la amistad, la seguridad,

---

mercantes —que eran parte importante de la clientela— se redujera considerablemente. Como segunda causa se cuentan los constantes incendios que terminaron arrasando algunos locales, y por último, el “toque de queda”, impuesto por la dictadura que vino a poner el punto final a esta depresión continua en que estaba cayendo la vida nocturna. Ahora, pese a que esto fue efectivamente así, por otra parte, hemos querido demostrar que si bien este fervor popular disminuyó hasta casi extinguirse, no se agotó por completo. La cultura popular propiamente tal, menos manifiesta quizá, se mantuvo resignificándose y trasladándose a otras y nuevas generaciones y lugares.

<sup>252</sup> *Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!// Golpes como el odio de Dios; como si ante ellos,/ la resaca de todo lo sufrido/ se empozara en el alma... Yo no sé!// Son pocos, pero son... Abren zanjas oscuras/ en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte./ Serán tal vez los potros de bárbaros atilas:/ o los heraldos negros que nos manda la Muerte.// Son las caídas hondas de los Cristos del alma,/ de alguna fe adorable que el Destino blasfema./ Esos golpes sangrientos son las crepitaciones/ de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.// Y el hombre... Pobre... pobre! Vuelve los ojos, como/ cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;/ vuelve los ojos locos, y todo lo vivido/ se empoza, como un charco de culpa, en la mirada.// Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé! (de Los heraldos negros, 1919), Hay golpes en..., 17.*

<sup>253</sup> Revisar, del Capítulo 5, p. 82, cita 133 y del Epílogo, p. 150, cita 283.

<sup>254</sup> *Taquilleros*, modernos, vanguardistas, liberales, a la moda.

la solidaridad, la vida en común, así como el amor y el respeto por los otros, el sexo libre y espontáneo, una pobreza digna, una alimentación sana y barata (que además esta ciudad puede brindar), el ejercicio del diálogo despreocupado y alegre —a pesar de todo—, sueños y esperanzas, lugares... En fin, todo ese mundo popular que entonces emanaba *a chorros* de La Cuadra y alrededores ya no está. Se fue. El gobierno militar con su toque de queda, con sus ametralladoras, con sus bototos sitiando las calles, violando a las *putas*, haciendo desaparecer a los *choros*, maltratando como bestias a nuestros *maricones*, dividiendo a su gente, espantando a los clientes; terminó al cabo con la fiesta. Acabó así enemistosa, violenta y criminalmente con el carnaval popular. ¡*Se acabó la fiesta, señores!*; anunciaba Pinochet en la mañana del 11 de septiembre de 1973.

Pa'l golpe yo esta'a vacilando donde la Chica Julia [recuerda El Cojo Lucho]. Estábamos vacilando y había de to'o, maracas, maricones, de to'o poh. Y estábamos vacilando y yo con la muleta vacilaba igual y bailaba, de to'o. Y de repente siento unos balazos y bajo pa' cá, pa' la plaza Echaurren y veo que está lleno de marinos con metralletas y con la cara pintá y de noche. —'¡Ah! ¡Loco, dije yo, hay guerra! Está lleno de marino' allá, vayan pa' 'bajo'. Y nosotros nos fuimos a esconder. Si llegaban puro' delincuente' allá donde la Chica Julia.

Porque para un sistema como el que aquí se impuso, tan inhumano, tan antipopular; tan sesgado y conservador; un sistema que mató y cuando no torturó a miles de chilenos; para un sistema como este, decimos, resultaba no menos que inconcebible, inaceptable, incomprensible, incluso, una alegría y un fervor popular como el de La Cuadra. La historia chilena, nos dice Lechner, está atravesada por el miedo al desborde. Miedo a que el torrente de la subjetividad arrase con los diques institucionales<sup>255</sup>. La elite conservadora chilena, la derecha institucional, no quiso que ese torrente de subjetividades se siguiera expandiendo más. Y no es sólo que no haya querido, sabía y sabe que detrás de ese mundo —para ella misterioso y oscuro— se oculta algo que no quiere ni puede saber lo que es. Porque hay allí aquello que Lechner señala: miedo, temor a ese descontrol que —sabían o intuían, al menos— escondía un potente e incalculable capital sociocultural que era imperioso aplacar, apagar

---

<sup>255</sup> “Los miedos son fuerzas peligrosas. Pueden provocar reacciones agresivas, rabia y odio que terminan por corroer la sociabilidad cotidiana. Pueden producir parálisis. Pueden inducir al sometimiento... Hay 'campañas del miedo' que buscan instrumentalizar y apropiarse de los temores para disciplinar y censurar”. *Las sombras del mañana...*, 44-46.

cuanto antes. La pasión, desenfrenada e irracional, fue el primer blanco de la dictadura de Pinochet.

...La alegría que había, porque [dice Selvia Guerreño] era lo antiguo del Puerto, como era. Se quemó todo, murió todo. Y murió pa'l 73. En toda esa esquina había tanto 'negocio'. El Puerto Rico, que antes se llamaba el 35, también era un prostíbulo arriba. En el 35 y el 37 las puertas eran de fierro y atrás las cerradura eran tremendas porque llegaban los pacos con unos palos grandes, con unos troncos, y entre 4 ó 6, y con los tremendos palos les pegaban a las puertas, pa' entrar a sacar a toda la gente, y nosotras desde arriba, fondeá'. Cuando fueron los tiempos que llegaron tantos uniformados a vacilar. [...] Pero se fue la alegría, las luces que había. Las mujeres todas pintá's en las ventanas con sus minifaldas, sus escotes... Esas cosas echo de menos. Al Barrio Puerto lo mataron, no murió. Porque si hubieran querido revivirlo, yo pienso que hubiera habido gente capaz de revivirlo, pero la gente tomó miedo, tomó miedo a la noche; a la violencia que empezó a surgir en el Puerto. Se murió mi madrina Toya y se murió todo en el Puerto. Se quemó el negocio de ella y ella dijo: 'Se quemó mi negocio y murió La Cuadra'. ¡Y como que hubiera sido una profeta pa' decirlo! ¡Porque es la verdá, se murió todo! Se murió todo.

Nosotros lo sabemos. Sabemos que detrás de esta marginación, que se remonta a la Conquista, lo que en realidad se oculta no es el menosprecio, la flaqueza o la debilidad por lo *otro*. Somos de la idea del Miedo. La cultura oficial sabía que en torno a las multicolores danzas indígenas, que detrás de los salvajes y sangrientos sacrificios humanos, que en medio de esos suculentos y abundantes sabores y olores de cuanto se comía y bebía, y que por debajo de esas interminables y enardecidas fiestas y cantos tribales estaba el poder insospechado de un saber, de una cultura y de un *mundo-otro* que de no ser prontamente *sosegado*, el Orden moderno no habría sido posible. Esa ha sido la historia de la América mestiza, esa ha sido la historia de Chile y esa ha sido también la historia de Valparaíso. Una historia atravesada por el miedo oculto a ese no-nosotros. Es esa impresión de desconocimiento y asombro ante esa realidad que no pueden comprender, hacerla suya, la que les impulsa a atacar, a someter, a exterminar...

...en el 73 cagó to'o el Puerto [afirma El Justiciero]. El toque de que'a cagó to'o. Cagaron casi to'o' los negocio'. Hasta la fecha. Había que cerrar a tal hora, primero jue a la 10 de la mañana, despué' a la' 11 de la mañana, a las 12, a la' 1, a la' 2..., y así poh. Y así se jue acabando el cahuín de aquí del Puerto, donde estaba el American Bar, el Rolan Bar, el Black and Whithe, el 37, el 39, el 35 y los de acá, Los Siete Espejos, el Miss Merry, el 69. Entonces La Cuadra se jue achicando, la gente se jue, se murió. Hasta la fecha que ahora hay cuatro negocio': el Keny, el Louisiana, el Flamingo y el Manhattan, na'a má'. Y unos

se fueron abajo, se quemaron, el Roland Bar, que era el último, ahí estuve yo, ese fue el último negocio, [...] El Puerto cagó, se jué a la cresta. Y nunca va a ser como ante'. Por qué, porque la gente era otra, la gente de ahora, como ser, el trabajador, el estudiante, no es como..., puta. Antiguamente usted' llegaba y se metía porque era barato, usted' se metía a cualquier local, con 100 pesos, con 50 pesos comía y tomaba, ma' encima la gente era otra cosa, la gente no era como ahora que había otra..., otra clase, una mentalidad distinta.

Valparaíso fue invadido. Después de Santiago (la Moneda y sus poblaciones) fue el segundo gran objetivo que la Junta Militar debía someter. Pesaba sobre él la amenaza de un foco peligroso que debía ser reducido y controlado a la brevedad. Militantes de izquierda, movimientos sindicales, portuarios, pescadores, obreros, artesanos, estudiantes, bohemios... Era mucho peligro a la vez (*pasión en potencia*, dijo Parra). Representaba la amenaza desarmada para las Fuerzas Armadas. *La mano cayó en el Puerto y cayó dura*, eso lo han dicho cientos de ex presos políticos, detenidos aparecidos, y de alguna manera, los otros, también; los que no han podido aparecer porque fueron tirados al mar, degollados, acribillados o simplemente maltratados hasta morir. Por ahí andan todavía, los torturados y quienes lo hicieron: los torturadores. Los que estuvieron en la Cárcel Pública, en la Fiscalía Militar, en los retenes, comisarías, calabozos, en el Maipo, a los que tuvieron como en infectas goletas en nuestra *gloriosa* Esmeralda... El Puerto fue azotado por la mano militar y sus consecuencias no desaparecieron, quedaron. Está intacta en la mente de un preso político cuyo único *delito* fue haber sido bohemio porteño, El Terremoto:

Esa época cagó hace ratito, poh. Llegaron estos milicos conchaesumare en el 73. Se llevaron presa a toda la gente, hasta yo fui preso. Soy preso político *al cuete*<sup>256</sup>... los tiras, los militares llegaron y mataron toda la bohemia. Si a la larga después de treinta años, me doy cuenta que hay generaciones de cabros que no tienen idea de qué mierda están haciendo en este planeta. Porque cabros de 20, 25, 28 años no tienen trabajo, no tienen profesión no tienen na'. No son nada.

La gente no olvida. El porteño no olvida a quien le arrebató su vida, quien le transformó para siempre una forma de vivir y a cambio no le ofreció nada, excepto represión, olvido, cesantía, temor, desconfianza... El Barrio Puerto, La Cuadra, desde la mañana del 11 fue otro. Siguió sí habiendo bohemia. Se mantuvieron algunos negocios todavía. A puertas cerradas,

---

<sup>256</sup> Ser algo o alguien *al cuete* quiere decir en forma falsa, engañosa; pero también, como en este caso, incidental o desintencionadamente, sin querer serlo en realidad.

escondiéndose, bajando la música y, en el peor de los casos, sobornando, dándole sexo, trago y comida gratis a la policía para que no fuera a quitarles todo. Ernesto Valderrama<sup>257</sup>, quien fue dueño de uno de los locales de bailes más famosos de entonces, el Rock and Roll o El Hoyo, como más comúnmente se le decía, nos relata lo siguiente:

Luego del golpe militar, el deseo de la autoridad de la época era terminar con todo lo que era diversión nocturna. [...] Desde ese entonces, para mí fue muy complicado, porque todo cambió. Hasta antes del golpe, el trato de Carabineros era diferente. Yo podía conversar con un carabinero, podía discutirle cuando creía que estaba en mi derecho, y posterior a eso el trato fue diferente. Llegaba el oficial y me decía que apagara la música a lo cual yo me negaba. Si él pedía respetuosamente que se apagara el wurlitzer o les pidiera a los músicos que dejaran de tocar, cambiaba; pero no en forma que ellos lo hacían, y muchas veces me amenazaron de llevarme preso, y sé que en otros locales lo hicieron. [...] Después las condiciones para trabajar ya no eran buenas. Luego del golpe fue muy común que los marinos anduvieran armados, producto de los allanamientos que ellos hacían, y todo eso fue dificultando la manera de trabajar. Yo siempre les decía a los clientes cómo podían soportar que un tipo, un carabinero, te quite tu carné que te identifica como marinero y te lo tire al suelo, y esto sucedía a diario, 5 ó 6 veces en una noche. Entonces los negocios públicos se fueron acabando porque la gente prefería ir a locales clandestinos donde nadie los molestará [...] Al final se acabó el negocio, se bajó definitivamente la cortina, se llevó todo lo que había y se vendió para convertirse finalmente en bodega.

Pero esa fue otra fiesta. Fue una fiesta temerosa, *intramuros* que si bien no terminó con la cultura popular porteña, le dio otras características, adquirió otros rasgos que en el fondo deslucieron esa imagen estrepitosa y variopinta de la fiesta popular. La fiesta se desgastó, se puso *fome*, pasó a ser vigilada y controlada desde arriba (como los Carnavales Culturales que desde hace algunos años se están llevando a cabo en la ciudad). Los clientes dejaron de ser esos sujetos populares desenvueltos, llenos de vida, formados ahí. Desde entonces el *cosaco*, el *milico*, el *paco*, pasaron a ser sus nuevos clientes. Selvia como regenta del Louisiana, lo mantiene intacto en su memoria:

De noche se vivía dentro de los locales, a puertas cerradas. Y en un local venían los milicos, en otro los marinos, y en otro los cosacos. Ellos llegaban así y había que abrirles no más poh, si no echaban abajo las puertas. Y se

---

<sup>257</sup> Ernesto Valderrama, Don Tito, 61 años, vive en cerro Placeres, actualmente es chofer de colectivos. Fue el último dueño del negocio, antes había sido de sus hermanos.

tomaban todo, mejor era atenderlos, y después decían ya... a veces no ganaba el negocio y ganaban las mujeres y quedábamos tranquilas, porque no nos llevaban las mujeres. Porque a veces venían, suponte, a las siete de la mañana, venía el furgón de carabineros, y estaba cerra'o el otro negocio que tenía mi madrina que se llamaba el 37, que era un hoyo pa' dentro así, y ahí se encerraban todos los choros a tomar.

Hay que reconocer sin embargo que la muerte del Puerto y de su bohemia no se debió sólo al aplacamiento por parte del Gobierno Militar. Romanini lo sabe como nadie:

El Puerto murió también con la nueva tecnología que se implantó con el avance, especialmente con la descarga, la estiba y desestiba de la Aduana. Después la grúa Eurosál simplificaba y aliviaba económicamente el trabajo. Porque la descarga de los buques era atrasada, se usaban lingas. Era una pluma donde colgaba una gruesa cadena y abajo había una tabla gruesa y cuadrada. Y ahí, adentro, cargaban esa tabla, y afuera había otra cuadrilla esperando para descargarla; en fin. Entonces qué pasaba, había muchos accidentes. Por eso después la grúa Eurosál, que la descarga de un buque, vamos a suponer que se demoraba dos días, se demoraba medio día y un poco más. Entonces simplificaban el trabajo un 40, un 50 %. Pero qué significó eso, la gran cesantía que hubo aquí en Valparaíso. Y yo la viví, por eso se lo digo. Pero la bohemia con lo primero que empezó a morir fue con el Golpe Militar. Porque con el golpe hubo su toque de queda. El primer toque de queda fue hasta las seis de la tarde. Después lo extendieron hasta las ocho. Y después hasta las diez, para que los negocios de la noche pudieran reiniciar su trabajo. Pero ya gran parte de la fuerza de la vida que había en ese tiempo, fue muriendo de a poco.

Por otra parte, El Terremoto, nos da su versión que no dista mucho de la de Romanini:

El Puerto de esa época ya no existe. En el Sector Puerto antes trabajaban tres mil, cuatro mil personas de noche poh. Hoy día están las luces prendías no se ve mover ni un ancla, ni una máquina, nada poh. Es muy poca la gente que trabaja. Y había plata, en Valparaíso. Ante' la bahía estaba llena de barcos. Se juntaban 15, 20 barcos allá donde está el dique, se veían los barcos, los famosos Santa, en toda la bahía, los muelles llenos. Ante', a esta hora, ahora no se siente trabajar, pero ante' esto era como estar metí'o en una maestranza, se sentían ruidos toda la noche. Ahora tu mirai para allá en un container hay como 10 *pelagatos*<sup>258</sup> trabajando. El resto lo hace todo la máquina grande. Y más encima le pagan mal a la gente, y la gente no tiene ni plata pa' venir a gastar acá. Antes no, había plata acá en Valparaíso, y ahora lo poco y na' que queda no vale la pena. El Puerto lo vendieron y hoy día estamos en la miseria más grande. Por eso que no hay bohemia, nadie quiere venir a instalarse con algún local, porque aquí no hay futuro, no hay plata. Es muy difícil encontrar alguna

---

<sup>258</sup> *Pelagato*, "Hombre insignificante o mediocre, sin posición social o económica" (RAE).

parte que haya aún bohemia, que traigan un show artístico, que tenga una orquesta, porque no sé cómo podrían pagarlo, poh. [...], no creo que pudiera volver a renacer el Puerto, no se ve nada. Ahora la misma gente está cambiada, los negocios; todo. Es un sinfín de negocios' cerra'os poh. Tu bajai a las siete de la tarde y el Barrio Puerto e' un lugar desierto, excepto los días viernes, cuando están abiertos los pubs. Pero el Puerto nunca va a volver a ser como antes, jamás. Antes lo' extranjero' venían al Barrio, se casaban con las mujeres y se las llevaban. Ya no es como antes, nunca va a volver a ser como antes el Puerto. Llegaron los milicos, cagó el Puerto, se quemaron los negocios, ¿qué va a quedar?, nada, nada de nada...

Las visiones respecto a las consecuencias que produjo el Golpe de Estado en esta sociedad porteña son coincidentes. En la mente de los sujetos está grabado el hecho que la mejor parte de sus vidas se acaba en el momento en que el país pasa a manos de la Junta Militar. Desde ese momento, haya o no sido responsabilidad directa de la dictadura, sus vidas se transforman, se deterioran. Aparecen el envejecimiento, las enfermedades, la soledad, la cesantía, la pobreza. Como buenos bohemios, tenían mujeres pero no esposa (“...porque no soy de hogar —nos cuenta Jorge Farías—, voy a cantar a alguna parte y me quedo afuera. Mis cuatro hijos no los crié yo, los criaron las mamás de ellos, son de diferentes mujeres”) y otros ni siquiera hijos ni casa ni trabajo estable. Ya no estaban esos fajos de billetes que cuentan haber tenido. La plata comenzó a escasear, los amigos a morirse, los negocios a cerrar... ¿Qué pasó entonces?

Pero lógico, es la época más linda que yo viví, la mejor que hubo en el Puerto [dice El Justiciero]. Yo viví to'o el apogeo. Ahora ya no, han pasado tantos años ya. Yo no cambio el Puerto antiguo, cómo fue y cómo es ahora, no, no lo cambio. El Puerto fue bonito. Actualmente uno lo echa mucho de menos porque ha cambiado, pero uno ya se aclimató aquí y aquí tiene que morir. Después de haber llevado una vida bohemia y que de la noche a la mañana la cosa cambie, entonces, ya no es lo mismo..., muy bonito, muy bonito lo que era el Puerto antiguo. Cuando voy pa' llá, a La Cuadra, me da nostalgia, ando por ahí y me pongo a hacer *remember*, cuando uno estaba ahí, ahora to'o pela'o, edificios que se echaron abajo, entonces da pena. El Puerto ya murió, el Puerto murió, yo me voy a morir y el Puerto nunca va a ser como antes, la gente antigua era otra cosa, era buena. Yo fui una persona afortunada pero también fui estúpido. Lo pasé bien, pero a la edad que tengo me siento, puta..., cagó esta güeá del Puerto y cagué yo también. Yo debería haber teni'o una *pega*<sup>259</sup> güena, una casa. Es que uno no pensaba eso. Me la farrié to'a. Ahora tengo apena' una jubilación de 38 luca'. Si yo no necesitaba plata, si *andaba*

---

<sup>259</sup> *Pega* es trabajo.

*pato*<sup>260</sup> llegaba uno y, —'¿cómo estai, vamos pa' llá, vamos pa' 'ca'; —'No tengo plata', —'Ándate a la chucha, yo tengo hueón'. Quién le va a decir ahora, —'Oye, tengo 10 mil pesos, tengo 50 mil pesos, ¿vamo' a tomar?' La vida que llevé yo no la ha lleva'o nadie. Mucho desgaste físico, mucha amanecí'a, la droga y las mujeres. Yo me acostaba con dos, tres mujere' en la noche, y comía *ahí no má*<sup>261</sup>, a veces comía y otras veces no comía. Por eso la gente dice, —'¡No sé cómo po'í 'tar vo ví'o!' Han llega'o gente de ajuera y preguntan por El Justiciero, —'Ahí 'ta, gueno'. —'¿Y todavía está vi'o, ese viejo?' Con lo que tomé, con lo que güevié, y las trasnochá', y las mujeres.... Resulta que yo me moví en un sector donde había plata, donde había trago, donde había mujere'. Yo no pensaba pa' más tarde, pensaba el presente no má'. No pensaba que iba a llegar a una edad que de repente esto se iba a acabar pa' siempre, que se iba acabar la vida. Esto me afecta. Uno echa de menos todo lo que pasó, la vida que llevé yo, la gente que estaba en el Puerto, que murió. Yo ahora estoy solo y me siento solo. Tenía familia y ahora están to'o' muerto'. Entonces pienso y por eso he esta'o enfermo yo en El Salvador<sup>262</sup>, por hacer mucha memoria. Entonce' me afectaba un poco el sistema nervioso. Por tanta coca que le hice también. Vienen las secuelas, poh. Claro, después dejé to'o eso. En el 73 yo ya empecé a sentirme mal. Me sentía de repente raro, sentía una cosa como que yo me iba a caer muerto. Entonce' me ho'pitalizaron en Viña, en el Gustavo Fricke. Despué' seguí así y un amigo mío me presentó un médico, yo le expliqué *altiro*<sup>263</sup>, le *conté la firme*<sup>264</sup>, —'Yo estuve metí'o en esto y en esto, la droga la tenía a montones, entonces... ', y ahí comencé a hacerme exámenes, pasaron meses. Salí del hospital y no hallaba pa' dónde tirar...entonces me sentía mal, me sentía raro. Bajaba pa' 'bajo y veía que la cosa no era como antes, entonces me daba mucha nostalgia y de ahí me tuve que internar en el siquiátrico, incluso actualmente estoy en tratamiento, pero con pastilla pa' dormir y cuestiones raras...

Ahora [señala Edmundo Díaz] hay mucha pobreza, mucha. Se acabó todo el Puerto. Antes había mucha casa 'e puta. 'taba el 37, el 39, en La Cuadra que se llamaba, 'taba el 35, era re güeno ahí. No hay nadie ahora. Llegaba mucho gringo ante', cualquier barco de ajuera. Ya se terminó to'o eso. La Cuadra era harto moví'a, día y noche, eran cabaré bonito', con luces colorá'. 'taba un

<sup>260</sup> *Andar pato, sin ni uno*, andar sin dinero, pobre, sin ningún peso en los bolsillos.

<sup>261</sup> *Ahí no más*, expresión que quiere decir medianamente, regular, más o menos...

<sup>262</sup> Hospital Del Salvador, siquiátrico ubicado en unos de los cerros de la ciudad, Playa Ancha.

<sup>263</sup> *Altiro*, chilenismo muy común que significa inmediatamente, al instante.

<sup>264</sup> *Contar la firme* es decir la verdad, andar sin mentiras, excusas ni rodeos.



cabaré que llegaba mucha gente güena e' plata... Ahora usté' se va por aquí por Serrano y todos dicen 'se vende', 'se arrienda', no hay negocio, no hay nada; todo malo, malo, malo. Ahora no hay nada, nada, nada...

Bueno, el Barrio Puerto [recuerda Romanini] es hoy como un pueblo abandonado, en su tiempo tuvo su época de gloria y majestad, llena de luces y colores, niñas y mariposas de la noche, diferentes hombres de sociedades, que sé yo...

Todo, todo, todo. Esto era una cuestión que en la noche salía el sol, era extraordinario poh. Tenía una vida llena de todo, de todo. No nos faltaba ni una cosa, de ningún tipo. Yo viví 15 años con una mujer ahí, que después del *golpe* vendimos las cosas que teníamos, ella se fue pa' España, y yo pensaba irme pa' España también, pero no me juí na' poh. Cuando veo todo esto y me acuerdo, puta [señala acongojado El Terremoto] me dan ganas de morirme, poh. Si tuviera una varita mágica, volvería al sistema de vida que había en el período del 60 hasta el 73, fue güeno, después se murió todo Valparaíso. En todos los puertos que fueron tomados por las FF.AA. se impuso un régimen militar pa' entrar pa' salir, era casi imposible vivir, poh. Me da nostalgia...

**TERCERA PARTE. Tercera Lógica y un  
Alegato**

## CAPÍTULO 8. En el fondo, una nueva alternativa

Investigar quiere decir avanzar por distintos caminos con el fin de ir descubriendo mundos nuevos, algunos previamente supuestos a través de hipótesis y otros completamente desconocidos, insospechados.

Cuando nos planteamos el hecho de que en el Barrio Puerto de Valparaíso aún existiría un tipo de cultura popular concebida gracias a la permisividad que nos otorgan los Estudios Culturales, tratamos de ir tomando los atajos que nos encaminaran a comprobar que sí, que efectivamente en este sector portuario se había generado y todavía mantenido una forma de vida como nosotros mismos la habíamos descrito. Pero cuando se comprobó esta tesis inicial (porque, claro, de alguna manera parecía evidente, faltaba sólo ajustar algunos elementos, nombrar otros, demostrar con ejemplos, etc.), nos dimos cuenta que el camino no acababa ahí; era sólo parte de una gran carretera que conducía por otros desconocidos e interminables ramales. Después de rendir cuentas y con la satisfacción de que todo estaba ya dicho, sentimos la inquietante sensación de que faltaba algo, que el trabajo no terminaba ahí. Era sólo el comienzo de una etapa que nos exigía comprobar qué había detrás de esos modos de ser y de sentir populares. Y porque no quisimos nunca caer en la mera descripción, nos vimos estimulados y comprometidos no solamente a desarrollar nuevas ideas a través del mundo popular —lo que exigía a su vez la imperiosa necesidad de repensar nuestro modo de habitar el mundo— sino por sobre todo, desde allí construir una alternativa, una posibilidad cierta —y no teórica, únicamente— que sirviera, en una palabra, a crear un mundo mejor, más humano, más justo. En fin, discurso, pero discurso aplicable a la realidad con capacidad transformadora aquí y ahora.

Sospechábamos por eso que detrás del conjunto de manifestaciones populares generadas en el Puerto de Valparaíso había algo distinto, que al nombrarlo siempre se le ubica a un costado de aquello que primero designa el modelo oficial. Y eso, en su *descuido*, es cautivante. Se trata, en resumidas cuentas, de la emergencia de una forma distinta de racionalidad, de un nuevo paradigma “capaz de entender e integrar de otro modo las variadas facetas que se conjugan en

el modo de ser hombre y su experiencia histórica”<sup>265</sup>. Lamentablemente muchas veces la escritura nos impide demostrar lo que en el diálogo permanente con estos sujetos fuimos descubriendo: esta lógica distinta que no es, insistimos, la del mundo moderno propiamente tal. Aunque pareciera que las identificaciones entre las concepciones y las figuras del pensamiento occidental y el popular son reales, cuando se estudia con más detención este fenómeno, nos damos cuenta, no obstante, que son sólo superficiales y que en el fondo no calzan. Pero ese desajuste (señala Cristián Parker) no impide que estos modelos de representación de la sociedad puedan coexistir en un mismo espacio y sobre un mismo grupo de personas.

Se recurre al médico y al curandero para sanar enfermedades, indistinta y simultáneamente. No hay allí irracionalidad e incoherencia, como podría observar una mentalidad fría, analítica e ilustrada. Hay una forma de articulación de los elementos que no es enteramente moderna, pero tampoco es

---

<sup>265</sup> Es lo que algunos llaman “nueva espiritualidad”, surgida como respuesta a la crisis de identidad que engendra el desencanto moderno. Surge como un diagnóstico cada vez más generalizado frente a esta *conciencia de crisis* de un modelo de racionalidad y desarrollo que durante cinco siglos ha sido el paradigma predominante. A su vez incide a diseñar un replanteo de fondo de este paradigma prevaleciente, el que debiera encaminarse hacia la búsqueda y levantamiento de una nueva figura de racionalidad sustantiva, que se oriente acorde a una exigencia general de carácter ético-político: el poder redefinir las relaciones entre hombres, mujeres y entre estos y la naturaleza, mediante una crítica de todas aquellas estructuras alienantes. La capacidad para poder diseñar e imaginar una civilización diferente precisa, por cierto, de una participación como criterios de validación, el diálogo, la discusión argumentada y razonada, el respeto al otro. Siempre en base a los principios fundamentales propuestos por los Derechos Humanos. En este contexto aparecen obras como las de F. Capra, *El punto crucial*; M. Berman, *El reencantamiento del mundo*; J. Habermas, *Escritos Políticos y El discurso filosófico de la Modernidad*; de A. Heller y su *Crítica de la Ilustración*; en el plano económico, proposiciones como la de M. Max-Neef; y H. Maturana y F. Varela, en un replanteo de las formas de conocimiento desde la biología, *Autopoiesis*, etc. Revisar, a este respecto, *¿Superando la racionalidad...?*, 123-127. (Salvat, “Hacia una nueva realidad...”).

antimoderna. La combinación es *sincrética* y, en el contexto latinoamericano, *hemiderna*<sup>266</sup>.

En consecuencia, la cultura popular del Barrio Puerto, los modos culturales manifiestos en La Cuadra en la década de los 60, es *moderna* y, al mismo tiempo, mantiene con la modernidad —en la medida que coexisten, la aprovecha y la rechaza—, una relación ambigua: de crítica y atracción. Por otra parte, es *premoderna* porque está enraizada en toda su historia y su tradición. A esto Parker lo bautizó como *hemiderno*, porque obedece a *otra lógica*, una lógica que es alternativa a la racionalidad occidental dominante en la cultura del capitalismo transnacional. Es una práctica vital, experiencial, emotiva, simultánea, del símbolo y de lo sensible frente a la lógica de la razón, la forma, la linealidad, lo sucesivo y lo despersonalizado<sup>267</sup>. Donde predomina el sentido de lo real, de la medida, del orden y del cumplimiento del deber. Aquel que hoy en Valparaíso está llevando a cabo, en nombre del patrimonio, todo un proceso de transformación turístico y comercial.

Por eso, reafirmamos el hecho que en estos lugares existió realmente un modo de vida popular. Se generaron allí formas y sistemas de pensamientos a los cuales se les pueda estimar como *alternativos* frente al modelo hegemónico impuesto a la ciudad desde muy temprano. Existió, en consecuencia, algo *otro*, distinto, no como ilusión sacada de los libros de historias o de otros mundos mediáticos, de pasados remotos... Por el contrario, creemos que aunque latente y deteriorada se mantiene aún la presencia de un saber popular o una, como dice Maximiliano Salinas, “sabiduría del amor como identidad suprema”<sup>268</sup>, cuyo espíritu aún se cruza dialécticamente con las manifestaciones propias que caracterizan y conforman a la cultura eurocéntrica. Pero no como una simple y testaruda actitud popular frente al orden hegemónico, —o como señalan ciertos prejuiciosos, que prefieren creer que están sólo frente a una muestra *folclórica*, *vulgar* o *pintoresca*—. No. Nos atrevemos a afirmar que se trata más bien de una *contracultura* de verdad, que va más allá de negar o desobedecer el canon

---

<sup>266</sup> *Hemiderna*, neologismo (de *hemi*, semi o media moderna; entre lo pre y lo moderno) acuñado por el autor. *Otra lógica en...*, 376.

<sup>267</sup> *Ibid.*, 376-382.

<sup>268</sup> *En el cielo están...*, 176.

moderno impuesto por Occidente; asume ésta —con todas las dificultades y riesgos que ello implica— una naturaleza alternativa cierta. Otra lógica. *Una tercera lógica*, que en el caso del Barrio Puerto y de La Cuadra de Valparaíso, alterna para los *vicios del mundo moderno* (trabajo, acumulación, violencia), el carnaval, la fe, el derroche, la abundancia, el amor, el respeto y la amistad. Y es que detrás de esta cosmovisión porteña se halla un potente acervo cultural heredado, como quedó dicho, del incesante transitar de hombres y mujeres mestizos venidos de no sabemos qué puertos ni a qué cosa, pero que en ese paso fugaz e intenso fue quedando una huella indeleble que ni la elite ni los años han podido amordazar. Porque estas *tierras del pecado* cuyo dueño no es nadie y son todos a la vez, se fue construyendo *así nomás*: de improviso, a cada rato, en todo momento, siempre... Entre saludes, provechos y gemidos se fue construyendo este lugar antropológico que conserva un poderoso capital intangible y que hoy —cuando menos— sufre el desprecio por parte de *lo* tangible. En efecto, estamos frente a un tipo de sujeto popular en cuyas vivencias fue tejiendo una práctica cotidiana e histórica no del todo sometidas a la lógica de mercado, en donde estaba el conjunto de relaciones solidarias, cooperativas y subjetivas no competitivas ni tampoco sometidas a la lógica de la acumulación. Pero, más allá de las prácticas y estructuras sociales que definieron ese modo de ser popular y bohemio, hay una racionalidad popular, un *ethos*, diferente al de Occidente, en el cual habita, se cobija y retroalimenta este saber y esta cotidianeidad popular:

Interactuamos a diario [afirma Parker] con sujetos que viven, piensan y creen de una manera diversa a la nuestra, aun cuando compartimos los mismos espacios públicos: calles, escaleras, buses, oficinas, escuelas, mercados, veredas, industrias, plazas, etc. Aquí la alteridad de la cultura popular se borra por las mil intersecciones entre nuestra cultura y la de ellos<sup>269</sup>.

Y más aún, mirado desde una perspectiva sociológica más amplia, constituye una forma concreta de manifestación que por sus representaciones simbólicas, hace presumir la presencia de un nuevo paradigma emergente. Paradigma, “subalterno y subterráneo que se desarrolla y alimenta en los intersticios de la modernidad subdesarrollada”. Como se dio en toda su plenitud hace cincuenta años en unos de los lugares olvidados del puerto de Valparaíso. Por otra parte, al dar a conocer esta realidad sociocultural que se vivió en el

---

<sup>269</sup> *Otra lógica en...*, 375 y 354, respectivamente.

Barrio Puerto, específicamente en La Cuadra, en este sector extremo y marginal del suburbio urbano, se está poniendo también en evidencia que estos lugares no desaparecen; la modernidad aunque los pone en segundo plano no los borra, incluso a veces los usa. Son, de alguna manera, *indicadores del tiempo que pasan y que sobreviven*.

Por ahora sólo tenemos claro una cosa: existe en Valparaíso un sector que vive al margen no sólo del espacio geográfico-urbano sino también del sociocultural. Creemos haber demostrado que el sistema de valores, ideas y creencias, que explicitan los sujetos populares que frecuentaron los bares del Barrio Puerto y de La Cuadra, se corresponde con el *estatuto* de cultura popular que a lo largo de esta investigación-acción histórico-cultural se ha intentado desglosar. Ahora, si es así, esta cultura popular que constituye, sin duda alguna, un poderoso capital, estaría siendo peligrosamente amenazada por las actuales políticas culturales, como sucede, por ejemplo, con el Proyecto Patrimonio de la UNESCO.

## CAPÍTULO 9. El *patrimonio* que no es patrimonio

A propósito, cuando en el año 2001 se hizo entrega del Expediente de Postulación de Valparaíso como Sitio del Patrimonio Mundial / UNESCO<sup>270</sup> en el cual se delimitaban las zonas tanto de Postulación como de Amortiguación, se le asigna carácter patrimonial<sup>271</sup>, por ejemplo, a los cerros Alegre y Concepción, al sector bancario de la calle Prat, a la Plaza Sotomayor, más allá, a la Quebrada Márquez y a La Matriz y su iglesia; pero no su entorno<sup>272</sup>, o sea, justamente el Barrio Puerto y La Cuadra.

Este *entorno* que viene pues a representar —en los términos antropológicos de Augè— un *lugar* y donde, por lo demás, se inscribe una parte importante de la historia social y política

---

<sup>270</sup> “El lunes 14 de enero del 2001 a las 10.30 horas, en la Academia Diplomática Andrés Bello, se realizó la Ceremonia de Entrega del Expediente de Postulación de Valparaíso como Sitio del Patrimonio Mundial / UNESCO. [...], que incluye un Texto Central, un conjunto de 8 anexos que abundan en los contenidos expuestos en él, planos y mapas, material fotográfico, videos con largometrajes y documentales relativos a Valparaíso, discos compactos de multimedia y de música alusiva a la ciudad, y una gran cantidad de publicaciones que abordan diferentes facetas de la herencia porteña. El Expediente fue entregado por el Sr. Agustín Squella Narducci, Asesor Presidencial de Cultura y Coordinador del Comité Directivo de la Postulación”. En: <http://www.granvalparaíso.cl>, s/f.

<sup>271</sup> Patrimonio: “...fondo destinado al disfrute de una comunidad ampliada a las dimensiones planetarias, y constituido por la acumulación continua de una diversidad de piezas vinculadas por su común pertenencia al pasado: objetos y obras maestras de las bellas artes y de las artes ampliadas, trabajos y productos de todos los saberes y habilidades del ser humano”. François Choay, *Alegoría del Patrimonio. Monumento y monumento histórico*. París. Editions du Seull, 1992, p. 5.

<sup>272</sup> Documento de Trabajo. Informe Final. Seminario Internacional “Conservación y Revitalización de la Ciudad-Puerto de Valparaíso-Chile”, 11.10.2002.



porteña no tendría —para quienes llevaron a cabo la postulación— los atributos necesarios o suficientes para ser considerado patrimonio histórico. Por eso no se incluye, o mejor dicho, se excluye esa realidad, ese universo social intangible que estaría a punto de extinguirse y que, por lo mismo, necesita ponerse a salvo tanto cuanto más susceptible de deterioro es. Sin embargo se protegen sólidas edificaciones que han permanecido intactas por más de un siglo. Se les olvida, parece, a nuestros gestores, que la riqueza de Valparaíso no está en sus cosas sino en su gente. Ciertamente estamos frente a una paradoja: aquello que no necesita ser *tan* protegido porque ha demostrado *saber* protegerse, se resguarda; en cambio, aquello que no puede protegerse por sí solo porque está *ahí* lo moderno —con sus aparatos y sus medios— se desprotege<sup>273</sup>. Y es más, al no ser incluido no sólo se desconoce como capital cultural intangible sino también se *barre*, se pasa a llevar; ya que como deslinda con el lado patrimonial sufre el desprecio del vecino, pasa a ser el dorso, el patio trasero donde va a dar la basura que deslucen la fachada del Valparaíso que se exporta y que se busca preservar.

Ahora, al revisar los criterios que al respecto aplica la UNESCO —y con ella por supuesto el Gobierno de Chile—, lo anterior no debería extrañarnos. A poco andar caemos en la cuenta de que estos no están precisamente interesados en proteger *lo popular*<sup>274</sup>; su interés está centrado en otra parte. Al concebir patrimonio como algo presuntamente de la nación, lo que buscan las políticas oficiales es hacer a la sociedad partícipe de ciertos objetos concretos como un mecanismo de integración nacional. De ahí que su interés esté puesto en el capital tangible (la arquitectura, las calles, los ascensores) más que en el no-tangible (la historia oral, las danzas,

---

<sup>273</sup> “En estas vacilaciones y contradicciones irresueltas del consumo se manifiestan las ambigüedades de la modernización, la coexistencia de tradiciones culturales diversas y la desigual apropiación del patrimonio”. Néstor García Canclini. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México. Grijaldo, 1990, p. 145.

<sup>274</sup> En todo caso reconocemos el trabajo que tiene la UNESCO protegiendo el patrimonio intangible de otras culturas a lo largo y ancho de todo el mundo, no obstante, en este caso, la mirada está puesta más en lo tangible y eso, creemos, es responsabilidad de los gestores y no de los patrocinantes.

los cantos populares, las leyendas)<sup>275</sup>. Al ser así, el patrimonio pertenecería entonces sólo a un grupo —a la elite, o a quienes ocupan o son dueños de los bienes materiales—, y desde allí se pretende hacer participar al conjunto de la nación, como si fueran éstos los códigos propios de la identidad nacional, sólida y consolidada. De este modo, el patrimonio vendría a remediar esa incertidumbre que aqueja a las identidades de hoy: heterogéneas, móviles y desterritorializadas que caracterizan a sociedades como la nuestra. De ahí pues el énfasis del Gobierno en establecer el Día del Patrimonio Nacional<sup>276</sup>, de ahí también la apertura una vez al año para que *apreciemos con asombro* palacios como el mismo Baburizza o el panteón de Prat, la Moneda, clubes y casonas que vendrían a *orientarnos* en cuál es nuestra identidad, cuál o cuáles son los referentes que como nación definen lo que somos. Al parecer, para algunos, es en estos lugares donde se hallaría el capital cultural heredado de nuestros antepasados y no en las formas de vida que se mantienen aún en la marginalidad.

Por eso que nos interesa situar el fenómeno popular de La Cuadra como parte de un capital intangible dentro de la reciente inclusión de Valparaíso como Patrimonio de la Humanidad. Pero desde una mirada polémica. Poniendo en cuestión los criterios con que operan las

---

<sup>275</sup> Según Fidel Sepúlveda, el área que abarca el patrimonio intangible corresponde a todas aquellas que no se ven y que permanecen en la oralidad y en la memoria de los seres humanos. Por otro lado, tenemos los monumentos que serían aquellos objetos visibles que nos recuerdan hechos o acontecimientos de nuestro pasado. Aunque es necesario destacar que “cualquier objeto del pasado puede convertirse en testimonio histórico a pesar de no haber tenido, en su origen, un destino conmemorativo. A la inversa, todo artefacto humano puede ser dotado deliberadamente de una función conmemorativa”. Fidel Sepúlveda. “La dimensión filosófica y política del patrimonio cultural”. Ponencia. *Seminarios de Patrimonio Cultural*. Santiago de Chile. DIBAM, 1997, p. 70.

<sup>276</sup> “Nunca el desarrollo de un país es completo si no hay una evolución cultural basada en sus raíces, historia y valores”, sostuvo ayer el Presidente Ricardo Lagos, tras firmar en la Sala de Lectura de la Biblioteca Severín de Valparaíso el Decreto Supremo que consagra definitivamente el último domingo del mes de mayo de cada año como el Día del Patrimonio Nacional, documento que también fue refrendado por la ministra de Educación, Mariana Aylwin”. En: <http://www.elmercuriodevalparaiso.s/f>.

políticas culturales (nacionales e internacionales) que consideran el patrimonio sociocultural esencialmente a partir de objetos concretos y como un *mecanismo de integración nacional*. Dejando de lado formas de vida, costumbres y creencias que constituyen la parte no-visible de las culturas. Así se explica pues el hecho de que lo no-tangible del patrimonio sólo sea reconocido como subsidiario del monumento; y asimismo, las identidades que, como sabemos, no se pueden ver, se tornen entonces invisibles para el discurso oficial<sup>277</sup>.

---

<sup>277</sup> *Revisitando Chile...*, 240. (Citado de Miguel A. Chapanoff. “El mundo invisible: identidad y meritorio”).

## Epílogo

Adentrarse en el estudio de la cultura es un trabajo tan riesgoso como apasionante. Y lo es más todavía cuando lo que se investiga corresponde a una realidad específica que los culturalistas cuando no la rehuyen la encasillan bajo sólidas concepciones muchas veces difíciles de remover, tal como es el caso de la *cultura popular*. Sin embargo, dotados tanto de sensaciones y experiencias personales como del manejo teórico-conceptual brindado por los Estudios Culturales, hemos articulado un discurso que nos sirvió para entender mejor la noción respecto a *lo popular*. Si bien corresponde a un término que por su raíz apunta a una cierta categoría social, el pueblo, por los usos que las distintas disciplinas le otorgan, adquiere siempre un valor equívoco. Primero porque *pueblo* de sí ya lo es. Se trata de un término volante aplicable a muchas situaciones; pero por sobre todas, aquella que sugiere un carácter colectivo y cuyo sujeto es conciente de su historia así como dueño de un caudal socio-cultural vivo y activo, en condiciones siempre de transformar su presente para proponer un futuro.

De esta manera pues, la cultura popular, de la que nos hemos hecho cargo, recoge esta noción de pueblo para trasladarlo a un universo más amplio y a una cosmovisión que pese a no ser dominante posee características distintivas. Entre ellas su imaginación creativa y de autonomía. Pero fuera del discurso, en el trabajo de campo, en el contacto permanente con los sujetos del Barrio Puerto, logramos no sólo constatar dichos rasgos, sino además vislumbrar otros que la potencian y la liberan de los prejuicios con que la cultura oficial la clasifica.

La cultura popular que se manifiesta en la bohemia porteña después de la segunda mitad del siglo XX hasta el golpe militar de 1973, representa un modo de ser, de estar y de ver el mundo a partir de la fiesta, de la abundancia en la comida y la bebida, y del amor. Así se contraponen al modelo hegemónico impuesto por Occidente desde el siglo XVI en adelante y así también surge como modelo alternativo frente a la actual mercantilización transnacional. Sobre la base de estas premisas reconstruimos historias que en su conjunto reflejan *la* Historia del mundo popular del Sector Puerto. Una historia cuya fuente principal es la *memoria*, el recuerdo que todavía conservan quienes fueron los artífices de un momento emblemático dentro del desarrollo histórico-cultural de Valparaíso. Desde este acto tan básico como es el

de recordar<sup>278</sup>, además de traer al presente un pasado con sentido, vimos cómo los sujetos reafirmaron su condición de tales. Al evocar no sólo se reconocieron como portadores de una memoria histórica particular y colectiva, sino que además se sintieron sujetos, sujetos populares, concientes, dueños de un capital sociocultural y de una identidad con la cual valoran su pasado, y lo transmiten; viven un presente, y lo proyectan al futuro.

De esta manera los conceptos de *cultura, lugar, memoria y sujeto* populares se entrecruzan configurando un *sentido vital* que pese a haber sido permanentemente negado y prejuiciado por parte de las elites y la cultura oficial, no ha perdido vigencia. Aunque la modernización ha socavado casi por completo las formas tradicionales de relacionarse entre las personas, implantando en su lugar el consumo y la individualización como formas de autoidentificación, la cultura popular que se generó en el Barrio Puerto de Valparaíso, entre los años 50 hasta septiembre del 73, en torno a los bares, prostíbulos y locales de vida alegre, ha podido resistir. No con la vitalidad de antaño, porque las generaciones se renuevan, porque los lugares desaparecen, porque la sociedad y los modos culturales se transforman, porque la ciudad ya no es la misma... Pero está en el recuerdo, cuando los sujetos la nombran, la reviven y también cuando la niegan. Porque cuando dicen *ya no está*, en ese acto evocativo, en su expresividad, sigue estando presente esta cultura que se resiste a desaparecer. El negarla es también un signo de su permanencia. Y lo es porque en el acto recordatorio el sujeto emite un juicio histórico donde compara el presente con el/su pasado. Es un universo popular que ya *no está* pero *está* porque precisamente *está* en su *no-estar*, es decir, se mantiene en las carencias del presente, en lo que la sociedad actual no puede proveer, en la memoria obstinada que reclama la diferencia entre el hoy y el ayer, en la certeza de que hubo un Chile mejor y de que *ya nada es como antes*. Ahí está. En esas subjetividades se haya la cultura popular que

---

<sup>278</sup> A propósito, señala Lechner, “*recordar el pasado* tiene dos lecturas. Puede ser un reconocimiento de lo perdido. Como dice la canción: *la vergüenza de haber sido y el dolor de ya no ser*. Una especie de 'melancolía' que asume el dolor y la vulnerabilidad. Pero puede ser igualmente una lectura nostálgica que —de cara a las miserias del presente— recuerda las alegrías de antaño. Las dos posibilidades no se excluyen —la memoria y el olvido forman pareja—. Más hermoso lo dice Marc Augè (1998): 'La memoria es una forma esculpida por el olvido como el perfil de la orilla por el mar'”. *Las sombras del mañana...*, 65-66.

nosotros reclamamos. Y como la historia no es puro acontecer sino también, y sobre todo, conciencia, basten los recuerdos para que confirmen su existencia.

Una primera lectura podría concluir que el golpe militar y en especial el toque de queda que se impuso fueron decisivos para la caída de aquella cultura-bohemia, aunque no significó su muerte definitiva mucha de esa vida se volvió clandestina. Si bien no pocos creen que ese mundo popular desaparece por completo con la dictadura, nosotros reafirmamos, por el contrario, su permanencia. Esta cultura popular portadora de una pasión irrefrenable no desapareció porque no se quedó quieta; se movió y se trasladó a otros lugares acaso menos fragorosos y refulgentes que los antiguos, pero *ahí está* y no sólo en la memoria de los viejos; también en la cotidianeidad de los más jóvenes. Quitarle este atributo es desconocer el verdadero valor que tiene para nosotros, los porteños, *ese sabemos qué* que se traduce, en el fondo, en un potente capital sociocultural alternativo, contrahegemónico y contracultural.

Hemos hablado, por fin, de una cultura popular que por medio de la fiesta —opuesta al trabajo y a la guerra— como forma de subsistencia; del comer y del beber, sin restricciones — contrarios a la abstinencia y a la acumulación—, cuyo elemento central es el cuerpo; y de los sentimientos basados en el amor como formas de aceptación y de tolerancia junto al otro —inversos a la discriminación de identidades, a la homogeneización y al desprecio por la diferencia—, intenta, este mundo popular, construir una sociedad más justa e igualitaria. Se trata, por eso, de un saber que prepara para una vida más amable, donde se cultive y desarrolle la sensibilidad, el respeto y el amor por el otro. De ahí que sea una cosmovisión popular en que operan otras lógicas, otras formas de ser y de sentir que se sitúan al frente del paradigma racional moderno, impuesto por Occidente y que impregna y mina a las sociedades actuales.

Ahora bien —y con esto concluimos— que en ningún caso se crea que al hacer responsable a la modernidad de muchos de estos alegatos le estamos quitando su valor. Por el contrario, reconocemos en ella *potencialidades emancipadoras a las que sería una torpeza renunciar*<sup>279</sup>. De lo que se trata a fin de cuentas es de cuestionar los modos cómo operan las políticas culturales. Y nos damos cuenta que se siguen aplicando los mismos métodos: siempre de espaldas a los más pobres, ignorando a las minorías, excluyendo a los *otros*. Esos mismos

---

<sup>279</sup> *Poscolonialidad...*, 8.

*otros* que, dentro de un universo mayor, nos permiten sentar las bases de *otra lógica*, alternativa al modelo cultural modernizante que, según queda visto, nos niega, nos barre, nos oprime...

## BIBLIOGRAFÍA

- Advis, Luis** (ed.). (1997). *'Nano' Núñez. Poesía Popular*. Santiago de Chile. SCD.
- Alboukrek, Aarón y Herrera, Esther**. (1992). *Diccionario de escritores hispanoamericanos. Del siglo XVI al siglo XX*. Buenos Aires. Larousse.
- Aravena, Pablo** (ed.). (2002). *Miseria de lo cotidiano*. Valparaíso. Universidad de Valparaíso. Facultad de Humanidades.
- Augè, Marc**. (1993). *Los "no lugares". Espacios del Anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, tr. Margarita N. Mizraji. Barcelona. Gesida.
- Bajtin, Mijail**. (1974). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Barcelona. Barral.
- Brunner, José Joaquín**. (1998). *Un espejo trizado. Ensayos sobre cultura y políticas culturales*. Santiago de Chile. FLACSO.
- Calderón, Alfonso y Schlotfeldt, Marilis**. (2001). *Memorial de Valparaíso*. Santiago de Chile. Ril.
- Jordana, Ricardo**. (1970). *Diccionario Inglés-Español y Español-Inglés*. Barcelona. Sopena.
- Carmagnani, Marcello**. (1984). *La Gran Ilusión de la Oligarquía. Estado y Sociedad en América Latina*. Barcelona. Crítica.
- Chandía, Marco**. (2003). "Yo soy la cueca porteña... *No cualquiera me canta...* Sujeto popular y 'cueca brava' en el Puerto". Ponencia. VI Congreso Internacional de Estudios Latinoamericanos. Centro Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos (CIEL). Universidad de La Serena. Facultad de Humanidades. 5, 6 y 7 de noviembre, 2003.
- (2004). "La Joya Deslucida del Pacífico... Cultura popular del *otro* Valparaíso", en Stecher, Lucía y Cisterna, Natalia. *América Latina y el Mundo. Exploraciones en torno a identidades, discursos y genealogías*. Santiago de Chile. Universidad de Chile. Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Chile-LOM.
- Chihuailaf, Elicura**. (1999). *Recado confidencial a los chilenos*. Santiago de Chile. LOM.

- Choay, François.** (1992). *Alegoría del Patrimonio. Monumento y monumento histórico*. París. Editions du Seull.
- Coloane, Francisco.** (1980). *Rastro de guanaco blanco*. Santiago de Chile. Zig-Zag.
- Consejo de Monumentos Nacionales.** (2001). *Postulación de Valparaíso como Sitio del Patrimonio Mundial / UNESCO*. Valparaíso.
- Cuadra, Álvaro.** (2003). *De la Ciudad Letrada a la Ciudad Virtual*. Santiago de Chile. LOM.
- Cuyas Armengol, Arturo.** (1961). *Diccionario Francés-Español*. Barcelona. Ediciones Hyma. (24ª edición).
- Documento de Trabajo.** (2002). Informe Final. *Seminario Internacional 'Conservación y Revitalización de la Ciudad-Puerto de Valparaíso-Chile'*. Valparaíso.
- Edwards Bello, Joaquín.** (2000). *El roto*. Santiago de Chile. Universitaria.
- Edwards, Hernán y otros.** (1996). *Monumentos Nacionales y Arquitectura Tradicional*. Valparaíso. ASMAR, RPC y CSAV.
- Eliade, Mircea.** (1967). *Lo sagrado y lo profano*. Madrid. Guadarrama.
- El Mercurio de Valparaíso.** (2004). "Reportajes". (16.04).
- Estrada, Baldomero y otros.** (2000). *Valparaíso. Sociedad y Economía en el siglo XIX*. Valparaíso. Universidad Católica de Valparaíso. Instituto de Historia. Facultad de Filosofía y Educación. (Serie Monografías Históricas, N° 12).
- Foucault, Michel.** (1994). "Los anormales", en *La vida de los hombres infames*. La Plata. Altamira.
- García Canclini, Néstor.** (1982). *Las culturas populares en el capitalismo*. México. Nueva Imagen.
- (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México. Grijaldo.
- (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México. Grijaldo.
- González Vera, José Santos.** (1928). *Alhué. Estampas de una aldea*. (4ª edición corregida y nuevamente disminuida por su autor). Santiago de Chile. Cruz del Sur.
- Gramsci, Antonio.** (1973). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires. Nueva Visión.



- Grez, Sergio y Salazar, Gabriel** (comps.). (1999). *Manifiesto de historiadores*. Santiago de Chile. LOM.
- Gumucio, Rafael**. (2003). *Los platos rotos. Historia personal de Chile*. Santiago de Chile. Sudamericana.
- Guzmán, Jorge**. (1998). *La ley del gallinero*. Santiago de Chile. Sudamericana.
- Hall, Stuard**. (1997)., tr. inédita. *A identidade cultural na pós-modernidade*. Río de Janeiro. DP&A.
- Hinojosa, Marcela y otros**. (1998). “Recuperación de memorias: relatos orales del Barrio La Matriz”. Tesis para optar al título de periodista. Valparaíso. Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación. Facultad de Humanidades.
- <http://www.elmercuriodevalparaiso.cl>**.
- <http://www.granvalparaiso.cl>**.
- Jocelyn-Holt, Alfredo**. (1997). *El peso de la noche: nuestra frágil fortaleza histórica*. Santiago de Chile. Planeta.
- Klignberg, Bernardo y Tomassini, Luciano** (comps.). (2000). *Capital social y cultura. Claves estratégicas para el desarrollo*. Buenos Aires. FCE.
- Klignberg, Bernardo**. (2001). *Capital social y cultura. Claves olvidadas del desarrollo*. Ponencia. Taller “Desafíos para las Políticas Sociales en Argentina, Brasil, Chile y México”, en *Colección Ideas*, N° 7.
- Lago, Tomás**. (1998). *Rugendas, pintor romántico de Chile*. Santiago de Chile. Sudamericana.
- Larraín, Jorge**. (1996). *Modernidad, Razón e Identidad en América Latina*. Santiago de Chile. Andrés Bello.
- (2001). *Identidad chilena*. Santiago de Chile. LOM.
- Lastarria, José Victorino**. (1972). *Don Guillermo*. (1ª Ed., 1860). Santiago de Chile. Nascimento.
- Lechner, Norbert**. (2002). *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago de Chile. LOM.
- Le Dantec, Francisco**. (2003). “El mercado de esclavos”, en *Crónicas del viejo Valparaíso*. Valparaíso. UCV. Ediciones Universitaria.
- Lemebel, Pedro**. (2001). *12 crónicas urbanas*. Santiago de Chile. El mundo al instinto.

- Lorenzo, Santiago y otros.** (2001). *Vida, costumbres y espíritu empresarial de los porteños —Valparaíso en el siglo XIX—*. Universidad Católica de Valparaíso. Instituto de Historia. Facultad de Filosofía y Educación. (Serie Monografías Históricas, N° 11).
- Márquez, Francisca y Sharif, D.** (eds.) (1999). “Del testimonio al relato de vida”, en *Proposiciones*. N° 29. Santiago de Chile. Sur.
- Martín-Barbero, Jesús.** (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México. Gili.
- Miranda Robles, Franklin.** (2004). “Adalberto Ortiz y Nelson Estupiñán Bass. Hacia una narrativa afroecuatoriana”. Tesis para optar al grado de Magíster en Literatura Chilena e Hispanoamericana. Universidad de Chile. Facultad de Filosofía y Humanidades.
- Mizón, Luis.** (2001). *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena*. Santiago de Chile. Universitaria.
- Montecino, Sonia** (comp.). (2003). *Revistando Chile: identidades, mitos e historias*. Santiago de Chile. Publicaciones del Bicentenario.
- Montes, Hugo y Orlandi, Julio.** (1967). *Libro de lectura séptimo año básico*. Santiago de Chile. Editorial del Pacífico.
- Moulian, Tomás.** (1997). *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile. LOM-ARCIS.
- Neruda, Pablo.** (1962). *Plenos poderes*. Buenos Aires. Losada.
- (2001). *Confieso que he vivido*. Santiago de Chile. Planeta.
- Núñez, Aliro y otros** (coordinadores). (2000). *La Isla de la Fantasía. Cuecas porteñas*. (CD, 31 temas) Valparaíso. Arrayán Estudios. Proyecto financiado por el FONDART Vª Región.
- Parker, Cristián.** (1996). *Otra lógica en América Latina. Religión popular y modernización capitalista*. Santiago de Chile. FCE.
- Parra, Nicanor.** (1993). *Poemas para combatir la calvicie*. Antología. (Julio Ortega, comp.). México. FCE.
- Pastor, Beatriz.** (1983). “Introducción”, en *Discurso narrativo de la conquista de América*. La Habana. Casa de las Américas.
- PNUD.** (2002). Desarrollo Humano en Chile. *Nosotros los chilenos: un desafío cultural*. Santiago de Chile. LOM.
- Real Academia de la Lengua (RAE).** (1992). *Diccionario de la Lengua Española*. (XXI edición). Madrid. Espasa Calpe.

- Roa, Armando y Teillier, Jorge** (eds.). (1997). *La invención de Chile*. Santiago de Chile. Universitaria.
- Rocinante**. (2004). Revista. (Año VII. N° 72, octubre). Santiago de Chile.
- Rojas, Manuel**. (1961). *Lanchas en la bahía*. Santiago de Chile. Zig-Zag.
- Rojo, Grínor; Salomone, Alicia y Zapata, Claudia**. (2003). *Poscolonialidad y nación*. Santiago de Chile. LOM.
- Romero, Luis Alberto**. (1990). “Los sectores populares urbanos como sujetos históricos”, en *Proposiciones*. (N° 19). Santiago de Chile. Sur.
- Salazar, Gabriel**. (1990). “Chile, historia y 'bajo pueblo'“, en *Proposiciones*. (N° 19). Santiago de Chile. Sur.
- (1999). “Ciudadanía e historia oral: vida, muerte y resurrección”, en *Proposiciones*. (N° 29). Santiago de Chile. Sur.
- (2000). *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. Santiago de Chile. LOM.
- y **Pinto, Julio**. (1999). *Historia contemporánea de Chile I. Estado, legitimidad, ciudadanía*. Santiago de Chile. LOM.
- Salinas, Maximiliano**. (1996). *Risa y cultura en Chile*. Santiago de Chile. ARCIS.
- (2000). *En el cielo están trillando. Para una historia de las creencias populares en Chile e Iberoamérica*. Santiago de Chile. Universidad de Santiago.
- (2001). “¡En tiempo de chaya nadie se enoja!": La fiesta popular del carnaval en Santiago de Chile 1880-1910”, en *Mapocho*. (N° 15). Santiago de Chile.
- Sarlo, Beatriz**. (1994). *Siete ensayos sobre Walter Benjamin*, Buenos Aires. FCE.
- Salvat, Pablo**. (1991). “Hacia una nueva realidad. La tarea de construir un paradigma basado en los Derechos Humanos”, en *¿Superando la racionalidad instrumental? Ensayos en busca del nuevo paradigma para la educación y la discusión de los DD.HH.* Abraham Magendzo (editor). Santiago de Chile. PIIE.
- Sepúlveda, Fidel**. (1997). “La dimensión filosófica y política del patrimonio cultural”. Ponencia. *Seminarios de Patrimonio Cultural*. DIBAM.
- Solar, Claudio**. (2001). *Anotaciones para una Historia de la Literatura de Valparaíso*. Valparaíso. Ediciones de la Gran Fraternidad de Escritores y Artistas de Valparaíso.
- Subercaseaux, Benjamín**. (1948). *Chile o una loca geografía*. Santiago de Chile. Ercilla.

- Subercaseaux, Bernardo.** (1991). *Historia, literatura y sociedad. Ensayos de hermenéutica cultural*. Santiago de Chile. DOCUMENTAS, CENECA y CESOC.
- (1997). *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Tomo I. Santiago de Chile. Aconcagua.
- (1999). “Caminos interferidos: de lo político a lo social. Reflexiones sobre la identidad cultural”, en *Estudios Públicos*. (Nº 73). Santiago de Chile.
- (1999). *Chile o una loca historia*. Santiago de Chile. LOM
- The Clinic.** (2004). Santiago de Chile. (Número especial). Año 6, octubre.
- (2004). Santiago de Chile. Nº 141. Año 6, noviembre.
- Treutler, Paul.** (1958). *Andanzas de un alemán en Chile (1851-1863)*. Santiago de Chile. Editorial del Pacífico.
- Uribe Echevarría, Juan. (1973). *Sabadomingo*. Santiago de Chile. Quimantú.
- Vallejo, César.** (1996). *Hay golpes en la vida, tan fuertes...* (Antología a cargo de Juan Antonio Massone). Santiago de Chile. Andrés Bello.
- Vicuña, Manuel.** (2001). *La belle époque chilena*. Santiago de Chile. Sudamericana.